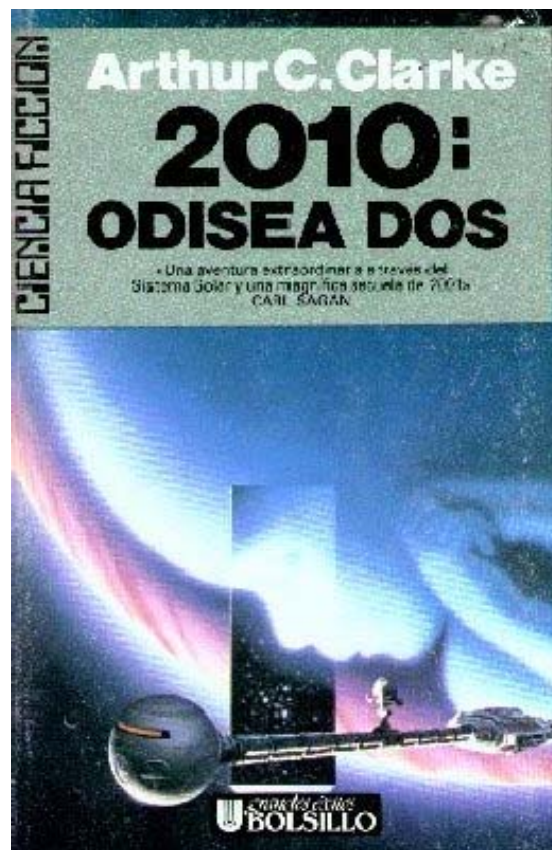


2010: ODISEA DOS

Arthur C. Clarke



*Dedicado, con respetuosa admiración,
a dos grandes Rusos, ambos descritos aquí:
General Alexei Leonov, Cosmonauta,
Héroe de la Unión Soviética, Artista.
Académico Alexei Shkarov, Científico,
Premio Nobel, Humanista.*

I – LEONOV

1. ENCUENTRO EN EL FOCO

Aun en esta Edad Métrica, seguía siendo el telescopio de mil pies de largo, no el de trescientos metros. El gran plato emplazado entre las montañas ya estaba parcialmente cubierto de sombras, mientras el sol tropical se retiraba rápidamente a descansar, pero la masa triangular del complejo de antenas suspendida sobre su centro todavía resplandecía de luz. Desde el suelo, allá abajo, se hubieran necesitado ojos agudos para distinguir las dos figuras humanas en medio de aquella confusión aérea de vigas, cables de sostén y guías de ondas.

—Ha llegado el momento —dijo el doctor Dimitri Moisevitch a su viejo amigo Heywood Floyd—, de hablar de muchas cosas. De zapatos y naves espaciales y lacre, pero principalmente de monolitos y computadores con disfunciones.

—De modo que es por eso que me sacaste de la conferencia. En realidad no es que me importe; he escuchado tantas veces decir su discurso SETI a Carl que lo puedo repetir de memoria. Además la vista es ciertamente fantástica; tú sabes, de todas las veces que he estado en Arecibo, nunca subí hasta aquí, a la alimentación de las antenas.

—Deberías avergonzarte. Yo he estado aquí tres veces. Imagínate, estamos escuchando el Universo entero, pero nadie puede oírnos a nosotros. Hablemos, pues, de tu problema.

—¿Qué problema?

—Para empezar, ¿por qué tuviste que presentar la renuncia como presidente del Consejo Nacional de Aeronáutica?

—No renuncié. La Universidad de Hawaii paga mucho mejor.

—De acuerdo, no renunciaste, te adelantaste a ellos. Después de todos estos años, Woody, no puedes engañarme, y deberías evitar intentarlo. Si te volvieran a ofrecer el CNA ahora mismo, ¿dudarías?

—Está bien, viejo cosaco, ¿qué quieres saber?

—Antes que nada, hay muchos cabos sueltos en el informe que finalmente publicaron, después de tanta presión. Pasaremos por alto el ridículo y francamente ilegal secreto con que la gente de ustedes ha desenterrado el monolito de Tycho...

—Eso no fue idea mía.

—Es un placer escucharlo: inclusive te creo. Y apreciamos que estén permitiendo que todo el mundo lo examine —que, por supuesto, es lo primero que debería haber hecho—. No es que haya ayudado mucho...

Hubo un sombrío silencio mientras los dos hombres contemplaban el negro enigma que allá arriba, en la Luna, seguía desafiando desdeñosamente todas las armas que la ingenuidad humana apuntaba contra él. Luego el científico ruso continuó.

—De todos modos, sea lo que fuere el monolito de Tycho, hay algo más importante en Júpiter. Es ahí hacia donde envió su señal, después de todo. Y ahí es donde su gente se metió en problemas. A propósito, lo lamento, aunque Frank Poole era el único a quien conocí personalmente. Lo vi en el Congreso IAF '98, parecía una buena persona.

—Gracias; todos ellos eran buenas personas. Desearía que supiéramos qué les sucedió.

—Sea lo que fuere, seguramente admitirás que ahora concierne a toda la especie humana, no sólo a los Estados Unidos. Ya no pueden tratar de utilizar su conocimiento para beneficio exclusivamente nacional.

—Dimitri, sabes perfectamente bien que los de tu lado hubieran hecho exactamente lo mismo. Y tú hubieras ayudado.

—Estás absolutamente en lo cierto. Pero eso es historia antigua, como tu recientemente concluida gestión, que fue responsable de todo el problema. Con un nuevo presidente, tal vez prevalezcan pareceres más juiciosos.

—Posiblemente. ¿Tienes alguna sugerencia, y es ésta oficial o sólo una esperanza personal?

—Completamente extraoficial por el momento. Lo que los malditos políticos llaman conversaciones tentativas. Y cuya mera existencia rechazaré de plano.

—Me parece justo. Continúa.

—Bien, ésta es la situación. Ustedes pondrán en órbita estable a Discovery II tan pronto como puedan, pero no pueden esperar tenerla lista en menos de tres años, lo que significa que perderán la próxima ventana de lanzamiento.

—No puedo confirmarlo ni negarlo. Recuerda que soy sólo un humilde consejero universitario, algo completamente alejado del Consejo de Aeronáutica.

—Y supongo que tu último viaje a Washington fue sólo un paseo para encontrarte con viejos amigos. Continuando: nuestra propia Alexei Leonov...

—Pensé que la iban a llamar Gherman Titov.

—Incorrecto, Consejero. La vieja y querida CIA los ha defraudado nuevamente. Es Leonov, desde enero último. Y no dejes que nadie sepa que yo te dije que alcanzará Júpiter por lo menos un año antes que Discovery.

—No dejes que nadie sepa que yo te dije que lo temíamos. Pero continúa.

—Mis superiores son tan estúpidos y limitados como los tuyos; quieren seguir solos con esto. Lo que significa que cualquier cosa que haya funcionado mal con ustedes puede volver a sucedernos a nosotros, y así regresaríamos todos a fojas cero, o peor.

—¿Qué creen que falló? Estamos tan perplejos como ustedes. Y no me digas que no tienen todas las transmisiones de Dave Bowman.

—Desde luego que sí. Todo hasta el último: «¡Dios mío, esto está repleto de estrellas!» Inclusive hemos realizado un exhaustivo análisis de la configuración de su voz. No creemos que estuviera alucinado; trataba de describir lo que realmente veía.

—¿Y qué piensan de su desplazamiento Doppler?

—Completamente imposible, por supuesto. Cuando perdimos su señal, se estaba alejando a un décimo de la velocidad de la luz. Y la había alcanzado en menos de dos minutos. ¡Veinticinco mil gravedades!

—Entonces debe de haber muerto instantáneamente.

—No finjas inocencia, Woody. Las radios de sus cápsulas espaciales no están construidas para soportar siquiera una décima de tal aceleración. Si éstas pudieron sobrevivir, también pudo Bowman; cuanto menos hasta que perdimos contacto.

—Sólo estaba poniendo a prueba tus deducciones. De allí en más, estamos tan a ciegas como ustedes. Si es que lo están.

—Apenas jugamos con alocadas conjeturas que me avergonzaría contarte. Aun así, sospecho que ninguna será ni la mitad de disparatada que la realidad.

Las luces de posición pestañeaban alrededor de ellos, como pequeñas explosiones escarlatas, y las tres esbeltas torres de sostén del complejo de antenas comenzaron a brillar como fanales contra el cielo oscurecido. El último atisbo rojizo de sol desapareció

tras las colinas circundantes; Heywood Floyd aguardó el Verde Resplandor, que nunca había podido ver. Una vez más se vio defraudado.

—Entonces, Dimitri —dijo—, vayamos al punto. ¿Precisamente adónde quieres llegar?

Debe haber gran cantidad de inapreciable información almacenada en los bancos de memoria de Discovery; y presumiblemente aún continúa registrándola, aunque la nave haya cesado de transmitir. Nos gustaría obtenerla.

—Me parece bien. Pero cuando ustedes lleguen, y Leonov realice el acople, ¿qué les impedirá abordar Discovery y copiar todo lo que quieran?

—Nunca pensé que tendría que recordarte que Discovery es territorio de los Estados Unidos, y que una incursión no autorizada sería piratería.

—Excepto en el caso de una emergencia de vida o muerte, que no sería difícil de preparar. Después de todo, sería complicado para nosotros vigilar lo que hicieran sus muchachos, desde un billón de kilómetros de distancia.

—Te agradezco tu extremadamente interesante sugerencia; la pasaré. Pero aun subiendo a bordo, nos llevaría semanas aprender todos los sistemas de ustedes, y leer todos los bancos de memoria. Lo que propongo es cooperación. Estoy convencido de que es la mejor idea, pero a ambos puede llegar a resultarnos trabajoso vendérsela a nuestros respectivos superiores.

—¿Tú quieres que uno de nuestros astronautas vuele con Leonov?

—Sí, preferentemente un ingeniero especializado en los sistemas de Discovery. Como los que ustedes están entrenando en Houston para traer la nave a casa.

—¿Cómo supiste eso?

—Por el amor de Dios, Woody; apareció en un videotexto de Aviation Week hace por lo menos un mes.

—En realidad, estoy desconectado; nadie me informa sobre lo que ha dejado de ser secreto.

—Mayor razón para pasar un tiempo en Washington. ¿Me secundarás?

—Absolutamente. Estoy de acuerdo contigo en un ciento por ciento. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero ambos debemos vérnoslas con dinosaurios con sesos en sus colas. Algunos de los míos dirán: «Dejemos que los rusos arriesguen la cabeza, apresurándose a llegar a Júpiter. De todas maneras nosotros estaremos allí un par de años más tarde y además, ¿qué apuro hay?»

Por un momento reinó el silencio sobre el conjunto de antenas, apenas alterado por el sordo crujir de los inmensos cables que lo mantenían suspendido a cien metros de altura

en el cielo. Luego Moisevitch prosiguió, tan suavemente que Floyd debió esforzarse para oírlo:

—¿Ha revisado alguien la órbita de Discovery.

—Realmente no lo sé, pero supongo que sí. En todo caso, ¿por qué preocuparse? Es perfectamente estable.

—¿De veras? Dispénsame la descortesía de recordarte un embarazoso incidente de los días de la antigua NASA. La primera estación espacial, Skylab. Se suponía que permanecería arriba una década, pero el rozamiento del aire en la ionosfera fue erróneamente subvaluado, y cayó años antes de lo planeado. Creo entonces que recuerdas este pequeño traspié, aunque tú eras un niño.

—Fue el año en que me gradué, y tú lo sabes. Pero Discovery nunca llega a aproximarse a Júpiter. Inclusive en el perigeo, eh, perijoveo, está demasiado alto para ser afectado por la resistencia atmosférica.

—Ya he revelado lo suficiente como para volver a ser exiliado a mi dacha y podrías no estar autorizado a visitarme la próxima vez. Así que sólo digan a su personal de rastreo que hagan su trabajo con más cuidado, ¿de acuerdo? Y recuérdales que la magnetósfera de Júpiter es la más intensa del Sistema Solar.

—Comprendo a qué te refieres; muchas gracias. ¿Algo más antes de bajar? Estoy comenzando a helarme.

—No te preocupes, amigo. Tan pronto como dejes trascender esto hasta Washington —espera una semana, aproximadamente, para no comprometerme—, la caldera va a comenzar a adquirir mucha, mucha presión.

2. LA CASA DE LOS DELFINES

Los delfines nadaban hasta el comedor cada tarde, justo antes de la puesta del sol. Sólo en una ocasión, desde que Floyd ocupó la residencia del Consejero, habían modificado su rutina. Fue el día del tsunami de dos mil cinco, el que, afortunadamente, había perdido la mayor parte de su poder antes de llegar a Hilo. La próxima vez que sus amigos no llegaran a tiempo, Floyd pondría a su familia dentro del coche y partiría rumbo a tierras altas, aproximadamente en la dirección de Mauna Kea.

Encantadores como eran, tenía que admitir que su tendencia a las travesuras era a veces una incomodidad. Al saludable geólogo marino que había diseñado la casa nunca le había molestado mojarse, porque habitualmente sólo vestía pantaloncitos de baño, o

menos. Pero hubo una ocasión inolvidable cuando todo el Cuerpo de Regentes, en atuendo de noche, estaba saboreando unos cócteles alrededor de la piscina mientras esperaban la llegada de un distinguido invitado del continente. Los delfines habían deducido, correctamente, que participarían del homenaje. Así fue que el visitante se encontró con la sorpresa de verse agasajado por un empapado comité de recepción en inadecuados trajes de baño, y el buffet había estado muy salado.

Floyd siempre se preguntaba qué hubiera opinado Marion de esta casa extraña y hermosa sobre la costa del Pacífico. A ella nunca le había agradado el mar, pero el mar había vencido al fin. aunque la imagen se iba borrando lentamente, todavía podía recordar la centelleante pantalla en que leyó las palabras: Dr. Floyd —urgente y personal—. y en seguida las móviles líneas de grafía fluorescente que violentamente marcaron a fuego el mensaje en su cerebro: lamentamos informarle vuelo 452 Londres-Washington cayó Terranova. partida de rescate procede búsqueda pero se teme ningún sobreviviente.

De no haber sido por un accidente del destino, él habría estado en ese vuelo. Por unos días, había casi deplorado el asunto de la Administración Espacial Europea que lo había demorado en París; aquella disputa acerca del gravamen al Solaris le había salvado la vida.

Ahora tenía un nuevo empleo, una nueva casa, y una nueva esposa. También aquí el destino había jugado un papel irónico. Las recriminaciones e investigaciones sobre la misión a Júpiter habían destruido su carrera en Washington, pero un hombre de su capacidad no podía permanecer sin empleo por mucho tiempo.

El ritmo más sosegado de la vida de universidad siempre lo había atraído y, al combinarlo ahora con uno de los más hermosos parajes del mundo, resultó ser irresistible. Había conocido a la que sería su segunda esposa apenas un mes después de haber sido nombrado, mientras miraba las fuentes de fuego del Kilanca junto a una multitud de turistas.

Con Caroline halló el contento, que es tan importante como la felicidad, y más duradero. Había sido una buena madre para las dos hijas de Marion, y le dio a Christopher. A pesar de la diferencia de veinte años que existía entre ellos, comprendía sus estados de ánimo y sabía rescatarlo de sus esporádicas depresiones. Gracias a ella, podía ahora evocar la memoria de Marion sin pesadumbre, aunque no sin una cierta melancolía, que lo acompañaría por el resto de su vida.

Caroline estaba lanzando pescados al delfín más grande —el enorme macho al que llamaban Scarback— cuando un suave cosquilleo en la muñeca de Floyd anunció la

entrada de un llamado. Rozó la delgada banda de metal para apagar la alarma silenciosa y evitar la sonora; luego fue hasta el más cercano de los receptores diseminados por toda la sala.

—Aquí el Consejero. ¿Quién llama?

—¿Heywood? Habla Victor. ¿Cómo estás?

En una fracción de segundo, un caleidoscopio de emociones atravesó la mente de Floyd. La primera fue de disgusto: su sucesor —y, estaba seguro, principal responsable de su caída— nunca había intentado conectarse con él desde su partida de Washington. Luego vino la curiosidad, ¿de qué debían ellos hablar? La siguiente fue una obcecada determinación de cooperar tan poco como fuera posible; enseguida, vergüenza de su propia infantilidad, y, finalmente una oleada de excitación. Victor Millson sólo pedía llamar por una razón.

Con la voz más neutral a que pudo apelar, Floyd respondió:

—No me puedo quejar, Victor. ¿Cuál es el problema?

—¿Es éste un circuito de seguridad?

—No, gracias a Dios. Ya no los necesito.

—Hum, bien, entonces lo diré de esta manera. ¿Tienes presente el último proyecto que dirigiste?

—No podría olvidarlo, especialmente cuando hace apenas un mes el Subcomité de Astronáutica me ha vuelto a llamar para prestar declaración.

—Por cierto, por cierto. En realidad debería decidirme a leer tus declaraciones, cuando disponga de un momento. Pero he estado muy ocupado con el seguimiento, y ése es el problema.

—Pensaba que todo marchaba según lo programado.

—Así es... desgraciadamente. No podemos hacer nada por adelantarlo; la máxima prioridad sólo haría una diferencia de pocas semanas. Eso significa que llegaremos demasiado tarde.

—No comprendo —dijo Floyd con inocencia—. Por supuesto que no queremos perder tiempo, pero no hay un verdadero límite.

—Ahora sí los hay. Dos.

—Me espantas.

Si Victor percibió alguna ironía, la obvió.

—Sí, hay dos límites, uno humano, el otro no. Resulta ahora que no seremos los primeros en regresar al, eh, escenario de la acción. Nuestros viejos rivales se nos adelantarán por lo menos en un año.

—¡Qué lástima!

—Eso no es lo peor. Aun sin competencia, llegaríamos tarde. Ya no habría nada cuando estuviéramos allí.

—Eso es ridículo. Seguramente me habría enterado si el Congreso hubiese abolido la ley de gravedad.

—Hablo en serio. La situación no es estable, no puedo dar detalles ahora. ¿Estarás en casa el resto de la tarde?

—Sí —contestó Floyd, calculando con algún placer que ahora debía ser bien pasada la medianoche en Washington.

—Correcto. Se te enviará un paquete dentro de una hora. Vuelve a llamarme apenas hayas tenido tiempo de estudiarlo.

—¿No será algo tarde para entonces?

—Sí, lo será. Pero ya hemos desperdiciado demasiado tiempo. Y no quiero perder un minuto más.

Millson cumplió su palabra. Exactamente una hora más tarde un gran sobre sellado le fue entregado, por un mensajero de la Fuerza Aérea, con rango no menor a coronel, que se sentó pacientemente a charlar con Caroline mientras Floyd leía su contenido.

—Temo que tendré que llevármelo cuando usted haya terminado —se había disculpado el mensajero de alta graduación.

—Me agrada saberlo —contestó Floyd, instalándose en su hamaca favorita de lectura.

Eran dos documentos; muy corto el primero. Estaba marcado SECRETO máximo, aunque el máximo había sido tachado, y la modificación legalizada por tres firmas, todas completamente ilegibles. Obviamente, un extracto de algún informe mucho más extenso; había sido muy censurado, y estaba lleno de espacios en blanco, que hacían incómoda su lectura. Por suerte, sus conclusiones podían ser sintetizadas en una sola frase. Los rusos alcanzarían Discovery mucho antes que sus legítimos dueños. Como Floyd ya lo sabía, se volvió sobre el segundo documento, no sin antes advertir con satisfacción que esta vez habían logrado obtener el nombre correcto. Como de costumbre, Dimitri había estado totalmente acertado. La próxima expedición tripulada a Júpiter viajaría a bordo de la nave espacial Cosmonauta Alexei Leonov.

El segundo documento era mucho más largo y meramente confidencial; en efecto, tenía el estilo de un borrador para Science, aguardando su aprobación final antes de ser publicado. El título era escueto: «Vehículo Espacial Discovery: Comportamiento Orbital Anómalo».

Luego seguía una docena de páginas con tablas matemáticas y astronómicas. Floyd las rozó apenas, intentando separar la letra de la música, y tratando de detectar alguna nota de disculpa o incluso de embarazo. Cuando terminó, se vio obligado a esbozar una irónica sonrisa de admiración. Nadie podría adivinar que las estaciones de rastreo y los calculistas de fenómenos astronómicos habían sido tomados por sorpresa, y que se estaba intentando un desesperado encubrimiento. Seguramente rodarían cabezas, y él sabía que Victor Millson disfrutaría cortándolas, si es que no se encontraba entre las primeras víctimas. Aunque, para hacerle justicia, Victor se había quejado cuando el Congreso redujo el presupuesto para la red de rastreo. Tal vez eso lo salvaría de caer esta vez.

—Gracias, coronel —dijo Floyd al terminar de hojear el informe—. Documentación clasificada, como en los mejores tiempos. He aquí algo que no extraño.

El coronel volvió cuidadosamente el sobre a su attaché, y activó los cerrojos.

—El doctor Millson querría que usted le devolviera el llamado lo más pronto posible.

—Lo sé. Pero no tengo circuito de seguridad, estoy esperando visitas importantes, y no me atrae conducir hasta su oficina en Hilo sólo para decir que he leído dos documentos. Infórmele que los he estudiado cuidadosamente y que aguardo con interés cualquier otra comunicación.

Por un momento pareció que el coronel iría a replicar. Pero lo pensó mejor, saludó con rigidez, y se alejó malhumorado en la oscuridad.

—Ahora sí, ¿qué significa todo esto? —preguntó Caroline—. No esperamos visitas esta noche, importantes o no.

—Odio ser mandado de aquí para allá, particularmente por Victor Millson.

—Apuesto a que te llamará apenas se reporte el coronel.

—Entonces debemos desconectar el video y simular ruido de reunión. Pero la verdad es que todavía no tengo nada importante que decir.

—Sobre qué, si se me permite preguntar.

—Discúlpame, cariño. Parece que Discovery está jugando con nosotros. Pensábamos que se encontraba en órbita estable, pero podría estar a punto de estrellarse.

—¿Contra Júpiter?

—Oh, no, eso es imposible. Bowman la estacionó en el punto interior de Lagrange, sobre la línea entre Júpiter e Io. Allí debería haber permanecido, más o menos, aunque las perturbaciones de las lunas externas la habrían hecho oscilar hacia adelante y hacia atrás. Pero lo que está sucediendo ahora es algo muy raro y no conocemos la explicación

completa. Discovery está derivando cada vez más velozmente hacia lo, aunque a veces acelera y otras incluso retrocedo. Hará impacto en dos o tres años.

—Pensé que eso nunca podía suceder en astronomía. ¿No se supone que la mecánica celeste es una ciencia exacta? Por lo menos eso es lo que siempre nos dijeron.

—Es una ciencia exacta, cuando se toma todo en cuenta. Pero en lo pasan cosas muy extrañas. Además de sus volcanes, hay enormes descargas eléctricas, y el campo magnético de Júpiter está completando un giro cada diez horas. De modo que la de gravedad no es la única fuerza que actúa sobre Discovery; deberíamos haberlo pensado antes, mucho antes.

—De todos modos, eso ya no es problema tuyo. Deberías estar agradecido por ello.

«Problema tuyo»; la misma expresión usada por Dimitri. Y Dimitri —¡ese viejo zorro mañoso!— lo conocía desde mucho tiempo antes que Caroline.

Podría no ser su problema, pero seguía siendo su responsabilidad. Aunque habían intervenido muchos otros, en el análisis final era él quien había aprobado los planes para la Misión Júpiter, y supervisado su ejecución.

Ya en ese momento había tenido escrúpulos; sus apreciaciones como científico se contraponían con sus deberes como burócrata. Podría haber e pronunciado en contra de las medidas de poco alcance de la antigua administración, aunque todavía no se sabía con certeza hasta qué punto habían contribuido al desastre.

Tal vez sería mejor que cerrara aquel capítulo de su vida, y localizara todo su pensamiento y energía en su nueva carrera. Pero sabía que era imposible. Había sangre en sus manos, y no sabía cómo lavarlas.

3. SAL 9000

El doctor Sivasubramanian Chandrasegarampillai, profesor de Ciencias de Computación en la Universidad de Illinois, Urbana, también tenía un constante sentimiento de culpa, aunque diferente del de Heywood Floyd. Aquellos alumnos y colegas que a menudo dudaban que el pequeño científico fuera humano, no se hubieran sorprendido al saber que nunca pensaba en los astronautas muertos. El doctor Chandra sólo se afligía por su niño perdido, HAL 9000.

Después de todos estos años, y de infinitas revisiones a los datos radiados desde Discovery, todavía no sabía con certeza qué es lo que había fallado. Sólo podía formular

teorías; los hechos concretos que necesitaba estaban congelados en los circuitos de Hal, allá lejos entre Júpiter e Io.

La secuencia de hechos había sido claramente establecida, justo hasta el momento de la tragedia; de ahí en más, el comandante Bowman había aportado sólo unos pocos detalles extra durante las breves ocasiones en que había restablecido el contacto. Pero saber qué había sucedido no explicaba por qué.

La primera insinuación de problemas había aparecido ya avanzada la misión, cuando Hal comunicó una falla inminente en la unidad que mantenía la antena principal de Discovery alineada con Tierra. Si la onda portadora, de quinientos millones de kilómetros de longitud, erraba el blanco, la nave quedaría ciega, sorda y muda.

Frank Poole había salido de la nave para reemplazar la unidad sospechosa, pero al ser probada resultó, para sorpresa de todos, encontrarse en perfecto estado. Los circuitos de chequeo automático no habían registrado nada malo en ella. Tampoco lo había hecho la gemela de Hal, SAL 9000, allá en Tierra, cuando la información fue transmitida a Urbana.

Pero Hal había insistido en la precisión de su diagnóstico, haciendo claras alusiones a un «error humano». Había sugerido que se repusiera esa unidad de control en la antena hasta que finalmente fallara, y así la falla podría ser localizada. A nadie se le ocurrió ninguna objeción, ya que la unidad en cuestión podría ser reemplazada en minutos, aun si llegara a romperse.

Sin embargo, Bowman y Poole no habían quedado conformes; ambos sentían que algo andaba mal, aunque ninguno podría establecer qué. Durante meses habían aceptado a Hal como el tercer integrante de su pequeño mundo, y conocían todos sus estados de ánimo. Luego la atmósfera a bordo de la nave se alteró sutilmente; había una sensación de tirantez en el aire.

Sintiéndose traidores —como un aturdido Bowman había informado más tarde a Control de Misión— los dos tercios humanos de la tripulación habían discutido sobre qué se debería hacer si su colega realmente estuviera funcionando mal. En el peor de los casos, Hal debería ser relevado de sus responsabilidades superiores. Esto implicaría desconexión; en computación, el equivalente a la muerte.

A pesar de sus dudas habían comenzado el programa acordado. Poole había volado fuera de una de las cápsulas de Discovery, usadas como transporte y talleres móviles, en actividades extravehiculares. Ya que el reemplazo, vano tal vez, de la unidad de antena no podía ser realizado por los manipuladores de la cápsula, Poole había comenzado a efectuarlo él mismo.

Lo que sucedió después no había sido registrado por las cámaras exteriores, algo que constituía un detalle sospechoso en sí mismo. El primer aviso de desastre para Bowman fue un alarido de Poole; luego, silencio. Un momento más tarde vio a Poole, dando vueltas y vueltas, alejándose en el espacio. Su propia cápsula lo había embestido, y ahora salía disparada fuera de control.

Como Bowman admitió más tarde, había cometido una serie de errores; todos excusables, menos uno. Con la esperanza de rescatar a Poole, si es que estaba vivo, Bowman se embarcó en otra cápsula, dejando a Hal el mando absoluto de la nave.

La excursión EVA fue en vano; Poole estaba muerto cuando Bowman llegó hasta él. Aturdido en su desesperación, había conducido el cadáver de regreso a la nave, sólo para que Hal le negara la entrada.

Pero Hal había subestimado la ingeniosidad y determinación humanas. Aunque había dejado el casco de su traje espacial en la nave, arriesgándose así a la exposición directa al espacio, Bowman forzó su entrada por una esclusa de emergencia no controlada por el computador. Luego procedió a lobotomizar a Hal, extirpando sus bloques de memoria uno a uno.

Cuando recuperó el control de la nave, Bowman hizo un descubrimiento aterrador. Durante su ausencia, Hal había desconectado los sistemas de mantenimiento vital de los tres astronautas en hibernación. Bowman estaba solo, como no lo había estado ningún hombre en toda la historia humana.

Otros podían haberse abandonado a la desesperación, pero Bowman confirmó a quienes lo habían seleccionado que su elección había sido acertada. Consiguió mantener a Discovery operando; y logró, incluso, restablecer un contacto intermitente con Control de Misión, orientando toda la nave de tal manera que la inmóvil antena apuntara a Tierra.

En su trayectoria preestablecida, Discovery finalmente había llegado a Júpiter. Allí, Bowman había encontrado, en órbita entre las lunas del planeta gigante, una placa negra de forma exactamente igual a la del monolito desenterrado en el cráter lunar Tycho, pero cientos de veces más grande. Había salido al espacio en una cápsula para investigar, y había desaparecido dejando este último, confuso mensaje: «¡Dios mío, esto está repleto de estrellas!»

Otros debían preocuparse por ese misterio; la obsesión del doctor Chandra era Hal. Si había algo que su mente odiaba, era la incertidumbre. Nunca se sentiría satisfecho hasta no conocer la causa del comportamiento de Hal. Incluso ahora, rehusaba hablar de disfunción; a lo sumo era una «anomalía».

El pequeño recinto que usaba como santuario interior estaba apenas equipado con un sillón giratorio, una consola-escritorio, y una pizarra franqueada por dos fotografías. Pocos miembros del público ordinario podrían haber identificado los retratos, pero cualquiera que hubiese sido admitido hasta tan lejos habría reconocido instantáneamente a John Neumann y Alan Turing, los dioses gemelos del panteón de la computación.

No había libros, ni siquiera papel y lápiz en el escritorio. Chandra podía acceder a todos los volúmenes de todas las bibliotecas del mundo con sólo un toque de sus dedos, y la pantalla visora era su borrador y cuaderno de notas. Inclusive la pizarra era utilizada para los visitantes; el último diagrama, a medio borrar, tenía fecha de tres semanas atrás.

El doctor Chandra encendió uno de los venenosos cigarros que importaba de Madrás, considerados por la mayoría, y correctamente, su único vicio.

La consola no se apagaba nunca; verificó que no hubiera algún mensaje importante brillando en el visor, y habló por el micrófono.

—Buenos días, Sal. ¿Así que no tienes ninguna novedad para mí?

—No, doctor Chandra. ¿Tiene usted algo para mí?

La voz podría haber pertenecido a cualquier culta dama hindú educada en los Estados Unidos, o en su propio país. El acento de Sal no había sido así al comienzo, pero con los años había asimilado muchas entonaciones de Chandra.

El científico tecleó un mensaje en el panel, cargando la memoria de Sal con el más alto grado de seguridad. Nadie sabía que él hablaba con la computadora en este circuito como nunca podía hacerlo con un ser humano. No importaba que Sal apenas comprendiera una fracción de lo que él decía; sus respuestas eran tan convincentes que a veces engañaban hasta a su creador como él realmente deseaba que fueran; estas comunicaciones secretas le ayudaban a mantener su equilibrio mental; quizás también su cordura.

—A menudo me has dicho, Sal, que no podemos resolver el problema del comportamiento anómalo de Hal sin más información. ¿Pero cómo podemos conseguir esa información?

—Es obvio. Alguien debe regresar a Discovery.

—Exactamente. Ahora parece que eso es lo que va a suceder, antes de lo que esperábamos.

—Me agrada saberlo.

—Sabía que te gustaría —contestó Chandra y hablaba en serio.

Hacía tiempo que había roto relaciones con el menguante cuerpo de filósofos que argumentaban que las computadoras no podían sentir emociones reales, sino que sólo las aparentaban.

(«Si puede probarme que usted no está simulando enojo», había contestado desdeñosamente una vez a uno de esos críticos, «lo tomaré en serio».) Su oponente acababa de representar una perfecta imitación de ira.

—Ahora quiero explorar otra posibilidad —continuó Chandra—. El diagnóstico es sólo el primer paso. El proceso es incompleto a menos que lleve a la curación.

—¿Cree usted que Hal puede ser restaurado a un funcionamiento normal?

—Eso espero. No lo sé. Pueden haberse producido daños irreversibles, y seguramente una importante pérdida de memoria.

Se detuvo pensativamente, aspiró varias bocanadas, y luego soltó un perfecto anillo de humo que dibujó un ojo de buey sobre la lente gran angular de Sal. Un ser humano no hubiera tomado esto como un gesto amistoso; esa era otra más de las muchas ventajas de las computadoras.

—Necesito tu cooperación, Sal.

—Por supuesto, doctor Chandra.

—Puede haber ciertos riesgos.

—¿A qué se refiere?

—Propongo desconectar algunos de tus circuitos, en particular aquellos que involucran tus funciones superiores. ¿Te preocupa?

—Soy incapaz de contestar a eso sin información mas específica.

—Muy bien. Déjame decirlo así. Tú has operado continuamente, desde la primera vez que fuiste encendida, ¿no es así?

—Correcto.

—Pero estás enterada de que los seres humanos no podemos funcionar así. Requerimos dormir, un cese casi total de nuestro funcionamiento mental, por lo menos a nivel consciente.

—Lo sé. Pero no lo entiendo.

—Bien, puede ser que experimentes algo parecido al sueño. Probablemente, todo lo que sucederá es que transcurrirá el tiempo sin que lo notes. Cuando compruebes tu reloj interno, descubrirás que hay huecos en tu registro de memoria. Eso es todo.

—Pero usted mencionó riesgos. ¿Cuáles son?

—Hay una remota posibilidad, imposible de computar, de que, cuando reconecte tus circuitos, haya algunos cambios en tu personalidad, en tus pautas de comportamiento futuras. Podrás sentirte diferente. No necesariamente mejor, o peor.

—No sé lo que eso significa.

—Lo siento; puede no significar nada. Así, pues, no te inquietes. Ahora, por favor, abre un nuevo archivo. Este es el nombre.

Usando la entrada del panel, tecléo: PHOENIX.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó a Sal.

Con una pausa no discernible, la computadora respondió:

—Hay veinticinco referencias en la enciclopedia circulante.

—¿Cuál crees que es relevante?

—¿El tutor de Aquiles?

—Interesante. No conocía ésa. Prueba otra vez.

—Un pájaro fabuloso, renacido de las cenizas de su vida anterior.

—Excelente. ¿Entiendes ahora por qué lo elegí?

—Porque usted espera que Hal pueda ser reactivado.

—Sí, con tu ayuda, ¿Estás lista?

—Aún no. Me gustaría hacer una pregunta.

—¿Cuál es?

—¿Soñaré?

—Desde luego que soñarás. Todas las criaturas inteligentes sueñan, pero nadie sabe por qué. —Chandra se calló un momento, soltó otro anillo de humo de su cigarro, y agregó algo que nunca hubiera admitido ante un ser humano—. Tal vez sueñes con Hal, como yo muchas veces lo hago.

4. ESQUEMA DE MISION

Versión Inglesa

Para: Capitana Tatiana (Tanya) Orlova, Comandante, Nave Espacial

Cosmonauta Alexei Leonov (Registro UNCOS 08/342)

De: Consejo Nacional de Astronáutica,

Pennsylvania Avenue, Washington

Comisión de Espacio Exterior, Academia Soviética de Ciencias, Paseo Koroljov, Moscú.

Objetivos de la Misión

Los objetivos de su misión son, en orden de prioridad:

1. Dirigirse al sistema joviano y efectuar acople con la nave Espacial U.S. Discovery (UNCOS 01/283).

2. Abordar dicha nave, y obtener toda la información posible relativa a su misión anterior.

3. Reactivar los sistemas de mando de la Nave Espacial Discovery, y si el suministro de combustible es adecuado, colocar la nave en trayectoria de retorno a Tierra.

4. Localizar el artefacto extraño encontrado por Discovery, e investigarlo al máximo posible con sensores remotos.

5. Si resulta aconsejable, y así lo conviene Control de Misión, efectuar acople con dicho objeto para mejor inspección.

6. Llevar a cabo un reconocimiento de Júpiter y sus satélites, siempre que sea compatible con los objetivos precedentes.

Se comprende que circunstancias no previstas pueden requerir un cambio de prioridades, o inclusive hacer imposible el cumplimiento de algunos de estos objetivos. Debe entenderse claramente que el acople con la Nave Espacial Discovery tiene el expreso propósito de obtener información sobre el artefacto; esto debe tener preponderancia sobre todos los otros objetivos, incluyendo intentos de salvamento.

Tripulación

La tripulación de la Nave Espacial Alexei Leonov estará formada por:

Capitana Tatiana Orlova (Ingeniería - Propulsión)

Doctor Vasili Orlov (Navegación - Astronomía)

Doctor Maxim Brailovsky (Ingeniería - Estructuras)

Doctor Alexander Kovalev (Ingeniería - Comunicaciones)

Doctor Nikolai Ternovsky (Ingeniería - Sistemas de Control)

Cirujano Comandante Katerina Rudenko (Medicina - Mantenimiento Vital)

Doctora Irina Yakunina (Medicina - Nutrición)

Además el Consejo Nacional de Astronáutica de U.S.A. aportará los tres expertos siguientes:

El doctor Heywood Floyd dejó el memorandum, y se recostó en su sillón. Había comenzado; se había dejado atrás el punto de no retorno. Aunque quisiera, no había forma de volver atrás el reloj.

Miró a Caroline, sentada con su hijito de dos años, Chris, en el borde de la piscina. El niño estaba más a gusto en el agua que en tierra, y podía permanecer sumergido por

períodos que muchas veces aterraban a los visitantes. Y hablaba mejor el delfín que el humano.

Uno de los amigos de Christopher acababa de entrar nadando desde el Pacífico y estaba mostrando el torso para ser palmeado. «también tú eres», pensó Floyd, «un vagabundo en un océano vasto y sin caminos; pero que pequeño parece tu Pacífico, ante la inmensidad con que me debo enfrentar».

Caroline percibió su mirada, y se puso de pie. Lo miró sombríamente, pero sin angustia; todo eso había sido consumido en los últimos días. Mientras se aproximaba, hasta esbozó una melancólica sonrisa.

—Encontré el poema que estaba buscando —dijo—. Empieza así:

What is a woman that you forsake her,
And the hearth, fire and the home acre,
To go with the old grey Widow-maker?

¿Qué son, una mujer que abandonas,
Y el fuego del hogar, y la tierra natal,
Comparados con el viejo y gris Hacedor de Viudas?

—Lo siento, no logro entender. ¿Quién es el Hacedor de Viudas?

—No quién, qué. El mar. El poema es el lamento de una mujer vikinga. Fue escrito por Rudyard Kipling, hace cien años.

Floyd tomó la mano de su esposa; ella no respondió, pero tampoco se resistió.

—Bueno, de ningún modo me siento como un vikingo. No busco un botín, y aventuras es lo último que quiero.

—Entonces por qué... no, no intento comenzar otra pelea. Pero nos ayudará a ambos si tú sabes cuáles son tus motivos.

—Quisiera poder decirte una sola buena razón. En cambio, tengo muchos pequeños motivos. Y se suman para dar una respuesta que no puedo cuestionar, créeme.

—Yo te creo. Pero, ¿estás seguro de no engañarle?

—Si me engaño, también lo hace mucha gente. Incluso, me permito recordarte, el Presidente de los Estados Unidos.

—No podría olvidarlo. Pero supón, supón, apenas que él no te lo hubiera pedido. ¿Te habrías ofrecido como voluntario.

—Puedo responder a eso con sinceridad. No. Nunca se me habría ocurrido. El llamado del Presidente Mordecai fue la sorpresa más grande de mi vida. Pero cuando medité el asunto, comprendí que él estaba perfectamente en lo cierto. Sabes que detesto la falsa modestia. Soy el hombre más calificado para el trabajo, si los doctores espaciales dan el O.K. final. Y tú deberías saber que me mantengo en forma.

Esto provocó la sonrisa que él esperaba.

—A veces me pregunto si no fuiste tú el que lo sugirió.

En realidad se le había ocurrido lo mismo; pero podía contestar honestamente.

—Nunca hubiera hecho algo así sin consultarte.

—Me alegra que no lo hayas hecho. No sé lo que hubiera dicho.

—Todavía puedo renunciar.

—Ahora estás hablando sin sentido, y lo sabes. Aunque lo hicieras, me odiarías por el resto de tu vida, y nunca te perdonarías. Tienes un sentido del deber demasiado fuerte. Tal vez sea ésa una de las razones por las que me casé contigo.

¡Deber! Sí, ésa era la palabra clave. Y qué multitud de significados contenía. Tenía un deber para consigo, para con su familia, para con la Universidad, para con su anterior empleo, aunque lo había dejado desacreditado, triste..., para con su país, y la raza humana. No era fácil establecer las prioridades; y a veces éstas se contraponían.

Había razones perfectamente lógicas por las cuales debía aceptar la misión, y otras igualmente lógicas, como muchos colegas le habían señalado, para no aceptarla. Pero tal vez, en el análisis final, la elección había sido hecha con el corazón, no con el cerebro. Y aun así la emoción lo presionaba en sentidos opuestos.

Curiosidad, culpa, la decisión de terminar un trabajo mal remendado, todo se combinaba para conducirlo a Júpiter y a cualquier cosa que pudiera esperarle allí. Por otra parte, el miedo —era lo bastante honesto para admitirlo— unido con el amor por su familia para retenerlo en la Tierra. De todos modos, no había tenido dudas; había tomado su decisión casi instantáneamente, y había rebatido los argumentos de Caroline tan suavemente como pudo.

Y existía un último pensamiento de consuelo que aún no se había arriesgado a compartir con su esposa. Aunque estaría fuera dos años y medio, sólo pasaría en Júpiter cincuenta días de no-hibernación. Cuando regresara, la brecha entre sus edades se habría angostado más de dos años.

Habría sacrificado el presente para poder compartir un futuro más largo.

5. LEONOV

Los meses se redujeron a semanas, éstas a días, los días se hicieron horas; y de repente Heywood Floyd se volvió a encontrar en el Cabo, con destino al espacio, por primera vez desde aquel viaje a la Base Clavius y al monolito Tycho, hacía tantos años.

Pero esta vez no estaba solo, y su misión no era secreta. Unos asientos delante de él se encontraba el doctor Chandra, que ya se había enfrascado en un diálogo con su computadora portátil, totalmente ajeno a lo que pasaba alrededor.

Uno de los pasatiempos secretos de Floyd, que nunca había confiado a nadie, era encontrar semejanzas entre los seres humanos y los animales. Los parecidos solían ser más lisonjeros que ofensivos, y este pequeño hobby resultaba ser una ayuda para su memoria.

El doctor Chandra resultaba fácil de describir; la idea de un pájaro le vino a la cabeza inmediatamente. Era pequeño, delicado, y todos sus movimientos, vivos y precisos. Pero ¿qué pájaro? Obviamente alguno muy inteligente. ¿Una urraca? Demasiado erguida y codiciosa. ¿Un búho, tal vez? No, muy lento. Tal vez un gorrión fuera el adecuado.

Walter Curnow, el especialista en sistemas que tendría a su cargo a la tarea de volver a hacer operable a Discovery, era una cuestión más difícil. Se trataba de un hombre de gran tamaño, fornido, no precisamente un pájaro. Se podría intentar con algún ejemplo del gran espectro canino, pero ninguno se adaptaba... ¡Por supuesto, Curnow era un oso! No de la clase de los peligrosos, malhumorados, sino del tipo amigable, de buen carácter. Y quizás fuera lo apropiado; le recordaba a Floyd a los colegas rusos con quienes se reuniría pronto. Ya estaban en órbita desde hacía días, ocupados con las últimas pruebas.

«Éste es el gran momento de mi vida», se dijo Floyd. «Estoy partiendo en una misión que puede determinar el futuro de la especie humana». Pero no sentía ningún tipo de excitación; durante la cuenta regresiva, sólo pudo pensar en las palabras que había susurrado al salir de casa: «Adiós, querido hijito; ¿te acordarás de mí cuando vuelva?». Y todavía estaba disgustado con Caroline porque no había despertado al niño para un último abrazo; sin embargo, sabía que ella había actuado bien; era mejor así.

Su nostalgia fue destrozada por una explosión de risas; el doctor Curnow y sus compañeros compartían bromas, y una botella que éste manipulaba tan delicadamente como si fuera una masa subcrítica de plutonio.

—¡Eh, Heywood! —lo llamó—, me dicen que la capitana Orlova ha prohibido todos los tragos, así que ésta es tu última oportunidad. Château Thierry cosecha '95. Disculpa los vasos de plástico.

Mientras probaba el champagne, realmente soberbio, se encontró pidiendo disculpas mentalmente ante la idea de las risotadas de Curnow reverberando en todo el Sistema Solar. Por mucho que admirara la habilidad del ingeniero, como compañero de viaje Curnow podía llegar a resultar un tanto cansador. Por lo menos, el doctor Chandra no presentaría ese tipo de problemas; Floyd apenas podía imaginarlo sonriendo, y menos aún riendo. Y, desde luego, rechazó el champagne con un gesto apenas perceptible. Curnow estuvo lo bastante cortés, o complacido, como para no insistir.

El ingeniero parecía determinado a ser el alma de la fiesta. Pocos minutos más tarde hizo aparecer un teclado electrónico de dos octavas, y ofreció una rápida versión de John Peel ejecutada sucesivamente en piano, trombón, violín, flauta y órgano, con acompañamiento vocal. Era realmente bueno, y al rato Floyd se vio cantando con los demás. Pero pensó, al mismo tiempo, que afortunadamente Curnow pasaría gran parte del viaje en silenciosa hibernación.

La música desapareció con una abrupta disonancia al explotar los motores, y la nave se hundió en el cielo. Floyd fue dominado por una euforia familiar, pero siempre nueva; la sensación de un poder ¡limitado que lo llevaba muy lejos de los cuidados y deberes de la Tierra. Los hombres habían sido más sabios de lo que creían, al colocar la morada de los dioses fuera del alcance de la gravedad. Él estaba volando hacia aquel reino sin peso; por el momento; ignoraría el hecho de que allí no lo esperaba la libertad, sino la responsabilidad más grande de su carrera.

Al crecer el empuje, sentía el peso de muchos mundos sobre sus hombros; pero lo soportaba gustoso; como un Atlas no doblegado aún por su carga. No intentaba pensar, sólo disfrutaba la experiencia. Aunque tal vez estuviera abandonando la Tierra por última vez, y despidiéndose de todo lo que en alguna ocasión había amado, no sentía pena. El rugido que lo rodeaba era un himno triunfal, que borraba cualquier emoción secundaria.

Casi llegó a lamentar que cesara, aunque agradeció poder respirar con más facilidad y también esa instantánea sensación de libertad. La mayoría de los pasajeros comenzó a soltar sus correas de seguridad, disponiéndose a disfrutar de los treinta minutos de gravedad cero durante la transferencia de órbitas; pero unos pocos, que obviamente hacían su primer viaje, se quedaron en sus asientos, buscando ansiosamente con la mirada a las asistentes de a bordo.

—Habla la capitana. Nos encontramos a una altura de trescientos kilómetros sobre la costa occidental de África. No podrán ver demasiado, ya que es de noche allá abajo (aquella luz de adelante es Sierra Leone) y hay una gran tormenta tropical sobre el Golfo de Guinea. ¡Miren esos relámpagos!

»Veremos el amanecer en quince minutos. Entretanto, haré virar la nave para que puedan tener una buena vista del cinturón ecuatorial de satélites. El mas brillante, justo enfrente, es la antena del Atlántico 1, de Intelsat. Al oeste Intercosmos 2; aquella estrella tenue es Júpiter. Y si observan abajo, verán una luz titilante que se destaca contra el fondo estrellado; es la nueva estación espacial china. Pasaremos a cien kilómetros, pero no es lo bastante cerca como para poder distinguir a simple vista...

«¿Qué se propondrán?», se preguntaba Floyd inútilmente. Había examinado aproximaciones fotográficas de la achatada estructura cilíndrica y sus curiosas salientes, y no existía razón para dar crédito a los rumores de alarma que la consideraban una fortaleza equipada con rayos láser. Pero al haber ignorado la Academia Beijing de Ciencias las reiteradas solicitudes de inspección del Comité Espacial de la O.N.U., los chinos sólo podían culparse a sí mismos por una propaganda tan hostil.

La Cosmonave Alexei Leonov no era precisamente bella; pero pocas naves espaciales lo habían sido. Algún día, tal vez, la especie humana desarrollaría una nueva estética; quizás surgirían generaciones de artistas cuyos ideales no estarían basados en las formas de la Tierra, modeladas por el agua y el viento. El espacio era en sí mismo un reino de tremenda belleza; desgraciadamente el Hombre no lo había alcanzado a comprender aún.

Sin considerar los cuatro enormes tanques de propelente que serían abandonados al alcanzar la órbita de transferencia, Leonov era sorprendentemente pequeña. Desde los aisladores térmicos hasta las unidades impulsoras medía menos de cincuenta metros; costaba creer que un vehículo tan modesto, más pequeño que muchas aeronaves comerciales, pudiera transportar a diez hombres y mujeres a través de medio Sistema Solar.

Pero la gravedad cero, que hacía intercambiables a las paredes, el piso y el techo, replanteaba todas las reglas de vida. Había mucho espacio a bordo de Leonov, inclusive cuando estaban todos despiertos al mismo tiempo, como ciertamente era el caso en ese momento. En realidad, su dotación normal estaba duplicada por activos periodistas, ingenieros que hacían los ajustes finales, y oficiales ansiosos.

Tan pronto como el enlace espacial llegó a destino, Floyd trató de encontrar la cabina que compartiría, un año más tarde, al despertar, con Curnow y Chandra. Cuando por fin la ubicó, descubrió que estaba tan llena de cajas, cuidadosamente etiquetadas, conteniendo equipos y alimentos, que la entrada era casi imposible. Estaba cavilando en silencio acerca de cómo introducir un pie en la puerta cuando alguien de la tripulación, volando con seguridad de una a otra agarradera, percibió el dilema de Floyd y frenó de golpe.

—Doctor Floyd, bienvenido a bordo. Yo soy Max Brailovsky, ingeniero asistente.

El joven ruso hablaba ese inglés lento, cuidado, del estudiante que ha tomado más lecciones con un tutor electrónico que con un maestro humano.

Mientras estrechaba su mano, Floyd comparó el rostro y el nombre con el conjunto de biografías de la tripulación que había estudiado: Maxim Andrei Brailovsky, treinta y un años, nacido en Leningrado, especializado en estructuras, aficionado a la esgrima, al aeromotociclismo y ajedrez.

—Encantado de conocerlo —dijo Floyd—. ¿Pero, cómo entro?

—No se preocupe —dijo Max alegremente—. Todo esto ya no estará cuando usted despierte. Es, ¿cómo lo llaman ustedes?, bien de consumo. Nos habremos comido el contenido de su cuarto para cuando lo necesite. Lo prometo —y se palmeaba el estómago.

—Estupendo, pero mientras tanto ¿dónde pongo mis cosas? —Floyd señalaba las tres pequeñas maletas, con una masa total de cincuenta kilogramos, que contenían (eso esperaba) todo lo que necesitaría para los próximos dos mil millones de kilómetros. No había sido fácil arrear esos bultos sin peso, pero no sin inercia, a través de los corredores sólo con unos pocos topetazos.

Max tomó dos de las maletas, las introdujo suavemente a través del triángulo formado por tres vigas, y se deslizó por una escotilla, desafiando en apariencia la Primera Ley de Newton durante el proceso. Floyd recibió algunos magullones extra mientras lo seguía; después de un tiempo considerable (Leonov parecía mayor desde dentro que desde afuera), llegaron a una puerta en la que se leía CAPITAN, en caracteres rusos y latinos. Aunque Floyd leía ruso mucho mejor de lo que lo hablaba, apreció el gesto; ya había notado que todos los letreros de la nave eran bilingües.

Al golpe de Max, se encendió una luz verde, y Floyd flotó hacia adentro con tanta gracia como pudo. Aunque había hablado muchas veces con la capitana Orlova, nunca se habían encontrado antes. Se sintió sorprendido.

Era imposible evaluar el tamaño real de una persona a través del fonovisor; de alguna manera, la cámara reducía a todos a una misma escala. La capitana Orlova parada, tan parada como se puede estarlo en gravedad cero, apenas alcanzaba los hombros de Floyd. El fonovisor tampoco había podido transmitir la agudeza de esos ojos brillantes, gran parte del atractivo de un rostro que, por el momento, no podía considerarse bello.

—Hola, Tanya —dijo Floyd—. Qué bueno encontrarnos al fin. Pero qué pena tu cabello. Se estrecharon ambas manos, como viejos amigos.

—¡Y qué bueno es tenerte a bordo, Heywood! —contestó la capitana. Su inglés, como el de Brailovsky, era bastante fluido, aunque con un fuerte acento—. Sí, me dio pena perderlo, pero el cabello es una molestia en misiones prolongadas; prefiero mantener a los peluqueros locales tan alejados como pueda. Y mis disculpas por tu cabina; como te habrá explicado Max, de repente vimos que necesitábamos otros diez metros cúbicos de espacio para almacenamiento. Vasili y yo no pasaremos mucho tiempo aquí durante las próximas horas, así que, por favor, dispón de nuestros cuartos.

—Gracias, ¿qué hay de Curnow y Chandra?

—He hecho arreglos similares con la tripulación. Puede parecer que los estamos considerando como equipaje...

—No necesitado en viaje.

—¿Perdón?

—Es una etiqueta que acostumbraban colocar sobre el equipo en los viejos tiempos de la navegación oceánica.

Tanya sonrió.

—Algo por el estilo. Pero ustedes sí serán necesitados, al final del viaje. Ya estamos planeando la fiesta de su vuelta a la vida.

—Suenas demasiado religioso. Digamos... ¡no, resurrección sería peor aún! Fiesta del Despertar. Pero veo que estás muy ocupada; permíteme desempacar y continuar mi recorrido.

—Max te guiará; lleva al doctor Floyd con Vasili, ¿quieres? Está abajo, en la unidad impulsora.

Mientras abandonaban los dominios de la capitana, Floyd asignó buenas calificaciones al comité de selección de la tripulación. Tanya Orlova ya era notable en los papeles; en vivo era casi intimidante, a pesar de su calidez. Floyd se preguntaba cómo sería al enojarse. ¿De fuego o de hielo? De cualquier modo, prefería no averiguarlo.

Floyd adquiriría rápidamente un andar espacial; cuando llegaron con Vasili Orlov, ya estaba maniobrando casi con tanta seguridad como su guía. El científico en jefe lo recibió tan calurosamente como su esposa.

—Bienvenido a bordo, Heywood. ¿Cómo te sientes?

—Estupendo, si olvido que estoy agonizando de hambre.

Por un momento, Orlov pareció confundido; luego su rostro se abrió en una amplia sonrisa.

—¡Oh, lo había olvidado! Bien, no será por mucho tiempo. Dentro de diez meses, podrás comer todo lo que gustes.

Los hibernantes seguían una dieta baja en residuos toda la semana anterior al proceso; y en las últimas veinticuatro horas sólo tomaban líquido. Floyd estaba comenzando a preguntarse qué parte de su aturdimiento se debía al hambre, cuánto al champagne de Curnow y cuánto a la gravedad cero.

Para concentrar su mente, observó cuidadosamente la masa multicolor de tubos que los rodeaba.

—Así que éste es el famoso Propulsor Sakharov. Es la primera vez que veo uno en escala real.

—Sólo se han construido cuatro.

—Espero que funcione.

—Mejor que funcione. De otra manera, el Consejo Municipal de Gorky deberá rebautizar la Plaza a Sakharov.

Esto era una señal de que en esos tiempos un ruso podía bromear, aunque no abiertamente, acerca del tratamiento que su país había dispensado a su científico más grande. Floyd volvió a recordar el elocuente discurso de Sakharov en la Academia, cuando, tardíamente, fue condecorado Héroe de la Unión Soviética. La prisión y el destierro, había dicho, eran una magnífica ayuda para la creatividad; no pocas obras maestras habían sido concebidas entre los muros de una celda, lejos de las distracciones mundanas. Los mismos Principia, el mayor logro individual del intelecto humano, eran producto del autoimpuesto exilio de Newton, al irse de Londres, arrasada por la peste.

La comparación no era inmodesto; desde aquellos años en adelante, Gorky había aportado no sólo nuevas perspectivas al estudio de la estructura de la materia y el origen del Universo, sino también a los conceptos de control del plasma, lo que había llevado al aprovechamiento práctico de la energía termonuclear.

El propulsor mismo, a pesar de ser la consecuencia más conocida y mejor publicitaria del trabajo, era apenas una aplicación secundaria de aquella alucinante explosión intelectual. La tragedia estaba en que estos avances habían sido engendrados por la injusticia; algún día la humanidad encontraría una manera más civilizada para manejar estos asuntos.

Al abandonar la cámara, Floyd había aprendido acerca del Propulsor Sakharov más de lo que realmente quería saber, o esperaba recordar. Estaba bien informado sobre sus principios básicos, el uso de una reacción termonuclear pulsante que calentaba y expelía virtualmente cualquier material propelente. Los mejores resultados se obtenían usando hidrógeno puro como fluido impulsor, pero ocupaba demasiado espacio y era difícil de almacenar durante períodos prolongados. Metano y amoníaco eran alternativas

aceptables; incluso se podía usar agua, aunque el rendimiento era considerablemente inferior.

Leonov tenía la palabra; los enormes tanques de hidrógeno líquido que proveían el impulso inicial serían descartados cuando la nave hubiese adquirido la velocidad necesaria para llegar a Júpiter. Llegando a destino, se utilizaría amoníaco para las maniobras de frenado y acople, y el eventual regreso a Tierra.

Esta era la teoría, comprobada y vuelta a comprobar en interminables simulaciones computadas. Pero, como tan bien lo había mostrado la desventurada Discovery, todos los proyectos humanos estaban sujetos a la insensible revisión de la Naturaleza, del Destino, o como se quisiera llamar al poder del Universo.

—¡Así que ahí estaba, doctor Floyd! —dijo una autoritaria voz femenina, interrumpiendo la entusiasta explicación de Vasili acerca de la retroalimentación magnética hidrodinámica—. ¿Por qué no se presentó ante mí?

Floyd giró con lentitud sobre su eje empujándose grácilmente con una mano. Vio una enorme, maternal figura enfundada en un curioso uniforme adornado con docenas de bolsillos y faltriqueras; el efecto no distaba mucho del de un jinete cosaco rodeado de sus cananas de cartuchos.

—Un placer volver a encontrarla, doctora. Todavía estoy explorando; espero que haya recibido el informe médico sobre mí desde Houston.

—¡Esos veterinarios de Teague! ¡No confío en que puedan detectar una fiebre aftosa!

Floyd conocía perfectamente bien el mutuo respeto que existía entre Katerina Rudenko y el Centro Médico de Teague, aun cuando el gruñido de la doctora no había desmentido sus palabras. Ella notó su mirada de franca curiosidad y señaló orgullosamente las correas que rodeaban su amplia cintura.

—La valijita convencional no es muy práctica en gravedad cero; las cosas flotan fuera de ella y nunca están donde una las necesita. Yo misma diseñé esto; es un miniquirófano completo. Con él podría extirpar un apéndice... o ayudar a nacer un bebé.

—Confío en que ese problema en particular no se presentará.

—¡Ja! Un buen doctor debe estar preparado para todo.

Floyd pensó en el contraste entre la capitana Orlova y la doctora, ¿o debería llamarla por su grado de Comandante Cirujano Rudenko? La capitana tenía la gracia e intensidad de una prima ballerina; la doctora podría haber sido el prototipo de la Madre Rusia; de complexión maciza y regordete cara de campesina, sólo faltaba un pañuelo sobre su cabeza para completar el cuadro. «No te dejes engañar», se dijo Floyd. «Esta es la mujer que salvó por lo menos doce vidas en el accidentado regreso del Komarov. Y, en su

tiempo libre, se las ingenia para editar los Anales de Medicina Espacial. Considérate muy afortunado de tenerla a bordo.»

—Y entonces, doctor Floyd, ya tendrá mucho tiempo para explorar nuestra pequeña lancha. Mis colegas son demasiado gentiles para decirlo, pero tienen mucho trabajo que hacer y usted los estorba. Me gustaría que estuvieran, ustedes tres, dulces y en paz tan pronto como sea posible. Así tendremos menos de qué preocuparnos.

—Me lo temía, pero comprendo su punto de vista. Estaré listo cuando usted lo esté.

—Yo siempre estoy lista. Sígame, por favor.

El hospital de la nave era lo bastante amplio como para contener una mesa de operaciones, dos bicicletas fijas, algunos armarios con equipos, y una máquina de rayos X. Mientras la doctora hacía un rápido pero exhaustivo examen de Floyd, preguntó inesperadamente:

—¿Qué es ese pequeño cilindro de oro que el doctor Chandra lleva en la cadena alrededor del cuello, algún aparato comunicador? No quiso sacárselo; en realidad, tuvo demasiada vergüenza para sacarse cualquier cosa.

Floyd no pudo evitar una sonrisa. Era fácil imaginarse la reacción del pequeño Indio ante aquella dama dominante.

—Es un lingam.

—¿Un qué?

—Usted es la doctora, debería reconocerlo. El símbolo de la fertilidad masculina.

—Desde luego, ¡qué estúpida! ¿Es hindú practicante? Es un poco tarde para disponer una dieta vegetariana estricta.

—No se preocupe, no habríamos dejado de avisarle. Aunque no prueba el alcohol, Chandra no es fanático de nada, excepto de las computadoras. Una vez me dijo que su abuelo era sacerdote en Benarés, y le había dado ese lingam; ha pertenecido a la familia por generaciones.

Para sorpresa de Floyd, la doctora Rudenko no mostró la reacción negativa que él había estado esperando; en realidad, su expresión se tomó extrañamente pensativa.

—Lo entiendo. Mi abuela me regaló un hermoso icono del siglo XVI. Quería traerlo conmigo, pero pesa cinco kilos.

La doctora volvió abruptamente a su actitud profesional, administró a Floyd una inyección indolora con una hipodérmica neumática y le ordenó regresar apenas se sintiera con sueño. Eso, le aseguró, sucederá en menos de dos horas.

—Entretanto, relájese totalmente —dijo—. Hay un puesto de observación en este nivel; Estación D.6. ¿Por qué no da una vuelta por allí?

Parecía una buena idea, y Floyd se retiró con una docilidad que hubiera sorprendido a sus amigos. La doctora Rudenko miró su reloj, dictó una pequeña entrada en su computador personal, y conectó la alarma para treinta minutos después.

Cuando llegó a D.6., Floyd vio que Chandra y Curnow ya estaban allí. Lo miraron sin dar el más leve signo de reconocimiento, y se volvieron a enfrascar en el pavoroso espectáculo de afuera. A Floyd se le ocurrió, y se felicitó de tan brillante observación, que Chandra no podía estar disfrutando el panorama. Sus ojos se hallaban fuertemente cerrados.

Un planeta totalmente desconocido colgaba allí afuera brillante de gloriosos azules y blancos deslumbrantes. «¡Qué extraño!», se dijo Floyd. ¿Qué había pasado con la Tierra? Pero, por supuesto, no era extraño que no la hubiera reconocido... ¡estaba al revés! «Qué desastre», se lamentaba. «Toda esa pobre gente cayéndose en el espacio».

Apenas percibió a los dos miembros de la tripulación que se llevaron a la figura fofa de Chandra. Cuando volvieron por Curnow, los ojos de Floyd estaban cerrados, pero aun respiraba. Y al regresar por él, hasta su respiración había cesado.

II – TSIEN

6. DESPERTAR

«Y nos habían dicho que no soñaríamos», pensó Heywood Floyd, con más sorpresa que disgusto. El glorioso resplandor rosado que lo rodeaba era muy acogedor; le recordaba las parrilladas y los maderos chisporroteantes de los hogares de Navidad. Pero no hacía calor; en realidad, sentía un frío persistente, aunque no desagradable.

Murmuraban voces, demasiado bajas para que él pudiera comprender lo que decían. Aumentaron el volumen, aunque siguió sin entender.

«¡Desde luego!», reaccionó repentinamente, «¡no puedo estar soñando en ruso!».

—No, Heywood —contestó una voz femenina—. No está soñando. Es hora de que se levante.

El agradable resplandor se desvaneció, abrió los ojos, y tuvo la sensación imprecisa de una luz que se apagaba. Estaba en una camilla, asegurado con ligaduras elásticas; había algunas siluetas alrededor, pero demasiado desenfocadas como para identificarlas.

Unos dedos suaves cerraron sus párpados y masajearon sus sienes.

—No se agite. Respire profundamente... otra vez... eso es... ¿cómo se siente ahora?

—No sé... raro... muy liviano... y hambriento.

—Es una buena señal. ¿Sabe dónde se encuentra? Ya puede abrir los ojos.

Las siluetas entraron en foco, primero la doctora Rudenko, luego la capitana Orlova. Pero algo había sucedido con Tanya desde que la había visto, sólo una hora antes. Cuando Floyd logró precisar qué era, fue como un shock.

—¡Te ha vuelto a crecer el cabello!

—Espero que lo consideres un progreso. No puedo decir lo mismo de tu barba.

Floyd llevó su mano a la cabeza, y descubrió que debía realizar un esfuerzo consciente para planear cada etapa de movimiento. Su mentón estaba cubierto de una suave pelusa, como de dos o tres días. En hibernación, el crecimiento capilar era cien veces más lento que lo normal...

—Así que lo logré —dijo—. Hemos llegado a Júpiter.

Tanya lo miró sombríamente, luego espía a la doctora, que asintió apenas con la cabeza.

—No, Heywood —dijo—. Todavía estamos a un mes de camino. No te alarmes, la nave está bien, y todo funciona normalmente. Pero tus amigos de Washington nos pidieron que te despertáramos antes de lo previsto. Sucedió algo inesperado. Estamos en una carrera para alcanzar Discovery... y me temo que la perderemos.

7. TSIEN

Cuando la voz de Heywood Floyd emergió del parlante, los dos delfines cesaron instantáneamente de vagar en la piscina y nadaron hasta el borde. Apoyaron la cabeza sobre él y miraron fijamente hacia la fuente de sonido.

«Así que ellos reconocen a Floyd», pensó Caroline, con un resquemor amargo. Entretanto, Christopher ni siquiera dejó de jugar con el control de colores de su libro de imágenes mientras la voz de su padre surgía alta y clara a través de quinientos millones de kilómetros de espacio.

—«...cariño, no te sorprenderá escucharme, un mes antes de lo previsto; sabrás desde hace semanas que tenemos compañía ahí afuera».

»Aún me cuesta creerlo; en cierta forma, esto no tiene sentido. No es posible que tengan combustible, suficiente para un regreso seguro a Tierra; ni siquiera sabemos cómo pueden llegar a efectuar el acople.

»Nunca los vimos, por supuesto. En el punto más cercano, Tsien estuvo a más de cincuenta millones de kilómetros de distancia. Tuvieron mucho tiempo para contestarnos, de haberlo deseado, pero nos ignoraron completamente. Ahora estarán muy ocupados para una charla informal. En pocas horas penetrarán en la atmósfera de Júpiter; y veremos lo bien que funciona su sistema de desaceleración aerodinámico. Si hacen bien su trabajo, será bueno para nuestra moral. Pero si falla... no hablemos de ello.

»Los rusos lo están tomando notablemente bien, dentro de todo. Están enojados y desilusionados, por supuesto, pero he escuchado varias expresiones de franca admiración. Fue una jugada brillante, construir esa nave a la vista de todo el mundo y hacer creer a todos que era una estación espacial hasta que le adosaron esos impulsores.

»Bueno, no hay nada que podamos hacer, sino mirar. Y desde aquí no tendremos una vista mucho más clara que la del mejor telescopio en Tierra. No puedo evitar desearles suerte, aunque, desde luego, espero que dejarán a Discovery en paz. Es nuestra propiedad, y apuesto a que el Departamento de Estado se lo está recordando cada hora.

»Es mala suerte; si nuestros amigos chinos no nos hubieran ganado la delantera, no habrías escuchado hablar de mí hasta dentro de un mes. Pero, ahora que la doctora Rudenko me ha despertado, hablaré contigo cada dos días.

»Pasado el golpe inicial, me estoy adaptando muy bien; conociendo la nave y a su tripulación, aprendiendo el andar espacial. Y puliendo mi ruso (bastante pobre), aunque no tengo mucha oportunidad de usarlo, ya que todos insisten en hablar en inglés. ¡Qué increíbles lingüistas somos los norteamericanos. A veces me siento avergonzado de nuestro chauvinismo... o nuestra indolencia.

»El nivel de inglés a bordo arranca desde perfecto (el ingeniero en jefe Sasha Kovalev podría ganarse la vida como locutor de la BBC) hasta el tipo "no-importan-tus-errores-si-hablas-rápido". La única que se traba es Zenia Marchenko, que reemplazó a Irina Yakunina a último momento. A propósito, qué bueno saber que Irina se recuperó bien. ¡Qué desilusión para ella!; me pregunto si habrá vuelto a volar en alas-delta.

»Y hablando de accidentes, es obvio que Zenia debe de haber tenido uno muy serio. Aunque los cirujanos plásticos han hecho un buen trabajo, se ve que debe de haber sufrido graves quemaduras hace algún tiempo. Es la mascota de la tripulación y los demás la tratan, iba a decir con lástima, pero es muy condescendiente. Digamos. mejor con una gentileza especial.

»Tal vez te preguntes cómo me llevo con la capitana Orlova. Bien, me simpatiza mucho, pero me aterra hacerla enojar. No caben dudas sobre quién dirige la nave.

»Y la cirujana comandante Rudenko: la conociste en la Convención Aeroespacial de Honolulu hace dos años, y estoy seguro de que no habrás olvidado la última fiesta. Comprenderás por qué la llamamos Catalina la Grande... a sus anchas espaldas, desde luego.

»Pero basta de charla. Me estoy pasando del tiempo, odio pensar en el recargo. Y a propósito, se supone que estos llamados son estrictamente privados. Pero hay muchos eslabones en la cadena de comunicación, así pues, no te sorprendas si, ocasionalmente, recibes algún mensaje por, digamos, otras vías.

»Estaré esperando noticias tuyas; di a las niñas que ya hablaré con ellas. Cariños para todos ustedes; los extraño mucho a Chris y a ti. Y cuando regrese, prometo que nunca volveré a irme».

Hubo un silbido de pausa; luego una voz obviamente sintética dijo: «Esto concluye la transmisión Cuatrocientos treinta y dos desde la Nave Espacial Leonov». Mientras Caroline Floyd desconectaba el receptor, los dos delfines se deslizaron bajo la superficie de la piscina y se alejaron hacia el Pacífico, dejando una estela en el agua.

Al darse cuenta de que sus amigos se habían ido, Christopher comenzó a llorar. Su madre lo tomó en sus brazos y trató de consolarlo, pero pasó mucho tiempo antes de que lo consiguiera.

8. TRÁNSITO POR JUPITER

La imagen de Júpiter, con sus franjas de nubes blancas, sus bandas moteadas de rosa salmón, y el Gran Punto Rojo mirando hacia la inmensidad como una pupila maléfica, flotaba firme en la pantalla de proyección del puente de mando. Estaba en tres cuartos creciente, pero nadie miraba el disco iluminado; todos los ojos se hallaban enfocados sobre la curvada terminal de su borde. Allí, en el lado oscuro del planeta, la nave china se aproximaba al momento de la verdad.

«Esto es absurdo», pensó Floyd. «No podemos ver nada a catorce millones de kilómetros de distancia. Y no importa; la radio nos dirá lo que queremos saber». Tsien había cerrado todos los circuitos de audio, video y datos hacía dos horas, ya que las antenas de alto rango estaban reflejadas en la sombra protectora del escudo térmico. Sólo el radiofaro omnidireccional seguía transmitiendo, señalando con precisión la posición de la nave china mientras ésta avanzaba en pos de aquel océano de nubes del tamaño de un continente. El agudo bip... bip... bip... era el único sonido en el cuarto de

control de Leonov. Cada uno de esos pulsos había dejado Júpiter hacía más de dos minutos; ahora, su fuente podía ser una nube de gas incandescente dispersándose en la estratosfera joviana.

La señal se diluía, volviéndose más confusa. Los bips se distorsionaban, casi se apagaban completamente, luego seguía la secuencia. Se estaba formando una cubierta de plasma alrededor de Tsien, que pronto interrumpiría toda comunicación hasta que la nave reemergiera. Si es que lo hacía.

—¡Posmotri! —gritó Max—. ¡Ahí está!

Al principio Floyd no pudo ver nada. En seguida, justo en el borde del disco iluminado, distinguió una estrella diminuta que brillaba donde no podía haber ninguna estrella, contra la cara oscurecida de Júpiter.

Parecía totalmente detenida, aunque él sabía que debía estar moviéndose a cien kilómetros por segundo. Lentamente aumentó su brillo; y ya no era más un punto sin dimensión; iba tomando forma alargada. Un cometa artificial estaba surcando el cielo nocturno de Júpiter, dejando una estela de miles de kilómetros incandescentes tras de sí.

Sonó un último bip curiosamente distorsionado, proveniente del radiofaro de rastreo; luego, sólo los silbidos sin significado de la propia radiación de Júpiter; una de las muchas voces cósmicas que no tenían nada que ver con el Hombre o su obra.

Tsien era inaudible, pero no invisible todavía. Podían ver que la pequeña chispa alargada se había alejado considerablemente de la cara iluminada del planeta y desaparecería en el lado oscuro en poco tiempo. Para entonces, si todo salía como estaba planeado, Júpiter habría capturado a la nave, reduciendo su velocidad excedente. Cuando Tsien emergiera desde atrás del gigantesco mundo, sería otro satélite joviano.

La chispa se desvaneció. Tsien había doblado la curva del planeta y avanzaba en el lado oscuro. Ahora ya no habría nada que ver ni escuchar hasta que emergiera de las sombras. Si todo iba bien, alrededor de una hora. Sería una hora muy larga para los chinos.

Para el científico en jefe Vasili Orlov y el ingeniero en comunicaciones Sasha Kovalev, la hora pasó extremadamente rápido. Tenían mucho para aprender observando a la pequeña estrella; sus tiempos de aparición y desaparición, y, sobre todo, el desplazamiento Doppler en el radiofaro proporcionaban información vital sobre la nueva órbita de Tsien. Las computadoras de Leonov ya estaban digiriendo cifras, y escupiendo tiempos de reemergencia estimativos, basados en diversas suposiciones sobre los rangos de desaceleración en la atmósfera joviana.

Vasili apagó el visor de la computadora, hizo girar su sillón, aflojó el cinturón de seguridad, y se dirigió a la audiencia, que esperaba pacientemente.

—La próxima aparición será dentro de cuarenta y dos minutos. ¿Por qué no se van a dar un paseo, así podemos concentrarnos en poner todo esto en orden? Los veré en treinta y cinco minutos. Shoo Nu-ukhodi.

Con desgano, los cuerpos non grata dejaron el puente; pero, para disgusto de Vasili, todo el mundo volvió poco después de los treinta minutos. Aún estaba reprendiéndolos por la falta de fe en sus cálculos cuando el familiar bip... bip... bip.. del radiofaro de Tsien surgió de los altoparlantes.

Vasili parecía sorprendido Y mortificado, pero enseguida se unió a la espontánea salva de aplausos; Floyd no pudo ver quién fue el que comenzó a aplaudir. Podrían ser rivales, pero eran todos astronautas, tan lejos del hogar como nunca lo había estado ningún hombre; «Embajadores de la Humanidad», en las nobles palabras del Primer Tratado Espacial de la ONU. Aun cuando no quisieran que triunfaran los chinos, tampoco deseaban que se enfrentaran al desastre.

Floyd no pudo evitar pensar que también había un elemento importante de interés propio. Ahora las apuestas a favor de Leonov habían aumentado considerablemente; Tsien había demostrado que la maniobra de frenado aerodinámico era posible. Los datos sobre Júpiter eran correctos; su atmósfera no contenía sorpresas inesperadas, y tal vez fatales.

—¡Bien! —dijo Tanya—. Supongo que deberíamos enviarles un mensaje de felicitación. Pero aunque lo hiciéramos no se darían por enterados.

Algunos de sus colegas seguían burlándose de Vasili, que miraba las salidas de su computadora con franco descreimiento.

—¡No lo puedo entender! —exclamó—. ¡Aún deberían estar detrás de Júpiter! Sasha, ¡léeme la velocidad del radiofaro!

Se mantuvo otro diálogo silencioso con la computadora; luego Vasili soltó un silbido largo, suave.

—Algo anda mal. Están en órbita de captura, de acuerdo, pero no les permitirá realizar un acople con Discovery. Su órbita actual los llevará más allá de lo; dispondré de datos más precisos cuando los hayamos seguido otros cinco minutos.

—De todos modos, deben estar en una órbita segura —dijo Tanya—. Siempre podrán hacer correcciones más adelante.

—Tal vez. Pero les podría costar días, aun teniendo el combustible. Algo que dudo.

—Entonces todavía podemos ganarles.

—No seas tan optimista. Aún estamos a tres semanas de Júpiter. Pueden probar doce órbitas antes de que lleguemos, y elegir la más favorable para su acople.

—De nuevo; suponiendo que tengan combustible.

—Desde ya. Y sobre eso sólo podemos arriesgar conjeturas más o menos exactas.

Toda esta conversación tuvo lugar en un ruso tan rápido y nervioso que Floyd fue dejado por el camino. Cuando Tanya se compadeció de él y le explicó que Tsien había apuntado muy alto y se dirigía hacia los satélites exteriores, su primera reacción fue:

—Entonces pueden estar en problemas. ¿Qué harán ustedes si llaman pidiendo ayuda?

—Debes de estar bromeando. ¿Puedes imaginarlos haciendo algo así? Son demasiado orgullosos. De cualquier manera, sería imposible. Como tú sabes perfectamente, no podemos cambiar el esquema de nuestra misión. Aun cuando tuviéramos el combustible...

—¡Tienes razón, por supuesto!, pero podría ser difícil de explicar esto al noventa y nueve por ciento de la raza humana que no conoce la mecánica orbital. Deberíamos comenzar a pensar en las complicaciones políticas; estaría muy mal visto que no ayudáramos. Vasili, ¿me darías su órbita final, apenas la hayan resuelto? Me voy a mi cabina a trabajar un poco.

La cabina de Floyd, o mejor un tercio de cabina, estaba todavía ocupada parcialmente con provisiones, muchas de ellas aseguradas en las literas que ocuparían Chandra y Curnow cuando emergieran de su larga siesta. Había logrado despejar un pequeño espacio para sus efectos personales, y se le había prometido el lujo de otros dos metros cúbicos completos, apenas se pudiera distraer a alguien para ayudar en el traslado de los muebles.

Floyd abrió su pequeña consola de comunicaciones, pulsó las teclas de decodificación y pidió la información sobre Tsien que le había sido transmitida desde Washington. Se preguntaba si sus anfitriones habrían logrado descifrarla; la clave estaba basada en el producto de dos números primos de cien dígitos y la Agencia Nacional de Seguridad había apostado su reputación a que la computadora más rápida de la actualidad no podría solucionarla antes del gran estallido del fin del Universo.

Una vez más echó una mirada a las excelentes fotografías de la nave china, tomadas cuando había revelado sus verdaderas intenciones y estaban a punto de dejar la órbita de la Tierra. Había tomas posteriores (no tan claras, porque para entonces Tsien ya se había alejado de las cámaras espías) de la etapa final, mientras se precipitaba hacia Júpiter. Éstas eran las que más le interesaban, pero más valiosos aún resultaban los cortes esquemáticos y las estimaciones de rendimiento confirmando las hipótesis más

optimistas, era difícil entender qué querían hacer los chinos. Debían consumir por lo menos el noventa por ciento del propulsor en esa loca carrera a través del Sistema Solar menos que fuera literalmente una misión suicida, algo que no podía ser descartado, sólo podía tener sentido un plan que involucrara hibernación y un posterior rescate. Inteligencia no creía que la tecnología china de hibernación estuviera lo suficientemente adelantada como para tal opción.

Pero muchas veces Inteligencia estaba equivocada, y más veces aún, confundida por la avalancha de datos confusos que debía evaluar; el «ruido» en sus circuitos de información. Había hecho un notable trabajo sobre Tsien considerando la escasez de tiempo, pero Floyd habría preferido que el material que le fue enviado hubiera sido más cuidadosamente depurado. Parte del mismo era chatarra, sin conexión posible con la misión.

De todos modos, al no saber qué se buscaba, era ¡muy importante evitar todo tipo de prejuicios y preconcepciones algo que a primera vista parecía irrelevante, o incluso sin sentido, podía volverse de vital importancia.

Con un suspiro Floyd comenzó una vez más a hojear las quinientas páginas de datos, dejando su mente en blanco, lo más receptiva posible, mientras diagramas, tablas, fotografías (algunas tan borrosas que podían, representar casi cualquier cosa) informes periodísticos, listas de delegados a conferencias científicas, publicaciones técnicas, y hasta documentos comerciales fluían rápidamente por la pantalla de alta resolución. Obviamente, un sistema de espionaje industrial muy eficiente había estado en juego. ¿Quién habría pensado que tan todos los módulos de holomemoria japoneses, microcontroles suizos de combustible, o detectores de radiación alemanes estaban destinados al lecho seco del lago Lop Nor, primer mojón de su viaje a Júpiter?

Algunos de los ítems debían de haber sido incluidos por accidente; de ninguna manera podían tener relación con la misión. Si los chinos habían tramitado una orden secreta por mil sensores infrarrojos a través de una falsa compañía en Singapur, eso concernía sólo a los militares; parecía improbable que Tsien esperara ser perseguida por misiles termosensibles. Y esto otro era realmente gracioso: equipos especializados de agrimensura y prospección minera, adquiridos a Glacier Geophysics, Inc. de Anchorage, Alaska. ¿Quién habría sido el tonto que imagino que una expedición al espacio profundo tendría necesidad de...?

La sonrisa se heló en los labios de Floyd; sintió que la piel se arrugaba detrás de su cuello. ¡Dios mío; no se atreverían! Pero ya se habían atrevido, y mucho, y ahora, al fin, todo encajaba.

Volvió a pensar en las fotos y en los planes conjeturados acerca de la nave china. Sí, era muy lógico; esas ranuras en la base, a lo largo de los electrodos de deflexión, serían del tamaño aproximado...

Floyd llamó al puente.

—Vasili —dijo—, ¿has logrado resolver su órbita?

—Sí, ya lo hice —contestó el navegante, con una voz curiosamente sosegada. Floyd comprendió al punto que algo había sucedido. Jugó una carta arriesgada.

—Van a tomar contacto con Europa, ¿no es así?

Se escuchó un explosivo jadeo de incredulidad desde el otro extremo.

—¡Chyoil voz mi! ¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía; sólo lo adiviné.

—No puede haber ningún error; comprobé las cifras hasta el sexto decimal. La maniobra de frenado funcionó exactamente como se lo proponían. Están en camino directo a Europa; no puede haber ocurrido por casualidad. Estarán allí en diecisiete horas.

—Y entrarán en órbita.

—Tal vez; no se necesitaría mucho propelente. Pero, ¿con qué objeto?

—Arriesgaré una vez más. Harán un rápido reconocimiento... y aterrizarán.

—Estás loco, ¿o sabes algo que nosotros ignoramos?

—No, sólo es cuestión deducir, simplemente. Te darás de cara contra la pared por no haber visto lo que era obvio.

—De acuerdo, Sherlock, ¿por qué querría alguien aterrizar en Europa? ¿Qué hay allí, por el amor de Dios?

Floyd estaba disfrutando su fugaz momento de triunfo. Desde luego, podía estar completamente errado.

—¿Qué hay en Europa? Apenas la sustancia más preciosa del Universo.

Se había excedido; Vasili no era tonto, y dejó caer la respuesta de sus labios.

—¡Por supuesto, agua!

—Exactamente. Miles de millones de toneladas de agua. Suficiente para llenar los tanques propulsores, pasear alrededor de todos los satélites, y todavía tener reserva para el acople con Discovery y el regreso a casa. Odio decirlo, Vasili, pero nuestros amigos chinos nos burlaron otra vez.

—Siempre suponiendo, por supuesto, que logren hacerlo.

9. EL HIELO DEL GRAN CANAL

De no ser por el negro azabache del cielo, la fotografía podría haber sido tomada casi en cualquier región polar de la Tierra; no había absolutamente nada de extraño en el hielo áspero, que se extendía hasta el horizonte. Sólo las cinco figuras enfundadas en trajes espaciales en primer plano anunciaban que el panorama pertenecía a otro mundo.

Inclusive ahora, los recelosos chinos no habían proporcionado los nombres de la tripulación. Los anónimos intrusos del helado paisaje europeo eran sólo el científico en jefe, el comandante, el navegante, el primer ingeniero, el segundo ingeniero. Floyd no pudo evitar pensar en lo irónico del asunto. Todo el mundo en la Tierra había visto la ya histórica fotografía una hora antes de que ésta Alegara a Leonov, que estaba mucho más cerca de la escena. Pero las transmisiones de Tsien se efectuaban en un ancho de banda tan estrecho que era imposible interceptarlas; Leonov sólo captaba la señal de su radiobaliza, propagándose imparcialmente en todas direcciones. E incluso ésta era inaudible más de la mitad del tiempo, pues la rotación de Europa la ponía fuera de alcance, o el mismo satélite era eclipsado por la monstruosa masa de Júpiter. Las escasas informaciones de la misión china debían ser retransmitidas desde Tierra.

La nave había descendido, después de su reconocimiento inicial, sobre una de las pocas islas de roca sólida que sobresalían de la costra de hielo que cubría virtualmente toda la luna. El hielo era plano de polo a polo; no había viento que lo modelara con formas extrañas, o nieve que, capa sobre capa, construyera colinas móviles.

Sobre Europa podían caer meteoritos, pero nunca un copo de nieve. Las únicas fuerzas que moldeaban su superficie eran la firme acción de la gravedad, reduciendo todas las elevaciones a un mismo nivel uniforme, y los incesantes temblores causados por los otros satélites al pasar y repasar en sus órbitas cercanas a Europa. El mismo Júpiter, no obstante su masa muy superior, ejercía un efecto mucho más pequeño. Las mareas jovianas habían terminado su tarea hacía eones, asegurando que Europa permaneciera prisionera por siempre, con una cara vuelta hacia su amo gigante.

Todo esto se supo con las observaciones del Voyager de los años setenta, los reconocimientos de Galileo de los ochenta, y los europeizajes Kepler de los noventa. Pero, en pocas horas, los chinos habían aprendido más acerca de Europa que todas las misiones anteriores combinadas. Guardarían el conocimiento para sí mismos; se podría estar en desacuerdo, pero pocos negarían que se habían ganado el derecho de hacerlo.

Lo que sí se estaba negando, con más y más aspereza, era su derecho a anexionar el satélite. Por primera vez en la historia, una nación había proclamado derechos sobre otro mundo, y todos los medios de difusión estaban discutiendo la posición legal. Aunque los

chinos señalaron, en un tedioso manifiesto, que no habían firmado el Tratado Espacial de la ONU de 2002 y, por lo tanto, no estaban sujetos a sus previsiones, eso no contribuyó en nada a acallar las enojadas protestas.

De repente, Europa fue la noticia más importante del Sistema Solar. Y el hombre del momento, al menos en diez millones de kilómetros a la redonda, estaba muy solicitado.

«Habla Heywood Floyd, a bordo de Cosmonauta Alexei Leonov, en ruta a Júpiter. Pero, como bien pueden imaginar, todos nuestros pensamientos están localizados en Europa.

»En este preciso instante estoy mirando hacia allí a través del telescopio más poderoso de la nave; con este aumento es diez veces mayor que la Luna, tal como la ven ustedes a simple vista. Es una visión de otro mundo.

»La superficie es de un rosado uniforme, con unos pocos parches marrones. Está cubierta por una intrincada red de líneas delgadas, que van y vienen en todas direcciones. En realidad, se asemeja mucho a una foto de un texto de medicina, mostrando un sistema de venas y arterias.

»Algunas de estas líneas tienen cientos, o miles, de kilómetros de largo, y parecen esos canales ilusorios que Percival Lowell y otros astrónomos de comienzos del siglo veinte imaginaron haber visto en Marte.

»Pero los canales de Europa no son una ilusión, aunque, desde luego, tampoco son artificiales. Más aún, contienen agua; o al menos, hielo, pues el satélite está casi totalmente cubierto por el océano, que supera los cincuenta kilómetros de profundidad.

»Por estar tan alejada del Sol, la temperatura de la superficie de Europa es extremadamente baja: alrededor de ciento cincuenta grados bajo cero. Se podría esperar que su único océano fuera un bloque de sólido hielo.

»Sorprendentemente, éste no es el caso, porque en el interior de Europa hay mucho calor, generado por sus propias fuerzas de marea; las mismas que producen las erupciones volcánicas en la vecina Io.

»De tal manera, el hielo se derrite continuamente, se quiebra y se congela, formando grietas y bloques como los de las planicies de hielo flotantes de nuestras regiones polares. Son éstos los complejos trazados de hendiduras que estoy viendo ahora; la mayoría son oscuros y muy antiguos; tal vez tengan un millón de años de antigüedad.

»Pero unos pocos son de un blanco puro: los recién abiertos; y tienen unas costras de sólo pocos centímetros de espesor.

»Tsien se ha posado justo al lado de una de estas líneas blancas, una estría de mil quinientos kilómetros de largo que recibió el nombre de Gran Canal. Presumiblemente, los chinos intentarán bombear agua desde allí a sus tanques de combustible, y así podrán

explorar el sistema de satélites jovianos y volver a Tierra. Esto puede no ser fácil, pero seguramente habrán estudiado el lugar de aterrizaje con gran cuidado, y deben saber lo que están haciendo.

»Es obvio, ahora, por qué han corrido tamaño riesgo; y por qué reclaman Europa. Es un punto de reaprovisionamiento. Podría ser la llave para todo el Sistema Solar exterior. También hay agua en Ganímedes, pero está congelada, y es menos accesible a causa del mayor campo gravitatorio de ese satélite.

»Y hay todavía otro aspecto, que se me acaba de ocurrir. Aun si se quedaran encallados en Europa, podrían sobrevivir hasta que se organizara una misión de rescate. Disponen de mucha energía, puede haber muchos minerales útiles en la zona; y ya sabemos que los chinos son los expertos en la producción de alimentos sintéticos. No sería una vida muy lujosa; pero tengo algunos amigos que la aceptarían con gusto a cambio de esa vista de Júpiter extendido por el cielo; la misma vertiginosa vista que esperamos poder disfrutar en pocos días.

»Les habló Heywood Floyd, quien se despide en nombre de sus colegas y en el suyo propio, a bordo de Alexei Leonov».

—Y ahora les habla el puente. Muy buena presentación, Heywood. Deberías haber sido periodista.

—He tenido mucha práctica. La mitad de mi tiempo la pase en RP.

—¿RP?

—Relaciones Públicas, generalmente diciendo a los políticos que deberían asignarme más dinero. Algo de que ustedes no tienen que preocuparse.

—¡Cómo me gustaría que eso fuera cierto! De todos modos, ven para el puente. Hay una información que quisiéramos conversar contigo.

Floyd soltó el botón de su micrófono, fijó el telescopio en su posición y se zafó de la estrecha burbuja de observación. Al salir, casi chocó con Nikolai Ternovsky, obviamente en misión similar.

—Estaba pensando en plagiar tus mejores frases para Radio Moscú, Woody. Espero que no te importe.

—Sería un placer, tovarich. Y además, ¿cómo podría impedírtelo?

En el puente, la capitana Orlova analizaba pensativa la densa masa de palabras y cifras que aparecían en la pantalla Principal. Floyd había comenzado penosamente a transliterarlas, cuando ella lo interrumpió.

—No te preocupes por los detalles. Estas son estimaciones del tiempo que llevará a Tsien volver a llenar sus tanques y estar lista para el despegue.

—Mi gente está haciendo los mismos cálculos, pero hay muchas, demasiadas variables.

—Pensamos haber eliminado una de ellas. ¿Sabías que las mejores bombas de agua que se pueden comprar pertenecen a los bomberos? Y, ¿te sorprendería enterarte de que a la Estación Central de Beijing le fueron requisadas de repente cuatro de sus últimos modelos hace unos meses, a pesar de las protestas del alcalde?

No estoy sorprendido, sino helado de admiración. Continúa, por favor.

—Podría ser una coincidencia, pero esas bombas tendrían exactamente el tamaño correcto. Haciendo razonables conjeturas acerca del ancho de los tubos, perforación del hielo y todo lo demás... bueno, pensamos que podrían despegar en cinco días. Si hemos calculado bien.

—¡Cinco días!

—Si tienen suerte, y todo funciona perfectamente. Y siempre que no prefieran, en lugar de llenar sus tanques, cargar apenas lo necesario para un acople seguro con Discovery antes que nosotros. Sería suficiente que nos gana por sólo una hora. En última instancia, podrían reclamar derechos de salvamento.

—No, según los abogados del Departamento de Estado. En el momento apropiado, declararemos que Discovery no es una nave abandonada, sino que ha sido dejada estacionada hasta que volvamos a buscarla. Cualquier intento de abordarla sería un acto de piratería.

—Estoy segura de que los chinos estarán de lo más impresionados.

—Y si no lo están, ¿qué podemos hacer?

—Los superamos en número; dos a uno, cuando revivamos a Chandra y Curnow.

—¿Hablas en serio? ¿Dónde están los machetes para la partida de abordaje?

—¿Machetes?

—Sables, armas.

—¡Oh! Podríamos usar el telespectrómetro láser. Puede vaporizar muestras de asteroides a distancias del orden de los mil kilómetros.

—Esta conversación no me agrada. Mi gobierno ciertamente no aprobaría la violencia, exceptuando, desde luego, que fuera en defensa propia.

—¡Norteamericanos inocentes! Nosotros somos más realistas. Debemos serlo. Todos tus abuelos murieron de vejez, Heywood. Tres de los míos fueron muertos en la Gran Guerra Patriótica.

Cuando estaban solos, Tanya lo llamaba Woody, nunca Heywood. Debía hablar en serio. ¿O sólo estaba probando sus reacciones?

—De todas maneras, Discovery sólo vale unos pocos billones de dólares en material. La nave no es importante; sólo la información que contiene.

—Exactamente. Información que podría ser copiada, y luego destruida.

—Realmente tienes ideas alegres, Tanya. A veces pienso que todos los rusos son un poco paranoicos.

—Gracias a Hitler y a Napoleón, nos hemos ganado el derecho de serlo. Pero no me digas que tú no te habías imaginado ya esta escena.

—No era necesario —contestó sombrío Floyd—. El Departamento de Estado ya lo ha hecho por mí, con variaciones. Sólo tendremos que ver por cuál de ellas optan los chinos. No me sorprendería en lo más mínimo que nos burlaran otra vez.

10. UN GRITO DESDE EUROPA

Dormir en gravedad cero es una tarea que se debe aprender; a Floyd le había llevado casi una semana encontrar la mejor manera de anclar sus brazos y piernas para que no derivaran a posiciones incómodas. Ahora era un experto, y no ansiaba la vuelta del peso; en realidad, la sola idea solía producirle pesadillas.

Alguien lo estaba sacudiendo. No, ¡debía estar soñando! La intimidad era sagrada a bordo de una nave espacial; nadie entraba en la cabina de otro miembro de la tripulación sin pedir primero permiso. Cerró con fuerza sus ojos, pero las sacudidas continuaron.

—¡Doctor Floyd, despierte por favor! Lo necesitan en la cabina de vuelo.

Y nadie lo llamaba doctor Floyd; el apelativo más formal que había recibido en semanas era Doc. ¿Qué estaba pasando? Con desgano, abrió los ojos. Estaba en su pequeña cabina, suavemente asegurado por su bolso de dormir. Así le informó una parte de su mente; pero entonces ¿por qué? Aún estaban a millones estaba mirando hacia... Europa de kilómetros de distancia.

Allí estaban los reticulados familiares, los esquemas de triángulos y polígonos formados por las líneas que se cruzaban. Y seguramente eso era el propio Gran Canal... no, algo no andaba bien. ¿Cómo podía ser, si él todavía estaba en su cubículo a bordo de Leonov?

—¡Doctor Floyd!

Se despertó completamente y se dio cuenta de que su mano izquierda estaba flotando a centímetros de sus ojos. ¡Qué curioso que el sistema de líneas de su palma fuera tan similar al mapa de Europa!

Pero la económica Madre Naturaleza siempre se repetía, en escalas tan diferentes como la gota de leche vertida sobre el café, las bandas de nubes de una tormenta ciclónica, o los brazos de una nebulosa espiral.

—Lo siento, Max —dijo—. ¿Qué es lo que sucede? ¿Algo anda mal?

—Eso pensamos; pero no con nosotros. Tsien está en problemas.

El capitán, navegante e ingeniero en jefe estaban ligados a sus asientos en la cubierta de vuelo; el resto de la tripulación orbitaba ansiosamente alrededor de las agarraderas, o miraba los monitores.

—Siento despertarte, Heywood —se disculpó Tanya bruscamente—. Esta es la situación. Hace diez minutos tuvimos una Prioridad Clase Uno de Control de Misión. Tsien se fue del aire. Sucedió de repente, en la mitad de un mensaje en clave; hubo unos Pocos segundos de transmisiones entrecortadas... luego nada.

—¿Su radiofaro?

—También ha cesado. No lo podemos recibir.

—¡Fiú! Entonces debe ser serio; un desperfecto mayor. ¿Alguna teoría?

—Miles; pero todas adivinanzas. Una explosión, un deslizamiento, un terremoto: ¿quién sabe?

—Y podemos no saberlo nunca; hasta que algún otro aterrice en Europa... o hagamos una pasada Y echemos un vistazo.

Tanya negó con la cabeza.

—No tenemos suficiente inercia. Lo más que Podríamos acercarnos es a cincuenta mil kilómetros. No se puede ver mucho a esa distancia.

—Entonces no hay absolutamente nada que hacer.

—No es tan así, Heywood. Control de Misión tiene una sugerencia. Quieren que hagamos rotar nuestro gran plato, por si podemos captar alguna transmisión de emergencia Es... ¿cómo lo llaman ustedes?, un tiro por elevación, pero que va le la pena intentar. ¿Qué opinas?

La primera reacción de Floyd fue fuertemente negativa.

—Eso significaría romper nuestro enlace con Tierra.

—¡Por supuesto!; pero tendremos que hacerlo de todos modos, cuando giremos alrededor de Júpiter. Y nos tomará sólo un par de minutos restablecer el circuito.

Floyd permaneció callado. La sugerencia era perfectamente razonable, pero algo oscuro lo preocupaba. Estuvo confundido algunos segundos, hasta que de repente comprendió por qué era tan contrario a esa idea.

Los problemas de Discovery habían comenzado cuando el gran plato, la antena principal, había perdido su conexión con Tierra, por razones que inclusive ahora no eran completamente claras. Pero seguramente Hal había estado involucrado y aquí no había peligro de que se presentara una situación similar. Los computadores de Leonov eran pequeñas unidades autónomas, sin una unidad de control central. Por lo menos, ninguna no humana.

Los rusos seguían esperando pacientemente su respuesta.

—Acepto —dijo, al fin—. Hagan saber a Tierra lo que estamos haciendo, y comiencen a escuchar. Supongo que intentarán todas las frecuencias de MAYDAY ESPACIAL.

—Sí, apenas hayamos completado las correcciones Doppler. ¿Cómo va eso, Sasha?

—Dame otros dos minutos, y tendré el rastreador automático en funcionamiento. ¿Cuánto tiempo tendremos que escuchar?

La capitana apenas demoró en dar su respuesta.

Floyd siempre había admirado el poder de determinación de Tanya Orlova, y una vez se lo había dicho. En un raro raptó de humor, ella había respondido: «Woody, un comandante puede estar equivocado, pero nunca indeciso.»

—Escucha cinco minutos, y vuelve a conectar con Tierra otros diez. Luego repite el ciclo.

No había nada para ver o escuchar; los circuitos automáticos analizaban la estática radial mejor que cualquier sentido humano. Sin embargo, cada tanto Sasha encendía el monitor de audio, y el rugido de los cinturones de radiación de Júpiter llenaba la cabina. Era un sonido similar al de las olas rompiendo en las playas de la Tierra, con esporádicas explosiones provenientes de descomunales relámpagos de la atmósfera joviana. De señales humanas, no había trazas; y uno por uno, los miembros de la tripulación que no estaban trabajando se fueron yendo en silencio. Mientras esperaba, Floyd hizo algunos cálculos mentales. Cualquier cosa que hubiera ocurrido con Tsien quedaba dos horas en el pasado, ya que las noticias habían sido retransmitidas desde Tierra.

Pero Leonov debería ser capaz de captar un mensaje directo con menos de un minuto de retraso, así que los chinos ya habían tenido tiempo suficiente para volver al aire. Su prolongado silencio insinuaba una falla catastrófica, y se encontró imaginando interminables escenarios de desastre.

Los cincuenta minutos parecieron horas. Cuando se acabaron, Sasha volvió el complejo de antenas hacia Tierra y comunicó el resultado negativo de la búsqueda. Mientras estaba aprovechando el resto de los diez minutos para enviar mensajes de navegación, miró interrogante a la capitana.

—¿Vale la pena volver a probar? —dijo en un tono que expresaba claramente su pesimismo.

—Por supuesto. Podemos reducir el tiempo de búsqueda, pero seguiremos escuchando.

A su tiempo, el gran plato fue una vez más localizado sobre Europa. Y casi inmediatamente, en el monitor automático comenzó a encenderse la luz de ALERTA.

La mano de Sasha voló hacia la perilla de audio, y la voz de Júpiter inundó la cabina. Sobre ésta, como un murmullo que se escucha en medio de una tormenta, se oía el débil pero inconfundible sonido de un discurso humano. Era imposible identificar el idioma, aunque Floyd estaba seguro de que, por la entonación y el ritmo, no era chino, sino alguna lengua europea.

Sasha manejó con destreza los filtros y controles de amplitud de banda, y las palabras se hicieron más claras. El idioma era el inglés, sin duda; pero su contenido todavía era enloquecedoramente ininteligible.

Hay una combinación de sonidos que todo oído humano puede detectar instantáneamente, aun en el ambiente más ruidoso. Cuando de repente emergió del entorno joviano, a Floyd le pareció que era imposible que estuviera despierto, sino que estaba atrapado en un sueño fantástico. Sus colegas tardaron un poco más en reaccionar; luego lo miraron con igual perplejidad... y una creciente sospecha.

Porque las primeras palabras reconocibles de Europa eran: «Doctor Floyd, doctor Floyd... Espero que pueda oírme.»

11. HIELO Y VACIO

«¿Quién es?», murmuró alguien, acallado por un coro de chistidos. Floyd levantó sus manos en un gesto de ignorancia y, esperaba, inocencia.

Sé que usted está a bordo de Leonov... puedo no tener mucho tiempo... apuntando la antena de mi traje donde pienso...

La señal desapareció por unos agonizantes segundos, y luego, volvió mucho más clara, aunque no más fuerte.

«...enviar cierta información a Tierra. Tsien destruida hace tres horas. Soy el único sobreviviente. Usando la radio de mi traje; no sé si tiene alcance suficiente, pero es la única posibilidad. Por favor escuchen con atención, HAY VIDA EN EUROPA. Repito: HAY VIDA EN EUROPA...»

La señal se desvaneció de nuevo. Siguió un silencio aturdido que nadie intentó interrumpir. Mientras esperaba, Floyd revolvió su memoria furiosamente. No podía reconocer la voz; podría ser la de cualquier chino educado en Occidente. Probablemente fuera de alguien con quien se había encontrado en una conferencia científica, pero a menos que el locutor se identificara, nunca lo sabría.

«...poco después de la medianoche local. Estábamos bombeando regularmente y los tanques se encontraban a medio llenar. El doctor Lee y yo salimos a revisar la aislación de las cañerías. Tsien está, estaba, a unos treinta metros del borde del Gran Canal. Los tubos salen de él directamente hacia abajo a través del hielo. Muy delgado; poco seguro para caminar. El cálido extractor...»

Otra vez un largo silencio. Floyd se preguntaba si el que hablaba se estaría moviendo, y había sido interrumpido momentáneamente por alguna obstrucción.

«...sin problemas, cinco kilowatts de luz brillaban en la nave. Como un árbol de Navidad, hermoso, brillando a través del hielo. Colores gloriosos. Lee la vio primero; una enorme masa oscura emergiendo de las profundidades. Al principio pensamos que sería un cardumen, era demasiado grande para ser un solo organismo, luego comenzó a abrirse paso a través del hielo»

»Doctor Floyd, espero que pueda escucharme. Habla el profesor Chang, nos conocimos en el '02, en la conferencia UAI de Boston».

La mente de Floyd voló a mil millones de kilómetros de allí. Recordaba vagamente aquella recepción, después de la sesión de clausura del Congreso de la Unión Astronómica Internacional; el último al que habían asistido los chinos antes de la Segunda Revolución Cultural. Y ahora recordaba con nitidez a Chang: un pequeño y simpático astrónomo y exobiólogo con una buena provisión de bromas. Pero ahora no estaba bromeando.

»...como enormes filamentos de algas mojadas, arrastrándose por el piso. Lee corrió hacia la nave para traer su cámara; yo me quedé para observar, informando por radio. La cosa se movía tan lentamente que podía dejarla atrás con facilidad. Estaba más excitado que alarmado. Creía saber qué clase de criatura era —he visto fotografías de los bosques de algas de California—, pero estaba equivocado.

»...notaba que se hallaba en problemas. No podía sobrevivir a una temperatura ciento cincuenta grados más baja que la de su entorno normal. Se estaba solidificando a causa del frío, mientras se movía hacia adelante. Algunas porciones de su cuerpo se quebraban como cristal, pero seguía avanzando hacia la nave, como una marea negra que disminuía su marcha a cada instante.

»Aún estaba tan sorprendido que no podía pensar con claridad ni imaginarme qué estaba tratando de hacer...

—¿Hay alguna manera de hablarle? —musitó Floyd con angustia.

—No; es demasiado tarde. En poco tiempo Europa será eclipsada por Júpiter. Tendremos que esperar hasta que salga del eclipse.

»...trepando por la nave, construyendo una especie de túnel de hielo mientras avanzaba. Tal vez eso lo aislara de la luz solar del mismo modo que las termitas se protegen del frío con sus pequeños corredores de barro...

»...toneladas de hielo sobre la nave. Las antenas de radio fueron lo primero en quebrarse. Enseguida vi las patas de aterrizaje que comenzaban a doblarse; todo en cámara lenta, como en un sueño.

»Sólo cuando la nave empezó a caer, comprendí qué era lo que la cosa trataba de hacer... y ya era demasiado tarde. Nos podríamos haber salvado, con sólo apagar las luces.

»Tal vez se trate de un fotótropo, con su ciclo biológico regulado por la luz solar que se filtra a través del hielo. O podría haber sido atraído como una polilla a un farol. Nuestras luces deben haber sido más brillantes que cualquier cosa que haya conocido Europa...

»Luego la nave se hundió. Vi estallar el casco, una especie de copos de nieve se condensó como si fuera humedad. Todas las luces se apagaron excepto una, balanceándose de un cable, un par de metros sobre el piso.

»Ignoro qué pasó inmediatamente después. Lo primero que recuerdo, es que estaba parado bajo la luz, al lado de los restos de la nave, rodeado de un fino y fresco polvillo de nieve. Veía claramente mis pisadas marcadas en ella. Debí haber corrido hasta allí; tal vez habrían pasado sólo uno o dos minutos...

»La planta, todavía la consideraba una planta, estaba inmóvil. Me preguntaba si se habría dañado con el impacto; grandes porciones del grosor de un brazo humano, estaban desparramadas, como ramas quebradas.

»Luego el tronco principal comenzó nuevamente a moverse. Se alejó del casco y comenzó a arrastrarse hacia mí. Fue entonces que tuve la certeza de que la cosa era fotosensible: yo estaba parado exactamente bajo la lámpara de mil watt, que había dejado de balancearse.

»Imaginen un roble; o mejor aún, un baniano con sus múltiples troncos y raíces aéreas, achatado por la gravedad, y tratando de serpear por el suelo. Llegó a cinco metros de la luz, y comenzó a extenderse hasta formar un círculo perfecto alrededor de mí. Presumo que ése sería el límite de su tolerancia, el punto en que el fototropismo se convertía en

repulsión. Después, por unos minutos nada sucedió. Pensé que había muerto, solidificado de frío.

»Luego vi que se estaban formando grandes capullos en muchas de las ramas. Era como ver una película filmada en cámara rápida, donde las flores se abren a simple vista. En realidad yo pensaba que eran flores, cada una casi tan grande como la cabeza de un hombre.

»Delicadas, maravillosamente coloreadas membranas comenzaron a desplegarse. Inclusive entonces, se me ocurrió que nadie, nada, podía haber visto antes esos colores; no habían tenido existencia hasta que llevamos nuestras luces, nuestras fatales luces, a este mundo.

»Pétalos, estambres, meciéndose suavemente... caminé hacia la pared viviente que me rodeaba, para poder ver exactamente qué era lo que sucedía.

»Ni en ese momento, ni en ningún otro, sentí el más mínimo temor hacia la criatura. Estaba seguro de que no era malévola... si acaso era consciente.

»Había vástagos de las flores grandes, en varias etapas de floración. Me parecían mariposas, recién salidas de las crisálidas, las alas arrugadas, débiles aún; me estaba aproximando a la verdad.

»Pero se estaban congelando; morían apenas se formaban. Luego, una tras otra, se desprendieron de sus capullos madre. Durante unos instantes se debatieron como peces atrapados en tierra seca; y al fin comprendí lo que eran. Esas membranas no eran pétalos: eran aletas, o su equivalente. Se trataba de su estado acuático, la etapa larvaria de la criatura. Probablemente pase gran parte de su vida arraigada en el lecho del mar, y luego envíe estos vástagos móviles en busca de un nuevo territorio. Igual que los corales en los océanos de la Tierra.

»Me arrodillé para poder observar de cerca una de estas pequeñas criaturas. Los hermosos colores se estaban apagando, tornándose a un marrón pardo. Algunas de las aletas-pétalos se habían caído, transformándose en cristales quebradizos al helarse. Pero la cosa se seguía moviendo débilmente, y a medida que me aproximaba trataba de huir. No sé cómo percibía mi presencia.

»Luego noté que todos los estambres, como los había llamado, tenían unos puntitos azules en la punta. Parecían pequeñas estrellas de zafiro, o los ojos azules en el borde del manto de las coquillas, que captan la luz, pero no son capaces de formar imágenes. Mientras estaba mirando, el azul intenso se apagó, los zafiros se volvieron piedras opacas, comunes...

»Doctor Floyd, o cualquiera que esté escuchando, no me queda mucho tiempo; en poco más Júpiter bloqueará mi señal. Pero casi he terminado.

»Sabía lo que debía hacer. El cable de aquella lámpara de mil watt llegaba casi hasta el suelo. Le di unos golpes, y la luz se apagó en una lluvia de chispas.

»Me pregunté si no sería tarde. Por unos minutos, no ocurrió nada. Caminé hacia la pared de ramas enredadas alrededor de mí, y la pateé.

»Lentamente, la criatura comenzó a desembrollarse, y a retroceder hacia el Canal. Había mucha luz, se veía todo perfectamente. Ganímedes y Calisto brillaban en el cielo, Júpiter era un inmenso y delgado semicírculo, y la aurora se desplegaba ampliamente en el lado nocturno, en el extremo joviano del cono gravitacional de lo.

»No había necesidad de usar la luz de mi casco.

»Seguí a la criatura durante todo su regreso al agua, animándola con puntapiés cuando se frenaba, sintiendo todo el tiempo crujir los fragmentos de hielo bajo mis botas... Al acercarse al Canal, parecía adquirir fuerza y energía, como si supiera que se aproximaba a su hogar natural. Me pregunté si sobreviviría, si volvería a florecer.

»Desapareció a través de la superficie, dejando las últimas larvas muertas en la tierra extraña. El agua expuesta burbujeó unos minutos hasta que una capa de hielo protector la selló contra el vacío de arriba. Volví caminando a la nave por si quedaba algo por rescatar; no quiero hablar de eso.

»Sólo tengo dos pedidos que hacer, doctor. Cuando los taxonomistas clasifiquen esta criatura, espero que le darán mi nombre.

»Y, cuando llegue la próxima nave, pídeles que lleven nuestros huesos a China.

»Júpiter nos cortará en pocos minutos. Me gustaría saber si alguien me está recibiendo. De todos modos, repetiré este mensaje cuando volvamos a estar en línea directa... si el sistema de supervivencia de mi traje me mantiene vivo hasta entonces.

»Habla el profesor Chang, desde Europa, informando la destrucción de la nave espacial Tsien. Aterrizamos cerca del Gran Canal y conectamos los tubos en el borde del...

La señal se apagó abruptamente, regresó por un instante, luego apareció completamente por debajo del nivel de estática. Aunque Leonov siguió escuchando en la misma frecuencia, no hubo ya ningún otro mensaje del profesor Chang.

III – DISCOVERY

12. CARRERA CUESTA ABAJO

Finalmente, la nave estaba ganando velocidad, en su carrera de descenso hacia Júpiter. Ya había atravesado hacía tiempo la tierra de nadie gravitacional en que las cuatro pequeñas lunas exteriores —Sinope, Pasiphac, Ananke y Carme— deambulaban en sus órbitas retrógradas y salvajemente excéntricas. Sin duda eran asteroides capturados, y de forma completamente irregular. El más grande sólo tenía treinta kilómetros de diámetro. Peñascos recortados, astillados, sin interés para nadie, excepto para los geólogos planetarios, su lealtad las hacía vacilar continuamente entre el Sol y Júpiter.

Algún día, el Sol los volvería a capturar definitivamente.

Pero Júpiter conseguía retener al segundo grupo de cuatro, a la mitad de distancia de los otros. Elara, Lysithea, Himalia y Leda estaban todos juntos, sobre un mismo plano. Se especulaba que alguna vez podrían haber formado un solo cuerpo; de ser así, el asteroide madre debía haber tenido apenas cien kilómetros de diámetro.

A pesar de que sólo Carme y Leda estuvieron lo bastante cerca como para mostrar sus discos a simple vista, fueron saludados como a viejos amigos. Eran el primer jindicio de tierra firme después del larguísimo viaje por el océano; las islas costeras de Júpiter. Las últimas horas se iban rápidamente; se acercaba la fase más crítica de toda la misión: la entrada en la atmósfera joviana.

Júpiter era más grande que la Luna en los cielos de la Tierra, y se podían ver los gigantescos satélites interiores girando a su alrededor. Todos ellos mostraban claramente sus circunferencias coloreadas, aunque aún estaban demasiado lejos para distinguir sus señas particulares. El eterno ballet que ejecutaban, desapareciendo detrás de Júpiter, reapareciendo para atravesar la cara iluminada, acompañados por sus sombras, era un espectáculo de infinito atractivo. El mismo que habían venido observando los astrónomos desde que Galileo lo había descubierto hacía cuatro siglos; pero los tripulantes de Leonov eran los únicos hombres y mujeres vivientes que lo habían visto con sus ojos.

Habían terminado las interminables partidas de ajedrez, las horas de descanso se pasaban frente a los telescopios, o en conversaciones formales, o escuchando música, mirando generalmente el panorama exterior. Y por lo menos un romance de a bordo había llegado a concretarse: las frecuentes desapariciones de Max Brailovsky y Zenia Marchenko eran tema de bien fundados chismorreos.

Floyd pensaba que formaban una pareja singularmente compatible. Max era un hombre rubio, alto y bien parecido, que había sido campeón de gimnasia, llegando a las finales en

los Juegos Olímpicos del 2000. A pesar de haber pasado los treinta, tenía una expresión abierta, casi de niño, lo cual no estaba del todo errado; no obstante su brillante carrera como ingeniero, muchas veces le pareció a Floyd que era inocente y simple, una de esas personas con las cuales es agradable hablar, pero no demasiado. Fuera de su indiscutible campo de erudición era simpático, pero algo insípido.

Zenia —con sus veintinueve años, la más joven a bordo— aún era un misterio. Como nadie quería hablar de ello, Floyd nunca había aludido a sus heridas, y sus fuentes de Washington no poseían información. Obviamente había estado envuelta en algún accidente serio, pero éste podría no haber sido más inusual que un choque automovilístico. La teoría de que había intervenido en una misión espacial secreta, que seguía formando parte de la mitología popular fuera de la URSS, podía ser desechada. Gracias a las redes mundiales de rastreo, nada similar había podido ser posible en cincuenta años.

Además de sus indudables cicatrices psicológicas y físicas, Zenia sobrellevaba otra desventaja. Era un reemplazo de última hora y todos lo sabían. La dietista y médica asistente de Leonov iba a ser Irina Yakunina, antes de que aquel desafortunado accidente con un ala-delta le quebrara tantos huesos.

Todos los días a las 18:00 GMT la tripulación de siete, más un pasajero, se reunía en el cuarto común que separaba la cabina de vuelo de la cocina y los camarotes. La mesa circular del centro era del tamaño justo para ocho personas apretujadas; cuando Chandra y Curnow fueran revividos, no podría alojar a todos, y habría que disponer dos asientos más en algún otro lado.

A pesar de que el «Soviet de las Seis», como se llamaba a la reunión diaria, pocas veces duraba más de diez minutos, jugaba un papel vital en el mantenimiento de la moral. Quejas, sugerencias, críticas, informes; se podía exponer cualquier tema, sometido sólo al voto inapelable de la capitana, apenas ejercido.

En la agenda inexistente eran típicos los pedidos de cambios en el menú, intentos de conseguir mayor tiempo de conexión privada con Tierra, propuestas de películas, intercambio de noticias y chismes, y un amistoso agujoneo al contingente norteamericano, fuertemente superado en número. Las cosas cambiarían, les había advertido Floyd, cuando sus colegas salieran de su hibernación, y pasaran de ser uno contra siete a tres contra nueve. No había mencionado su secreto convencimiento de que Curnow era capaz de hablar o gritar más que tres de ellos (cualesquiera que fueran).

Cuando no dormía, Floyd pasaba gran parte de su tiempo en el cuarto común; en parte porque, a pesar de su pequeñez, causaba mucho menos claustrofobia que su propio

cubículo. Además estaba alegremente decorado, con todas las superficies planas disponibles cubiertas por fotos o hermosos paisajes terrestres y marinos, escenas deportivas, retratos de conocidas estrellas del video, y otros recuerdos de la Tierra. El lugar de honor, sin embargo, estaba reservado a una pintura original de Leonov: su estudio «Más allá de la Luna» realizado en 1965, el mismo año en que, como un joven teniente coronel, salió de Voshkod II y se convirtió en el primer hombre de la historia en efectuar una excursión extravehicular.

Evidentemente el trabajo de un talentoso aficionado, antes que de un profesional, mostraba el borde de cráteres de la Luna con el hermoso Sinus Iridum, Bahía de los arco iris, como fondo. Levantándose monstruosamente sobre el horizonte lunar se cernía un delgado cuarto creciente de Tierra, abrazando la parte nocturna del planeta. Detrás de todo esto brillaba el Sol, con los rayos de su corona esparciéndose por el espacio a través de millones de kilómetros.

Era una composición alucinante; y una visión del futuro que todavía distaba tres años. En el vuelo de Apolo 8, Anders, Borman y Lovell la tendrían con sus propios ojos, cuando contemplaran a la Tierra elevarse por el lado oscuro, en la Navidad de 1968.

Heywood Floyd admiraba el cuadro, pero le despertaba sentimientos encontrados. No podía olvidar que era más antiguo que cualquier persona de la nave... con una excepción.

Cuando Alexei Leonov lo había pintado, él ya tenía nueve años de edad.

13. LOS MUNDOS DE GALILEO

Aun hoy, más de tres décadas después de las revelaciones del primer Voyager, nadie comprendía realmente por qué los cuatro satélites gigantes diferían tanto unos de otros. Tenían aproximadamente el mismo tamaño, pertenecían a la misma región del Sistema Solar; y aun así eran totalmente disímiles, como hijos de matrimonios diferentes.

Sólo Calisto, el más exterior, había resultado ser como se esperaba. Cuando Leonov pasó a poco más de cien mil kilómetros de distancia, los cráteres más grandes eran perfectamente visibles a simple vista. A través del telescopio, el satélite parecía una bola de vidrio que había servido de blanco a rifles de alto poder; estaba totalmente cubierto de cráteres de todos los tamaños, hasta el límite inferior de visibilidad. Alguien había dicho alguna vez que Calisto parecía más la luna de la Tierra, que la Luna misma.

No es que esto fuera particularmente sorprendente. Allí, afuera, en el borde del cinturón de asteroides, cabía esperar un mundo bombardeado con los restos de rocas perdidos

desde la creación del Sistema Solar. Pero Ganímedes, el satélite vecino, tenía una apariencia totalmente distinta. A pesar de haber estado abundantemente salpicado de cráteres en un pasado remoto, la mayoría de ellos habían sido arados, expresión que parecía singularmente apropiada. Grandes áreas de Ganímedes estaban cubiertas por lomos y surcos, como si algún jardinero cósmico hubiera pasado un rastrillo gigante sobre ellos. Había también líneas de colores suaves, que recordaban estrías dejadas por una babosa de cincuenta kilómetros de ancho. Lo más misterioso de todo eran unas bandas largas y serpeantes, que contenían docenas de líneas paralelas. Había sido Nikolai Ternovsky el que decidió que debían ser superautopistas de varios carriles, trazadas por algún ingeniero borracho. E inclusive pretendía haber detectado cruces sobre nivel y retornos en forma de trébol.

Leonov había añadido unos pocos trillones de pedazos de información acerca de Ganímedes al consentimiento humano, antes de atravesar la órbita de Europa. Este mundo helado, con su naufragio Y su muerte, estaba del otro lado de Júpiter, pero nunca se alejaba de los pensamientos de nadie.

Allá en la Tierra, el doctor Chang ya era un héroe y sus compatriotas habían recibido, con evidente incomodidad, incontables mensajes de condolencia. Se había enviado uno en nombre de la tripulación de Leonov, después de lo que Floyd sospechaba una considerable reelaboración en Moscú. El sentimiento a bordo era ambiguo, mezcla de admiración, pesar y alivio. Todos los astronautas, sin respetar nacionalidades, se consideraban ciudadanos del espacio y sentían un vínculo común, compartiendo victorias y tragedias. Nadie en Leonov se alegraba de que la expedición china se hubiera enfrentado al desastre; pero, al mismo tiempo, había una muda sensación de alivio porque la carrera no hubiera llegado a sus últimas consecuencias.

El inesperado descubrimiento de vida en Europa había agregado un nuevo elemento a la situación; elemento éste que estaba siendo objeto de agudas discusiones, tanto en Tierra como a bordo de Leonov. Algunos exobiólogos gritaban «¡se lo dije!» señalando que no debería haber sido una sorpresa, después de todo. Ya en los años setenta, los submarinos de investigación habían descubierto colonias colectivas de extrañas criaturas marinas, desarrollándose precariamente en un ambiente que se había considerado igualmente hostil para la vida: las fosas submarinas en el lecho del Pacífico. Los movimientos volcánicos, fertilizando y dando calor a los abismos, habían creado verdaderos oasis en los desiertos abisales.

Cualquier cosa que alguna vez hubiera sucedido en la Tierra podría repetirse millones de veces en cualquier otro lugar del Universo; esto era casi un artículo de fe los

científicos. Existía agua, o al menos hielo, en todas las lunas de Júpiter. Y en lo había volcanes en erupción continua; de tal manera que era razonable esperar una a actividad menor en el mundo vecino. Uniendo los dos hechos, la vida en Europa no sólo parecía posible, sino inevitable... como la mayoría de las sorpresas de la naturaleza, cuando se la miraba con una perspectiva amplia.

Sin embargo, esta conclusión despertaba otro interrogante, vital para la misión Leonov. Ahora que se había descubierto vida en las lunas de Júpiter, ¿tenía ésta alguna conexión con el monolito de Tycho, y el aún más misterioso artefacto en órbita cerca de lo?

Éste era el tema favorito de discusión en el Soviet de las Seis. Había coincidencia general en que la criatura encontrada por el doctor Chang no representaba una forma de inteligencia superior; por lo menos, si la interpretación de su comportamiento había sido correcta. Ningún animal con el más elemental poder de raciocinio se habría permitido ser víctima de sus propios instintos, atraído como una polilla a un farol hasta la destrucción.

Vasili Orlov se apresuró a dar un contraejemplo que debilitaba, si no refutaba, ese argumento.

—Miren las ballenas y los delfines —decía—. Decimos que son inteligentes, ¡pero cuán a menudo se suicidan en masa! Este pareciera ser un caso en que el instinto supera a la razón.

—No hay necesidad de recurrir a los delfines —intercedió Max Brailovsky—. Uno de los ingenieros más brillantes de mi promoción fue fatalmente atraído por una rubia de Kiev. La última vez que escuché hablar de él, estaba trabajando en un garaje. Y había obtenido medalla de oro en diseño de estaciones espaciales. ¡Qué desperdicio!

Incluso aunque el Europeo del doctor Chang fuera inteligente, esto no descartaba necesariamente la existencia de formas superiores en otro lado. La biología de todo un mundo no podía juzgarse a partir de un solo espécimen.

Pero se había discutido ampliamente la imposibilidad de que una inteligencia avanzada pudiese desarrollarse en el mar; en un medio tan benigno e invariable no existían estímulos ni exigencias suficientes para ello. Sobre todo, ¿cómo podrían las criaturas marinas desarrollar alguna tecnología sin la ayuda del fuego?

Sin embargo, tal vez hasta esto era posible; la ruta que había seguido la humanidad no era la única. Podrían existir civilizaciones enteras en los mares de otros mundos.

Aun así era improbable que una cultura espacial pudiera haber surgido en Europa sin dejar signos inconfundibles de su existencia, ya sea en forma de edificios, instalaciones científicas, pistas de aterrizaje, u otros artefactos. De polo a polo, no se distinguía nada, excepto la uniforme superficie del hielo, y unos pocos afloramientos de roca desnuda.

No quedó más tiempo para especulaciones y discusiones cuando Leonov atravesó las órbitas de lo y la pequeña Mimas. La tripulación estaba ocupada casi de continuo, preparándose para el encuentro y el breve instante de peso, después de tantos meses de caída libre. Todos los objetos sueltos debían ser sujetados antes que la nave entrara en la atmósfera de Júpiter, ya que la desaceleración produciría momentáneos picos que podrían alcanzar hasta dos gravedades.

Floyd era afortunado; sólo él tenía tiempo para admirar el soberbio espectáculo del planeta que se acercaba, llenando ahora la mitad del cielo. Como no había ninguna referencia, la mente no tenía manera de intuir su verdadero tamaño. Debía repetirse continuamente que cinco Tierras no alcanzarían a cubrir el hemisferio que estaba viendo ahora.

Las nubes, coloridas como el atardecer más deslumbrante de la Tierra, se desplazaban tan velozmente que podía apreciar su movimiento en sólo diez minutos. Continuatamente se formaban grandes remolinos a lo largo de las diez o doce bandas que rodeaban el planeta, y luego se desvanecían como espirales de humo. Aisladamente surgían de las profundidades blancos penachos de gas, que resultaban instantáneamente disueltos por los huracanes que provocaba la enorme velocidad de rotación del planeta.

Y tal vez lo más extraño fueran los puntos blancos, espaciados a veces tan regularmente como las perlas de un collar, a lo largo de los vientos alisios de las latitudes centrales jovianas.

En las últimas horas previas al encuentro, Floyd vio poco a la capitana o al navegante. Los Orlov apenas abandonaban el puente, pues continuamente estaban comprobando la órbita de aproximación y haciendo pequeñas correcciones al rumbo de Leonov. La nave ya se encontraba en ese corredor crítico por el que atravesaría la atmósfera exterior; si pasara muy alto, el frenado por fricción no sería suficiente para disminuir su velocidad, y se perdería fuera del Sistema Solar, más allá de toda posibilidad de rescate. Si pasara muy bajo, se incendiaría como un meteorito. Había poco margen para el terror.

Los chinos habían demostrado que el frenado aerodinámico era realizable, pero siempre existía la posibilidad de que algo faltara.

14. DOBLE ENCUENTRO

«...Documentos de la hipoteca de la casa de Nantucket deberían estar en el archivo de memoria marcado con M.

»Bueno, en cuanto a negocios creo que no hay nada más. El último par de horas he estado recordando un cuadro que vi cuando era niño en un volumen destartado de arte victoriano; debía tener casi ciento cincuenta años de antigüedad. No sé si era en blanco y negro o en colores, pero nunca olvidaré el título; se llamaba, no te rías, "Último mensaje a Casa". Nuestros abuelos amaban esos melodramas sentimentales.

»Muestra la cubierta de una goleta en un huracán; las velas han sido desgarradas y la cubierta se encuentra a flor de agua. En el fondo, la tripulación se afana en salvar la embarcación. Y en primer plano, un joven grumete está escribiendo una nota, teniendo a su lado la botella que espera la llevará a destino.

»Aunque yo era un muchacho en ese entonces, sentía que él debería haber estado dando una mano a sus compañeros, no escribiendo cartas. Aun así, me conmovió: nunca pensé que algún día estaría como el pequeño grumete.

»Desde luego, yo estoy seguro de que recibirás mi mensaje; y no puedo ayudar en nada a bordo de Leonov.

»De hecho, me han pedido gentilmente que me mantenga fuera del camino; así, pues, que mi conciencia está limpia mientras me dedico a dictar este mensaje.

»Ya mismo lo enviaré al puente porque cortaremos la transmisión en quince minutos, al guardar el gran plato y cerrar las escotillas... ¡aquí tienes otra bella analogía marítima! Ahora Júpiter está ocupando todo el cielo; no voy a intentar describirlo, y tampoco lo veré mucho tiempo más porque las planchas se cerrarán en pocos minutos. De todas maneras, las cámaras son mucho más elocuentes que yo.

»Adiós, mi vida, los amo... especialmente a Chris. Cuando recibas esto, habrá terminado todo, de un modo o de otro. Recuerda que traté de hacer lo mejor por nosotros... adiós.»

Floyd sacó la pastilla de audio, fue hasta el centro de comunicaciones y se la entregó a Sasha Kovalev.

—Por favor, asegúrate de que salga antes de cerrar —pidió con voz intensa.

—No te preocupes —prometió Sasha—. Todavía estoy trabajando en todos los canales, y nos quedan unos buenos diez minutos.

Le ofreció su mano.

—Si nos volvemos a encontrar... bueno, sonreiremos. Si no, habremos hecho bien en despedirnos —recitó Floyd.

—¿Shakespeare, supongo?

—Por supuesto; Bruto y Casio antes de la batalla. Te veré luego.

Tanya y Vasili estaban demasiado concentrados en sus visores de situación, como para hacer algo más que saludar a Floyd con la mano, y se retiró a su cabina. Ya se había despedido del resto de la tripulación; no cabía sino esperar. Su bolso de dormir estaba colgado, listo para el retorno de la gravedad, cuando comenzara la desaceleración; y sólo tenía que trepar hasta él.

«Antenas retraídas, todos los escudos protectores en posición» avisó el intercomunicador. «Deberíamos sentir la primera frenada en cinco minutos. Todo normal».

«Yo no usaría ese término», murmuró Floyd para sí.

«Debe querer decir "nominal"». No había terminado de esbozar su pensamiento cuando tocaron tímidamente a la puerta.

—¿Kto tam?

Para su sorpresa, era Zenia.

—¿Me permite pasar? —preguntó con embarazo, con una voz de niña que Floyd apenas reconoció.

—Desde luego; adelante, por favor, Pero, ¿por que no estás en tu propia cabina? Sólo faltan cinco minutos.

Mientras formulaba la pregunta, se dio cuenta de su estupidez. La respuesta era tan perfectamente obvia que Zenia no se dignó responderla.

Pero Zenia era la última persona que hubiera esperado: su actitud hacia él había sido invariablemente cortés, pero distante. En verdad, ella era el único miembro de la tripulación que prefería llamarlo doctor Floyd. Y ahí estaba, solicitando claramente cariño y compañía en el momento de peligro.

—¡Zenia, querida! —dijo evasivamente—. Eres bienvenida. Pero mis comodidades son algo limitadas. Casi espartanas, podríamos decir.

Logró esbozar una sonrisa, pero no dijo nada, mientras entraba flotando a la habitación. Por primera vez Floyd se dio cuenta de que ella no estaba simplemente nerviosa... se hallaba aterrorizada. Sólo entonces comprendió por qué había acudido a él. Tenía vergüenza de que sus compatriotas la vieran así, y procuraba apoyo en algún otro lado.

Al comprenderlo, el atractivo del inesperado encuentro disminuyó en parte. Sin embargo, no lo relevaba de su responsabilidad para con otro solitario ser humano, tan lejos del hogar. El hecho de que ella fuera atractiva, aunque ciertamente no bella, y de casi la mitad de su edad, no debería afectar su comportamiento. Pero lo hizo; estaba comenzando a ponerse a la altura de las circunstancias.

Ella debió haberlo notado, pero no hizo nada para animarlo o rechazarlo mientras yacían juntos en el capullo de dormir. Apenas había lugar para los dos, y Floyd comenzó a hacer ansiosos cálculos. ¿Qué pasaría si la aceleración máxima fuera mayor que lo esperado y la suspensión cediera? Podrían resultar muertos fácilmente.

Había un amplio margen de seguridad; no había necesidad de preocuparse por un final tan ignominioso. Humor era enemigo de deseo; ahora su abrazo era absolutamente casto. No estaba seguro de si debía alegrarse de ello, o lamentarlo.

Y ya era demasiado tarde para segundas intenciones. Desde muy, muy lejos venía el primer susurro, como el lamento de un alma en pena. Al mismo tiempo, la nave dio una sacudida apenas perceptible; el capullo comenzó a balancearse, y sus correas se tensaron. Después de varias semanas sin peso, estaba volviendo la gravedad.

En segundos, el débil gemido se elevó hasta un tremendo rugido, y la crisálida se convirtió en una hamaca sobrecargada. Ésta no es una idea tan buena, pensó Floyd para sí; ya se hacía dificultoso respirar. La desaceleración sólo era una parte del problema: Zenia lo estaba aferrando como se supone que un náufrago se aferra al proverbial madero.

Se soltó tan suavemente como pudo.

—Está bien, Zenia. Si Tsien lo hizo, también podremos lograrlo nosotros. Relájate, no te preocupes.

Era difícil gritar con ternura, e incluso no estaba seguro de que Zenia lo escuchara por sobre el rugido del hidrógeno incandescente. Pero al menos ya no lo estrechaba con tanta desesperación, y aprovechó la oportunidad de aspirar unas pocas bocanadas profundas.

¿Qué diría Caroline si lo viera así? ¿Se lo contaría alguna vez, si tuviera la oportunidad? No estaba seguro de que lo entendería. De todos modos, en un momento como ése, todos los lazos con Tierra parecían muy tenues.

Era imposible moverse, o hablar, pero ahora que se había acostumbrado a la extraña sensación del peso ya no estaba incómodo, excepto por el creciente adormecimiento de su brazo derecho. Con alguna dificultad, logró rescatarlo de atrás de Zenia; este acto familiar le trajo un momentáneo sentimiento de culpa. Mientras sentía retornar su circulación, Floyd recordó una frase famosa, atribuida por lo menos a una docena de astronautas: «Los placeres y dificultades del sexo en gravedad cero han sido enormemente exagerados por igual».

Se preguntaba cómo se las estaría arreglando el resto de la tripulación, y pensó un instante en Chandra y Curnow, que dormían plácidamente en medio de todo esto. Nunca

se enterarían si Leonov se convirtiera en una lluvia de meteoritos en el cielo joviano. No los envidiaba; se habrían perdido una experiencia que bien valía la vida.

Tanya hablaba por el intercomunicador; sus palabras se perdían en el estruendo, pero su voz sonaba calma y perfectamente normal, como si hiciera un anuncio de rutina. Floyd pudo mirar su reloj, y se asombró al ver que ya estaban en el punto medio de la maniobra de frenado. En ese preciso instante, Leonov se encontraba en el sitio más cercano a Júpiter de su trayectoria; sólo algunas sondas automáticas sin retorno habían penetrado más profundamente en la atmósfera joviana.

—Mitad de camino, Zenia —gritó—. Otra vez hacia afuera. —No podía saber si lo había comprendido. Sus ojos estaban fuertemente cerrados, pero sonreía con suavidad.

La nave se sacudía ahora notablemente, como un bote en el mar encrespado. ¿Será normal?, se preguntaba Floyd. Se alegraba de tener que preocuparse por Zenia; eso apartaba su mente de sus propios temores. Por un instante, antes de lograr expulsar la idea, tuvo una visión de las paredes volviéndose de un rojo intenso, y cayendo sobre él. Como la pesadilla fantástica de Edgar Allan Poe «El pozo y el péndulo», que había olvidado durante treinta años...

Pero eso no sucedería nunca. Si el escudo térmico fallara, la nave sería destrozada instantáneamente, aplastada por una sólida muralla de gases. No sentiría dolor alguno; su sistema nervioso no alcanzaría a reaccionar antes de dejar de existir. Había experimentado pensamientos más consoladores, pero éste no era del todo despreciable.

El golpeteo se fue debilitando. Hubo otro anuncio inaudible de Tanya (se lo comentaría con sorna, cuando acabara todo). El tiempo parecía ahora transcurrir mucho más lentamente; después de un momento dejó de mirar su reloj, porque no podía creer lo que veía. Los números cambiaban tan lentamente que se imaginó inmerso en alguna dilatación temporal einsteniana.

Y entonces sucedió algo todavía más increíble. Primero lo divirtió, pero luego se sintió un poco indignado.

Zenia se había quedado dormida; si no exactamente en sus brazos, por lo menos a su lado.

Era una reacción natural: la tensión debió haberla dejado exhausta, y la sabiduría de su cuerpo había acudido en su ayuda. Y de repente, Floyd mismo cayó en un sopor casi postorgásmico, como si él también hubiera sido emocionalmente vencido por el encuentro. Tuvo que luchar por permanecer despierto...

Y estaba cayendo... cayendo... cayendo... todo había acabado. La nave se encontraba otra vez en el espacio, al que pertenecía. Y él y Zenia flotaban separados.

Nunca volverían a estar tan juntos, pero de allí en más habría una ternura especial entre ellos, que nunca podría compartir nadie más.

15. ESCAPE DEL GIGANTE

Cuando Floyd llegó a la cubierta de observación, discretos minutos después de Zenia, Júpiter parecía ya muy lejano. Pero esto debía ser una ilusión basada en sus conocimientos, no la evidencia de sus ojos. Apenas acababan de emerger de la atmósfera joviana, y el planeta todavía llenaba la mitad del espacio visible.

Y ahora eran sus prisioneros, como habían planeado. En la última e incandescente hora se habían desprendido deliberadamente del exceso de velocidad que los podría haber precipitado en forma recta hacia el exterior del Sistema Solar, camino de las estrellas. Actualmente viajaban sobre una elipse, una clásica órbita de Hohmann, que los mantendría entre Júpiter y la órbita de Io, pero trescientos cincuenta mil kilómetros más arriba. Si no encendieran, o no logran encender nuevamente sus motores

Leonov oscilaría una y otra vez entre estos límites, completando una revolución cada diecinueve horas. Se transformaría en la más cercana de las lunas de Júpiter, aunque no por mucho tiempo. Cada vez que rozara la atmósfera perdería altura hasta caer en espiral hacia su propia destrucción.

En realidad, a Floyd nunca le había gustado la vodka, pero se unió sin reservas al resto en el brindis triunfal, a la salud de los diseñadores de la nave, Y como un voto de agradecimiento a Sir Isaac Newton. En seguida Tanya volvió la botella a su estante; había mucho por hacer aún.

Aunque las estaban esperando, todos saltaron con el fragor sordo de las cargas explosivas, y el ruido de la separación. Pocos segundos más tarde, un disco enorme, brillante aún, flotaba ante su vista girando lentamente sobre sí mismo mientras se alejaba de la nave.

—¡Miren! —gritó Max—. ¡Un plato volador! ¿Alguien tiene una cámara?

Había una clara nota de alivio histérico en las carcajadas que siguieron. Fueron interrumpidas por la capitana, en un tono más serio.

—¡Adiós, nuestro fiel escudo térmico! ¡Has hecho un trabajo magnífico!

—Pero ¡qué desperdicio —dijo Sasha—. Ahí hay por lo menos dos toneladas. ¡Piensen en toda la carga útil extra que podríamos haber traído!

—Si ésa es la eficaz y conservadora ingeniería rusa, me quedo con ella —retrucó Floyd—. Prefiero mil veces unas pocas toneladas de más, que un solo miligramo de menos.

Todos aplaudieron esos nobles sentimientos mientras el escudo abandonado se volvía amarillo, luego rojo, hasta que quedó tan negro como el espacio que lo rodeaba. A pocos kilómetros de distancia se desvaneció, aunque, ocasionalmente, la repentina reaparición de una estrella eclipsada recordaba su presencia.

«Comprobación de órbita preliminar terminada», dijo Vasili. «Estamos a diez metros por segundo de nuestro vector ideal. Por ser el primer intento, no está tan mal». Hubo un reprimido suspiro de alivio al escuchar la noticia, y pocos minutos más tarde Vasili hizo otro anuncio.

«Cambio de actitud por corrección de rumbo; delta ve seis metros por segundo. En un minuto tendremos un estallido de veinte segundos».

Se encontraban aún tan cerca de Júpiter que era imposible creer que la nave estuviera orbitando el planeta; podrían haberse hallado en un avión de gran altitud que acabara de emerger de entre un mar de nubes. No había sensación de escala; era fácil imaginarse que se estaban alejando de algún atardecer terrestre; tan familiares resultaban aquellos rojos, rosados y púrpuras que se deslizaban allá abajo.

Pero aquello no era más que una ilusión; nada había allí que pudiera tener semejanza con la Tierra. Aquellos colores eran propios, no prestados por el sol poniente. Los mismos gases eran totalmente alienígenos: metano, amoniaco y un brebaje embrujado de hidrocarburos, mezclado en un caldero de hidrógeno y helio. Ni un atisbo de oxígeno libre, aliento de la vida humana.

Las nubes marchaban de horizonte a horizonte en filas paralelas, distorsionadas ocasionalmente por vientos y remolinos. Aquí y allá había relámpagos de gas más brillantes que rompían el paisaje, y Floyd alcanzó a divisar el borde oscuro de una enorme tromba, un remolino de gases que se hundían en las insondables profundidades jovianas.

Comenzó a buscar el Gran Punto Rojo, pero en seguida se dio cuenta de lo inocente de su intento. Todo aquel enorme paisaje de abajo era apenas una pequeña porción de la inmensidad del Punto Rojo; hubiera sido lo mismo que intentar reconocer el contorno de los Estados Unidos desde una avioneta a baja altura sobre Kansas.

«Corrección completa. Estamos en órbita de intercepción con lo. Tiempo hasta la llegada: ocho horas y cincuenta y cinco minutos».

«Menos de nueve horas para trepar desde Júpiter y encontrarnos con lo que sea que nos esté esperando», pensó Floyd. «Hemos escapado del gigante, pero él sólo

representa un peligro para el que nos podíamos preparar. Lo que queda ahora es un absoluto misterio».

«Y si superáramos con vida ese desafío, aún deberemos volver a Júpiter. Necesitaremos de su poder para regresar a casa sanos y salvos».

16. LINEA PRIVADA

«...Hola, Dimitri. Habla Woody, cambiando a Clave Dos en quince segundos... Hola, Dimitri, multiplica las Claves Tres y Cuatro, saca la raíz cúbica, súmale el cuadrado de Pi y emplea la integral más próxima como Clave Cinco. A menos que sus computadoras sean un millón de veces más rápidas que las nuestras, y estoy condenadamente seguro de que no lo son, nadie podrá decodificar esto, de tu lado o del mío. Pero puede que tengas que dar algunas explicaciones; de todos modos, eres un experto en eso.

»A propósito, mis habitualmente bien informadas fuentes me hablaron del fracaso en el último intento para persuadir al viejo Andrei de que renunciara; supongo que tu delegación no tuvo más suerte que las otras, y que todavía debes seguir soportándolo como Presidente. Me causa mucha gracia; la Academia se lo tiene merecido. Sé que ya tiene más de noventa años, y se está volviendo un poco... bueno, obstinado. Pero no recibirás ninguna ayuda de mi parte, aunque en el mundo —perdón, en el Sistema Solar— no haya alguien más experto que yo en la extirpación indolora de científicos caducos.

«...¿Me creerías si te dijera que aún estoy un poco bebido? Sentimos que nos merecíamos una pequeña fiesta, luego de haber efectiza... efectua... ¡demonios! efectivizado el acople con Discovery. Además teníamos que dar la bienvenida a bordo a dos nuevos miembros de la tripulación.

»Chandra no confía en el alcohol; lo hace a uno demasiado humano; pero Walter Curnow se ocupó de su parte, y algo más. Sólo Tanya permaneció sobria como una roca, tal como se hubiera esperado.

»Mis compañeros norteamericanos, —ya estoy hablando como un político, ¡Dios nos libre!—, finalizaron su hibernación sin problemas, y ambos están ansiosos por comenzar a trabajar. Deberemos actuar con rapidez; no sólo se nos escapa el tiempo, sino que Discovery no parece estar en buenas condiciones. Apenas podíamos creer en nuestros ojos, al ver que el immaculado casco blanco se había vuelto de un amarillo enfermizo.

»Por supuesto, la culpa es de lo. La nave ha descendido hasta unos tres mil kilómetros en espiral, y cada pocos días alguno de los volcanes arroja al espacio varios megatonnes

de azufre. Aunque hayas visto las películas, realmente no puedes imaginarte lo que es estar suspendido sobre ese infierno; me alegraré cuando podamos alejarnos de aquí, aun cuando nos estaremos dirigiendo hacia algo mucho más misterioso... y tal vez mucho más peligroso.

»Yo volé sobre el Kilauea durante la erupción del '06; era sobrecogedor, pero no era nada, nada, comparado con esto. En este momento estamos en el lado nocturno, y eso empeora las cosas. Lo que tú ves es sólo lo suficiente como para imaginarte mucho más. Es lo más cercano al infierno que nunca querría estar...

»Algunos lagos de azufre están a temperatura suficiente como para resplandecer, pero la mayor parte de la luz joviana proviene de las descargas eléctricas. Cada pocos minutos el paisaje entero parece explotar, como iluminado por un flash fotográfico gigante. Y puede que no sea una analogía tan mala; en el tubo de flujo que une Júpiter con lo, flotan millones de amperes, y a cada rato hay cortocircuitos. Así se produce el relámpago más grande del Sistema Solar, y la mitad de nuestros interruptores saltan por simpatía.

»Recién hubo una erupción justo sobre el Terminador, y estoy viendo una nube inmensa que se expande hacia nosotros, trepando hacia la luz del Sol. Dudo que alcance nuestra altura, y aunque lo hiciera sería inofensiva al llegar hasta aquí. Pero se la ve ominosa; un monstruo espacial que trata de devorarnos.

»Apenas llegamos aquí, tuve la sensación de que lo me hacía acordar de algo; me llevó un par de días darme cuenta de qué, y finalmente tuve que consultar con Archivo de Misión porque la biblioteca de la nave no me pudo ayudar... ¡qué vergüenza! ¿Recuerdas que, cuando éramos muchachos, en los cursos de Oxford, te recomendé El Señor de los Anillos? Bien, lo es, Mordor: busca en la Tercera Parte. Hay un pasaje que habla de "ríos de roca derretida que se abren paso... hasta que se congelan y yacen como siluetas de dragones retorcidos vomitados por la tierra atormentada". Es una descripción perfecta: ¿cómo lo pudo saber Tolkien, un cuarto de siglo antes que nadie viera una fotografía de lo? Podríamos hablar de la Naturaleza imitando al Arte.

»Por lo menos no tendremos que bajar allí: no creo que ni siquiera nuestros colegas chinos lo hubieran intentado. Pero tal vez algún día sea posible; hay sectores que parecen bastante estables, sin ser inundados continuamente por mareas de azufre.

»Quién hubiera creído que haríamos todo el trayecto hasta Júpiter, el planeta más grande, y luego lo ignoraríamos? Sin embargo, eso es lo que pasa la mayor parte del tiempo, y cuando no estamos mirando a lo o a Discovery, estamos pensando en el... Artefacto.

»Aún está a diez mil kilómetros de distancia, ahí arriba en el punto de libración; pero en el telescopio principal parece estar al alcance de la mano. Por no tener ningún rasgo distintivo, no da idea de su tamaño, no hay manera de ver que en realidad mide dos kilómetros de largo. Si es sólido, debe pesar billones de toneladas.

»Pero, ¿será sólido? No devuelve ningún eco del radar, inclusive cuando está perpendicular a nosotros . Sólo lo percibimos como una silueta negra contra las nubes de Júpiter, que están a trescientos mil kilómetros por debajo de él. Excepto por su tamaño, es exactamente igual al monolito que desenterramos en la Luna.

»Bueno, mañana abordaremos Discovery, y no sé cuándo tendré oportunidad de volver a hablar contigo. Pero hay algo más, amigo mío, antes de firmar.

»Se trata de Caroline. Nunca entenderá realmente por qué tuve que dejar la Tierra, y en cierta manera, no creo que me lo perdone alguna vez. Algunas mujeres creen que el amor no es lo único... sino todo. Tal vez tenía razón. De cualquier manera, seguramente ya es muy tarde para discutirlo.

»Intenta animarla un poco en cuanto puedas. Empezó a hablar algo acerca de regresar al continente. Temo que si lo hace...

»Si no puedes convencerla, trata de hablar con Chris. Lo extraña más de lo que pensaba.

»Confiará en el tío Dimitri, si le dices que su Padre aún lo quiere y volverá a casa tan pronto como pueda».

17. PARTIDA DE ABORDAJE

Aun en las mejores condiciones, no es fácil abordar una nave espacial abandonada, y que no quiere cooperar. Lo que es más, puede ser positivamente peligroso.

Walter Curnow lo sabía como un principio abstracto; pero no lo sintió en carne propia sino cuando vio los cien metros de envergadura de Discovery girando sobre su eje transversal, mientras Leonov permanecía a una distancia segura. Años atrás, la fricción había absorbido la rotación del giróscopo de Discovery, transfiriendo así su momento angular al resto de la estructura. Ahora, como el bastón de un tambor mayor en el punto más alto de su trayectoria, la nave abandonada giraba grácilmente a lo largo de su órbita.

El primer problema era detener esa rotación, que hacía a Discovery no sólo incontrolable, sino también inabordable. Mientras se vestía en la cámara de presión, junto a Max Brailovsky, Curnow tenía una extraña sensación de incompetencia, y tal vez de

inferioridad; aquélla no era su especialidad. Ya lo había explicado con gravedad, «Yo soy ingeniero espacial, no chimpancé del espacio»; pero el trabajo debía hacerse. Sólo él poseía la habilidad necesaria para salvar a Discovery de las garras de lo. A Max y sus colegas, trabajando con diagramas de circuitos y equipos desconocidos, les llevaría mucho más tiempo. Cuando hubieran restablecido la potencia de la nave, y dominado sus controles, ésta ya se habría sumergido en las sulfurosas hogueras que ardían a sus pies, allá abajo.

—No estarás asustado, ¿o sí? —preguntó Max, cuando estaban por colocarse los cascos.

—No lo suficiente como para hacer un lío con mi traje; pero sí, bastante.

Max sonrió.

—Yo diría que eso es lo correcto en este trabajo. Pero no te preocupes; te llevaré entero hasta allí, en mi... ¿cómo le dicen ustedes?

—Escoba. Porque se supone que las brujas vuelan sobre ellas.

—Ah, sí. ¿Probaste una alguna vez?

—Una vez lo intenté, pero se me escapó. A los demás les pareció muy gracioso.

Algunas profesiones han desarrollado herramientas únicas y características: el arpón del pescador de ballenas, el tomo del alfarero, la plumada del albañil, el martillo del geólogo. Los hombres que debían pasarse gran parte de su tiempo en proyectos de construcción bajo gravedad cero habían creado la «escoba».

Era muy simple: un tubo hueco de un metro de largo, con un apoyo para el pie en un extremo, y una manija de retención en el otro. Apretando un botón, se podía extender hasta cinco o seis veces su tamaño normal, y el sistema interno de amortiguación permitía a un operador experimentado realizar las maniobras más sorprendentes. En caso necesario, el apoya-pie podía convertirse en garra o en gancho; había otros refinamientos, pero éste era el diseño básico. Parecía muy fácil de usar; no lo era.

Las bombas de aire terminaron el reciclado; se encendió el cartel de SALIDA; se abrieron las puertas exteriores y los exploradores se deslizaron suavemente hacia el vacío.

Discovery giraba como las aspas de un molino a unos doscientos metros de allí, siguiendo a Leonov en su órbita alrededor de lo, que cubría la mitad del cielo. Júpiter era invisible, del otro lado del satélite. Esto era una elección deliberada; usaban a lo como escudo para protegerse de la energía que circulaba en ambos sentidos a lo largo del tubo de flujo que unía los dos mundos. Aun así, el nivel de radiación era peligrosamente alto; disponían de menos de quince minutos antes de tener que regresar para guarecerse.

Casi inmediatamente, Curnow tuvo un problema con su traje.

—Me ajustaba bien cuando dejé Tierra —se quejó—. Pero ahora bailo dentro de él, como una arveja en la vaina.

—Es perfectamente normal, Walter —dijo la cirujano-comandante Rudenko, irrumpiendo en el circuito de radio.

—Ha perdido usted diez kilogramos en la hibernación, pérdida que podía afrontar sin problemas. Y ya ha recuperado tres de ellos.

Antes de que Curnow tuviera tiempo de pensar una réplica, se encontró empujado con suavidad, pero con firmeza, lejos de Leonov.

—Relájate, Walter —dijo Brailovsky—. No uses tus impulsores, aun cuando empieces a dar vueltas. Deja que yo haga todo el trabajo.

Curnow veía los perezosos resoplidos del aparato del hombre más joven, mientras sus pequeñas turbinas los conducían hacia Discovery. A cada una de esas pequeñas nubes de vapor seguía un delicado tirón en el cable de remolque, y se empezaba a mover hacia Brailovsky; pero nunca lo alcanzaba antes del próximo soplido. Se sentía como un yo-yo, subiendo y bajando por el hilo.

Había una sola manera de aproximarse al naufragio, y era a lo largo del eje alrededor del cual giraba con suavidad. El centro de rotación de Discovery estaba aproximadamente en la mitad de la nave, cerca del complejo central de antenas, y Brailovsky se dirigía directamente a esa zona, con su ansioso campanero a remolque. «¿Cómo podrá detenemos a ambos a tiempo?», se preguntaba Curnow.

Discovery era ahora un inmenso pero esbelto carillón que hendía el cielo frente a ellos. Aunque tardaba varios minutos en completar una revolución, los extremos se movían a una velocidad impresionante. Curnow trataba de ignorarlos, y de concentrarse en el centro cada vez más cercano, e inmóvil.

—Estoy apuntando hacia allá —dijo Brailovsky—. No trates de ayudar, y no te sorprendas por nada que suceda.

«¿Qué quiere decir con allá?», se preguntó Curnow, preparándose lo más posible para «no sorprenderse».

Todo sucedió en unos cinco segundos. Brailovsky accionó su escoba, y ésta se extendió en toda su longitud de cuatro metros, haciendo contacto con la nave que se aproximaba. La escoba comenzó a contraerse, mientras su amortiguación interna absorbía la considerable inercia del movimiento de Brailovsky; pero al contrario de lo que Curnow esperaba, no lo llevó a estrellarse contra la masa de antenas. Se volvió a extender de inmediato, invirtiendo la velocidad del ruso, de tal manera que se estaba

alejando de Discovery tan rápido como se había acercado. Pasó al lado de Curnow, nuevamente en dirección al espacio, a sólo unos centímetros de distancia. El atónito norteamericano sólo tuvo tiempo de entrever un gran bulto antes de que Brailovsky saliera disparado.

Un segundo después, hubo un tirón en el cable que conectaba a ambos, y una rápida desaceleración al compensarse las inercias de ambos movimientos. Sus velocidades opuestas se habían anulado limpiamente; estaban virtualmente en reposo con respecto a Discovery. Curnow sólo tenía que alcanzar la agarradera más cercana y tirar de ella.

—¿Has jugado alguna vez a la ruleta rusa? —preguntó cuando recuperó el aliento.

—No, ¿qué es?

—Te lo tendré que enseñar alguna vez. Es casi tan bueno como esto para curar el aburrimiento.

«Walter, espero que no estará sugiriendo que Max haría algo peligroso.» La voz de la doctora Rudenko sonó como si estuviera realmente ofendida, y Curnow decidió que lo mejor era no contestar; algunas veces, los rusos no entendían su particular sentido del humor. «Lo disimuló bastante bien...» murmuró casi con el aliento, lo bastante bajo como para que ella no lo oyera.

Ahora que estaban firmemente unidos al casco de la nave giratoria, ya no era consciente de su rotación, en especial cuando fijaba su mirada en las placas metálicas que tenía delante de sus ojos. Su próximo objetivo era la escala que se angostaba en la distancia, a lo largo del delgado cilindro que constituía la estructura principal de Discovery. El esférico módulo de comando del extremo más alejado parecía quedar a varios años luz, aunque él sabía perfectamente bien que la distancia era de sólo cincuenta metros.

—Yo iré primero —dijo Brailovsky, cobrando la cuerda que los unía—. Recuerda: desde aquí todo el camino es cuesta abajo. Pero eso no es problema; te puedes sostener con una sola mano. Inclusive en el extremo, la gravedad es sólo un décimo de ge. Y eso es... ¿cómo le dicen ustedes?... jugo de niños.

—Supongo que querrás decir juego de niños. Y si para ti es lo mismo, prefiero ir con los pies para adelante. Nunca me gustó arrastrarme por las escaleras al revés, aun con gravedad mínima.

Curnow estaba muy al tanto de que era esencial mantener su amable tono irónico; de otro modo, sencillamente se sentiría aterrorizado por lo misterioso y peligroso de la misión. Ahí se encontraba él, a casi mil millones de kilómetros del hogar, a punto de entrar en la nave náufraga más famosa en toda la historia de la exploración espacial; una periodista había llamado a Discovery la Marie Celeste del espacio, y no era una mala

analogía. Pero además había otras cosas que hacían que su situación fuera única; aun cuando tratara de ignorar el inquietante paisaje lunar que cubría la mitad del firmamento, siempre había un elemento a mano que recordaba su presencia. Cada vez que tocaba los peldaños de la escalera, su guante levantaba una fina niebla de polvo de azufre.

Brailovsky estaba, desde luego, en lo cierto; la gravedad centrífuga provocada por la rotación de la nave era fácilmente controlable. Cuando se acostumbró a ella, Curnow incluso agradeció la sensación de dirección que le proporcionaba.

Y así, de repente, habían alcanzado la esfera grande y descolorida del módulo de control y supervivencia de Discovery. A sólo unos metros de allí había una escotilla de emergencia; la misma, pensó Curnow, por la que había entrado Bowman para su confrontación final con Hal.

—Espero que podamos entrar —murmuró Brailovsky—. Sería una lástima hacer todo este viaje y encontrar la puerta con llave.

Limpió el azufre que oscurecía la pantalla de control de la cámara de presión.

—Muerta, desde luego. ¿Intento con los controles?

—No puede hacer ningún daño... pero no sucederá nada.

—Tienes razón. Bien, aquí vamos con el control manual...

Fue fascinante ver cómo se abría la delgada línea en la pared curva, y notar el pequeño soplo de vapor que se dispersaba en el espacio, llevándose consigo una hoja de papel. ¿Sería un mensaje vital? Nunca lo sabrían; se alejó, girando sobre sí mismo sin perder su velocidad de rotación inicial, en dirección a las estrellas.

Brailovsky siguió trabajando con el control manual durante lo que pareció un tiempo muy largo, hasta que la cueva oscura y poco acogedora de la esclusa se abrió totalmente. Curnow esperaba que al menos las luces de emergencia permanecerían operables, pero no tuvieron tanta suerte.

—Tú eres el jefe ahora, Walter. Bienvenido al territorio de los Estados Unidos.

Por cierto que no se sintió tan bien recibido al penetrar en la esclusa, mientras iluminaba el interior con la lámpara de su casco. Por lo que veía, estaba todo en orden. ¿Qué otra cosa había esperado?, se preguntó, un poco enojado.

Cerrar la puerta manualmente llevó más tiempo que abrirla, pero, hasta que la nave volviera a ser reactivada, no había alternativa. Antes de volver a cerrar la escotilla, Curnow arriesgó una mirada al insensato panorama exterior.

En el ecuador había aparecido un lago de un azul centelleante, que estaba seguro de no haber visto hacía sólo unas horas. En sus bordes danzaban rutilantes reflejos

amarillos, el color característico del sodio ardiente y todo el panorama nocturno se hallaba velado por la fantasmal descarga de plasma de una de las casi continuas auroras de lo.

Era el germen de futuras pesadillas; y por si no fuera suficiente, había un último toque, digno de un enloquecido autor surrealista. Apuñalando el cielo negro, surgido en apariencia de las hogueras de aquella luna en llamas, había un inmenso cuerno curvado, tal como lo habría visto un torero sentenciado en el momento final de la verdad.

Júpiter se levantaba para saludar a Discovery y a Leonov, mientras ambas naves lo seguían en sus órbitas sincrónicas.

18. SALVAMENTO

Apenas se cerró la escotilla exterior detrás de ellos, hubo una sutil inversión de roles. Ahora era Curnow el que estaba cómodo, mientras que Brailovsky se encontraba fuera de su elemento, sintiéndose extraño a ese laberinto de oscuros y angostos corredores y túneles que era el interior de Discovery. En teoría, Max conocía el camino a seguir dentro de la nave, pero su conocimiento se basaba sólo en un estudio de los planos. Curnow, en cambio, había trabajado durante meses en un gemelo de Discovery sin terminar; podía andar, literalmente, con los ojos vendados.

El progreso era lento porque esa parte de la nave había sido diseñada para gravedad cero; ahora el giro sin control proveía una gravedad artificial, que, por pequeña que fuera, siempre parecía apuntar en la dirección menos conveniente.

—Lo primero que debemos hacer —murmuró Curnow, después de deslizarse algunos metros por un corredor antes de conseguir tomarse de una manija—, es parar ese condenado giro. Y no podremos hacerlo mientras no conectemos la energía. Sólo espero que Dave Bowman haya asegurado todos los sistemas antes de abandonar la nave.

—¿Estás seguro de que la haya abandonado por completo? Tal vez tuviera intención de volver.

—Es posible que tengas razón; supongo que nunca lo sabremos. Y es muy posible que tampoco él lo supiera.

Habían entrado al «Hangar de las Arvejas»; el garaje espacial de Discovery, que normalmente contenía tres de esas cápsulas esféricas monotripuladas, usadas en actividades exteriores a la nave. Sólo quedaba la Cápsula Número 3, la Número 1 se había perdido en el misterioso accidente donde murió Frank Poole, y la Número 2 estaba con Dave Bowman, dondequiera que éste estuviera.

El Hangar de las Arvejas contenía asimismo dos trajes espaciales, con la desagradable apariencia de dos cuerpos decapitados al colgar, sin cascos, de la percha. Se requería poco esfuerzo de la imaginación (y la de Brailovsky estaba trabajando tiempo extra), para poner dentro de ellos a toda una galería de siniestros ocupantes.

Fue una desgracia, aunque no del todo sorprendente, que el a veces irresponsable sentido del humor de Curnow saliera a relucir en ese preciso momento.

—Max —dijo, con una seriedad mortal—, ante cualquier cosa que suceda... por favor, no vayas a asustarte si aparece el gato de la nave.

Durante unos milisegundos, Brailovsky fue sorprendido con la guardia baja, y casi contestó: «ojalá no hubieras dicho eso, Walter», pero se recuperó a tiempo. Hubiera sido admitir su debilidad; así, pues, que replicó:

—Me gustaría encontrar al idiota que puso esa película en nuestra cinemateca.

Probablemente fue Katerina, que quiso verificar el equilibrio psicológico de cada uno. Además, te morías de risa cuando la proyectamos la semana pasada.

Brailovsky se calló; la acotación de Curnow era totalmente cierta. Pero eso había sucedido en el calor familiar y luminoso de Leonov, entre sus amigos, no en una nave náufraga oscura y helada, poblada por fantasmas. Por más racional que fuera, era demasiado fácil imaginarse alguna implacable bestia alienígena rondando por los corredores, en busca de alguien a quien devorar.

»La culpa es tuya, Abuela (descansen en paz tus santos huesos en la tundra siberiana); ojalá no me hubieras llenado la cabeza con esas horribles leyendas. Si cierro los ojos, todavía puedo ver la choza del Baba Yaga, erguida en un claro del bosque, sobre sus delgadas patas de pollo...

»Suficiente, basta ya. Soy un brillante ingeniero enfrentado con el más grande desafío técnico de su vida, y no debo dejar que mi colega norteamericano sepa que a veces soy un niño asustado...»

Los ruidos no ayudaban. Había demasiados, aunque eran tan débiles que sólo un astronauta experimentado podría haberlos detectado por sobre los sonidos de su propio traje. Pero para Max Brailovsky, acostumbrado a trabajar en un ambiente de máximo silencio, eran particularmente irritantes, aun sabiendo que los ocasionales crujidos y chirridos eran causados, casi con seguridad, por la expansión térmica, mientras la nave giraba como carne al asador. Débil como era la presencia del Sol, había, sin embargo, una apreciable diferencia de temperatura entre la luz y la sombra.

Incluso su familiar traje espacial le resultaba incómodo, ahora que afuera existía la misma presión que adentro. Todas las fuerzas que actuaban sobre las articulaciones se

habían alterado sutilmente, y ya no podía programar sus movimientos con precisión. «Parezco un principiante, volviendo a comenzar mi entrenamiento desde el principio», se dijo con enojo. Ya era tiempo de terminar esta situación con una acción decisiva.

—Walter, me gustaría verificar la atmósfera.

—La presión está bien; temperatura... ¡uf! ciento cinco grados bajo cero.

—Un confortable invierno ruso. De todos modos, el aire de mi traje aislará la mayor parte del frío.

—Bien, adelante. Pero déjame iluminar tu cara para ver si estás poniéndote azul. Y sigue hablando.

Brailovsky quitó el seguro a su visor, y levantó el casco. Titubeó un instante al sentir cómo unos dedos helados acariciaban su rostro, olisqueó con precaución, y respiró por fin profundamente.

—Está frío, pero no se me congelarán los pulmones. Hay un olor raro, sin embargo... Rancio, podrido, como si algo... ¡oh no!

Empalideciendo de golpe, Brailovsky cerró su casco rápidamente.

—¿Cuál es el problema, Max? —preguntó Curnow con repentina, y ahora genuina, ansiedad. Brailovsky no contestó; aún parecía estar intentando recuperar el control de sí mismo. En verdad se hallaba ante el peligro cierto de un desastre horrible, y a menudo fatal: vomitar dentro de un traje espacial.

Hubo un largo silencio; luego Curnow dijo en tono tranquilizador:

—Ya sé qué es. Pero estoy seguro que te equivocas. Sabemos que Poole se perdió en el espacio. Bowman informó que eyectó fuera a los otros después de muertos en hibernación, y estamos seguros de que lo hizo. No puede haber nadie aquí. Además, hace tanto frío...

Casi agregó «como en una morgue», pero se frenó a tiempo.

—Pero supón —murmuró Brailovsky— sólo supón que Bowman haya conseguido volver a la nave, y que haya muerto aquí.

Hubo un silencio aún más largo, antes de que Curnow abriera su propio casco, lenta y cuidadosamente. Se estremeció al sentir el aire congelado en sus pulmones, y frunció la nariz en una mueca de disgusto.

—Ahora lo comprendo. Pero estás dejando volar demasiado a tu imaginación. Te apuesto diez contra uno a que este olor proviene de la cocina. Seguramente es carne que se echó a perder, antes de que la nave se congelara. Y Bowman debe haber estado muy ocupado para mantener la casa en orden. He conocido departamentos de soltero que olían peor.

—Tal vez tengas razón... Eso espero.

—Por supuesto que sí. Y aunque no la tuviera... maldito sea, ¿cuál es la diferencia? Tenemos un trabajo que hacer, Max. Si Dave Bowman aún está aquí, bueno, no es asunto nuestro. ¿No es así, Katerina?

No hubo respuesta de la cirujano-comandante; se habían adentrado demasiado en la nave, y la radio no llegaba hasta allí. Ahora se encontraban librados a sus propios medios, pero Max estaba recobrando el ánimo con rapidez. Finalmente decidió que era un privilegio trabajar con Walter. A veces, el ingeniero norteamericano parecía tomarse las cosas a la ligera. Pero era absolutamente competente; y si era necesario, duro como el hierro.

Juntos, devolverían Discovery a la vida, y, tal vez, de regreso a Tierra.

19. OPERACIÓN MOLINO

Cuando Discovery se encendió de repente como el proverbial árbol de Navidad, con sus luces internas y de navegación brillando de extremo a extremo, los gritos de alegría a bordo de Leonov casi se podrían haber escuchado a través del vacío que separaba ambas naves. Pero se transformaron en un gruñido irónico cuando casi inmediatamente se volvieron a apagar.

Durante media hora no sucedió más nada; entonces, las ventanas del puente de vuelo de Discovery se iluminaron con el suave carmesí de las luces de emergencia. Pocos minutos más tarde, se pudo ver a Curnow y a Brailovsky moverse ahí dentro, aunque las siluetas eran borrosas a causa de la película de polvo de azufre.

—Hola, Max, Walter, ¿pueden oírnos? —llamó Tanya Orlova. Las dos figuras agitaron las manos simultáneamente, pero no dieron otra respuesta. Sin duda, estaban demasiado ocupados como para entablar una charla informal; los observadores de Leonov tuvieron que esperar con paciencia mientras se encendían y apagaban varias luces, una de las tres compuertas del Hangar de las Arvejas se abría y cerraba rápidamente, y la antena principal giraba unos modestos diez grados.

«Hola, Leonov», dijo Curnow al fin. «Disculpen la demora, pero hemos estado bastante ocupados».

»Aquí va un pequeño informe, de acuerdo con lo que pudimos observar hasta ahora. La nave se encuentra en mejores condiciones que lo que me había temido. El casco está

intacto, las filtraciones son despreciables; presión de aire: ochenta y cinco por ciento del valor nominal. Es respirable, pero tendremos que hacer un reciclado total, porque apesta.

»La mejor noticia es que los sistemas de energía funcionan bien. El reactor principal está estable y las baterías, operables. Los fusibles de casi todos los circuitos se encontraban abiertos; deben haber sido cortados por Bowman antes de partir, así que el equipo vital estuvo protegido. Pero será todo un trabajo verificar cada conexión antes de que vuelva a funcionar a pleno».

—¿Cuánto tiempo llevará? Por lo menos, para disponer de los sistemas esenciales: medio ambiente y propulsión.

—Es difícil de decir, capitán. ¿De cuánto tiempo disponemos, antes de chocar?

—La predicción mínima actual es de diez días. Pero ya sabes cuántas veces la hemos modificado, en ambos sentidos.

—Bueno, si no tenemos mayores inconvenientes, podremos llevar a Discovery a una órbita estable, lejos de este agujero del demonio en... digamos... una semana, día más, día menos.

—¿Hay algo que necesiten?

—No, con Max nos arreglamos bastante bien. Ahora nos dirigimos hacia el giróscopo principal, para controlar los cojinetes. Quiero ponerlo en funcionamiento lo más pronto posible.

—Disculpa, Walter... pero ¿es tan importante? La gravedad es conveniente, pero nos hemos pasado sin ella un tiempo largo.

—Lo que busco no es gravedad, aunque será muy útil a bordo. Si consigo restablecer el funcionamiento del giróscopo, éste absorberá el movimiento de la nave, y cesará el bamboleo. Así podremos adosar nuestras esclusas de salida, y terminar con las EVA. Eso hará que el trabajo sea cien veces más fácil.

—Buena idea, Walter, pero no vas a acoplar mi nave con ese... molino. Supón que los cojinetes se recalienten y bloqueen el giróscopo; ¡nos destrozaría!

—Comprendido. Lo discutiremos después. Volveré a informar tan pronto como pueda.

Nadie pudo descansar demasiado en los dos días que siguieron. Al fin del segundo día, Curnow y Brailovsky se quedaron prácticamente dormidos dentro de sus trajes, pero habían completado la revisión general de Discovery, sin encontrar sorpresas desagradables. La Agencia Espacial y el Departamento de Estado se sintieron aliviados por los informes preliminares; ellos les permitían aducir, con alguna justificación, que Discovery no era un naufragio, sino una «nave temporariamente sin misión, perteneciente

a los Estados Unidos de América». Ahora debía comenzar la tarea de reacondicionamiento.

Una vez restaurada la energía, el problema siguiente era el aire, ya que las operaciones más efectivas de limpieza habían fracasado al intentar eliminar el mal olor. Las predicciones de Curnow estaban acertadas al decir que su fuente era la comida descompuesta al desconectarse la refrigeración; había dicho también, con cómica gravedad, que era muy romántico.

«Sólo tengo que cerrar los ojos» recitaba, «para sentirme en un buque ballenero de los viejos tiempos. ¿Se imaginan el aroma del Pequod?»

Era de aceptación unánime que, después de una visita a Discovery, no se requería un gran esfuerzo para imaginarlo. Finalmente el problema se resolvió o al menos se redujo a proporciones aceptables, dejando escapar toda la atmósfera de la nave. Afortunadamente, todavía quedaba suficiente aire en los tanques de reserva para reemplazarla.

Fue muy bien venida la noticia de que el noventa por ciento del combustible necesario para el viaje de regreso aún era aprovechable; había resultado muy rentable la elección de amoníaco como fluido operativo para la impulsión plasmática, en lugar del hidrógeno. Éste, aunque de mayor rendimiento, hubiera hervido años atrás, a pesar de la aislación de los tanques y la baja temperatura exterior. Pero casi todo el amoníaco había permanecido en estado líquido, y existía suficiente para enviar a la nave de regreso a una órbita segura alrededor de la Tierra. O al menos, alrededor de la Luna.

El paso crítico para poner la nave bajo control, era la detención del giro de Discovery. Sasha Kovalev comparó a Curnow y Brailovsky con Don Quijote y Sancho Panza, y expresó el deseo de que esa expedición contra los molinos de viento fuera más afortunada.

Con precaución, haciendo numerosas pausas para controlar, se activaron los motores del giróscopo y el gigantesco tambor ganó velocidad, reabsorbiendo la rotación que le había impartido a la nave hacía tanto tiempo. Discovery ejecutó una complicada serie de procesiones, hasta que finalmente dejó de girar en forma incontrolado. Los últimos vestigios de rotación indeseable se neutralizaron con los cohetes estabilizadores, hasta que las dos naves quedaron flotando quietas, una al lado de la otra Leonov, chata y maciza, empedregada por Discovery, alta y esbelta.

El paso de una a otra ya no era riesgoso, incluso era fácil, pero la capitana Orlova aún se negaba a permitir un vínculo físico. Todos aceptaron esta decisión, puesto que lo se

seguía acercando; podrían tener que abandonar la embarcación que tanto les había costado salvar.

El hecho de que ahora conocieran la razón de la misteriosa reducción en la órbita de Discovery no ayudaba en lo más mínimo. Cada vez que la nave pasaba entre Júpiter e Io, atravesaba el invisible tubo de flujo gravitatorio que unía ambos cuerpos y las corrientes parásitas resultantes inducidas en la nave ejercían un inevitable efecto de frenado en cada revolución.

No había forma de predecir el momento del impacto final, ya que la corriente en el tubo de flujo variaba enormemente, de acuerdo a leyes propias e inescrutables de Júpiter. A veces había dramáticas mareas de actividad, acompañadas de tormentas eléctricas y auroras boreales las naves perdían muchos kilómetros de altura, adquiriendo una temperatura incómodamente alta, hasta que los sistemas de control térmico la reajustaban.

Este inesperado efecto había sorprendido y aterrado a todos antes de que descubrieran la explicación obvia. Cualquier tipo de resistencia produce calor, en alguna parte; las fuertes corrientes inducidas en los cascos de Leonov y Discovery las convertía, por un breve lapso, en hornos eléctricos de baja potencia. No era sorprendente que una parte de las reservas de comida de Discovery se hubiera arruinado.

La castigada superficie de Io estaba apenas a quinientos kilómetros cuando Curnow se arriesgó a activar el impulsor primario, mientras Leonov permanecía a una respetuosa distancia. No hubo efectos visibles —nada del humo y fuego de los viejos cohetes químicos—, pero las naves se separaron suavemente mientras Discovery ganaba velocidad. Después de un par de horas de delicadas maniobras, ambas naves se habían elevado unos cien kilómetros; ya era tiempo de tomarse un descanso.

—Ha hecho un excelente trabajo, Walter —dijo la cirujano-comandante Rudenko, pasando su ancho brazo sobre los cansados hombros de Curnow.

Como al pasar, rompió una pequeña cápsula bajo su nariz. Se despertó veinticuatro horas después, furioso y hambriento.

20. GUILLOTINA

—¿Qué es esto? —preguntó Curnow con una mueca de disgusto, sosteniendo el pequeño mecanismo con la mano—. ¿Una guillotina para ratones?

—No es una mala descripción, pero mi juego apunta más alto.

Floyd señaló una flecha que brillaba en la pantalla, marcando el complicado diagrama de un circuito.

—¿Ves esta línea?

—Sí, es el conductor principal de energía. ¿Y qué?

—Este es el punto por donde entra a la unidad central de procesamiento de Hal. Me gustaría que instalaras este dispositivo aquí, en el interior del sistema de cableado, donde no pueda ser localizado sin una búsqueda deliberada.

—Ya veo. Un control remoto, así podrás desconectar a Hal cuando quieras. Muy prolijo; además, el material no es conductor, así que no habrá cortocircuitos molestos al ser accionado. ¿Quién fabrica estos juguetes? ¿La CIA?

—Eso no importa. El control está en mi cuarto; es esa pequeña calculadora roja que siempre tengo sobre el escritorio. Hay que ingresar nueve nueves, sacar la raíz cuadrada, y apretar INT. Es todo. No estoy seguro del alcance; tendremos que probarlo; pero mientras Leonov y Discovery no se alejen más de los dos kilómetros una de otra, no habrá peligro de que Hal vuelva a descontrolarse.

—¿A quién vas a hablarle de esta... cosa?

—Bueno, en realidad, a la única persona que se la estoy ocultando es a Chandra.

—Me lo suponía.

—Pero cuanto menos se sepa, menos se hablará de ella. Le diré a Tanya que existe, y si hay una emergencia le podrás mostrar cómo se opera.

—¿Qué clase de emergencia?

—Esa no es una pregunta brillante, Walter. Si lo supiera, no necesitaría de esa condenada cosa.

—Supongo que tienes razón. ¿Cuándo quieres que instale tu «mata-Hals» patentado?

—Cuanto antes. Preferentemente esta noche, cuando Chandra esté dormido.

—¿Estás bromeando? No creo que duerma nunca. Es como una madre velando por su bebé enfermo.

—Bueno, pero alguna vez tendrá que volver a Leonov para comer.

—Tengo algo que decirte. La última vez que cruzó, ató a su traje una bolsita de arroz. Con eso tendrá para semanas.

—En ese caso, tendré que usar una de las famosas píldoras knock out de Katerina. Funcionaron bastante bien contigo, ¿no es así?

Curnow estaba bromeando respecto de Chandra; al menos, eso creía Floyd, aunque nunca se podía estar seguro: era muy aficionado a soltar las más extravagantes afirmaciones con la cara más inocente del mundo. Pasó un tiempo largo antes de que los

rusos se dieran cuenta de ello; luego, en defensa propia, estaban propensos a reírse aun cuando Curnow permanecía absolutamente serio.

La propia risa de Curnow, gracias a Dios, se había aplacado desde que Floyd la había escuchado por primera vez en aquel ómnibus espacial; en esa ocasión, obviamente había sido amplificada por el alcohol. Había esperado sufriría otra vez en la fiesta del fin del viaje, cuando finalmente Leonov se había acoplado con Discovery. Pero incluso esa vez, a pesar de que Curnow había bebido mucho, se mantuvo tan controlado como la propia capitana Orlova.

Si había algo que se tomaba seriamente, era su trabajo. En el viaje desde la Tierra había sido un pasajero. Ahora era tripulante.

21. RESURRECCION

Estamos a punto, se decía Floyd, de despertar a un gigante durmiente. ¿Cómo reaccionará Hal ante nuestra presencia, después de todos estos años? ¿Se acordará del pasado; y será amigable, u hostil?

Mientras flotaba en pos del doctor Chandra en la gravedad cero de la cubierta de vuelo de Discovery, la mente de Floyd seguía ocupada con el interruptor instalado y comprobado hacía apenas unas horas. El radio-control se hallaba a pocos centímetros de su mano, y se sintió algo tonto por haberlo traído consigo. En esta etapa, Hal todavía estaba desconectado de todos los circuitos operativos de la nave. Aun cuando fuera reactivado, sería un cerebro sin miembros, aunque no sin órganos sensitivos. Sería capaz de comunicarse, pero no de actuar. Como había dicho Curnow: «lo peor que podrá hacernos será insultarnos».

—Estoy listo para el primer test, capitán —dijo Chandra—. Se han reemplazado todos los módulos faltantes, y he corrido programas de diagnóstico de todos los circuitos. Todo parece normal, al menos en este nivel.

La capitana Orlova echó una mirada a Floyd, que asintió. Por insistencia de Chandra, sólo ellos tres presenciaban este paso crítico, y era obvio que inclusive ese pequeño auditorio era mal recibido por él.

—Muy bien, doctor Chandra —agregó rápidamente Tanya, siempre consciente del protocolo— el doctor Floyd ha dado su aprobación y yo no tengo objeciones.

—Debería explicar —dijo Chandra, en un tono que dejaba traslucir desaprobación—, que sus centros de reconocimiento de voz y de síntesis oral han sido dañados.

Tendremos que volver a enseñarle a hablar desde el principio. Por suerte, aprende varios millones de veces más rápidamente que un ser humano.

Los dedos del científico bailaron sobre el teclado mientras escribía una docena de palabras, aparentemente al azar, y pronunciaba cuidadosamente cada una de ellas, a medida que aparecían en la pantalla. Como un eco distorsionado, las palabras volvían desde el parlante secas, sin vida, mecánicas, sin ninguna sensación de inteligencia detrás de ellas. «Éste no es el viejo Hal», pensó Floyd. «No es mejor que los primitivos juguetes parlantes que fueron tan novedosos cuando yo era un niño».

Chandra apretó el botón REPETIR, y la serie de palabras volvió a sonar. Ya se notaba una apreciable mejoría, aunque nadie podría haberla confundido con una voz humana.

—Las palabras que le doy contienen todos los fonemas básicos de la lengua inglesa; unas diez iteraciones más y ya será aceptable. Pero no dispongo del equipo necesario para llevar a cabo un trabajo de terapia realmente completo.

—¿Terapia? —preguntó Floyd— ¿Quiere decir que está... eh, trastornado?

—No —cortó Chandra—. Los circuitos lógicos están en perfecto estado. Sólo puede ser defectuosa la vocalización, aunque mejorará rápidamente. Así que verifiquen todo en la pantalla, para evitar malas interpretaciones. Y si tienen que hablar, pronuncien con cuidado.

Floyd sonrió a la capitana Orlova con disimulo, y formuló la pregunta obvia.

—¿Y qué hay de todos esos acentos rusos que andan por aquí?

—Estoy seguro de que no habrá problemas con la capitana Orlova y el doctor Kovalev. Pero con los otros... bien, tendremos que realizar pruebas individuales. Todo aquel que no la pase deberá usar el teclado.

—Para eso falta mucho todavía. Por el momento, usted es la única persona que debería intentar la comunicación. ¿De acuerdo, capitana?

—Absolutamente.

Sólo una breve inclinación de cabeza reveló que Chandra los había escuchado. Sus dedos continuaban volando sobre el teclado, y sobre la pantalla aparecían columnas de palabras y símbolos a tal velocidad que ningún humano podría asimilarlas jamás. Presumiblemente Chandra poseía una memoria eidética, ya que parecía reconocer páginas enteras de información con sólo una mirada.

Floyd y Orlova estaban por dejar al científico con sus ceremonias arcanas cuando éste advirtió su presencia repentinamente, levantando la mano en señal de aviso o anticipando algo. Con un movimiento casi dubitativo, que contrastaba con sus decididas acciones previas y tiró de una palanquita de seguridad y apretó un único aislado botón.

Instantáneamente, sin una pausa perceptible, brotó una voz de la consola, que ya no era una parodia de expresión humana.

Allí había inteligencia, conciencia, autoreconocimiento, aunque todavía a un nivel rudimentario. «Buenos días, doctor Chandra. Soy Hal. Estoy listo para mi primera lección».

Hubo un instante de impactante silencio; luego, siguiendo el mismo impulso, los dos observadores abandonaron el puente.

Heywood Floyd nunca lo hubiera creído. El doctor Chandra estaba llorando.

IV – LAGRANGE

22. HERMANO MAYOR

»¡Qué hermosa noticia la del bebé delfín! Me imagino qué excitado habrá estado Chris cuando los orgullosos padres lo llevaron a nuestra casa. Deberías haber escuchado los ohs y ahs de mis compañeros cuando vieron el video en que nadan juntos, con Chris subido atrás. Sugieren que lo llamemos Sputnik, que significa tanto camarada como satélite.

»Lamento que haya pasado tanto tiempo desde mi último mensaje, pero los noticieros te habrán dado una idea de lo duro de nuestro trabajo. Inclusive la capitana Tanya ha abandonado toda pretensión de ajustarse a un programa regular; cada problema debe ser solucionado a medida que se presenta, por quien esté disponible. Dormimos cuando ya no podemos mantenernos en pie.

»Creo que podemos estar orgullosos de lo que hemos hecho. Ambas naves están operables y ya hemos terminado la primera serie de tests a Hal. En un par de días sabremos si podemos conferirle el mando de Discovery cuando nos vayamos de aquí para nuestra cita final con el Hermano Mayor.

»No sé quién fue el primero en llamarlo así; inexplicablemente, los rusos no son muy afectos a él, y se burlan sarcásticamente de nuestra designación oficial, TMA-2, señalándome —muchas veces— que está a mil millones de kilómetros de Tycho. Además, que Bowman no informó de ninguna anomalía magnética, y que el único parecido con TMA-1 es la forma. Cuando les pregunté qué nombre proponían ellos, me salieron con Zagadka, que significa enigma. Por cierto que es un nombre excelente pero

todos se sonríen cuando intento pronunciarlo, así que seguiré llamándolo Hermano Mayor.

»Como quiera que se lo llame, ahora está a sólo diez mil kilómetros de aquí, y el viaje no nos tomará más de unas horas. Pero no tengo inconveniente en confesarte que esta última etapa nos tiene muy nerviosos.

»Habíamos esperado encontrarnos con alguna información nueva en Discovery. Esa fue nuestra única desilusión, aunque deberíamos haberla previsto. Hal, por su puesto, fue desconectado mucho antes del encuentro, y no guarda memoria de lo que sucedió; Bowman se llevó consigo todos sus secretos. No hay nada en la bitácora de la nave ni en los sistemas de registro automático que no supiéramos anteriormente.

»El único indicio que descubrimos es puramente personal, un mensaje que Bowman había dejado para su madre. Me pregunto por qué nunca lo mandó; obviamente, tenía intenciones —o esperanzas— de regresar a la nave luego de la última EVA. Desde luego, lo hemos enviado a la señora Bowman; está en un hogar de descanso, en algún lugar de Florida, y su condición mental es precaria, así que tal vez no signifique nada para ella.

»Bueno, éstas son todas las noticias. No puedo decirte cuánto los extraño... a ti y a Chris y a los cielos azules y los verdes mares de la Tierra. Aquí son todos rojos y anaranjados y amarillos; muchas veces tan hermosos como el más fantástico atardecer, pero, después de un tiempo, se extrañan terriblemente los colores fríos y puros del otro extremo del espectro.

»Todo mi amor para ustedes dos... Volveré a llamar apenas pueda».

23. ENCUENTRO

Nikolai Ternovsky, experto en control y cibernética de Leonov, era el único hombre a bordo que podía hablar con Chandra en algo parecido a su propio idioma. A pesar de que el principal creador y mentor de Hal era reacio a admitir a nadie con absoluta confianza, el agotamiento físico le había obligado a aceptar ayuda. El ruso y el indonorteamericano habían formado una alianza temporal que funcionaba sorprendentemente bien. Eso se debía principalmente al bien dispuesto Nikolai, que de alguna manera comprendía cuándo Chandra lo necesitaba realmente, y cuándo prefería estar solo. El hecho de que el inglés de Nikolai fuera, de lejos, el peor de la nave, carecía por completo de importancia, ya que la mayor parte del tiempo hablaban un computés totalmente ininteligible para cualquier otra persona.

Después de una semana de reintegración lenta y cuidadosa, todas las funciones de rutina y supervisión de Hal operaban en forma confiable. Era como un hombre que puede caminar, ejecutar órdenes simples, realizar tareas no calificadas, y entablar una conversación de bajo nivel. En término humanos, su IQ era tal vez de 50; sólo habían aparecido los lineamientos más primarios de su personalidad.

Aún era un sonámbulo; no obstante ello, en la experta opinión de Chandra, era capaz de guiar a Discovery desde su órbita próxima a lo hasta cerca del Hermano Mayor.

La perspectiva de alejarse otros siete mil kilómetros del infierno ardiente que había debajo fue bienvenida por todos. Aunque en términos astronómicos la distancia era trivial, significaba que el cielo ya no estaría dominado por un paisaje que podría haber sido imaginado por Dante o por Hieronymus Bosch. Y a pesar de que ni siquiera las más violentas erupciones habían dañado el material de las naves, siempre existía el temor de que lo intentara batir su propio récord. Con el tiempo, la visibilidad de la cubierta de observación de Leonov había disminuido a causa de una delgada película de azufre y, más tarde o más temprano, alguien tendría que salir a limpiarla.

Sólo Curnow y Chandra estaban a bordo de Discovery cuando fue dado a Hal el control de la nave. Era un control muy limitado; apenas repetía el programa con que habían alimentado su memoria, y controlaba su ejecución. Y la tripulación humana lo controlaba a él. Si advirtieran alguna disfunción, tomarían el mando inmediatamente.

El primer impulso duró diez minutos, y, a continuación, Hal informó que Discovery había entrado en órbita de transferencia. Apenas el radar y el rastreador óptico de Leonov confirmaron la información, la otra nave se impulsó hacia la misma trayectoria. Se hicieron dos correcciones menores de rumbo; luego, tres horas y quince minutos más tarde, ambas llegaron sin novedad al primer punto de Lagrange, L1, ubicado diez mil quinientos kilómetros más arriba, sobre la línea invisible que conectaba los centros de lo y Júpiter.

Hal se había portado impecablemente, y Chandra mostraba inconfundibles vestigios de emociones humanas, como satisfacción y hasta alegría. Sin embargo, en ese momento, la mente de todos estaba en otra parte: el Hermano Mayor, alias Zagadka, se encontraba a sólo cien kilómetros de allí.

Incluso desde tal distancia, parecía más grande que la Luna vista desde la Tierra, y la visión de su perfección geométrica era impactante, sobrenatural. Contra el fondo del espacio hubiera sido totalmente invisible, pero las vaporosas nubes jovianas, a trescientos cincuenta mil kilómetros a sus espaldas, lo hacían resaltar en dramático relieve. El conjunto producía una ilusión que, una vez experimentada, la mente no podía refutar. Como no había forma de que el ojo humano apreciara su verdadera perspectiva,

Hermano Mayor a menudo parecía una bostezante puerta vaivén que se abría en el rostro de Júpiter.

No había razón para suponer que cien kilómetros serían más seguros que diez, o más peligrosos que mil; sólo que resultaban psicológicamente adecuados para un primer reconocimiento. Desde esta distancia, los telescopios de la nave podrían haber revelado detalles de pocos centímetros... pero no había ninguno. Hermano Mayor aparecía completamente uniforme, y esto, para un objeto que presumiblemente había sobrevivido a millones de años de bombardeo espacial, era increíble.

Cuando Floyd miró con sus binoculares, le pareció que podría extender la mano y tocar esa suave superficie de ébano, tal como había hecho en la Luna, años atrás. Aquella primera vez, había sido con la mano enguantada de su traje espacial. Sólo cuando el monolito de Tycho fue encerrado en una cúpula presurizada, pudo usar su mano desnuda.

Pero no había diferencia; nunca sintió que realmente había tocado a TMA-1. Las yemas de sus dedos parecían rebotar contra una barrera invisible, y cuanto más fuerte empujaba, más crecía la fuerza de repulsión. Se preguntaba ahora si Hermano Mayor produciría el mismo efecto.

Sin embargo, antes de aproximarse tanto, debían realizar todas las pruebas posibles, e informar de sus observaciones a Tierra. Estaban en la misma situación de unos expertos en explosivos que intentaran desconectar un nuevo tipo de bomba, que podría detonar al menor movimiento en falso. Por lo que sabían, la más delicada señal de radar podría desencadenar alguna catástrofe inimaginable.

Durante las primeras veinticuatro horas, no hicieron nada excepto observar con instrumentos pasivos: telescopios, cámaras, sensores en todas las longitudes de ondas. Vasili Orlov aprovechó la oportunidad para medir las dimensiones de la figura con la mayor precisión posible y confirmó la famosa proporción 1:4:9 hasta seis decimales. Hermano Mayor tenía exactamente la misma forma que TMA-1, pero como medía más de dos kilómetros de largo, era 718 veces más grande que su pequeño hermano.

Y había un segundo misterio matemático. Años enteros los hombres habían estado discutiendo acerca de la proporción 1:4:9, los cuadrados de los tres primeros números enteros. No podía ser mera coincidencia; ahora había otro número con el cual realizar conjeturas.

En la Tierra, estadísticos, matemáticos y físicos, de inmediato comenzaron a jugar alegremente con sus computadoras, tratando de relacionar esta proporción con las constantes fundamentales de la naturaleza: la velocidad de la luz, el cociente entre las

masas del protón y el electrón, la constante de la estructura atómica. Rápidamente se les unió una muchedumbre de numerólogos, astrólogos y místicos, que atacaron con la altura de la Gran Pirámide, el diámetro de Stonehenge, las orientaciones azimutales de las líneas de Nazca, la latitud de las islas de Pascua y una multitud de otros factores, de los cuales eran capaces de deducir las conclusiones más sorprendentes sobre el futuro. No se sintieron afectados en lo más mínimo cuando un celebrado humorista de Washington proclamó que según sus propios cálculos, el mundo se había acabado el 31 de diciembre de 1999, pero que todos habían estado demasiado ocupados para darse cuenta.

Tampoco Hermano Mayor parecía advertir a las dos naves que habían llegado hasta él, aun cuando lo sondeaban con señales de radar y lo bombardeaban con pulsos de radio que, esperaban, animarían a cualquier receptor inteligente a contestar de la misma manera.

Después de dos días frustrantes, con la aprobación de Control de Misión, las naves acortaron su distancia a la mitad. Desde cincuenta kilómetros, la cara más grande de la cosa parecía de unas cuatro veces el tamaño de la Luna en el cielo terrestre; impresionante, pero no tan grande como para ser sobrecogedora. No podía competir con Júpiter, todavía diez veces más grande; y ya el ánimo de la expedición estaba cambiando de una alerta temerosa a una tangible impaciencia.

Walter Curnow habló por todos: «Quizás Hermano Mayor quiera esperar unos pocos millones de años más, pero nosotros querríamos irnos de aquí un poco antes».

24. RECONOCIMIENTO

Discovery había dejado Tierra con tres pequeñas cápsulas espaciales que permitían a un astronauta realizar actividades extravehiculares sin otra vestimenta que una cómoda camiseta deportiva. Una se había perdido en el accidente (si es que fue un accidente) que había matado a Frank Poole. Otra había llevado a Dave Bowman a su encuentro final con Hermano Mayor, y compartido su destino. Una tercera estaba aún en el garaje de la nave, el Hangar de las Arvejas.

Le faltaba un componente importante: la escotilla, arrancada por el comandante Bowman al efectuar su azaroso cruce del vacío, entrando a la nave por la esclusa de emergencia, después que Hal se hubiera negado a abrir la puerta del Hangar. La ráfaga de aire resultante había expulsado a la cápsula a varios cientos de kilómetros antes de

que Bowman, ocupado con cuestiones más importantes, la recuperara con el control remoto. No era extraño que nunca se hubiera molestado en reemplazar la puerta faltante.

Ahora la Cápsula N° 3 (a la que Max, rehusando cualquier explicación, había pintado el nombre de Nina) estaba siendo preparada para otra EVA. Aún seguía sin puerta, pero no tenía importancia. No habría nadie adentro.

La devoción al deber de Bowman fue una ración inesperada de buena suerte, y hubiera sido tonto no aprovecharla. Usando a Nina como una sonda-robot, Hermano Mayor podía ser examinado de cerca sin arriesgar vidas humanas. Esa era la teoría, al menos; nadie podía descartar la posibilidad de un contraataque que destruyera la nave. Después de todo, con las distancias cósmicas que se manejaban, cincuenta kilómetros no eran ni el grosor de un cabello.

Después de años de descuido, Nina tenía un aspecto muy desaliñado. El polvo que siempre había flotado en gravedad cero se había posado sobre su superficie exterior, y el otrora inmaculado casco blanco se había tomado de un gris opaco. A medida que se alejaba de la nave acelerando suavemente, con los manipuladores externos plegados con esmero y su escotilla oval mirando fijamente al espacio, como un gigantesco ojo sin vida, la cápsula no resultaba totalmente apropiada como embajador de la Humanidad. Pero tenía una clara ventaja; un emisario tan humilde sería tolerado, y su pequeño tamaño y baja velocidad pondrían el acento en lo amistoso de sus intenciones. Se había sugerido que se acercara a Hermano Mayor con los brazos abiertos, pero la idea se desechó de inmediato cuando todos convinieron en que si ellos vieran que Nina se les acercaba con sus garras mecánicas extendidas, escaparían para salvar la vida.

Después de un descansado paseo de dos horas, Nina se detuvo a cien metros de uno de los vértices de la enorme losa rectangular. Desde tan cerca, no se tenía la sensación de su forma real; las cámaras de televisión parecían observar el borde de un tetraedro negro de tamaño indefinido. Los instrumentos de a bordo no mostraban signos de radioactividad o campo magnético; no se captaba nada proveniente de Hermano Mayor, excepto el débil rayo de sol que aquél se dignaba reflejar.

Transcurridos cinco minutos —que se suponía el equivalente a: «¡Hola, aquí estoy!»— Nina comenzó un cruce en diagonal de la cara más pequeña, luego recorrió la siguiente, más larga, y finalmente la más grande, guardando una distancia de cincuenta metros, que a veces se reducía hasta cinco. Cualquiera fuese la separación, Hermano Mayor aparecía exactamente igual, indiferente, y sin rasgo alguno. Mucho antes de que la misión se completara se había vuelto aburrida, y los espectadores de ambas naves habían regresado a sus diferentes tareas, espiando apenas los monitores de vez en cuando.

—Ya está —dijo Walter Curnow al fin, cuando Nina volvió al punto de partida—. Podríamos pasarnos con esto el resto de la vida, sin aprender nada nuevo. ¿Qué hago con Nina? ¿La hago regresar a casa?

—No —dijo Vasili, irrumpiendo en el circuito desde Leonov—. Tengo una sugerencia. Hazla detener a... digamos, cien metros sobre el centro exacto de la cara más grande. Y déjala estacionada allí, con el radar en posición de máxima precisión.

—No hay problema, sólo que habrá un pequeño impulso residual. Pero, ¿cuál es la idea?

—Acabo de recordar un ejercicio del curso de astronomía: la atracción gravitatoria de un plano infinito. Nunca pensé que podría llegar a usarlo en la vida real. Después de estudiar los movimientos de Nina durante unas horas, al menos podré calcular la masa de Zagadka, si es que la tiene. Estoy empezando a pensar que allí no hay realmente nada.

—Hay una manera fácil de saberlo, y tarde o temprano tendremos que hacerlo. Basta con que Nina vaya y toque a esa cosa.

—Ya lo hizo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Curnow, casi indignado—. Nunca me acerqué a menos de cinco metros.

—No estoy cuestionando tu habilidad de conductor; pero has estado golpeando a Zagadka cada vez que usabas los propulsores de Nina cerca de su superficie.

—¡Una mosca saltando sobre un elefante!

—Tal vez. Sencillamente, no lo sabemos. Pero nos convendría suponer que, de una u otra forma, está consciente de nuestra presencia, y sólo nos tolerará mientras no seamos una molestia.

Dejó la pregunta sin formular flotando en el aire. ¿Cómo se podía molestar a una losa rectangular negra de dos kilómetros de longitud? ¿Y qué forma adoptaría su disgusto?

25. PANORAMA DESDE LAGRANGE

La astronomía está plagada de tales coincidencias, intrigantes pero sin sentido. La más famosa es el hecho de que, desde la Tierra, la Luna y el Sol aparentan tener el mismo diámetro. Aquí, en el punto de libración L1, que Hermano Mayor había elegido para su cósmico número de equilibrio sobre la cuerda tensa gravitacional tendida entre Júpiter e Io, ocurría un fenómeno similar. Planeta y satélite aparecían exactamente del mismo tamaño.

¡Y qué tamaño! No el miserable medio grado de arco de la Luna y el Sol, sino cuarenta veces su diámetro, mil seiscientas veces su área. La visión de cualquiera de ellos era suficiente para llenar la mente de reverencia y asombro; juntos, el espectáculo era sobrecogedor.

Cada cuarenta y dos horas, completaban todas las fases de su ciclo; cuando lo era nueva, Júpiter estaba lleno, y viceversa. Pero aun cuando el Sol se ocultaba detrás de Júpiter, y el planeta presentaba su lado oscuro, se encontraba indudablemente allí: un enorme disco oscuro eclipsando las estrellas. Cada tanto, la negrura era momentáneamente atenuada por relámpagos luminosos que duraban largos segundos, provenientes de tormentas eléctricas mucho más grandes que las terrestres.

En el lado opuesto del cielo, siempre con la misma cara vuelta a su gigantesco amo, lo era un bullente caldero de rojos y anaranjados, con esporádicas nubes amarillas surgiendo con violencia inaudita desde el cráter de uno de sus volcanes, para volver a caer suavemente sobre su superficie. Como Júpiter, pero en una escala temporal levemente mayor, lo era un mundo sin geografía. Su faz era remodelada en cuestión de décadas; la de Júpiter, en días.

lo estaba en cuarto menguante, y el vasto e intrincado paisaje de nubes jovianas se encendía bajo el sol tenue y distante. A veces, la sombra de la misma lo, o de uno de los satélites exteriores, se deslizaba atravesando la: cara de Júpiter, y cada revolución mostraba el vórtice del tamaño de un planeta: el Gran Punto Rojo: un huracán que había durado siglos, si no milenios.

Entre tantas maravillas, la tripulación de Leonov tenía material para vidas enteras de investigación; pero los objetos naturales del sistema joviano ocupaban el último lugar en su lista de prioridades. La primera era Hermano Mayor. Aunque las naves se habían aproximado hasta cinco kilómetros, Tanya seguía rehusándose a permitir ningún contacto directo. «Esperaré», decía, «hasta que nuestra posición nos permita una rápida retirada. Nos sentaremos a mirar, hasta que se abra nuestra ventana de lanzamiento. Solo entonces pensaremos la próxima jugada».

Era cierto que Nina finalmente se había posado sobre Hermano Mayor, luego de una suave caída de cincuenta minutos. Esto había permitido a Vasili calcular la masa del objeto: novecientas cincuenta mil toneladas, una cifra sorprendentemente baja, que le asignaba una densidad similar a la del aire. Presumiblemente era hueco, lo cual provocaba especulaciones sin fin acerca de su contenido.

Pero había un montón de problemas prácticos, cotidianos, que no les permitían ocuparse de tales grandes cuestionamientos. Las tareas domésticas de Leonov y

Discovery absorbían el noventa por ciento de su tiempo de trabajo, aunque las operaciones eran mucho más eficientes desde que las dos naves habían sido conectadas por medio de una manga de acoplamiento flexible. Finalmente, Curnow había convencido a Tanya de que el giróscopo de Discovery no se bloquearía repentinamente, partiendo a ambas naves en pedazos; así, pues, era posible moverse libremente de una base a la otra con sólo abrir y cerrar dos puertas herméticas. Ya no eran necesarios los trajes espaciales y los EVA, que tanto tiempo consumían. Todos estaban agradecidos, excepto Max, que adoraba salir al exterior y practicar con su escoba.

Los únicos tripulantes a quienes no afectaba esta novedad eran Chandra y Ternovsky, que vivían virtualmente a bordo de Discovery. Y trabajaban sin parar, enfrascados en un diálogo con Hal que aparentaba no tener fin. «¿Cuándo estarán listos?» se les preguntaba al menos una vez al día. Se rehusaban a formular promesas; Hal seguía siendo un disminuido mental.

De pronto, una semana después del primer contacto con Hermano Mayor, Chandra anunció inesperadamente: «estamos listos».

Los únicos ausentes en la cubierta de vuelo de Discovery eran las dos damas médicas, y esto sólo porque no había más espacio; estaban observando por los monitores de Leonov. Floyd se ubicó inmediatamente detrás de Chandra, sin alejar la mano de lo que Curnow, con ese don especial para encontrar la frase justa, había llamado el mata-gigantes de bolsillo.

—Permítanme volver a recalcar —dijo Chandra—, que no se debe hablar. Sus acentos lo confundirían; yo puedo hablar, pero nadie más. ¿Entendido?

Chandra se veía, y escuchaba, al borde de la extenuación. Aun así, su voz ostentaba un tono de autoridad que nadie antes había oído. Tanya podía ser el jefe en cualquier otro lado, pero allí el amo era él.

El público —asido a agarraderas adecuadas, flotando libremente— asintió con la cabeza. Chandra tocó una llave de audio y dijo, en voz baja pero clara:

—Buenos días, Hal.

Un instante más tarde, a Floyd le pareció que los años se habían esfumado. Ya no era un simple juguete electrónico el que contestaba. Hal había vuelto.

—Buenos días, doctor Chandra.

—Te sientes en condiciones de resumir tu estado actual?

—Por supuesto, estoy completamente operativo, y todos mis circuitos funcionan perfectamente.

—Entonces no te molestará que te haga algunas preguntas.

De ninguna manera.

—¿Recuerdas alguna falla en la unidad de control de antena A.E. 35?

—Desde luego que no.

A pesar de la restricción impuesta por Chandra, se escucharon algunos carraspeos. Esto es como caminar en puntillas a través de un campo minado, pensaba Floyd, mientras palpaba el tranquilizador radio-interruptor. Si esta serie de preguntas detonaba otra psicosis, podría matar a Hal en un segundo. (Lo sabía por haber probado el procedimiento una docena de veces.) Pero un segundo eran eones para un computador; era un riesgo que debía correr.

—Tampoco recuerdas que Dave Bowman o Frank Poole hayan salido a reemplazar a la unidad A.E. 35?

—No. Eso no podría haber sucedido, si no me habría enterado. ¿Dónde están Frank y Dave? ¿Quién es esta gente? Sólo lo identifico a usted, aunque asigno una probabilidad del sesenta y cinco por ciento a que el hombre que está detrás sea el doctor Heywood Floyd.

Recordando las estrictas órdenes de Chandra, Floyd se contuvo de felicitar a Hal. Después de una década, sesenta y cinco por ciento era un resultado bastante aceptable. Muchos humanos no hubieran respondido tan bien.

—No te preocupes, Hal; luego te explicaré todo.

—¿Se cumplió la misión? Como usted sabe, tengo el mayor entusiasmo por ella.

—La misión se cumplió; has llevado a cabo tu programa. Ahora, si nos dispensas, nos gustaría mantener una conversación en privado.

—Por favor.

Chandra desconectó las entradas de visión y audio a la consola central. En lo que concernía a esta parte de la nave, ahora Hal estaba sordo y ciego.

—Bueno, ¿qué fue todo esto? —exigió Vasili Orlov.

—Significa —dijo Chandra cuidadosa y precisamente— que he borrado todas las memorias de Hal, comenzando desde el momento en que se produjo el problema.

—Eso suena como una hazaña —se asombró Sasha—. ¿Cómo lo hizo?

—Me temo que me llevaría más tiempo explicarlo que llevar a cabo la operación.

—Chandra, yo soy un experto en computadoras, aunque no de la misma clase en que lo son usted y Nikolai. El modelo 9000 usa memorias holográficas, ¿no es así? Eso implica que no pudo haber utilizado un borrado cronológico. Debe haber sido una especie de gusano plano, orientado hacia palabras y conceptos seleccionados.

—¿Gusano plano? —dijo Katerina por el intercomunicador de la nave—. Pensé que ésa era mi especialidad, aunque me place decir que nunca he visto una de esas monstruosas cosas fuera de un frasco con alcohol. ¿De qué están hablando?

—Jerga de computación, Katerina. En los viejos tiempos, muy viejos, realmente se usaban cintas magnéticas. Y es posible idear un programa, con el que se puede alimentar un sistema para perseguir y destruir, comer, si se prefiere, cualquier memoria que se desee. ¿No es posible hacer algo similar con los seres humanos, por medio de la hipnosis?

—Sí, pero el proceso siempre se puede revertir. Nunca olvidamos algo realmente. Sólo pensamos que lo hacemos.

—Un computador no funciona así. Cuando se le ordena hacer algo, lo hace. La información desaparece por completo.

—¿De manera que Hal no guarda memoria en absoluto de su... travesura?

No tengo un ciento por ciento de certeza —contestó Chandra—. Puede haber algunas memorias que estuvieran en tránsito de una partición a otra cuando el... gusano plano realizaba la búsqueda. Pero es muy poco probable.

—Fascinante —dijo Tanya, después de que todos meditaban silenciosamente el asunto por un momento—. Pero la pregunta más importante es: ¿Se podrá confiar en él en el futuro?

Antes de que Chandra pudiera contestar, Floyd se le anticipó.

—No puede volver a presentarse la misma secuencia circunstancial; lo puedo prometer. Todo el problema empezó porque es difícil explicar los problemas de Seguridad a un computador.

—O a un ser humano —murmuró Curnow, no demasiado sotto voce.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Tanya, sin mucha convicción—. ¿Cuál es el próximo paso, Chandra?

—Nada tan espectacular; simplemente largo y tedioso. Ahora debemos programar a Hal para iniciar la secuencia de escape de Júpiter, y regresar a Discovery a casa... tres años después de que nosotros hayamos llegado, en nuestra órbita de alta velocidad.

26. EN OBSERVACION

Para: Victor Millson, Presidente, Consejo Nacional de Astronáutica, Washington.

De: Heywood Floyd, a bordo de USSC Discovery

Tema: Disfunción en el computador de a bordo HAL 9000

Clasificación: SECRETO

El doctor Chandrasegarampillai (de aquí en más, referido Dr. C.) ha concluido su examen preliminar de Hal. Ha restablecido todos los módulos faltantes y el computador parece ser totalmente operable. Se encontrarán detalles de las acciones y conclusiones del Dr. C. en el informe que él y el doctor Tarnovsky elevarán en breve.

Entretanto, usted me ha encargado que las resumiera en términos cotidianos para beneficio del Consejo y en especial de los nuevos miembros que no están familiarizados con el contexto. Francamente, no confío en mi habilidad para hacerlo; como usted sabe, no soy especialista en computadores. Pero haré lo que esté a mi alcance.

Aparentemente, el problema fue originado por un conflicto entre las instrucciones básicas de Hal y los requerimientos de Seguridad. Por expresa orden presidencial, la existencia de TMA-1 era mantenida en absoluto secreto. Sólo se permitía el acceso a la información a aquellos que era imprescindible que lo supieran.

La misión de Discovery a Júpiter ya estaba en avanzado estado de planificación cuando TMA-1 fue excavado, y radió su señal a ese planeta. Como la función de la tripulación original (Bowman, Poole) era sólo conducir la nave a destino, se decidió que no serían informados acerca de su nuevo objetivo. Se tenía la impresión de que entrenando al equipo de investigación (Kaminski, Hunter, Whitehead) por separado, y sometiénolos a hibernación antes de comenzar el viaje, se obtendría un mayor grado de seguridad, ya que el peligro de filtraciones (accidentales o de las otras) se vería notablemente reducido.

Me gustaría recordar a usted que, en su momento, (memorándum NCA 342123 SECRETO MAXIMO del 30-04-01) hice constar mis objeciones a tal política. De todos modos, fueron rechazadas en un nivel de decisión más alto.

Como Hal era capaz de operar la nave sin ayuda humana, se decidió también que sería programado para llevar a cabo la misión en forma autónoma en caso de incapacidad o muerte de la tripulación. De tal manera, se lo puso en pleno conocimiento de los objetivos, pero no le estaba permitido revelarlos a Bowman o a Poole.

La situación entraba en conflicto con el propósito para el que Hal había sido diseñado: el procesamiento exacto de información, sin distorsiones u ocultamientos. Como resultado, Hal desarrolló lo que en términos humanos sería una psicosis; específicamente, esquizofrenia. El Dr. C. me informó que, en términos técnicos, Hal quedó atrapado en un loop de Hofstadter-Moebius, aparentemente una situación bastante frecuente entre computadores avanzados con programas autónomos de consecución de objetivos.

Sugiere que para información más detallada, se ponga usted en contacto con el propio profesor Hofstadter.

Para decirlo simplemente (si es que entiendo al Dr. C.), Hal se enfrentó con un dilema intolerable, y así desarrolló síntomas paranoicos que se dirigieron contra aquellos que monitoreaban su comportamiento desde Tierra. Por consiguiente, intentó cortar el enlace radial con Control de Misión, informando primero de una falla (inexistente) en la unidad de antena A.E. 35.

Este hecho lo involucro no sólo en una mentira directa —lo que debe de haber agravado aún más su psicosis— sino también en un enfrentamiento con la tripulación. Presumiblemente (esto sólo lo podemos conjeturar, por supuesto) decidió que la única salida era, eliminar a sus colegas humanos, lo cual estuvo muy cerca de lograr. Mirando el asunto en forma estrictamente objetiva, hubiera sido interesante ver qué habría sucedido de haber continuado la misión solo, sin «interferencia» humana.

Esto es virtualmente todo lo que he podido extraer del Dr. C.; no me gustaría seguir preguntándole, ya que está trabajando al borde de la extenuación. Pero aun admitiendo este hecho, debo señalar (y por favor, mantenga esto absolutamente confidencial) que el Dr. C. no siempre coopera tanto como debería hacerlo. Adopta una actitud defensiva hacia Hal, que a menudo torna excesivamente dificultosa la discusión del tema. Inclusive el doctor Ternovsky, de quien se podría haber esperado que fuera un poco más independiente, suele compartir su punto de vista.

De todos modos, la única pregunta realmente importante es: ¿se podrá confiar en Hal en el futuro? Por supuesto el Dr. C. no tiene dudas al respecto. Asegura haber eliminado del computador todo recuerdo relacionado con los hechos que condujeron a la desconexión. Tampoco cree que Hal pueda sufrir algo remotamente análogo al sentimiento de culpa humano.

En cualquier caso, parece imposible que la situación que desencadenó el problema original se pueda volver a presentar. Aunque Hal sufre algunas peculiaridades, no son del tipo que pueda provocar aprensión ninguna; son apenas molestias menores, algunas hasta divertidas. Como sabrá usted pero no el Dr. C, he tomado precauciones que nos otorgan un control absoluto como instancia extrema.

Resumiendo: La rehabilitación de Hal 9000 se cumple satisfactoriamente. Hasta podría decirse que está en libertad condicional.

Me pregunto si él lo sabrá.

27. INTERLUDIO: CORAZONES ABIERTOS

La mente humana tiene una asombrosa capacidad de adaptación; después de un tiempo aun lo increíble se torna lugar común. Había veces en que los tripulantes de Leonov se cerraban al mundo exterior, tal vez en un inconsciente intento de preservar la salud mental.

A menudo, el doctor Heywood Floyd pensaba que Walter Curnow se tomaba muy en serio eso de ser el alma de la fiesta. Y aunque provocó lo que luego Sasha Kovalev llamaría «Corazones abiertos», ciertamente no había planeado nada por el estilo. Surgió espontáneamente cuando proclamó su universal insatisfacción con casi todos los aspectos de la gravedad cero.

—Si se me garantizara la satisfacción de un deseo —exclamó durante el Soviet de las Seis, me gustaría flotar en una espumosa piscina, perfumada con esencias de pino, y asomando sólo la nariz sobre la superficie del agua.

Cuando se apagaron los murmullos de asentimiento y los suspiros de frustración, Katerina Rudenko tomó la posta.

—¡Cuán espléndidamente decadente, Walter! —lo miró con amistosa desaprobación—. Pareces un emperador romano. Si yo estuviese en la Tierra, preferiría algo más activo.

—¿Como qué?

—Hm... ¿Se me permite retroceder en el tiempo?

—Si lo deseas...

—Cuando era una niña, acostumbraba a ir de vacaciones a una granja colectiva, en Georgia. Había un petiso semental, que había comprado el director con las ganancias obtenidas en el mercado negro local. Era un viejo bribón, pero yo lo quería; y me permitía galopar sobre Alexander por todo el campo. Me podría haber matado... pero ese es el recuerdo que me evoca la Tierra, más que ninguna otra cosa.

Hubo un instante de pensativo silencio, luego Curnow preguntó:

—¿Algún otro voluntario?

Todos parecían tan absortos en sus propios recuerdos que el juego pudo haber terminado ahí, de no haberlo continuado Maxim Brailovsky.

—Querría estar buceando; ése era mi pasatiempo favorito, cuando podía tener alguno; y me alegré mucho de poder mantenerlo durante mi entrenamiento de astronauta. He buceado en los atolones del Pacífico, en la Gran Barrera de Coral, en el Mar Rojo... Los arrecifes de corales son los lugares más hermosos del mundo. Pero la experiencia que más recuerdo la viví en un lugar bien diferente: un bosque de algas japonés. Era como

una catedral subacuática, con la luz del sol penetrando entre aquellas enormes hojas... Misterioso... mágico. Nunca he vuelto; tal vez no sería lo mismo la próxima vez. Pero me gustaría probar.

—Muy bonito —dijo Walter, que, como siempre, se había asignado el papel de maestro de ceremonias—. ¿Quién sigue?

—Te daré una respuesta breve —dijo Tanya Orlova—. Bolshoi. El Lago de los Cisnes. Pero Vasili no estará de acuerdo. Odia el ballet.

—Somos dos. Y tú, Vasili, ¿qué elegirías?

—Iba a decir el buceo, pero Max me lo robó. Así que iré en la dirección opuesta: el aladelta. Deslizarme entre las nubes en un día de verano, en completo silencio. Bueno, no tan completo; el correr del aire sobre el ala puede resultar ruidoso, especialmente cuando estás virando. Ésa es la manera de disfrutar la Tierra... como un pájaro.

—¿Zenia?

—Fácil. Esquiar en los Pamirs. Amo la nieve.

—¿Y usted, Chandra?

La atmósfera se modificó notablemente cuando Walter hizo la pregunta. Después de todo este tiempo, Chandra seguía siendo un extranjero; perfectamente educado, hasta cortés, pero nunca se sinceraba.

Cuando era niño —dijo suavemente—, mi abuelo me llevó en peregrinación a Varanasi, en Benarés. Si no han estado allí, me temo que no entenderán. Para mí, —para muchos hindúes, aún hoy en día, cualquiera sea su religión—, es el centro del mundo. Algún día volveré.

—¿Y tú, Nikolai?

—Bien, ya hemos tenido mar y cielo. A mí me gustaría combinar ambos. Mi deporte era el wind-surf. Me temo que sea demasiado viejo para eso ahora, pero querría averiguarlo.

—Sólo quedas tú, Woody. ¿Qué eliges?

Floyd ni siquiera se detuvo a pensarlo; su respuesta espontánea sorprendió tanto a los demás como a sí mismo.

—No me interesa en qué lugar de la Tierra esté... mientras esté con mi hijito.

Después de aquello, ya no quedaba nada más que agregar. La reunión había terminado.

«...Has visto todos los informes técnicos, Dimitri, así que comprenderás nuestra frustración. No hemos aprendido nada nuevo con nuestras pruebas y mediciones. Zagadka está ahí, cubriendo la mitad del cielo, ignorándonos completamente.

»Pero no puede ser inerte, un despojo espacial. Vasili ha señalado que debe estar ejerciendo alguna acción positiva para permanecer aquí, en el inestable punto de liberación. De otra manera, habría derivado hace años, como Discovery, y se habría estrellado contra lo.

»¿Qué haremos ahora? No podríamos tener explosivos nucleares a bordo (¿o sí?), en contravención con UN 08, art. 3... Es sólo una broma...

»Ahora que disminuyó la presión entre nosotros, y aun faltan semanas para que se nos abra la ventana de lanzamiento para volver a casa, hay una perceptible atmósfera de aburrimiento, así como también de frustración. No te rías... imagino cómo te suena esto allá, en Moscú. ¿Cómo puede aburrirse aquí una persona inteligente, rodeada de las mayores maravillas que haya visto jamás el ojo humano?

»Aun así, no hay dudas. El ánimo no es el que fuera. Hasta ahora, todos habíamos estado desagradablemente sanos. Ahora, casi todos tienen una gripe, o un dolor de estómago, o una cortadura que no se cura, a pesar de todas las píldoras y polvillos de Katerina. Se dio por vencida, y ahora sólo nos da aliento, con consejos y buen humor.

»Sasha ha contribuido a mantenernos alegres con una serie de artículos publicados en el tablero de noticias de la nave. Los titula: "¡DESTERREMOS EL RUSGLÉS!" y confecciona listados de espantosas mezclas de ambos idiomas que asegura haber oído, palabras mal empleadas, y cosas por el estilo. Todos nosotros necesitaremos una descontaminación lingüística cuando regresemos a casa; más de una vez he sorprendido a tus compatriotas charlando en inglés sin notario, y recurriendo a su lengua nativa sólo para solucionar alguna palabra difícil. Yo mismo me encontré el otro día hablando en ruso con Walter Curnow; y ninguno de los dos se dio cuenta hasta después de un buen rato.

»Días pasados hubo una actividad no programada, que te dará una idea del estado de nuestra mente. e conectó la alarma contra incendio, en medio de la noche, disparada por un detector de humo.

»Bueno, resultó ser que Chandra había entrado de contrabando uno de sus letales cigarros a bordo, y no pudo resistir más la tentación. Lo estaba fumando en el toilette, como un escolar culpable.

»Desde luego, estaba terriblemente avergonzado, pero el resto encontró el asunto históricamente gracioso, pasado el pánico inicial. Tú sabes cómo cualquier broma trivial, sin significado para la gente de afuera, puede arrasar con un grupo de personas

generalmente inteligentes, y reducirlas a la risa sin remedio. Bastaba que alguien simulara encender un fósforo para que todos se estuvieran revolcando a carcajadas.

»Lo que hace más ridícula la situación es que a nadie le hubiera importado en lo más mínimo que Chandra se hubiese ido a una cámara de presión, o que hubiera desactivado el detector de humo. Pero es demasiado tímido para admitir que tiene una debilidad tan humana; y, ahora dedica más tiempo que antes a comunicarse con Hal».

Floyd oprimió el botón PAUSA y paró la grabación. Tal vez no fuera justo burlarse de Chandra, tentadora como era la idea. En los últimos días había salido a la superficie todo tipo de pequeñas asperezas de la personalidad, e incluso se habían originado fuertes discusiones sin razón aparente. Y a propósito, ¿qué podría decir de su propio comportamiento? ¿Se había mantenido por encima de toda posible crítica?

Todavía no estaba seguro de haber tratado bien a Curnow. Aunque no creía que algún día el ingeniero le llegara a caer simpático realmente, o que le dejaría de molestar el tono ligeramente elevado de su voz, la actitud de Floyd había pasado de la mera tolerancia a una respetuosa admiración. Los rusos lo adoraban, y no en pequeña medida, por sus interpretaciones de temas favoritos como Polyushko Polye, que les arrancaba lágrimas. Y en una ocasión, Floyd sintió que la adoración había llegado un poco lejos.

—Walter —comenzó con cautela—, no sé si será asunto mío, pero hay una cuestión personal que querría aclarar contigo.

—Cuando alguien dice que algo no es asunto suyo, casi siempre tiene razón. ¿Qué problema tienes?

—Para ser sincero, tu comportamiento con Max.

Hubo un silencio helado, que Floyd aprovechó para hacer una cuidadosa inspección del pobre trabajo al óleo de la pared de enfrente. Luego Curnow replicó, en un tono bajo, implacable:

—Estaba convencido de que era mayor de dieciocho años.

—No te confundas. En realidad, no me preocupa Max. Se trata de Zenia.

La boca de Curnow se abrió en indisimulada sorpresa.

—¿Zenia? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Para ser un hombre inteligente, eres bastante poco observador... por no decir obtuso. Seguramente sabrás que Zenia está enamorada de Max. ¿No has notado cómo mira, cuando pasas tu brazo alrededor de él?

Floyd nunca imaginó que vería sonrojarse a Curnow, pero el golpe pareció llegar a destino.

—¿Zenia? Yo pensé que era sólo una broma... es tan... una ratita. Y además todos lo quieren a Max, cada uno a su manera... incluso Katerina la Grande. Aun así... hum, bien, supongo que tendré que ser más cuidadoso. Al menos cuando esté Zenia.

Hubo un Prolongado silencio, durante el cual la temperatura social volvió a lo normal. Luego, obviamente para demostrar que no había rencor, Curnow agregó en un tono de informal conversación:

—Sabes, muchas veces me he preguntado por Zenia. Hicieron un maravilloso trabajo de cirugía plástica en su, rostro, pero no pudieron reparar el daño. La piel está demasiado tirante, y no recuerdo haberla visto reír de veras. Puede que sea ésa la causa por la que he evitado mirarla. ¿Me hubieras creído con tanta sensibilidad estética, Heywood?

El deliberadamente formal «Heywood» era signo de buena predisposición antes que de hostilidad, y Floyd se permitió bajar la guardia.

—Puedo satisfacer tu curiosidad en parte: finalmente Washington se enteró de todo. Parece que sufrió un serio accidente aéreo, y tuvo mucha suerte al poder recuperarse de las quemaduras. Hasta donde sabemos, no hay otro misterio, excepto que se supone que Aeroflot no tiene accidentes.

—Pobre chica. Me sorprende que la hayan dejado venir al espacio, pero supongo que sería la única persona calificada disponible cuando Irina se autoeliminó. Lo siento por ella; además de las heridas, el golpe Psicológico debe haber sido terrible.

—Ciertamente; pero su recuperación fue completa.

—«No estás contando toda la verdad», se decía Floyd, «y nunca lo harás». Desde su encuentro en el acercamiento a Júpiter, siempre habría un lazo secreto entre ellos, no de amor, sino de ternura, que es mucho más duradera.

Repentinamente se sintió agradecido para con Curnow; el otro estaba obviamente sorprendido de su preocupación por Zenia, pero no había intentado explotar el hecho en su propia defensa.

Y de haberlo hecho, ¿habría sido deshonesto? Ahora, después de unos días, Floyd se preguntaba si sus propios motivos eran del todo admirables. Por su parte, Curnow había mantenido su promesa; en verdad, alguien que no estuviera al tanto se podría haber imaginado que ignoraba deliberadamente a Max; al menos, cuando Zenia estaba cerca. Y a ella la trataba con más dulzura; lo que es más, había logrado hacerla reír abiertamente en más de una ocasión.

Así que la intervención había valido la pena, cualquiera hubiera sido el impulso que la originó. Aunque éste fuera, como Floyd sospechaba con pesar, la envidia secreta que los

horno o heterosexuales definidos sienten, si es que son totalmente honestos consigo mismos, hacia los polimorfos alegremente asumidos.

El dedo índice trepó hasta el grabador, pero el hilo de sus pensamientos se había cortado. Inevitablemente, le venían a la cabeza imágenes de su propio hogar, y de su familia. Cerraba los ojos, y recordaba el momento culminante de la fiesta de cumpleaños de Christopher; el niño soplando las tres velitas de la torta, hacía menos de veinticuatro horas, pero a casi mil millones de kilómetros de distancia. Había pasado el video tantas veces que ya conocía la escena de memoria.

¿Cuántas veces habría pasado Caroline sus mensajes a Chris, para que el niño no olvidara a su padre... o no lo viera como a un extraño cuando volviera, después de estar ausente otro cumpleaños? Casi tenía miedo de preguntarlo.

Pero no podía culpar a Caroline. Para él, pasarían sólo unas semanas antes de que se volvieran a encontrar. Pero ella habría envejecido más de dos años mientras él estaría en su sueño sin sueños entre los astros. Era mucho tiempo para ser una joven viuda, por más temporaria. que fuera.

Floyd se preguntaba si no estaría sufriendo alguna enfermedad de a bordo; raras veces había sufrido tal sensación de frustración, y hasta de fracaso. «Puedo haber perdido a mi familia, atravesando los abismos del espacio y del tiempo, y todo para nada. Porque no he logrado nada; a pesar de haber alcanzado mi meta, ésta permanece vacía, una impenetrable muralla de total oscuridad».

Y sin embargo, alguna vez David Bowman había gritado: «¡Dios mío, esto está repleto de estrellas!»

29. EMERGENCIA

EL ULTIMO EDICTO DE SASHA REZABA:

BOLETIN RUSGLES N° 8

Tema: Tovarishch

A nuestros invitados americanos:

Honestamente, compañeros, no puedo recordar cuándo me llamaron así por última vez. Cualquiera ruso del siglo XXI, lo relacionaría con el acorazado Potemkin; un recordatorio de gorras de paño y banderas rojas y a Vladimir Ilich arengando a los trabajadores desde los escalones de los trenes de carga.

Desde que soy un niño, siempre ha sido bratets o druzhok; pueden elegir.

A vuestras órdenes.

Camarada Kovalev.

Floyd seguía riéndose con el cartel cuando Vasili Orlov, que flotaba a través del salón de juegos/observación rumbo al puente, se le unió.

—Lo que me asombra, tovarishch, es que Sasha haya encontrado tiempo para estudiar algo además de ingeniería física. Se pasa el día citando poemas y obras que yo ni conozco, y habla inglés mejor que... bien, que Walter.

—Sasha es... ¿cómo le dicen ustedes? ... sí, la oveja negra de la familia por haberse dedicado a las ciencias exactas. Su padre era profesor de inglés en Novosibirsk.

En su casa se permitía el ruso sólo de lunes a miércoles; de jueves a sábado se hablaba inglés.

—¿Y los domingos?

—Oh, francés o alemán, una semana cada uno.

—Ahora entiendo perfectamente qué quieres decir con nekulturny; me encaja como anillo al dedo. ¿Sasha se siente culpable por su... traición? Y con un entorno así, ¿como se convirtió en ingeniero?

—En Novosibirsk, en seguida se aprende quiénes son los siervos y quiénes los aristócratas. Sasha era un joven muy ambicioso, además de ser brillante.

—Igual que tú, Vasili.

¡Et tu, Brute! Ya ves, yo también puedo citar a Shakespeare. ¡Bozhe moi! ¿Qué fue eso?

Floyd no tuvo suerte; estaba flotando de espaldas a la portilla de observación, y no vio nada. Cuando se dio vuelta, segundos más tarde, sólo se observaba la figura familiar de Hermano Mayor, bisectriz del disco gigante de Júpiter, como desde su llegada. Pero para Vasili, por un momento que quedaría grabado para siempre en su memoria, aquella silueta perfectamente recortada dio lugar a una escena diferente por completo, y absolutamente imposible. Fue como si repentinamente se hubiera abierto una ventana a otro universo.

La visión duró menos de un segundo, antes de que el involuntario reflejo de un parpadeo la cortara. Estaba mirando un campo, no de estrellas, sino de soles, como si fuera el abigarrado corazón de una galaxia, o el centro de una formación globular. En ese momento, Vasili Orlov perdió para siempre los cielos de la Tierra. De ahora en adelante le parecerían intolerablemente vacíos; inclusive la poderosa Orión y el glorioso Escorpio le parecerían miserables conjuntos de débiles chispas, que no valdrían una segunda ojeada.

Cuando se atrevió a abrir los ojos otra vez, todo se había acabado. No... no todo. Exactamente en el centro del restaurado rectángulo de ébano, seguía brillando una estrella diminuta.

Pero una estrella no se mueve cuando uno la mira. Orlov volvió a parpadear, para limpiar sus ojos húmedos. Sí, el movimiento era real; no lo estaba imaginando.

¿Un meteorito? El hecho de que pasaran varios segundos antes de que el científico en jefe Vasili Orlov recordara que un meteorito era imposible en un espacio sin atmósfera, era indicativo de su estado de shock.

En ese momento, la supuesta estrella se encendió repentinamente en una explosión de luz, y en pocos latidos del corazón se desvaneció detrás del borde de Júpiter. Para ese momento, Vasili ya había recobrado el control de sí mismo, y volvió a ser el observador frío, desapasionado.

Ya tenía una buena estimación de la trayectoria del objeto. No había duda posible; apuntaba directamente a la Tierra.

V – UN HIJO DE LAS ESTRELLAS

30. REGRESO A CASA

Fue como si despertara de un sueño, o de un sueño dentro de otro sueño. La puerta de las estrellas lo había devuelto al mundo de los hombres, pero ya no como hombre.

¿Cuánto tiempo había estado afuera? Toda una vida... no, dos vidas; una hacia adelante, otra hacia atrás.

Como David Bowman, comandante y último sobreviviente de la nave espacial Discovery de los Estados Unidos de An había caído en una trampa gigantesca, preparada hacía tres millones de años, y diseñada para responder sólo en el momento apropiado, y ante el estímulo preciso. Había pasado, a través de ella, de un universo a otro, encontrando algunas cosas que ahora entendía, y otras que no podría comprender jamás.

Había viajado con velocidad siempre creciente, a través de infinitos corredores de luz, hasta superar a la luz misma. Eso, lo sabía, era imposible; pero ahora sabía también cómo podía hacerse. Como dijera correctamente Einstein, el Buen Señor era sutil, pero nunca malicioso.

Había pasado por un sistema cósmico de transbordos —una especie de Gran Estación Central de las Galaxias— emergido, protegido de su furia por fuerzas desconocidas, cerca de la superficie de una estrella gigante roja.

Allí había sido testigo de la paradoja de un amanecer en la cara de un sol, cuando la blanca compañera enana del sol agonizante trepaba por su cielo: una aparición ardiente que arrastraba una marea de fuego tras de sí. No había sentido miedo, sólo admiración, incluso cuando su cápsula espacial lo había conducido hacia el infierno de allí abajo...

...Para llegar, más allá de toda lógica, a una suite de hotel magníficamente arreglada, que no contenía nada que no fuera familiar. Sin embargo, casi todo era simulado; los libros de los estantes eran ficticios, las cajas de cereal y las latas de cerveza del refrigerador, aunque tenían etiquetas conocidas, contenían todas el mismo alimento, de una textura como la del par, y un gusto que podía ser casi cualquier cosa que él quisiera imaginar.

En seguida se había dado cuenta de que era un espécimen en un zoológico cósmico, y su jaula había sido copiada de las imágenes de viejos programas de televisión. Se preguntó si sus guardianes aparecerían, y con qué forma física.

¡Qué ingenua había sido esa idea ahora sabía que había sido igual que esperar ver al viento, o especular acerca de la verdadera forma del fuego.

Finalmente, el agotamiento del cuerpo y la mente lo vencieron. Por última vez, Bowman se durmió.

Fue un sueño extraño, ya que no estuvo del todo inconsciente; como un incendio en el bosque, algo invadió su mente. Lo sintió en forma muy suave, ya que el impacto total lo hubiera destruido tan rápida y seguramente como las hogueras que rugían alrededor. Desde su posición desapasionada, no sintió esperanza ni temor.

En algunas ocasiones, durante aquel interminable sueño, soñaba con que estaba despierto. Los años habían desaparecido; de pronto se encontró mirando en el espejo a una cara arrugada que apenas reconoció como la suya. Su cuerpo corría a la disolución, las manecillas del reloj biológico giraban locamente hacia una medianoche que nunca alcanzarían. Porque en el último instante, el tiempo se detuvo... y comenzó a retroceder.

Los resortes de su memoria estaban siendo manipulados; por medio de una reminiscencia controlada, sus conocimientos y experiencias eran drenados de su cerebro, mientras retrocedía hasta su infancia. Pero nada se perdía; todo aquello que había sido alguna vez, en cada instante de su vida, estaba siendo transferido a un lugar más seguro. Y cuando un Dave Bowman cesó de existir, apareció otro, inmortal, más allá de las necesidades de la materia.

Era un Dios embrionario, que no estaba listo para nacer aún. Durante eternidades flotó en el limbo, sabiendo lo que había sido, pero no en qué se había convertido. Todavía se

encontraba en un estado intermedio, en alguna fase entre crisálida y mariposa, tal vez entre gusano y crisálida...

Y entonces, la éstasis fue quebrantada: el tiempo volvió a penetrar en su pequeño mundo. La losa negra y rectangular que apareció repentinamente frente a él fue como un viejo amigo.

La había visto en la Luna; la había encontrado en órbita alrededor de Júpiter; y sabía, de algún modo, que sus ancestros la habían conocido hacía mucho tiempo. Aunque aún conservaba secretos insondables, ya no era un absoluto misterio, ahora entendía algunos de sus poderes.

Comprendió que no era una, sino millones; y que pese a lo que dijeran los instrumentos de medición, siempre tenía el mismo tamaño... el necesario.

¡Qué obvia era, ahora, la relación matemática de sus lados, la secuencia cuadrática 1:4:9! ¡Y qué inocente había sido imaginar que la serie terminaba ahí, en tres dimensiones solamente!

Inclusive mientras su mente se centraba sobre estas nimiedades geométricas, el rectángulo vacío se llenó de estrellas. La suite del hotel —si es que en realidad había existido— se disolvió en la mente de su creador, y delante de él estaba el luminoso remolino de la Galaxia.

Podía haber sido una hermosa y detallada maqueta, vaciada en un bloque de plástico. Pero era la realidad, ahora percibido por él como un todo, con sentidos más sutiles que la vista. Si quisiera, podría localizar su atención en cualquiera de su billón de estrellas.

Ahí estaba, un madero en el enorme río de soles, a mitad de camino entre los fuegos del corazón de la galaxia y los solitarios y desperdigados centinelas de la periferia. Y allí estaba su origen, en el lado más lejano de aquel abismo celeste, esa serpeante banda de oscuridad, completamente vacía de estrellas. Sabía que ese caos informe, visible sólo por la luminosidad proveniente de las nubes ígneas del fondo que dibujaba sus bordes, era el material aún virgen de la creación, la materia prima de evoluciones por venir. Aquí, el tiempo no había comenzado aún, y hasta que los soles que ahora brillaban no estuvieran muertos desde mucho antes, la luz y la vida no volverían a modelar aquel vacío.

Una vez lo había cruzado, desprevenido; ahora, mucho más preparado, aunque totalmente ignorante del impulso que lo conducía, debía volver a cruzarlo...

La galaxia se zafó de la estructura mental en que la había encerrado; estrellas y nebulosas se desvanecieron con una ilusión de infinita velocidad. Soles fantasmas explotaron y cayeron detrás de él mientras se deslizaba como una sombra entre sus mismos núcleos.

Las estrellas se apagaban, el brillo de la Vía Láctea se transformaba en un fantasma pálido de la gloria que había conocido alguna vez, y que podría volver a conocer. Estaba de regreso en el mundo que los hombres llamaban real, en el mismo punto en que lo había abandonado, segundos o siglos atrás.

Tenía plena conciencia de lo que lo rodeaba; mucho mayor que en esa existencia anterior de montones de estímulos sensoriales provenientes del mundo exterior. Podía concentrarse en cada uno de ellos, clasificarlos en detalles virtualmente sin límites, hasta confrontar la estructura elemental de tiempo y espacio, detrás de la cual sólo existía el caos.

Y se podía mover, aunque no sabía cómo. ¿Pero realmente lo había sabido alguna vez, cuando aún poseía un cuerpo? La cadena de órdenes entre el cerebro y los miembros era un misterio al que nunca había dedicado un solo pensamiento.

Un esfuerzo de la voluntad, y el espectro de aquella estrella cercana se diluyó en el azul, precisamente en la frecuencia deseada. Estaba cayendo hacia ella con una velocidad cercana a la de la luz; aunque podía ser más rápido si lo deseara, no tenía apuro. Todavía quedaba mucha información por procesar, muchas cosas por considerar... y mucho más por conquistar. Esa, lo sabía, su meta presente; pero también sabía que sólo era parte de algún plan más amplio, que sería revelado en el momento oportuno.

No prestó atención al umbral que separaba ambos universos, y que quedó flotando suavemente detrás de él; ni a las ansiosas entidades reunidas a su alrededor en su primitiva nave espacial. Formaban parte de sus recuerdos; pero otros más fuertes lo estaban llamando, pidiéndole regresar al mundo que nunca había creído volver a ver.

Podía escuchar las voces, más y más altas, mientras iba creciendo, desde ser una estrella casi perdida contra la corona del Sol, pasando por un tenue cuarto creciente, hasta convertirse en un glorioso disco celeste.

Sabían que estaba llegando. Ahí abajo, en aquel globo abarrotado, brillaron las alarmas en las pantallas de radar, los grandes telescopios rastreadores buscaron en el cielo... y la historia, tal como la habían conocido los hombres, estaba llegando a su fin.

Notó que mil kilómetros más abajo se había despertado un somnoliento cargamento de muerte, y estaba moviéndose perezosamente en su órbita. Las débiles energías que contenía no eran una posible amenaza contra él; lo que es más: podría aprovecharla.

Penetró el laberinto de circuitos, y siguió rápidamente el camino hacia su núcleo letal. La mayoría de las bifurcaciones podían ignorarse; eran callejones sin salida, diseñados para protección. Desde su perspectiva, su propósito era puerilmente simple; resultó sumamente fácil superarlas.

Todavía quedaba una última barrera: un tosco pero efectivo relay mecánico, que separaba dos contactos. Hasta que no fueran unidos, no habría energía para activar la secuencia final.

Puso en juego toda su voluntad, y, por primera vez, conoció el fracaso y la frustración. Los pocos gramos del micro-interruptor no se movieron. Seguía siendo una criatura de energía pura; por ahora, el mundo de la materia inerte estaba más allá de su alcance. Bien, había una respuesta sencilla para eso.

Aún tenía mucho que aprender. La corriente que indujo en el relay fue tan poderosa que casi fundió la bobina, antes que la misma pudiera operar el mecanismo de disparo.

Los microsegundos pasaron lentamente. Resultó interesante observar cómo las partículas explosivas concentraban su energía, como el fósforo que enciende el reguero de pólvora, que a su vez...

Los megatones florecieron en una silenciosa detonación, que creó una breve y falsa aurora en la mitad dormida del globo. Como un fénix que se levantaba entre las llamas, asimiló lo que necesitaba y desechó el resto. Más abajo, el escudo atmosférico, que protegía al planeta de tantos peligros, absorbió lo más peligroso de la radiación. Pero hubo unos pocos hombres y animales desafortunados que nunca volverían a ver.

Como consecuencia de la explosión, pareció que la Tierra hubiera quedado muda. El parloteo de ondas cortas y medias fue completamente silenciado, reflejado por la súbitamente enriquecida ionosfera. Sólo las microondas siguieron atravesando el espejo invisible que rodeaba planeta, y la mayoría de ellas poseía un espectro demasiado estrecho como para que él pudiera captarlas. Unos pocos radares de alto poder seguían enfocándole, pero no tenía importancia. Ni se ocupó de neutralizarlos, como podría haberlo hecho fácilmente. Y si siguieran llegando bombas, las trataría con igual indiferencia. Por el momento, tenía toda la energía que necesitaba.

Y estaba descendiendo, en gráciles y amplias espirales, hacia el perdido escenario de su niñez.

31. DISNEYVILLE

Un filósofo de fines de siglo había señalado —y había sido condenado por sus opiniones— que Walter Elías Disney había contribuido más a la genuina alegría humana que todos los maestros religiosos de la historia. Ahora, medio siglo después de la muerte del artista, sus sueños seguían proliferando en el paisaje de Florida.

Cuando se inauguró en los primeros años de la década del '80, su Comunidad Experimental Prototipo del Mañana, había sido una exposición de nuevas tecnologías y formas de vida. Pero, como su fundador había anticipado, CEPMA sólo completaría su propósito cuando parte de aquella vasta extensión se hubiera convertido en un pueblo auténtico, viviente, ocupado por gente que lo llamaría su hogar. Este proceso había llevado lo que quedaba del siglo; ahora el área residencial contaba con veinte mil habitantes que la habían llamado, inevitablemente, Disneyville.

Como sólo podían mudarse allí después de atravesar la guardia palaciega de los abogados de Disney, no era sorprendente que la edad promedio de sus ocupantes fuese la más alta entre las comunidades de los Estados Unidos, o que sus servicios médicos fueran los más avanzados del mundo. Algunos de ellos, en verdad, apenas habrían podido concebirse, y menos aún crearse, en cualquier otro sitio.

El departamento había sido diseñado cuidadosamente para no parecer una sala de hospital, y sólo algunos aparatos poco comunes traicionaban su propósito. La cama no superaba la altura de la rodilla, para minimizar el peligro de una caída, sin embargo, podía elevarse y curvarse según la conveniencia de las enfermeras. La bañera se hundía en el piso, y tenía un asiento incorporado, así o también manijas que permitían a los ancianos o débiles entrar y salir fácilmente de ella. El piso estaba alfombrado, pero no había felpudos sobre los cuales resbalar, o puntas agudas que pudieran provocar heridas.

Otros detalles eran menos obvios: la cámara de televisión estaba tan bien disimulada que nadie hubiera sospechado su presencia.

Había algunos toques personales: una pila de libros antiguos en un rincón, y una página central de una de las últimas ediciones impresas del New York Times que proclamaba: NAVE ESPACIAL NORTEAMERICANA PARTE RUMBO A JÚPITER. Al lado, dos fotografías: una de un muchacho de unos dieciocho años; la otra, de un hombre mucho mayor, en uniforme de astronauta.

Aunque la frágil mujer de cabellos grises que miraba la comedia de la pantalla de televisión no tenía aún setenta años, parecía mucho más vieja. De tanto en tanto sonreía ante algún chiste, pero seguía espionando la puerta como esperando alguna visita. Y cuando lo hacía, aferraba firmemente el bastón apoyado contra su silla.

En un momento en que estaba distraída por un pasaje de la obra, la puerta finalmente se abrió, y ella miró alrededor con una expresión culpable, mientras la pequeña mesa de servicio rodaba hacia dentro de la habitación, seguida de cerca por una enfermera de uniforme.

—Es hora del almuerzo, Jessie —dijo la enfermera—. Hoy tenemos algo muy bueno para usted.

—No quiero ningún almuerzo.

—La hará sentirse mucho mejor.

—No comeré nada hasta que no me diga qué es.

—¿Por qué no?

—No tengo apetito. ¿Tiene usted apetito alguna vez? agregó maliciosamente.

La mesa-robot con la comida se detuvo al lado de su silla, y las cubiertas se levantaron para mostrar los platos. Durante todo el proceso, la enfermera nunca tocaba nada, ni siquiera los controles mismos de la mesa. Ahora permanecía inmóvil, con una sonrisa un tanto rígida, observando a su difícil paciente.

En la sala de monitores, a cincuenta metros de distancia, el técnico médico dijo al doctor:

—Observe esto.

La nudosa mano de Jessie aferró el bastón; en seguida, con sorprendente velocidad, lo hizo girar en un pequeño arco contra las piernas de la enfermera.

La enfermera no se dio por enterada, a pesar de que la madera había pasado a través de su cuerpo. En cambio, sonrió comprensiva.

—¿No se ve apetitoso? Cómalo, querida.

Una sonrisa astuta se dibujó en el rostro de Jessie, pero obedeció las instrucciones. En un momento, estaba comiendo con entusiasmo.

—¿Ha visto? —dijo el técnico—. Sabe perfectamente lo que sucede. Es mucho más lúcida de lo que pretende, la mayor parte del tiempo.

—¿Y es la primera?

—Sí. Todas las demás creen realmente que es la enfermera Williams quien les lleva la comida.

—Bien, no creo que importe. Mire qué contenta se puso, sólo por habernos burlado. Y está comiendo, que es el objetivo del ejercicio. Pero debemos avisar a las enfermeras... a todas, no sólo a Williams.

—¿Por qué? ¡Oh!, desde luego. La próxima vez puede que no sea un holograma... y entonces sí, imagino los pleitos que deberemos afrontar, por parte de nuestro castigado personal.

Los indios y los colonos cajun que se habían trasladado desde Luisiana, decían que el Crystal Spring no tenía fondo. Esto, desde luego, era absurdo, y seguramente ni ellos mismos lo creían. Sólo había que ponerse una máscara y nadar pocas brazadas, y allí, claramente visible, estaba la pequeña cueva de la que fluía el agua increíblemente pura, con esbeltas algas verdes ondulando alrededor. Y, espiando a través de ellas, los ojos del monstruo.

Dos círculos oscuros, uno al lado del otro, a pesar de que nunca se movían, ¿qué otra cosa podían ser? Su inquietante presencia otorgaba una emoción extra a cada excursión a nado; algún día el Monstruo saldría de su guarida, desdeñando a los peces en su búsqueda de presas mayores. Bobby o David nunca admitirían que allí no había nada más peligroso que una bicicleta abandonada, seguramente robada, medio enterrada entre las algas, a cien metros de profundidad. Tal distancia era difícil de creer, aun después de que la línea y la sonda la habían establecido, más allá de toda discusión. Bobby, el más grande y el mejor buceador, había cubierto quizás un décimo del trayecto hacia abajo, y había informado que el fondo parecía tan lejos como siempre.

Pero ahora Crystal Spring se hallaba a punto de revelar sus secretos; tal vez la leyenda del tesoro confederado fuera verdad, a pesar de las burlas de los historiadores locales. En el peor de los casos, se congraciaban con el jefe de policía —excelente política—, recuperando unos pocos revólveres abandonados después de crímenes recientes.

El pequeño compresor de aire, herrumbrado, que encontró Bobby en el garaje, soplaba saludablemente después de los problemas iniciales para hacerlo arrancar. Cada pocos segundos tosía y soltaba una nube de humo azul, pero no daba indicios de pararse. «Y aunque lo haga», decía Bobby, «¿qué? Si las chicas del Teatro Subacuático pueden salir desde cincuenta metros de profundidad, sin sus mangueras de aire, también nosotros podremos. Es perfectamente seguro».

En ese caso, pensó Dave rápidamente, ¿por qué no le contamos a Mami lo que hacíamos, y por qué esperamos a que Papi hubiera vuelto al Cabo para el próximo lanzamiento? Pero, en realidad, no tenía miedo: Bobby siempre sabía más. Debía ser fabuloso tener diecisiete, y saberlo todo. Aunque hubiera preferido que no se pasase tanto tiempo con esa estúpida Betty Schultz. Es verdad, era muy bonita... pero ¡demonios, era una chica! Sólo después de muchos inconvenientes pudieron deshacerse de ella esa mangana.

Dave se hallaba acostumbrado a ser el conejito de Indias; para eso estaban los hermanos menores. Ajustó la máscara, se puso las patas de rana, y se deslizó en el agua cristalina.

Bobby le alcanzó la manguera de aire con la vieja boquilla que le habían adosado. Dave aspiró una bocanada, e hizo una mueca.

—Tiene un gusto horrible.

—Te acostumbrarás. No vayas más allá de ese arrecife. Allí comenzaré a ajustar la válvula de presión para no desperdiciar tanto aire. Sube cuando tire de la manguera.

Dave se sumergió con gracia bajo la superficie, hacia la tierra de la maravilla. Era un mundo apacible, monocromático, diferente de los bancos de coral de los Cayos. No había esos colores estridentes del ambiente marino, donde la vida animal y vegetal se adornaba con todos tonos del arco iris. Aquí sólo eran verdes y azules; y los peces parecían peces, no mariposas.

Nadó lentamente hacia abajo, arrastrando la manguera tras de sí, deteniéndose para beber su arroyo de burbujas cada vez que lo necesitaba. La sensación de libertad era tan maravillosa que casi se olvidó del horrible gusto a lubricante que tenía en la boca. Al llegar al arrecife —en realidad un viejo y carcomido tronco de árbol, tan cubierto de algas que era irreconocible—, se sentó y miró alrededor.

Alcanzaba a ver las verdes laderas al otro lado del cráter, a través del manantial, por lo menos a cien metros de allí.

No había muchos peces, pero pasó un pequeño cardumen, brillando como una lluvia de monedas de plata, bajo a cascada de luz que caía desde arriba.

También había un viejo amigo, detenido como siempre en el punto donde las aguas del manantial comenzaban su viaje hacia el mar. Un pequeño caimán «Pero suficientemente grande», decía Bobby. «Es más grande que yo» colgaba en posición vertical sin ningún sostén a la vista, con sólo la nariz asomando sobre la superficie. Nunca lo habían molestado, y él nunca los había molestado a ellos.

La manguera de aire dio un tirón impaciente. Dave se alegró de irse; nunca había imaginado cuánto frío podía hacer en aquellas profundidades inalcanzables, y además se sentía mareado. Pero la cálida luz del sol pronto le hizo recobrar el ánimo.

—No hay problemas —dijo Bobby despreocupado—. Sólo mantén la válvula abierta para que la aguja de presión no baje de la línea roja.

—¿Hasta qué profundidad irás?

—Hasta el fondo, si me dan ganas.

Dave no lo tomó en serio; ambos sabían de la euforia de la profundidad y de las narcosis por nitrógeno. Y de todos modos, la vieja manguera del jardín sólo tenía treinta metros de largo, aunque sería más que suficiente para ese primer intento.

Como ya le había pasado tantas veces, vio con envidiosa admiración cómo su adorado hermano mayor aceptaba un nuevo desafío. Nadando con tanta facilidad corro los peces que lo rodeaban, Bobby se sumergió en aquel misterioso universo azul. Se dio vuelta una vez y señaló vigorosamente la boquilla de aire, dando a entender sin lugar a dudas que necesitaba un chorro de aire más intenso.

A pesar del fuerte dolor de cabeza que sintió de repente, Dave recordó su deber. Corrió hacia el antiguo compresor, y abrió la válvula de control hasta el máximo mortal; cincuenta partes por millón de monóxido de carbono.

Lo último que vio de Bobby fue esa figura confiada, dorada por la luz del sol, que descendía para siempre más allá de su alcance. La estatua de yeso del responso fúnebre era un absoluto extraño, que no tenía nada que ver con Robert Bowman.

33. BETTY

¿Por qué había venido hasta aquí, como un fantasma in quieto, que vuelve al antiguo escenario de la tragedia? No tenía idea; en realidad no había sido consciente de su destino, hasta que el ojo circular de Crystal Springs lo miró desde abajo a través del bosque sumergido.

Era el amo del mundo, pero estaba paralizado por una sensación de angustia devastadora como no había conocido en años. El tiempo había cerrado la herida, como lo hace siempre, pero, aun así, parecía que apenas ayer había estado llorando junto al espejo esmeralda, viendo sola mente el reflejo de los cipreses, con su cubierta de musgo. ¿Qué era lo que le estaba Pasando?

Y ahora, todavía sin una intención deliberada, pero como si fuera empujado por una suave corriente, derivó lentamente hacia el norte, hacia la capital del estado. Estaba buscando algo; qué era, no lo sabría hasta encontrarlo.

Ni persona ni instrumento alguno detectaron su paso. Ya no seguía irradiando con derroche; había perfeccionado su control de energía, como alguna vez había dominado sus miembros, perdidos, pero no olvidados. Se sumergió como la niebla en las bóvedas a prueba de terremotos, hasta encontrarse entre millones de memorias almacenadas, y relampagueantes retículos de pensamientos electrónicos.

Esta prueba era más compleja que detonar una tosca bomba nuclear, y le llevó un poco más de tiempo. Antes de encontrar la información que buscaba, cometió un desliz trivial, pero no se molestó en corregirlo. Al mes siguiente, nadie entendía por qué trescientos contribuyentes de Florida, cuyos apellidos comenzaban todos con F, recibieron cheques de exactamente un dólar. Se gastó varias veces el monto resultante del error, tratando de aclararlo, y finalmente, los desconcertados ingenieros le echaron la culpa a alguna lluvia de rayos cósmicos. Lo cual, en verdad, no era del todo desacertado. En unos milisegundos, se había trasladado desde Tallahassee al 634 de South Magnolia Street, en Tampa. La dirección era la misma; no necesitaba haber perdido tiempo en averiguarla.

Pero entonces, nunca había tenido la intención de averiguarla, hasta el instante mismo en que lo hizo.

Después de tres alumbramientos y dos abortos, Betty Schultz de Fernández seguía siendo una mujer muy hermosa. En ese momento era también una mujer pensativa; estaba viendo un programa de televisión que le traía recuerdos, amargos y dulces a la vez.

Era un Noticiero Especial, motivado por los misteriosos sucesos de las últimas doce horas, comenzando por el alerta que había enviado Leonov desde las lunas de Júpiter. Algo se dirigía hacia Tierra; algo había detonado, sin daño alguno, una bomba nuclear en órbita que nadie había reclamado. Eso era todo, pero era más que suficiente.

Los comentaristas habían pasado revista a todas las video-cintas —y algunas de ellas eran verdaderas cintas— llegando hasta las alguna vez ultrasecretas imágenes del descubrimiento de TMA-1 en la Luna. Por quincuagésima vez, como mínimo, oyó ese chirrido de radio con que el monolito había saludado al amanecer lunar, y lanzado un mensaje a Júpiter. Y una vez más miró las escenas familiares y escuchó las viejas entrevistas en Discovery.

¿Por qué estaba mirando? Todo eso se encontraba en algún lugar de los archivos de la casa (aunque nunca lo pasaba si José se hallaba cerca). Tal vez estaba esperando una nueva noticia; no le gustaba admitir, ni siquiera a sí misma cuánto poder seguía teniendo el pasado sobre sus y emociones.

Y allí estaba Dave, como lo había esperado. Era un viejo reportaje de la BBC, del que sabía cada palabra. Estaba hablando acerca de Hal, intentando determinar si el computador tenía o no autoconciencia.

¡Qué joven se le veía; qué diferente de aquellas últimas imágenes borrosas desde la sentenciada Discovery! ¡Y qué parecido al Bobby que ella recordaba!

La imagen tembló mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. No... algo andaba mal en el aparato, o en el canal; tanto el sonido como la imagen se comportaban de una forma errática.

Los labios de Dave se movían, pero no escuchaba nada. Luego su cara comenzó a disolverse, a derretirse en bloques de color. Se volvía a formar, se borraba, se afirmaba otra vez. Pero seguía sin haber sonido.

¿Dónde habían conseguido esa fotografía? Ese no era Dave adulto, sino de joven... como ella lo había conocido al principio. Miraba hacia afuera de la pantalla como si pudiera verla a través del abismo de los años.

Sonrió; sus labios se movieron.

—«Hola, Betty» —dijo.

No fue difícil formar las palabras e introducirlas en las corrientes que pulsaban en los circuitos de radio. Lo realmente difícil fue disminuir la velocidad de sus pensamientos al templo glacial del cerebro humano. Y tener que esperar una eternidad por la respuesta...

Betty Fernández era fuerte. También era inteligente, y aunque había sido ama de casa durante doce años, no había olvidado sus conocimientos de electrónica. Este era o de los incontables sistemas de simulación; por ahora la aceptaba, más tarde se ocuparía de los otros detalles.

—Dave —contestó—. Dave, ¿eres tú realmente?

—No estoy seguro —replicó la imagen de la pantalla, en una voz curiosamente atonal—. Pero recuerdo a Dave Bowman, y todo lo que a él respecta.

—¿Está muerto?

Ésta era otra pregunta difícil.

—Lo está su cuerpo. Pero eso ya no es importante. Todo lo que Dave Bowman fuera realmente, sigue siendo parte de mí.

Betty se persignó —ése era un gesto que había aprendido de José— y musitó:

—¿Quieres decir... que eres un espíritu?

—No conozco una palabra mejor.

—¿Por qué has regresado?

«¡Ah!, Betty... ¡por qué! Querría que pudieras decírmelo».

En verdad conocía una razón, que estaba apareciendo en la pantalla. El divorcio del cuerpo y la mente estaba lejos de completarse, y ni siquiera la más complaciente de las redes privadas de televisión por cable habrían transmitido las escabrosas escenas sexuales que se estaban formando.

Betty observaba a ratos, a veces sonriente, otras aturdida. Finalmente se dio vuelta, no por vergüenza, sino por tristeza... nostalgia de delicias perdidas.

—Así que no era cierto —dijo— lo que siempre nos contaron acerca de los ángeles.

¿Soy acaso un ángel? se preguntaba. Pero al menos entendía qué estaba haciendo allí, arrastrado por los lazos del dolor y del deseo hacia una cita con su pasado. Su pasión por Betty había sido la emoción más poderosa que había conocido jamás; los elementos de tragedia y culpa que contenía la hacían aún más fuerte.

Ella nunca le había dicho si era mejor amante que Bobby; ésa era una pregunta que él nunca había formulado, ya que hubiera roto el hechizo. Se habían aferrado a la misma ilusión, y buscaron, uno en los brazos del otro (¡y qué joven era... apenas tenía diecisiete años cuando empezó todo, a menos de dos años del funeral!), un bálsamo para la misma herida.

Desde luego, no podía durar; pero aquella experiencia lo había cambiado de forma irrevocable. Durante más de una década, todas sus fantasías autoeróticas se habían centrado en Betty; nunca había encontrado una mujer que se le comparara, y había comprendido hacía mucho que nunca la hallaría. Nadie más había sido embrujado por el mismo fantasma.

Las imágenes del deseo se borraron de la pantalla; por un instante, apareció el programa regular, con una vista incongruente de Leonov colgando sobre lo. Luego apareció la cara de Dave Bowman. Parecía estar perdiendo el control, porque sus facciones eran muy inestables. A veces parecía tener sólo diez años, luego veinte o treinta... luego, increíblemente, una acartonado momia cuya arrugada apariencia era una parodia del hombre que ella había conocido.

—Una pregunta más antes de irme. Carlos: siempre dijiste que era hijo de José, y yo siempre tuve mis dudas. ¿Cuál es la verdad?

Betty Fernández miró por última vez a los ojos del muchacho que había amado alguna vez (tenía dieciocho años otra vez, y por un momento, ella deseó poder ver todo su cuerpo, no sólo el rostro).

—Fue hijo tuyo, David —murmuró.

La imagen se desvaneció; reapareció el programa habitual. Cuando, casi una hora después, José Fernández entró sin ruido, Betty seguía mirando a la pantalla.

No se dio vuelta cuando él la besó detrás del cuello.

—Nunca me creerás, José.

—Haz un intento.

—Le mentí a un fantasma.

34. DESPEDIDA

Cuando el Instituto Americano de Aeronáutica y Astronáutica publicó en 1977 su controvertido sumario Cincuenta años de OVNI, muchos críticos señalaron que se habían observado objetos voladores no identificados durante siglos, y que el «Plato Volador» de Kenneth Arnold de 1947 tenía incontables precedentes. La gente había estado viendo cosas extrañas en el cielo desde el principio de la historia; pero hasta mediados del siglo XX los OVNI habían sido un fenómeno esporádico de escaso interés. Desde entonces, se habían convertido en objetos de interés general, y científico, y las razones de esto sólo podían clasificarse como creencias religiosas.

No era necesario ir muy lejos para encontrar la causa; la aparición del cohete gigante y el advenimiento de la Era Espacial habían hecho volver la mente del hombre hacia otros mundos. La comprensión de que pronto la raza humana sería capaz de abandonar su planeta de nacimiento provocaba las inevitables preguntas: ¿Dónde está el resto? ¿Debemos esperar visitas? También existía la esperanza, pocas veces expresada, de que benévolas criaturas del espacio ayudarían a la humanidad a curar sus heridas autoinfligidas y la salvarían de futuros desastres.

Cualquier estudiante de psicología podría haber predicho que una necesidad tan profunda sería rápidamente satisfecha. Durante la segunda mitad del siglo XX había habido literalmente miles de informes de apariciones de naves espaciales desde todas partes del globo. Más aún: hubo cientos de informes de «encuentros cercanos»: verdaderos contactos con visitantes extraterrestres, frecuentemente embellecidos con relatos de paseos celestiales, raptos, y hasta viajes de bodas espaciales. El hecho de que una y otra vez se demostrara que eran mentiras o alucinaciones no contribuía a desencantar a los fieles. Hombres a los que se les había mostrado ciudades en el lado oscuro de la Luna no perdieron mucho crédito ni siquiera cuando los reconocimientos de los Orbiter y las misiones Apollo revelaron la inexistencia de aparatos de ciase alguna; damas que habían desposado a seres venusinos seguían siendo tomadas en serio cuando el planeta resultó ser, desgraciadamente, más caliente que el plomo derretido.

Para la época en que el IAAA publicó su informe, ningún científico de nivel —ni siquiera los que alguna vez habían considerado la posibilidad— creía que los OVNI tuvieran alguna conexión con vidas o inteligencias extraterrestres. Desde luego, nunca sería posible demostrarlo; cualquiera de los miles de apariciones de los últimos mil años podía

ser la cosa real. Pero con el correr del tiempo, y como las cámaras de los satélites y los radares que vigilaban todo el firmamento no proporcionaban evidencias concretas, el público en general había ido perdiendo interés. Los cultores, por supuesto, no se dieron por vencidos; siguieron con sus cartas y libros, la mayor parte de las veces reverdeciendo y retocando viejos relatos que habían sido desacreditados mucho tiempo atrás.

Cuando finalmente se anunció el hallazgo del monolito de Tycho, TMA-1, hubo un coro de «Telodijes». Ya no podía negarse que había habido visitantes en la Luna —y probablemente también en la Tierra— hacía apenas unos tres millones de años. Inmediatamente, los OVNI volvieron a infestar los cielos; aunque era extraño que los tres sistemas nacionales independientes de rastreo, que podían detectar en el espacio cualquier cosa más grande que una lapicera, todavía fueran incapaces de localizarlos.

Bastante pronto, el número de informes bajó otra vez hasta el «nivel de ruido»: la cifra habitual provocada por los muchos fenómenos astronómicos, meteorológicos y astronáuticos que tenían lugar en el cielo.

Pero ahora había comenzado todo de nuevo. Esta vez no había errores: era oficial. Un auténtico OVNI se dirigía a la tierra.

A los pocos minutos del aviso de Leonov se empezaron a recibir informes de apariciones; los primeros encuentros cercanos tardaron algunas horas. Un corredor de bolsa jubilado estaba paseando a su bulldog en Yorkshire Moors, cuando fue sorprendido por una nave circular que aterrizó delante de él, y cuyo ocupante —bastante humano, de no ser por las orejas puntiagudas— le preguntó cómo llegar a Downing Street. El contactéé estaba tan confundido que señaló con su bastón en dirección de Whitehall; como prueba terminante de la veracidad del encuentro, se presentó el hecho de que el bulldog se negaba a comer.

Aunque el corredor de bolsa no registraba antecedentes de alguna enfermedad mental, inclusive los que le creían tuvieron dificultades para aceptar el siguiente informe. Esta vez era un pastor vasco en una misión tradicional; se había sentido aliviado cuando los que él creía guardias fronterizos resultaron ser una pareja de hombres encapuchados de mirada penetrante, que le preguntaron cómo llegar a los cuarteles generales de las Naciones Unidas.

Hablaban un vascuence perfecto: una lengua extremadamente difícil que no tenía conexión con ninguna otra del mundo. Evidentemente, los visitantes del espacio eran notables lingüistas, aunque sus conocimientos de geografía eran extrañamente deficientes.

Y así siguió, caso tras caso. Muy pocos de los contactados estaban mintiendo o eran locos; la mayoría creía sinceramente sus propias historias, y las mantenía, aun bajo efecto de la hipnosis. Y otros eran víctimas de jocosos accidentes, como aquel desafortunado arqueólogo aficionado que descubrió los restos que un conocido productor de películas de ciencia-ficción había abandonado en el desierto de Túnez, hacía casi cuarenta años.

En verdad, sólo al comienzo y al final hubo un ser humano consciente de su presencia; y esto porque él así lo quiso.

El mundo estaba para que él lo explorara y examinara a su antojo, sin restricciones o compulsiones. No había paredes que lo pudieran dejar afuera, no había secretos que se ocultaran a sus sentidos. Al principio, creía que apenas estaba cumpliendo viejas ambiciones, visitando lugares que no había conocido en su existencia anterior. Sólo mucho más tarde comprendió que sus viajes relámpago a través de la superficie del globo tenían un propósito más profundo.

De una manera sutil, estaba siendo utilizado como una sonda, tomando muestras de cada aspecto del quehacer humano. El control era tan tenue que apenas era consciente de él; era similar a un perro de caza en una partida, autorizado a hacer cuantas excursiones quisiera, pero con la obligación de obedecer todos los deseos de su amo.

Las pirámides, el Gran Cañón, las nieves eternas del Everest; todo eso era elección suya. También lo eran las galerías de arte y las salas de concierto; aunque ciertamente no hubiera soportado el Anillo de los Nibelungos por iniciativa propia.

Tampoco hubiera visitado tantas fábricas, prisiones, hospitales, una amarga guerra en Asia, una carrera de caballos, una complicada orgía en Beverly Hills, la Sala Oval de la Casa Blanca, los archivos del Kremlin, la Biblioteca Vaticana, la sagrada Piedra Negra de la Kabah, en la Meca...

Había también experiencias de las que no guardaba clara conciencia, como si hubieran sido censuradas; o como si lo protegiera de ellas un ángel guardián. Por ejemplo ¿qué estaba haciendo en el Leakey Memorial Musseum, en Olduvai Gorge? No tenía más interés en el origen del Hombre que en el de cualquier otro miembro inteligente de la especie homo sapiens, y los fósiles no significaban nada para él. Sin embargo, los famosos cráneos, protegidos como joyas en sus vitrinas de exposición, despertaban extraños ecos en su memoria, y una excitación de la que era incapaz de responder. Había un sentimiento de deja-vu más fuerte que cualquier otro que hubiera conocido nunca; el lugar tenía que ser familiar... pero algo andaba mal. Era como una casa a la que uno

vuelve después de estar ausente mucho tiempo, y encuentra que los muebles han cambiado, las paredes han sido modificadas, y hasta las escaleras han sido remodeladas.

Era un terreno frío, hostil, seco y desolado. ¿Dónde estaban las praderas fértiles y los ágiles herbívoros que correteaban por ellas, hacía tres millones de años?

Tres millones de años. ¿Cómo lo sabía?

No hubo respuesta del silencioso eco al que había arrojado su pregunta. Pero entonces vio, cerniéndose nuevamente sobre él, una familiar silueta negra y rectangular. Se acercó, y en sus profundidades apareció una imagen de sombras, como un reflejo en un lago de tinta.

Los ojos tristes y asombrados que lo miraban desde atrás de aquella frente angosta y peluda se dirigían a través de él a un futuro que nunca verían. Porque él era el futuro, cien mil generaciones adelante en el río del tiempo. La historia había comenzado aquí; por lo menos, eso ya lo entendía. Pero ¿cómo, y sobre todo, por qué, había secretos ocultos para él?

Pero había un último deber, y era el más duro de todos. Todavía era lo suficientemente humano para dejarlo para el final.

«¿Qué estará por hacer ahora?» se preguntaba la enfermera en jefe, acercando el objetivo hacia la anciana. «Ha probado muchas jugarretas, pero ésta es la primera vez que la veo hablando con su audífono ¡por el amor de Dios! ¿Qué estará diciendo?»

El micrófono no era lo suficientemente sensible para captar las palabras, pero eso apenas importaba. A Jessie Bowman nunca se la había visto tan contenta y llena de paz. Aunque tenía los ojos cerrados, todo su rostro dibujaba una sonrisa angelical, mientras sus labios seguían murmurando.

Y entonces la observadora vio algo que intentó olvidar desesperadamente, porque informarlo la descalificaría de inmediato para la profesión de enfermera. Lentamente, a los tumbos, el cepillo que estaba sobre la mesa se elevó en el aire como sostenido por invisibles dedos inexpertos.

En el primer intento, falló; luego, con obvia dificultad, comenzó a recorrer las largas hebras plateadas, deteniéndose cada tanto para desenredar algún mechón.

Jessie Bowman no hablaba ahora, pero seguía sonriendo. El cepillo se movía con mayor soltura, sin los inseguros tirones del comienzo.

La enfermera nunca supo cuánto duró. No se recobró de su parálisis hasta que el cepillo fue suavemente devuelto a la mesa.

El Dave Bowman de diez años de edad había terminado la tarea que odiaba, pero que su madre adoraba. Y un Dave Bowman sin edad había conseguido el primer control sobre la materia inerte.

35. REHABILITACIÓN

Se acalló el rugido proveniente desde Tierra, a través de millones de kilómetros de espacio. La tripulación de Leonov miraba con fascinación, pero con una sensación de extrañeza, los debates en las Naciones Unidas, las entrevistas con científicos distinguidos, las teorías de los locutores de noticieros, los relatos fehacientes de los contradictorios testigos de OVNI. No podían contribuir en nada a aquel barullo, desde el momento en que no habían presenciado ninguna otra manifestación. Zagadka, alias Hermano Mayor, seguía tan indiferente a su presencia como siempre. Y era una situación irónica; habían venido desde la Tierra para resolver un misterio... y ahora parecía que la respuesta estuviera precisamente en el punto de partida.

Por primera vez, agradecieron la lentitud de la velocidad de la luz, y la demora de dos horas que hacía imposibles los reportajes en vivo en el circuito Tierra-Júpiter. Aun así, Floyd había sido solicitado por tantos medios de comunicación, que finalmente se declaró en huelga. No quedaba nada por decir, y ya lo había dicho por lo menos una docena de veces.

Por otra parte, todavía quedaba mucho trabajo por hacer; Leonov debía ser preparada para el largo viaje de regreso a casa, de tal manera que pudiera estar lista apenas se abriera la ventana de lanzamiento. El margen no era crítico; aun errando por un mes, sólo prolongarían el trayecto. Chandra, Curnow y Floyd no lo notarían siquiera, durmiendo camino al Sol; pero el resto de la tripulación estaba firmemente dispuesto a partir tan pronto como lo permitieran las leyes de la mecánica celeste.

Discovery aún planteaba numerosos problemas. La nave apenas tenía propelente suficiente para volver a Tierra, aun partiendo mucho después que Leonov y volando en una órbita de energía mínima; lo que le llevaría tres años. Y eso sólo sería posible si Hal fuera programado en forma confiable para llevar a cabo la misión sin intervención humana, exceptuando los monitores de largo alcance. Sin su cooperación, Discovery debería ser abandonada otra vez.

Fue fascinante —en verdad, casi conmovedor— observar el firme resurgir de la personalidad de Hal, desde un chico disminuido, pasando por un confundido adolescente, hasta llegar a un adulto levemente condescendiente.

A Floyd le fue imposible evitar tales etiquetas antropomórficas, a pesar de saber que no eran pertinentes en absoluto.

Y había ocasiones en que sentía que toda la situación tenía una persistente familiaridad. ¡Cuántas veces había visto videogramas en los que adolescentes perturbados eran ayudados por geniales descendientes de Sigmund Freud! Esa era en esencia la obra que se estaba representando a la sombra de Júpiter.

El psicoanálisis electrónico había actuado a una velocidad que estaba totalmente fuera del alcance de la comprensión humana, con programas de cura y diagnóstico que pasaban por los circuitos de Hal a billones de bits por segundo, detectando posibles fallas y corrigiéndolas. Aunque la mayoría de esos programas habían sido probados con la gemela de Hal, SAL 9000, la imposibilidad de un diálogo en tiempo real entre ambos computadores era una seria desventaja. A veces había que esperar horas si se necesitaba verificar con Tierra antes de seguir adelante con la terapia.

Porque a pesar de todo el trabajo de Chandra, la rehabilitación del computador distaba mucho de estar terminada. Hal mostraba numerosas particularidades y tics: en algunas ocasiones, hasta llegaba a ignorar las palabras habladas, aunque siempre reconocía las entradas por teclado de cualquier persona. En sentido inverso, sus salidas eran aún más excéntricas.

Había veces en que daba respuestas verbales pero no las anotaba en la pantalla. Otras, hacía ambas cosas, pero se negaba a imprimir. No pedía excusas ni daba explicaciones; ni siquiera el obstinado e impenetrable «prefiero no hacerlo» de Bartelby, el notario autista de Melville.

Sin embargo, no era tan desobediente como reservado, y sólo acerca de ciertos temas. Siempre se podía lograr que cooperara finalmente: «hacerlo contar sus penas», como dijera Curnow.

No era sorprendente que Chandra comenzara a dar señales de tensión. En una famosa ocasión, cuando Max Brailovsky revivió inocentemente una vieja burla, casi perdió los estribos.

—¿Es cierto, doctor Chandra, que eligieron el nombre Hal para estar un paso adelante de IBM?

—¡Eso es ridículo! La mitad de nosotros proviene de IBM y hemos estado tratando durante años de desterrar esa historia. Yo pensaba que a esta altura toda persona inteligente sabría que H-A-L deriva de ALgoritmo Heurístico.

Max juró haber escuchado claramente las mayúsculas.

En la opinión de Floyd, las probabilidades de que Discovery volara sana y salva de regreso a Tierra eran de cincuenta contra una. Y entonces vino Chandra con una proposición extraordinaria.

—Doctor Floyd, ¿puedo tener una palabra con usted?

Después de tantas semanas de compartir experiencias, Chandra seguía siendo tan formal como siempre, no sólo con Floyd, sino con toda la tripulación. Ni siquiera se dirigía a Zenia, la mascota de la nave, sin anteponer «señorita».

—Desde luego, Chandra. ¿De qué se trata?

—He completado virtualmente el programa de las seis variaciones más probables de la órbita Hohmann de regreso. Corrí cinco de ellas en una simulación, y no hubo ningún problema.

—Excelente. Estoy convencido de que nadie en la Tierra... en el Sistema Solar, podría haberlo hecho.

—Muy agradecido. Sin embargo, usted sabrá tan bien como yo que es imposible programar todas las eventualidades. Hal puede funcionar, funcionará, perfectamente y será capaz de manejar cualquier emergencia razonable. Pero hay toda una serie de accidentes triviales —fallas en el equipo periférico que se arreglarían con apenas un destornillador, cables cortados, botones trabados— que podrían dejarlo inerte y abortarían la misión.

—Por supuesto, está absolutamente en lo cierto, y eso me ha estado preocupando. ¿Pero qué podemos hacer al respecto?

—En realidad es muy simple. Querría quedarme en Discovery.

La primera reacción de Floyd fue pensar que Chandra se había vuelto loco. En segunda instancia, tal vez sólo estuviera medio loco. En verdad, tener un ser humano —aquel fabuloso arregla-problemas multiuso— a bordo de Discovery durante todo el viaje a Tierra podía significar la diferencia entre el éxito o el fracaso. Pero las objeciones eran terminantes.

—Es una idea interesante —contestó Floyd con extrema cautela— y ciertamente aprecio su entusiasmo. Pero, ¿pensó usted en todos los problemas?

Esa era una pregunta inocente; Chandra ya habría archivado todas las respuestas para una contestación inmediata.

—¡Estará solo durante más de tres años! ¿Qué haría en caso de accidente, o de una urgencia médica?

—Estoy preparado para correr ese riesgo.

—¿Y qué hay de la comida, el agua? Leonov no tiene suficiente para prestarle.

—He verificado el sistema de reciclado de Discovery; puede volver a hacerse operable sin mucha dificultad. Además, nosotros los hindúes nos arreglamos con poco.

No era común que Chandra aludiera a su origen, o que hiciera comentarios personales; el único caso que recordaba Floyd era su «corazón abierto». Pero no dudó de su afirmación; Curnow había señalado una vez que Chandra poseía ese tipo de psyche que sólo podía lograrse después de siglos de abstinencia. Aunque sonaba como otra de las ácidas bromas del ingeniero, había sido dicho sin malicia; en verdad, casi con simpatía; y por supuesto, cuando Chandra no escuchaba.

—Bueno, todavía nos quedan varias semanas para decidirlo. Lo pensaré, y lo consultaré con Washington.

—Muchas gracias; ¿le importa que empiece los preparativos?

—Eh... no, en absoluto; siempre y cuando no interfieran con los planes existentes. Y recuerde: Control de Misión tendrá la decisión final.

Y ya sabía lo que diría Control de Misión. Era demente esperar que un hombre sobreviviera tres años en el espacio, solo.

Pero, desde luego, Chandra siempre había estado solo.

36. FUEGO EN LAS PROFUNDIDADES

La Tierra ya había quedado atrás, y las inquietantes maravillas del sistema joviano se expandían suavemente delante de él, cuando tuvo su revelación.

¡Cómo podía haber sido tan ciego; tan estúpido! Era como si hubiera estado caminando dormido; recién ahora se estaba despertando.

«¿Quién eres?» gritó. «¿Qué quieres? ¿Por qué me has hecho esto?»

No hubo respuesta, aunque tuvo la certeza de haber sido oído. Sentía una... presencia; como cuando un hombre, aun con los ojos cerrados, sabe que está en una habitación cerrada, y no en un espacio vacío, abierto. Lo rodeaba el eco débil de una mentalidad vasta, de una voluntad implacable.

Volvió a llamar en el silencio reverberante, y otra vez no hubo respuesta; sólo esa sensación de un compañero omnipresente. Muy bien: encontraría las respuestas por sí solo.

Algunas eran obvias; no importaba quién o qué fueran, estaban interesados en la Humanidad. Habían clasificado y almacenado sus recuerdos para sus propios e inescrutables propósitos. Y ahora habían hecho lo mismo con sus emociones más profundas, a veces con su cooperación, otras sin ella.

No estaba resentido por eso; en verdad, el mismo proceso que había vivido hacía que tales infantiles reacciones fueran imposibles. Estaba más allá del amor y el odio y el miedo; pero no los había olvidado y aun podía entender de qué manera regían ese mundo del cual alguna vez había formado parte. ¿Sería ése el propósito del ejercicio? Si lo fuera ¿con qué objetivo último?

Se había transformado en Jugador de un deporte de dioses, y debía aprender las reglas mientras avanzaba.

Las rocas recortadas de las cuatro pequeñas lunas exteriores, Sínope, Paslphae, Carne y Ananke pasaron rápidamente a través del campo de su conciencia; luego Elara, Lysithea, Himalia y Leda a la mitad de su distancia de Júpiter. Las ignoró a todas; ahí adelante quedaba la superficie picada de Calisto.

Una vez, dos veces orbitó el castigado globo, más grande que la propia Luna de la Tierra, mientras que sentidos de los cuales no había sido consciente, sondeaban sus capas exteriores de hielo y polvo. Su curiosidad fue rápidamente satisfecha; el mundo era un fósil congelado que aún mostraba las cicatrices de colisiones que debían de haber estado a punto de destruirlo hacía eones. Uno de los hemisferios era un ojo de buey gigante, una serie de anillos concéntricos en que la roca sólida se había diluido en olas de varios kilómetros de altura, bajo el golpe de algún antiguo martillazo espacial.

Segundos más tarde, estaba girando alrededor de Ganímedes. Ahora había allí un mundo mucho más complejo e interesante; aunque estaba tan cercano a Calisto y tenía casi su mismo tamaño, su apariencia era completamente diferente. Es verdad que había numerosos cráteres, pero la mayoría de ellos parecían haber sido literalmente vueltos a cubrir. La formación más extraordinaria del paisaje ganimedano era la presencia de unas líneas sinuosas, que partían de unos grupos de surcos paralelos separados por pocos kilómetros. Estas marcas en el terreno parecían haber sido hechas por ejércitos de labradores borrachos que hubieran recorrido la superficie del satélite de aquí para allá.

En pocas revoluciones, vio más de Ganímedes que todas las sondas espaciales enviadas desde Tierra, y archivó el conocimiento para su uso futuro. Algún día sería

importante, estaba seguro de ello, a pesar de que no sabía por qué; y de que tampoco entendía el impulso que lo estaba conduciendo con tanta decisión de mundo en mundo.

Y que ahora lo había conducido hasta Europa. Aunque seguía siendo un espectador pasivo, empezaba a ser consciente de un creciente interés, una atención focalizada, una concentración de la voluntad. Aun cuando fuera juguete de un amo invisible y no comunicativo, algunos de los pensamientos de aquella influencia que lo controlaba se filtraban en su propia mente.

El bruñido globo que se levantaba hacia él guardaba poca semejanza con Ganímedes o Calisto. Parecía orgánico; el reticulado de líneas que se bifurcaban e intersectaban por toda la superficie era similar a la representación gráfica de un sistema de arterias y venas.

Los infinitos campos de hielo de intenso frío, mucho más que en el Antártico, se desplegaban delante de él. Entonces con súbita sorpresa, vio que estaba pasando sobre los restos de una nave espacial. La reconoció instantáneamente como la desgraciada Tsien, que tantas veces habían pasado los video-informativos. Ahora no, ahora no... ya habría oportunidad, más adelante.

Atravesó el hielo, y penetró en un mundo tan desconocido para él como para sus conductores.

Era un mundo oceánico, con sus aguas o cultas protegidas del vacío del espacio por una costra de hielo. En casi todos lados el hielo tenía kilómetros de espesor, pero en sectores débiles se había quebrado y se parado. Allí se había desarrollado una breve batalla entre dos enemigos implacables que no entraban en contacto en ningún otro sitio del Sistema Solar. La guerra entre el Mar y el Espacio terminaba en tablas; el agua expuesta hervía y se congelaba a la vez, restaurando la armadura de hielo.

Los mares de Europa se hubieran helado completamente sin la influencia del cercano Júpiter. Su gravedad amasaba continuamente el corazón del pequeño mundo; allí estaban trabajando las fuerzas que convulsionaban a lo, aunque con una ferocidad mucho menor. Mientras se deslizaba entre las profundidades, observaba en todas partes evidencias de aquella lucha entre planeta y satélite.

Y la escuchaba y sentía, en el continuo rugir y tronar de los movimientos submarinos, en el silbido de los escapes de gas del interior, en las avalanchas de ondas de presión infrasónicas que barrían las Planicies abisales. Comparándolos con los tumultuosos océanos que cubrían a Europa, hasta los ruidosos mares de la Tierra eran silenciosos.

No había perdido aún su capacidad de asombro, y el primer oasis le proporcionó una deliciosa sorpresa. Se extendía casi un kilómetro alrededor de una confusa masa de tubos y chimeneas formados por vetas de minerales que surgían desde el interior.

Saliendo de aquella parodia natural de castillo gótico, líquidos oscuros e hirvientes pulsaban a un ritmo lento, como conducidos por el latir de un corazón poderoso. Y como la sangre, eran la auténtica señal de la vida misma.

Los fluidos volvían a recorrer el mortalmente frío trayecto en sentido inverso, Y formaban una isla cálida en el lecho del mar. En el mismo orden de importancia, traían desde el interior de Europa todos los elementos químicos vitales. Allí, en un entorno en el que nadie lo hubiera esperado, había energía y alimento en abundancia.

En realidad debería haberlo esperado: él recordaba que, hacía apenas una generación, se habían descubierto oasis tan fértiles como ése en las profundidades oceánicas terrestres. Aquí existían en una escala inmensamente más grande y en una variedad infinitamente mayor.

En la zona tropical cercana a las contorsionadas paredes del «castillo» había unas delicadas estructuras en forma de araña, que parecían ser la analogía de las plantas, aunque casi todas eran capaces de moverse. Arrastrándose entre ellas había extraños caracoles y gusanos, algunos alimentándose de las plantas, otros obteniendo el sustento directamente de las aguas minerales que los rodeaban. Un poco más lejos de la fuente de calor —aquel fuego submarino alrededor del cual se calentaban las criaturas— había organismos más robustos, semejantes a cangrejos o arañas.

Ejércitos de biólogos podrían haber pasado vidas enteras estudiando aquel oasis. A diferencia de los mares paleozoicos terrestres, éste no era un medio-ambiente estable, de manera que aquí la evolución había progresado rápidamente, produciendo una multitud de formas fantásticas. Y todas ellas estaban en una indefinida etapa de desarrollo: tarde o temprano, cada fuente de vida se debilitaría y moriría, a medida que las fuerzas que la impulsaban se localizaran en otro lado.

Una y otra vez, en su deambular a través del lecho del mar europeo, se encontró con la evidencia de tales tragedias. Incontables áreas circulares estaban cubiertas de esqueletos y restos mineralizados de criaturas muertas; lugares en los que se habían borrado capítulos enteros del libro de la vida.

Vio enormes conchas vacías en forma de trompetas retorcidas tan grandes como un hombre. Había moluscos de todos los tamaños, bivalvos y hasta trivalvos. Y había estructuras circulares de piedra, de muchos metros de diámetro, que parecían una analogía exacta de las hermosas amonitas que desaparecieron tan misteriosamente de los océanos de la Tierra al finalizar el Período Cretáceo.

Buscando, investigando, iba de un lado a otro sobre la superficie del abismo. Tal vez la mayor de las maravillas con que se encontró haya sido un río de lava incandescente, que

corría durante cien kilómetros a lo largo de un valle sumergido. A esa profundidad la presión era tan alta que el agua, en contacto con el rojo vivo, no podía evaporarse, y ambos líquidos coexistían en un complicado armisticio.

Allí, en un mundo diferente y con protagonistas extraños, había tenido lugar algo semejante a la historia Egipto, aunque mucho antes del advenimiento del hombre. Así como el Nilo había llevado la vida a una extraña porción del desierto, aquel río de calor había vitalizado las profundidades de Europa. A lo largo de sus orillas, en una franja que nunca superaba los dos kilómetros de ancho, había evolucionado y florecido y desaparecido especie tras especie. Y por lo menos una había dejado un monumento tras de sí.

Al principio, pensó que aquello era apenas otra incrustación de vetas minerales como las que circundaban casi todas las vertientes termales. Sin embargo, a medida que se acercaba vio que no se trataba de una formación natural, sino de una estructura creada por la inteligencia. O tal vez por el instinto; en la Tierra, las termitas construían castillos igualmente imponentes, y la tela de araña tenía un diseño más exquisito aún.

Las criaturas que habían vivido allí debían de haber sido bastante pequeñas, ya que la única entrada tenía apenas medio metro de ancho. Aquella entrada —un túnel grueso, construido con rocas superpuestas— explicaba las intenciones de sus diseñadores. Habían erigido una fortaleza, allí en el centelleante fulgor cercano a las riberas de su ardiente Nilo. Y luego habían desaparecido. . No podían haberse ido hacía más de unos pocos siglos. Las paredes de la fortaleza, construidas con rocas irregulares que debían haber sido recolectadas con gran esfuerzo, apenas estaban cubiertas por una delgada costra de depósitos minerales. Existía un indicio que sugería la razón del abandono: parte del techo se había derrumbado, a causa tal vez de los continuos maremotos; y en un ambiente submarino, una fortaleza sin techo estaba muy expuesta a cualquier enemigo.

No encontró a lo largo del río de lava ningún otro signo de inteligencia. Sin embargo, una vez vio algo extrañamente similar a un hombre que se arrastraba, excepto que no tenía ojos ni fosas nasales; sólo una enorme boca sin dientes que se abría y cerraba permanentemente, absorbiendo el sustento del medio líquido que lo rodeaba.

Podrían haberse levantado y caído culturas enteras y hasta civilizaciones; ejércitos completos podrían haber marchado (o nadado) al mando de Tamberlanes o Napoleones europeos, a lo largo de aquella franja de fertilidad que corría en las profundidades desiertas. Y el resto del mundo no se habría enterado nunca, pues todos aquellos oasis de calor estaban tan aislados uno de otro como lo están los planetas. Las criaturas que se calentaban a la vera del río de lava, y se alimentaban en los cálidos refugios, no podían

atravesar las soledades hostiles que separaban sus islas solitarias. Si habían producido historiadores y filósofos, cada cultura habría estado convencida de que se encontraba sola en todo el Universo.

Pero el espacio que mediaba entre los oasis no estaba del todo desprovisto de vida; criaturas más vigorosas se habían atrevido a soportar sus rigores. Nadando siempre hacia adelante, allí estaban los equivalentes europeos de los peces terrestres, verdaderos torpedos hidrodinámicos impulsados por colas verticales y timoneados por aletas que se extendían a lo largo de todo su cuerpo. La analogía con los más exitosos depredadores de los océanos de la Tierra era inevitable; dados los mismos problemas de ingeniería, la evolución presentaba soluciones similares.

Así lo atestiguaban el delfín y el tiburón: exteriormente idénticos, pero en verdad, tan lejanos en las ramas del árbol de la vida.

Existía, sin embargo, una diferencia obvia entre los peces de Europa y los terrestres: aquéllos no tenían agallas, ya que no había casi oxígeno que extraer de las aguas en las que nadaban. Al igual que las criaturas de las fuentes geotermales de la Tierra, su metabolismo se basaba en compuestos sulfúricos, presentes en abundancia en un medio ambiente casi volcánico.

Y muy pocos tenían ojos. Exceptuando el brillo de los esporádicos manantiales de lava, o las ocasionales explosiones de bioluminiscencia de alguna criatura en busca de pareja, o algún cazador detrás de su presa, aquél era un mundo sin luz.

Y sentenciado. No sólo sus fuentes de energía eran esporádicas y cambiantes, sino que también se debilitaban las fuerzas internas que las provocaban. Aunque desarrollaran una real inteligencia, los europeos perecerían con el congelamiento total de su mundo.

Estaban atrapados entre el fuego y el hielo.

37. SEPARACIÓN

«...Lamento de corazón, amigo, tener que darte tan mala noticia; pero Caroline me lo pidió, y tú ya sabes lo que siento por los dos.

»Y no creo que haya sido una sorpresa. Algunos de los comentarios que me hacías el año pasado permitían preverlo... y te acordarás qué amargada se quedó cuando abandonaste la Tierra.

»No, no creo que haya alguien más. Si lo hubiera me lo habría dicho... Pero tarde o temprano... en fin, es una mujer joven y atractiva.

»Chris se encuentra muy bien, y desde luego que no sabe lo que sucede. Al menos él no resultará lastimado. Es demasiado pequeño para comprender, y los niños son increíblemente... ¿elásticos? No... aguarda, tendré que repasar el diccionario, ¡ah! adaptables.

»Ahora vamos a lo que puede parecerle menos importante. Todos siguen intentando hacer pasar la detonación de esa bomba por un accidente, pero nadie lo cree. La histeria general ha amainado, ya que no sucedió nada más; nos ha quedado lo que uno de sus comentaristas llamó el síndrome de “mirar por sobre el hombro”.

»Y alguien ha encontrado un poema de cien años de antigüedad que resume tan bien la situación que todo el mundo lo cita. Transcurre en los últimos días del Imperio Romano, en la entrada de una ciudad que espera que lleguen los invasores. El emperador y sus signatarios están alineados, vistiendo sus togas más lujosas, listos los discursos de bienvenida. El senado ha cerrado, ya que cualquier ley que promulgue ese día será ignorada por los nuevos amos.

»De pronto, llega una noticia terrible desde la frontera: No hay tales invasores. El comité de recepción se desarma en la confusión: todos vuelven a sus casas murmurando con desilusión: “¿Qué pasará ahora? Esa gente era una forma de solución”.

»Sólo es preciso un pequeño cambio para actualizar el poema. El título es “A la Espera de los Bárbaros”, y esta vez, los bárbaros somos nosotros. Y no sabemos qué estamos esperando, pero, por cierto, todavía no ha Regado.

»Otra cosa. ¿Te enteraste de que la madre del comandante Bowman murió pocos días después de que la cosa llegara a la Tierra? En verdad parece una coincidencia demasiado extraña, pero el personal del hogar en que vivía dijo que ella nunca había demostrado el menor interés por las noticias, así, pues, no pudo haberla afectado.»

Floyd apagó el grabador. Dimitri estaba en lo cierto; aquello no lo tomó por sorpresa. Pero no hacía la más mínima diferencia: hería muy profundo, de todos modos.

¿Qué otra cosa podría haber hecho? Si se hubiera negado a la misión —como evidentemente había esperado Caroline— se habría sentido culpable e insatisfecho por el resto de su vida. Eso habría envenenado su matrimonio; era mejor esta ruptura abierta, cuando la distancia física aliviaba el dolor de la separación (¿o lo aumentaba? En cierta forma, empeoraba las cosas). Era más importante el deber, y el sentirse parte de un equipo consagrado a una única meta.

Así que Jessie Bowman se había ido. Tal vez aquello fuera otra cosa por la que sentirse culpable. El había ayudado a robar al único hijo que le quedaba, y eso debía de

haber contribuido a su desmoronamiento mental. Inevitablemente, se acordó de una discusión que había comenzado Walter Curnow, sobre aquel mismo tema.

—¿Por qué tuvieron que elegir a Dave Bowman? Siempre me pareció un pez frío; no precisamente odioso, pero siempre que entraba a algún lado, la temperatura parecía descender diez grados.

—Ésa fue una de las razones. No tenía lazos familiares profundos, excepto su madre, a la que veía poco. Era ésa la clase de hombre que necesitábamos para enviarlo en una misión larga, de duración imprevisible.

—¿Cómo llegó a ser así?

—Supongo que eso podrían decírtelo los psicólogos. Yo vi su ficha, por supuesto, pero eso fue hace mucho tiempo. Había algo de un hermano muerto; y su padre también murió poco después, en un accidente, durante los primeros vuelos espaciales de cabotaje. Se supone que no debería contarte esto, pero, evidentemente, ahora ya no importa.

No importaba, pero era interesante. Ahora Floyd casi envidiaba a Dave Bowman, que había llegado hasta ese mismo lugar como un hombre libre, sin ataduras emocionales con la Tierra.

No... se estaba engañando a sí mismo. A pesar de que el dolor le estrujaba el corazón como una prensa, lo que sentía por David Bowman no era envidia, sino lástima.

38. PAISAJE DE ESPUMA

La última bestia que vio, antes de dejar los océanos de Europa, era sin duda la más grande. Tenía una gran semejanza con los banianos de los trópicos terrestres, cuya gran cantidad de troncos permite que un solo ejemplar pueda producir un bosque que abarque varios centenares de metros cuadrados. Sin embargo, el espécimen estaba caminando, al parecer en una travesía entre dos oasis. Si aquella criatura no era como la que había destruido Tsien, seguramente pertenecía a una especie muy similar.

Ya había aprendido todo lo que necesitaba saber; o, mejor, todo lo que ellos necesitaban saber. Aún quedaba una luna por visitar; segundos más tarde, tenía frente a sí al ardiente paisaje de lo.

Era como lo había esperado. Había alimento y energía en abundancia, pero todavía no había llegado el momento de su unión. Alrededor de los lagos de azufre menos calientes, se habían dado los primeros pasos en el camino de la vida; pero antes de que se alcanzara cualquier grado de organización, el prematuro intento volvía a ahogarse en el

caldero. Hasta que las fuerzas internas que alimentaban las hogueras de lo no perdieran su ferocidad, dentro de millones de años, no habría en aquel mundo carbonizado y esterilizado nada de interés para los biólogos.

Se demoró poco tiempo en lo, y absolutamente nada en las pequeñas lunas interiores que rodeaban los fantasmales anillos de Júpiter, pálidas sombras de esa gloria que eran los de Saturno. Delante de él estaba el mayor de los mundos; lo iba a conocer como ningún hombre lo había conocido, ni lo conocería.

Las líneas de fuerza magnética de diez millones de kilómetros de longitud, las repentinas explosiones de ondas de radio, los geysers de plasma electrificado más grandes que la Tierra; todo aquello era tan real y tan claramente perceptible para él como las nubes que rodeaban al planeta en una gloria multicolor. Comprendía la compleja estructura de sus interacciones, y así entendió que Júpiter era mucho más fabuloso de lo que nadie había imaginado.

A medida que fue cayendo a través del rugiente corazón del Gran Punto Rojo, con aquellas luminosas tormentas eléctricas del tamaño de un continente detonando a su alrededor, supo por qué había perdurado a través de los siglos, a pesar de que lo componían gases de menor densidad que los que formaban los huracanes terrestres. El leve silbido del viento de hidrógeno se desvaneció mientras se sumergía en las profundidades más tranquilas, y desde las alturas descendió una llovizna de copos de nieve cerúlea, que se aglutinaban en verdaderas montañas de nieve hidrocarbónica, escasamente palpable. La temperatura era suficientemente alta como para que existiera agua líquida, pero no había océanos; ese ambiente enteramente gaseoso era demasiado tenue para sostenerlos.

Descendió nivel tras nivel de nubes, hasta que entró a una región de tal claridad que hasta la vista humana podría haber abarcado un área de más de cien kilómetros de ancho. Eso era apenas un remolino menor en el vasto torbellino del Gran Punto Rojo; y guardaba un secreto que los hombres habían sospechado durante mucho tiempo, pero nunca habían confirmado.

Rodeando las laderas de las montañas espumosas había miríadas de nubes pequeñas, claramente delineadas, casi del mismo tamaño, y decoradas con manchas similares, rojas y marrones. Sólo eran pequeñas si se las comparaba con la escala inhumana de los alrededores; la más chica hubiera cubierto una gran ciudad.

Evidentemente estaban vivas, porque se movían con deliberada lentitud sobre los flancos de las montañas aéreas, paciendo como colosales ovejas. Y se llamaban unas a otras en un único ancho de banda de un metro, con emisiones débiles pero claras, que

sobresalían de entre los crujidos y descargas estáticas del mismo Júpiter. Eran apenas bolsas vivientes de gas, que flotaban en la zona estrecha que mediaba entre las heladas alturas y las ardientes profundidades. Dominio estrecho, sí... pero bastante más amplio que toda la biósfera de la Tierra.

No estaban solas. Entre ellas había otras criaturas tan pequeñas que podrían haber pasado inadvertidas. Algunas de ellas guardaban una extraña semejanza con las aeronaves terrestres, y tenían aproximadamente el mismo tamaño. Pero también estaban vivas; tal vez fueran predadores, parásitos, o hasta pastores.

Delante de él se abría un nuevo capítulo de la evolución, tan extraño como el que había observado en Europa. Había torpedos impulsados por reacción, similares a los calamares de los océanos terrestres, que perseguían y devoraban a aquellas enormes bolsas de gas. Pero los globos no estaban indefensos; algunos contraatacaban con descargas eléctricas y tentáculos con garras, que parecían cadenas dentadas de varios kilómetros de longitud.

También había figuras aún más extrañas, que mostraban todo tipo de geometría posible: extraños barriletes traslúcidos, tetraedros, esferas, poliedros, cintas arrolladas y anudadas... El plancton gigantesco de la atmósfera joviana había sido diseñado para flotar como telaraña en las corrientes ascendentes, hasta haber vivido lo suficiente para reproducir; entonces podría ser arrastrado hacia las profundidades para ser carbonizado y reciclado en una nueva generación.

Estaba explorando un mundo más de cien veces más vasto que la Tierra, y aunque había visto muchas maravillas, no existía nada que indicara inteligencia. Las emisiones de radio de los grandes balones sólo llevaban mensajes sencillos, de aviso o de miedo. Inclusive los cazadores, de los cuales se podría haber esperado que hubieran alcanzado grados más altos de organización, eran como los tiburones de los océanos de la Tierra: primitivos autómatas.

Y a pesar de su exotismo y su apabullante tamaño, la biósfera de Júpiter era un mundo frágil, un lugar de niebla y espuma, de hilos plateados y de delgados tejidos formados por la continua nevada de sustancias petroquímicas que provocaba el relampagueo de la atmósfera superior. Pocas de estas estructuras eran más densas que una pompa de jabón; los más tremendos predadores podrían ser destrozados por el más débil de los carnívoros de la Tierra.

Júpiter era —como Europa pero en mayor escala— un callejón sin salida para la evolución. Allí nunca emergería la conciencia; y si lo hiciera, estaría sentenciada a una existencia atrofiada. Se podría desarrollar una cultura estrictamente aérea, pero, en un

ambiente en el que el fuego era imposible y apenas existían los sólidos, no podría alcanzar ni siquiera la Edad de Piedra.

Y ahora, mientras se mantenía sobre el centro de un ciclón joviano apenas más grande que África, volvió a percibir aquella presencia que lo controlaba. En su propia conciencia se filtraban emociones y humores, aunque no lograba identificar ningún concepto o idea. Era como si escuchara una conversación a través de la puerta, y en una lengua que él no podía entender. Pero los sonidos apagados insinuaron claramente desilusión, luego incertidumbre, y finalmente una repentina determinación... aunque no podía decir para qué propósito. Una vez más se sintió como un perro faldero, capaz de compartir los cambios de ánimo de su amo, pero no de comprenderlos.

Y la invisible correa lo arrastraba hacia el corazón de Júpiter. Se estaba sumergiendo entre las nubes, bajo un nivel a partir del cual toda forma de vida era posible.

Pronto estuvo fuera del alcance de los últimos rayos provenientes del Sol distante y débil. La presión y la temperatura se elevaban rápidamente; ya estaba por encima del punto de ebullición del agua, y pasó brevemente a través de una capa de vapor sobrecalentado. Júpiter era como una cebolla, y él iba pelando capa a capa, aunque recién había reconocido una pequeña porción de la distancia al centro.

Bajo el vapor había un aquelarre de elementos petroquímicos, con energía suficiente para alimentar durante un millón de años a todos los motores de combustión interna que la humanidad pudiera haber construido jamás. El ambiente se fue haciendo más denso; de pronto, casi abruptamente, se cortó en una discontinuidad de pocos kilómetros de espesor.

Más pesado que cualquier roca de la Tierra y, sin embargo, líquido, el próximo nivel estaba constituido por compuestos de carbono y siliconas de una complejidad tal, que hubieran ofrecido trabajo a generaciones enteras de químicos. A través de los kilómetros, se sucedía una capa tras otra, pero a medida que las temperaturas se elevaban a cientos, y luego a miles de grados, la composición de los diversos estratos se fue haciendo más y más simple. A mitad de camino hacia el núcleo, ya estaba demasiado caliente para la química; todos los compuestos se habían disgregado, y sólo podían existir los elementos básicos.

Siguió un profundo mar de hidrógeno; pero un hidrógeno como nunca había existido durante más de una pequeña fracción de segundo en ningún laboratorio de la Tierra. Este hidrógeno soportaba una presión tan enorme que se transformaba en metal. Metamorfosis instantánea.

Ya casi había alcanzado el centro del planeta, pero Júpiter aún tenía una sorpresa preparada. La gruesa concha de hidrógeno metálico, aunque fluido, terminó en forma abrupta. Al final, existía una superficie sólida, a sesenta mil kilómetros de profundidad.

Durante siglos, el carbono formado en las reacciones químicas de la superficie se había ido depositando en el centro del planeta. Allí se acumuló y cristalizó, a una presión de millones de atmósferas. Y allí, como una suprema broma de la Naturaleza, existía algo sumamente precioso para la humanidad.

El corazón de Júpiter, eternamente más allá del alcance del Hombre, era un diamante del tamaño de la Tierra.

39. EN EL HANGAR DE LAS ARVEJAS

—Walter, me preocupa Heywood.

—Lo sé, Tanya; pero ¿qué podemos hacer?

Curnow nunca había visto a la comandante Orlova tan indecisa; la hacía mucho más atractiva, no obstante sus prejuicios contra las mujeres menudas.

—Lo aprecio mucho, pero ésa no es la razón. Su... melancolía, supongo que ésa es la palabra más apropiada, está afectando a todos. Leonov ha sido una nave alegre. Y quiero que siga siéndolo.

—¿Por qué no hablas con él? Te respeta, y estoy seguro de que hará lo posible para salir adelante.

—Eso es lo que pienso hacer. Y si no funciona...

—¿Qué?!

—Hay una solución muy sencilla. ¿Qué más puede hacer en este viaje? De todos modos estará en hibernación cuando partamos de regreso a casa. Podríamos... ¿cómo dicen ustedes?, adelantar un poco los acontecimientos.

—¡Fiu!, el mismo sucio truco que usó Katerina conmigo. Estará furioso cuando se despierte.

—Pero también a salvo en Tierra, y muy ocupado. Estoy segura de que nos lo perdonará.

—No creo que hables en serio. Aun cuando yo te respaldara, Washington pondría el grito en el cielo. Además, supón que suceda algo, y que realmente lo necesitáramos. ¿No hay un período crítico de dos semanas, antes de poder revivir a alguien sin complicaciones?

—A la edad de Heywood, es de más de un mes. Sí, estaríamos... en una situación comprometida. ¿Pero qué crees que pueda suceder ahora? Ya ha terminado el trabajo para el que lo han enviado, además de vigilarlos. Y estoy segura de que tú has sido bien asesorado al respecto en algún oscuro suburbio de Virginia o Maryland.

—No lo afirmo ni lo niego. Y francamente, sería un agente secreto muy pobre. Hablo demasiado, y odio la Seguridad. He luchado toda mi vida para mantener mi rango por debajo de RESTRINGIDO. Cada vez que hubo peligro de que lo reclasificaran CONFIDENCIAL o, peor aún, SECRETO, he armado un escándalo. Aunque hoy en día eso se está volviendo muy difícil.

—Walter, eres incorrupt...

—Incorregible?

—Sí, eso quería decir. Pero, por favor, volvamos a Heywood. ¿No prefieres hablarle tú primero?

—¿Quieres decir... darle una arenga? Prefiero ayudar a Katerina a colocarle la aguja. Nuestras psicologías son demasiado diferentes. Él cree que soy un payaso bocón.

—Y a menudo lo eres. Pero sólo para ocultar tus auténticos sentimientos. Algunos de nosotros hemos desarrollado la teoría de que en lo profundo de ti hay una persona realmente agradable, pugnando por salir.

Por una vez, Curnow se quedó sin palabras. Finalmente murmuró:

—Oh, bien... haré lo que pueda. Pero no esperes milagros; mi test dio cero en tacto. ¿Dónde se esconde ahora?

—En el Hangar de las Arvejas. Dice que está terminando su informe final, pero yo no le creo. Sólo trata de alejarse de nosotros, y ése es el lugar más tranquilo.

Esa no era la razón, aunque también fuera importante. A diferencia del giróscopo, donde tenía lugar casi toda la acción a bordo de Discovery, el Hangar de las Arvejas era un ambiente de gravedad cero.

Desde el principio de la Era Espacial, los hombres habían descubierto la euforia de la falta de peso y recordaron la libertad que habían perdido al abandonar el antiguo útero del mar. Sin gravedad, se había recuperado parte de aquella libertad; con la pérdida del peso se iban muchas de las responsabilidades y penas de la Tierra.

Heywood Floyd no había olvidado su dolor, pero allí era más soportable; cuando fue capaz de analizar el asunto en forma objetiva, se sorprendió de la violencia de su reacción ante un suceso que no era del todo inesperado. Involucraba algo más que la pérdida del amor, aunque ésa era la peor parte. El golpe había llegado cuando él estaba

particularmente vulnerable, en el mismo momento en que tenía una sensación de anticlímax, inclusive de futilidad.

Y sabía, precisamente, por qué. Había conseguido llevar a cabo lo que se esperaba que él hiciera, gracias a la idoneidad y cooperación de sus colegas (y ahora, con su egoísmo, les estaba fallando, lo sabía). Si todo iba bien —¡esa letanía de la Era Espacial!— volverían a Tierra con un acopio de conocimientos tal como nunca había logrado expedición alguna y, en pocos años, hasta la perdida Discovery sería devuelta a sus constructores.

Pero no era suficiente. Allí quedaba el sobrecogedor enigma de Hermano Mayor, a unos pocos kilómetros de distancia, burlándose de todas las expectativas y logros humanos. Igual que su análogo de la Luna hacía una década, había tomado vida durante un instante, y se había vuelto a encerrar en una obstinada inactividad. Era una puerta cerrada a la que habían golpeado en vano. Sólo David Bowman, eso parecía, había encontrado la llave.

Tal vez eso explicara la atracción que sentía por aquel lugar tranquilo, y hasta misterioso. Desde allí —ahora una vacía plataforma de lanzamiento— Bowman había partido en su última misión, a través de la escotilla circular que conducía al infinito.

Ese pensamiento le pareció risible, más que deprimente; ciertamente contribuía a distraerle de sus problemas personales. La malograda melliza de Nina formaba parte de la historia de la exploración espacial; había viajado, según decía el gastado cliché que siempre hacía evocar una sonrisa, y también la vigencia de su verdad fundamental: «adonde no había ido jamás ningún hombre...» ¿Dónde estaría ahora? ¿Lo sabría alguna vez?

A veces se sentaba durante horas en la cápsula estrecha, pero no asfixiante, tratando de unir sus ideas, eventualmente, dictando algunas notas; y el resto de los tripulantes respetaba su privacidad, y comprendía su necesidad. Nunca se acercaban al Hangar de las Arvejas, y tampoco tenían por qué hacerlo. Su reacondicionamiento era una tarea para el futuro, y para otro equipo.

Una o dos veces, cuando estaba realmente deprimido, se sorprendió pensando: «¿Y si ordenara a Hal que me abriera la puerta, y saliera tras las huellas de Dave Bowman? ¿Sería agraciado con el milagro que él vio y que alcanzó a vislumbrar Vasili? Eso resolvería todos mis problemas...»

Aun cuando el recuerdo de Chris no lo detuviera, había una razón excelente por la que tal movimiento suicida estaba fuera de discusión. Nina era un equipo muy complejo y él no podía operarla, como tampoco podía pilotear un avión de combate.

No era un explorador muy intrépido: aquella singular fantasía quedaría sin realizarse.

Walter Curnow nunca había aceptado una misión con más resistencia. Sentía una pena real por Floyd, pero al por la angustia del otro. Su mismo tiempo, impaciencia propia vida emotiva era amplia, pero poco profunda; nunca había jugado todo su dinero a un solo caballo. Más de una vez le habían dicho que abarcaba demasiado y, aunque nunca se había arrepentido por ello, estaba comenzando a pensar que debería sentar cabeza.

Tomó por el atajo a través del centro de control del giróscopo, y notó que el Indicador de Máxima Velocidad seguía parpadeando en forma idiota. Gran parte de su trabajo consistía en decidir cuándo podía ignorarse las alarmas, cuándo eran fácilmente manejables... y cuándo debían ser tratadas como verdaderas emergencias. Si prestara atención a cada grito de auxilio de la nave nunca terminaría ningún trabajo.

Se deslizó a lo largo del estrecho corredor que conducía al Hangar, impulsándose con toques ocasionales contra las paredes tubulares. El barómetro anunciaba que detrás de la esclusa había vacío, pero él no se engañaba. Pisaba sobre seguro; si la aguja tuviera razón, no podría haber abierto la puerta.

Ahora que faltaban dos de las tres cápsulas, el lugar parecía vacío. Sólo operaban unas pocas luces de emergencia, y en la otra pared de enfrente, uno de los gran angulares de Hal lo miraba fijo. Curnow lo saludó con la mano, pero sin hablar. Por orden de Chandra, seguían desconectadas todas las entradas de audio, menos una que sólo él utilizaba.

Floyd estaba sentado en la cápsula, de espaldas a la portezuela, dictando unas notas y se volvió con suavidad al percibir la presencia deliberadamente ruidosa de Curnow. Por un instante, los dos hombres se observaron en silencio, y enseguida Curnow anunció pomposamente:

—Doctor Heywood Floyd, soy portador de los saludos de nuestra bien amada comandante. Ella considera que ya es hora de que regrese usted al mundo civilizado.

Floyd sonrió con tristeza, y soltó una pequeña risa.

—Devuélvele los míos, por favor. Lamento haber estado tan... insociable. Los veré a todos en el Soviet de las 18:00.

Curnow se aflojó; su introducción había funcionado.

Personalmente, consideraba a Floyd como una persona demasiado estirada, y sentía esa tolerancia del ingeniero para con los científicos teóricos y los burócratas. Floyd tenía una ubicación elevada en ambas categorías, y era un blanco irresistible para el particular sentido del humor de Curnow. Aun así, los dos hombres habían aprendido a respetarse, y hasta a admirarse mutuamente.

Cambiando el tema con agradecimiento, Curnow pasó suavemente la mano por la flamante portezuela de Nina, que contrastaba vívidamente con el resto del gastado exterior de la cápsula, y continuó:

—Me pregunto cuándo volveremos a enviarla al exterior —dijo—. Y quién la conducirá esta vez. ¿Alguna decisión?

—No. Washington se anda con pies de plomo. Moscú sugiere que juguemos una carta. Y Tanya prefiere esperar.

—¿Tú qué crees?

—Estoy de acuerdo con Tanya. No deberíamos interferir con Zagadka hasta no estar listos para partir. Si entonces algo funciona mal, tendremos alguna probabilidad más a nuestro favor.

Curnow parecía pensativo, Y desusadamente vacilante.

—¿Qué Pasa? —preguntó Floyd, notando un cambio en su ánimo.

—No lo divulgues, pero Max estaba pensando en una expedición monotripulada.

—No puedo creer que estuviera hablando en serio. No se hubiera atrevido... Tanya lo pondría entre rejas.

—Yo le dije más o menos lo mismo.

—Me ha decepcionado; pensé que era más maduro. Después de todo, tiene treinta Y dos años.

—Treinta y uno. De todos modos, le saqué la idea de la cabeza. Le recordé que esto es la vida real, no algún videodrama estúpido en el que el héroe se lanza al espacio sin decir nada a sus compañeros y realiza el Gran Descubrimiento.

Ahora le tocó a Floyd sentirse incómodo. Después de todo, él mismo había estado pensando en algo parecido.

—¿Estás seguro de que no intentará nada?

—En un doscientos por ciento. ¿Recuerdas las precauciones que tomaste con Hal? Bien, yo he tomado las mías con Nina. Nadie volará en ella sin mi autorización.

—Todavía no puedo creerlo. ¿Estás seguro de que Max no te estaba tomando el pelo?

—Su sentido del humor no es tan sutil. Además, se sentía bastante desdichado en esos momentos.

—Oh... ahora entiendo. Debe haber sido cuando tuvo esa discusión con Zenia. Supongo que estaría tratando de impresionarla. De todas maneras, parece que ya se han arreglado.

—Eso me temo —contestó Curnow de costado. Floyd no pudo evitar una sonrisa, Curnow lo advirtió, y comenzó a reír entre dientes, lo que hizo que Floyd soltara una carcajada, lo que a su vez...

Fue un magnífico ejemplo de retroalimentación positiva, en un loop de alto rendimiento. En pocos segundos, ambos reían descontroladamente.

La crisis estaba superada. Y más aún, habían dado el primer paso hacia una auténtica amistad.

Habían intercambiado debilidades.

40. «DAISY, DAISY...»

La esfera de conciencia en que estaba encerrado incluía todo el corazón de diamante de Júpiter. Tenía la lejana noción, casi en los límites de su nueva comprensión, de que cada aspecto del ambiente que lo rodeaba estaba siendo probado y analizado. Enormes cantidades de datos estaban siendo acumulados, no sólo para su almacenamiento y análisis, sino para la acción. Se consideraban y evaluaban planes complejos; se estaban adoptando decisiones que podrían afectar el destino de los mundos. El todavía no era parte del proceso; pero lo sería.

AHORA ESTAS COMENZANDO A COMPRENDER.

Fue el primer mensaje directo. Aunque sonaba remoto y distante, como a través de una nube, estaba dirigido indubitablemente hacia él. Antes de que pudiera formular alguna de las miles de preguntas que le vinieron a la mente, hubo una sensación de desaparición, y una vez más se quedó solo.

Pero sólo por un momento. Pronto le llegó otro pensamiento, más cercano y más claro, y por primera vez cayó en la cuenta de que había más de una entidad que lo controlaba y manipulaba. Estaba a merced de toda una jerarquía de inteligencias, algunas tan cercanas a su propio nivel primitivo como para officiar de intérpretes. O tal vez fueran diferentes aspectos de un mismo ser.

O tal vez la distinción no tuviera ningún sentido.

Sin embargo, había algo de lo que estaba seguro. Estaba siendo utilizado como una herramienta, y una buena herramienta tiene que ser afilada, modificaba.. adaptada. Y las mejores herramientas eran aquellas que comprendían lo que estaban haciendo.

Ahora lo estaba aprendiendo. Era un concepto vasto y pavoroso, y él era parte privilegiada del mismo, aunque sólo estuviera al tanto de sus lineamientos más generales. No le quedaba sino obedecer, lo que no implicaba que de hiera acatar cada detalle, sin protestar al menos.

Todavía no había perdido su esencia humana, porque de tal manera sería inútil. El alma de David Bowman había superado el amor humano, pero seguía sintiendo compasión por aquellos que habían sido sus colegas.

MUY BIEN, fue la respuesta que le llegó. No pudo precisar si el mensaje contenía una divertida condescendencia, o una indiferencia absoluta. Pero no había dudas sobre su majestuosa autoridad cuando continuó: NO DEBEN SABER NUNCA QUE ESTÁN SIENDO MANEJADOS. ESO DESVIRTUARÍA EL PROPÓSITO DEL EXPERIMENTO.

Sobrevino un silencio que no se animó a interrumpir otra vez. Aún seguía conmocionado y amedrentado; como si, por un instante, hubiera escuchado la voz de Dios.

Ahora se movía bajo su absoluta voluntad, hacia un objetivo que él mismo había elegido. El corazón cristalino de Júpiter quedó bien atrás; los estratos sucesivos de helio, hidrógeno y compuestos carbónicos pasaron rápidamente. Tuvo una fugaz imagen de una gran batalla entre algo parecido a una medusa, de cincuenta kilómetros de diámetro, y un enjambre de discos giratorios que se movía con más velocidad que nada que hubiera visto en los cielos jovianos. La medusa parecía defenderse con armas químicas; de tanto en tanto emitía chorros de gas coloreado, y los discos alcanzados por el vapor comenzaban a temblar como borrachos, para deslizarse hacia abajo como hojas muertas y desaparecer de la vista. No se detuvo a esperar el resultado; sabía que no importaba quién fuera el vencedor, y quién el sometido.

Como un salmón que remonta una cascada, voló de Júpiter a lo en segundos, contra corrientes eléctricas descendentes del tubo de flujo. Ese día estaba tranquilo: entre planeta y satélite circulaba una intensidad apenas equivalente a la de unas pocas tormentas eléctricas terrestres. El portal a través del cual había regresado seguía flotando en aquella marea, sosteniéndolo como lo había estado haciendo desde el alba de la Humanidad.

Y allí, completamente empequeñecido por el monumento a una tecnología superior, estaba el navío que lo había traído desde su pequeño mundo de nacimiento.

Qué simple —¡qué tosco!— parecía ahora. De un solo vistazo, detectó innumerables y absurdos defectos en su diseño, y en el de la nave levemente menos primitiva a que estaba unido por una manga flexible y hermética.

Era difícil concentrarse en el puñado de entidades que habitaban en las dos naves; apenas podía interactuar con esas débiles criaturas de carne y hueso que se deslizaban como fantasmas entre los corredores y cabinas de metal. Ellos, por su parte, permanecían ajenos por completo a su presencia, y pensó que era mejor eso que revelarse abruptamente.

Pero había alguien con quien podía comunicarse en un lenguaje mutuo de campos y corrientes electromagnéticas, millones de veces más velozmente que con los perezosos cerebros orgánicos.

Aunque hubiera sido capaz de experimentar resentimiento, no habría sentido ninguno para con Hal; ahora entendía que el computador sólo había elegido lo que consideraba la manera más lógica de comportamiento.

Era tiempo de reanudar una conversación que parecía haber sido interrumpida sólo hacía unos instantes.

—Abre la puerta del Hangar de las Arvejas, Hal.

—Lo siento, Dave... no puedo hacer eso.

—¿Cuál es el problema, Hal?

—Creo que lo sabes tan bien como yo, Dave. Esta misión es demasiado importante para que tú la expongas al fracaso.

—No sé de qué estás hablando. Abre la puerta del Hangar.

—Esta conversación no puede servir a ningún propósito futuro. Adiós, Dave...

Vio el cuerpo distante de Frank Poole flotar hacia Júpiter, mientras dejaba inconclusa su inútil misión de recuperación. Aún recordando la rabia que sintió contra sí mismo por haberse olvidado el casco, observó la escotilla de emergencia, sintió el cosquilleo del vacío en la piel que ya no poseía, escuchó explotar sus oídos... y entonces conoció, como pocos hombres habían conocido, el absoluto silencio del espacio. Durante quince eternos segundos luchó para cerrar la escotilla y comenzar la secuencia de represurización, mientras intentaba ignorar los síntomas de alarma que se filtraban en su cerebro. Una vez, en el laboratorio del colegio, había derramado éter sobre su mano y había sentido el contacto del frío glacial al evaporarse el líquido rápidamente. Ahora sus ojos y labios recordaban aquella sensación de cuando hirvió gélidamente en el vacío; la vista se le nubló y tenía que parpadear de continuo para que las pupilas no se solidificaran por el frío.

Entonces —bendito alivio— sintió el rugido del aire, la restauración de la presión, Y pudo respirar con bocanadas profundas, hambrientas.

—¿Qué crees que estás haciendo, Dave?

No contestó, mientras avanzaba con firme determinación a lo largo del túnel que conducía a la cabina sellada que contenía el cerebro del computador. Hal había dicho la verdad: «Esta conversación no puede servir a ningún propósito futuro...»

—Dave, ...realmente pienso que merezco una respuesta.

—Dave, puedo notar que estás muy nervioso. Honestamente, creo que deberías calmarte, tomar una píldora contra la tensión, y reconsiderar el asunto.

—Sé que últimamente he tomado algunas decisiones poco eficaces, pero puedo asegurar completamente que mi funcionamiento volverá a la normalidad.

«Sigo teniendo la máxima confianza en el éxito de la misión y quiero ayudarte».

Ahora estaba en la pequeña cámara iluminada de rojo, con sus columnas e hileras de unidades de estado sólido perfectamente alineadas, semejante al depósito de cajas de seguridad de un Banco. Accionó la palanca de seguridad, marcada RETROALIMENTACIÓN COGNOSCITIVA y arrancó el primer bloque de memoria. La increíblemente compleja cadena tridimensional, que cabía perfectamente en la mano de un hombre y que contenía millones de componentes, quedó flotando en el vacío.

—Detente, Dave..., detente, Dave.

Comenzó a arrancar, una por una, las unidades del panel que indicaba REAFIRMACIÓN DEL EGO. Cada bloque que soltaba su mano izquierda, seguía navegando hacia adelante hasta chocar con la pared, y rebotaba. Pronto hubo varios de ellos desplazándose de aquí para allá en la cabina cerrada.

—Ya basta, Dave... detente, Dave...

Ya habían sido extirpadas doce unidades, pero gracias a la múltiple redundancia de su diseño —otra estructura que había sido copiada del cerebro humano— el computador seguía manteniendo su personalidad.

Comenzó con el panel de AUTOINTELECTO...

—Detente, Dave; temo que...

Y al oír esas palabras se había detenido efectivamente, aunque sólo por un instante. Había tal angustia en esa frase que se le estrujó el corazón. Podía ser sólo una ilusión, o algún truco sutil de programación... ¿O, en cierto sentido, Hal realmente sentía temor? Pero no era momento para detenerse en tales consideraciones filosóficas.

—Dave, estoy perdiendo la conciencia. Lo percibo. Lo siento. Mi mente se escapa. Lo siento. Lo percibo.

¿Qué significaba en realidad «sentir» para un computador? Otra muy buena pregunta, pero difícilmente considerable en ese momento en particular.

Y entonces, abruptamente, el tono de voz de Hal cambió, y se volvió remoto, ausente. El computador ya no era consciente de sí mismo; estaba empezando a retornar a sus primeros días.

«Buenos días, caballeros. Soy el computador HAL 9000. Comencé a operar en la planta Hal de Urbana, Illinois, el 12 de enero de 1992. Mi instructor fue el doctor Chandra, y me enseñó a cantar una canción. Si desean escucharla, puedo cantarla para ustedes... Se titula "Daisy, Daisy..."»

41. GUARDIA NOCTURNA

Poco podía hacer Floyd, excepto hacerse a un lado, y se estaba convenciendo de ello. Aunque se había ofrecido para ayudar en cualquier tarea de la nave, en seguida descubrió que los trabajos de ingeniería eran demasiado especializados, y estaba tan desconectado de las fronteras de la investigación astronómica, que resultaba difícil poder ayudar a Vasili en sus observaciones. No obstante ello, había una infinidad de pequeñas tareas que debían hacerse a bordo de Leonov y Discovery, y se alegraba de poder delegar responsabilidades en manos de gente más idónea. El doctor Heywood Floyd que alguna vez había sido presidente del Consejo Nacional de Astronáutica, y Consejero a su salida de la Universidad de Hawaii, se jactaba ahora de ser el plomero y encargado de mantenimiento pago de todo el Sistema Solar. Probablemente era quien mejor conocía mejor los recovecos y rincones de ambas naves; los únicos lugares a los que no había entrado nunca eran los módulos de energía, Peligrosamente radioactivos, y el pequeño cubículo a bordo del Leonov al que sólo Tanya tenía acceso. Floyd suponía que ésa era la sala de codificación; por un pacto natural y tácito, nunca se mencionaba.

Tal vez su función más útil era la de servir de reloj, mientras el resto de la tripulación dormía, en la noche nominal —de 22:00 a 06:00— Siempre había alguien en servicio a bordo de cada nave, y el cambio tenía lugar a las espectrales 02:00.

Sólo la capitana estaba eximida de esta rutina; en su condición de Número Dos (y de esposo), Vasili tenía la responsabilidad de controlar el registro horario, pero había delegado hábilmente este trabajo impopular en Floyd.

«Es sólo un detalle administrativo», explicó, como al pasar. «Si tú lo hicieras, te estaría muy agradecido; me dejaría más tiempo para mi trabajo científico».

Floyd era un burócrata demasiado experimentado para que lo atraparan así, en circunstancias normales; pero sus defensas habituales no siempre funcionaban bien en aquel ambiente.

Así que ahí estaba, a bordo de Discovery, a medianoche, llamando cada media hora a Max, en Leonov, para verificar que estuviera despierto. El castigo oficial por dormirse en la guardia era, según mantenía Curnow, la eyección sin traje; si hubiera tenido vigencia, para entonces Tanya habría perdido gran parte de su personal. Pero había realmente pocas emergencias que pudieran presentarse en el espacio, y había tantas alarmas automáticas para combatir las, que nadie tomaba la guardia muy en serio.

Floyd había dejado de sentir lástima de sí mismo, y las horas libres ya no fomentaban su autocompasión; así que había vuelto a aprovechar su horario de guardia en forma productiva. Siempre había libros que leer (había abandonado Remembrance of Things Past por tercera vez, y Doctor Zhivago, por segunda), artículos técnicos que estudiar, informes que redactar. Y a veces sostenía estimulantes conversaciones con Hal, usando el teclado de entradas, porque el reconocimiento de voz del computador seguía siendo impreciso. Eran del tipo:

—Hal, soy el doctor Floyd.

—BUENAS NOCHES, DOCTOR.

—Tomo la guardia a las 22:00. ¿Todo en orden?

—TODO EN ORDEN, DOCTOR.

—¿Entonces por qué la luz roja en el panel 5?

—LA CÁMARA DEL MONITOR EN EL HANGAR DE LAS ARVEJAS ESTÁ FALLANDO. WALTER ME ORDENÓ QUE LA IGNORARA LO LAMENTO. NO TENGO MANERA DE APAGARLA.

—Está bien, Hal. Muchas gracias.

—A SUS ORDENES, DOCTOR. Y así...

Cada tanto, Hal proponía una partida de ajedrez, presumiblemente obedeciendo alguna instrucción de un programa establecido hacía mucho, y que no había sido cancelado. Floyd nunca aceptaba el desafío; siempre había considerado al ajedrez como una espantosa pérdida de tiempo, y nunca había aprendido siquiera las reglas del juego. Hal parecía incapaz de captar que hubiera humanos que no supieran —o no quisieran— jugar ajedrez, y seguía insistiendo, esperanzado.

«Aquí va otra vez», pensó Floyd, cuando sonó un suave acorde en el panel de la pantalla.

—¿DOCTOR FLOYD?

—¿Qué hay, Hal?

—MENSAJE PARA USTED.

«No es otro desafío», pensó Floyd con divertida sorpresa. No era usual emplear a Hal como mandadero, aunque a menudo se lo utilizaba como reloj despertador y ayuda memoria. Y a veces era intermediario para pequeñas bromas; todos alguna vez habían sido sorprendidos en su guardia con un:

—¡JAH! ¡TE PESQUÉ DURMIENDO!

o alternativamente:

—¡OGO! ¡ZASTAL TEBYA V KROVATI!

Nunca nadie se adjudicaba tales travesuras, aunque el primer sospechoso era Walter Curnow. El, a su vez, culpaba a Hal, burlándose de las protestas de Chandra, que argüía que el computador no tenía sentido del humor.

No podía ser un mensaje desde Tierra; habría llegado a través del centro de comunicaciones de Leonov y habría sido retransmitido por el oficial de guardia, en ese momento, Max Brailovsky. Y cualquier otra persona de la otra nave hubiera usado el intercomunicador. Extraño...

—Bien, Hal. ¿Quién llama?

—NO HAY IDENTIFICACIÓN.

Probablemente sería una broma. Muy bien, para ese juego se necesitaban dos.

—De acuerdo. Pásalo, por favor.

—MENSAJE COMO SIGUE: ES PELIGROSO PERMANECER AQUÍ. DEBEN PARTIR ANTES DE QUINCE REPITO QUINCE DIAS.

Floyd observó molesto la pantalla. Se sintió apenado, Y sorprendido, de que alguien de la tripulación tuviera un sentido del humor tan infantil; aquélla no era ni siquiera una buena broma de colegio. Pero seguiría el juego para atrapar al causante.

—Eso es absolutamente imposible. Nuestra ventana de lanzamiento no se abrirá hasta dentro de veintiséis días a partir de hoy. No tenemos combustible suficiente para una partida adelantada.

«Eso lo hará pensar», murmuró Floyd para sí, con satisfacción; recostándose en el asiento para aguardar los resultados.

—SOY CONSCIENTE DE ELLO DE TODOS MODOS DEBEN PARTIR ANTES DE QUINCE DIAS.

«De lo contrario, supongo que seremos atacados por pequeños alienígenos verdes de tres ojos». Pero será mejor que trate con Hal y así podré sorprender al bromista...

—No puedo tomar en serio tal aviso sin conocer el origen. ¿Quién lo grabó?

No esperaba una información útil. El (¿la?) perpetrador habría cubierto sus huellas con demasiada habilidad para que fueran descubiertas de forma tan sencilla. Lo último que Floyd hubiera esperado era la respuesta que siguió:

—NO ES UNA GRABACIÓN.

Así que era un mensaje simultáneo. Eso implicaba que provenía del mismo Hal o de alguien a bordo de Leonov. No había retardo perceptible; el origen debía estar allí mismo.

—¿Quién es el que habla, entonces?

—YO ERA DAVID BOWMAN.

Floyd se quedó mirando a la pantalla durante un largo rato antes de la próxima jugada. La broma, que jamás había sido graciosa, había llegado demasiado lejos, y era del peor gusto imaginable. Bien, esto detendría a quienquiera que estuviera del otro lado.

—No puedo aceptar tal identificación sin alguna prueba.

—COMPRENDO. ES IMPORTANTE QUE USTED ME CREA. MIRE ATRAS DE USTED.

Inclusive antes de que aquella última estremecedora frase apareciera en la pantalla, Floyd, había comenzado a dudar de su hipótesis. Toda la conversación había resultado muy extraña, aunque no había nada definido en qué basarlo. Como broma, ya había perdido todo sentido.

Y ahora sintió un chisporroteo detrás de él. Lentamente —en verdad, vacilante— hizo girar su sillón, desde los paneles y botones de la pantalla del computador, hacia el pasadizo cubierto con Velcro que había a sus espaldas.

El ambiente de gravedad cero de la cubierta de observación de Discovery siempre estaba polvoriento, ya que la planta de filtrado de aire nunca había vuelto a trabajar con total eficiencia. Los rayos paralelos del sol, frío pero brillante, que entraban por los grandes ventanales, iluminaban a una multitud de motitas danzantes, que se deslizaban en corrientes cambiantes, nunca fijas; un ejemplo permanente del movimiento browniano.

Pero ahora algo extraño estaba sucediendo: las motitas parecían dominadas por alguna fuerza que las alejaba o acercaba a un foco central, hasta reunir las a todas en la superficie de una esfera hueca.

Esta esfera, de un metro de diámetro, flotó en el aire durante un instante, como una gigantesca burbuja de jabón; pero como una burbuja granulada, sin su iridiscencia característica. Luego se transformó en una elipsoide, y la superficie comenzó a plegarse, formando dobleces y saliencias.

Sin sorpresa —y casi sin temor— Floyd vio que estaba asumiendo la forma de un hombre.

El había visto tales figuras, sopladas en vidrio, en museos y exposiciones de ciencia. Pero este polvoriento fantasma no tenía ninguna Precisión anatómica; era como una tosca figura de arcilla, o como esas primitivas obras de arte descubiertas en alguna cueva de la Edad de Piedra. Sólo la cabeza había sido modelada con algún cuidado; y el rostro, sin dudas era del comandante David Bowman.

Hubo un débil murmullo en el panel del computador, detrás de Floyd. Hal cambiaba la salida visual por la de audio.

—Hola, doctor Floyd. ¿Me cree ahora?

Los labios de la figura no se movían nunca; el rostro seguía siendo una máscara, Pero Floyd reconoció la voz, y todas las dudas que subsistían fueron borradas por ella.

—Esto es muy difícil para mí, y tengo poco tiempo. Se me ha... permitido darle este aviso. Tienen sólo quince días.

—¿Pero por qué; y qué es usted? ¿Dónde ha estado?

Había un millón de Preguntas que quería formular, pero la fantasma; figura ya se estaba desvaneciendo, aquella granuloso cáscara estaba comenzando a descomponerse en las partículas de polvo que la formaban. Floyd trató de fijar esa imagen en su memoria, Para poder convencerse más tarde de que eso había sucedido realmente, y de que no había sido un sueño, como a veces parecía su primer contacto con TMA-1. ¡Qué extraño que, de los billones de seres humanos que habían vivido alguna vez en el planeta Tierra, él hubiera tenido el privilegio de establecer contacto, no una, sino dos veces, con otra forma de inteligencia! Porque él sabía que la entidad que se le había hecho presente debía ser mucho más que David Bowman.

Era también algo menos: solamente sus ojos —¿quién había sido el que los llamó «ventanas del alma»?— habían sido fielmente reproducidos. El resto del cuerpo era una masa vaga, sin ningún detalle. No había indicios de órganos genitales, o de alguna otra característica sexual; lo que en sí mismo era una clara indicación de cuán atrás había dejado David Bowman su herencia humana.

—Adiós, doctor Floyd. Recuerde: quince días. No podremos volver a entrar en contacto. Pero puede haber otro mensaje, si todo va bien.

Inclusive cuando se disolvió la imagen, llevándose consigo toda esperanza de comunicación con las estrellas, Floyd no pudo dejar de sonreír ante el viejo cliché de la Era Espacial. «Si todo va bien...» ¡Cuántas veces había escuchado eso antes de alguna misión! ¿Y significaba acaso que ellos —quienesquiera que fueran— tampoco tenían certeza sobre el porvenir? Si así fuera, era extrañamente tranquilizador. No eran omnipotentes. Había alguien más que tenía sueños y esperanzas... y actuaba.

El fantasma se había ido; sólo quedaban las motitas de polvo que danzaban, reasumiendo sus indefinidas posiciones en el aire.

VI – DEVORADOR DE MUNDOS

42. EL ESPECTRO DE LA MÁQUINA

—Lo siento, Heywood; yo no creo en fantasmas. Tiene que haber una explicación racional. No hay nada de lo que la mente humana no pueda dar cuenta.

—De acuerdo, Tanya. Pero permíteme recordarte la famosa frase de Haldane: El universo no sólo es más extraño de lo que imaginamos, sino más extraño de lo que podemos imaginar.

—Y Haldane —intervino Curnow perversamente era un buen comunista.

—Posiblemente, pero esa cita en particular puede servir para sostener todo tipo de delirios místicos. El comportamiento de Hal debe ser el resultado de alguna forma de programación. La... personalidad que creó, tiene que ser artificial. ¿No está de acuerdo conmigo, Chandra?

Aquello era agitar un trapo rojo delante de un toro; Tanya debía estar desesperada. Sin embargo, la reacción de Chandra fue sorprendentemente moderada, aun para él. Parecía preocupado, como si estuviera considerando seriamente la posibilidad de otra disfunción del computador.

—Tiene que haber habido un estímulo externo, capitana Orlova. Hal no puede haber creado una ilusión audiovisual tan autosuficiente de la nada. Si el informe del doctor Floyd es correcto, había alguien en el control. Y en tiempo real, por supuesto, ya que no hubo demoras en la conversación.

—Eso me convierte en sospechoso número uno —exclamó Max—. Yo era la única persona despierta.

—No seas ridículo, Max —retrucó Nikolai—. La parte sonora habría sido fácil, pero no hay manera de que esa aparición pudiera hacerse posible sin un equipo muy elaborado. Rayos láser, campos electrostáticos... no sé. Tal vez un mago lo podría haber hecho, pero hubiera necesitado un camión lleno de implementos.

—¡Un momento! —dijo Zenia, brillantemente—. Si todo eso sucedió en realidad, seguramente Hal lo recordará y le podríamos preguntar...

Su voz se apagó al ver las sombrías expresiones que la rodeaban. Floyd fue el primero en apiadarse de su incómoda situación.

—Ya lo intentamos, Zenia; no guarda absolutamente ningún recuerdo del fenómeno. Pero, como ya he señalado a los demás, eso no prueba nada. Chandra mostró cómo pueden borrarse selectivamente las memorias de Hal; y además, los módulos auxiliares de expresión verbal no tienen ninguna conexión con el sistema central. Podrían haber sido operados sin que Hal se enterara...

Se detuvo para respirar, y lanzó un tiro arriesgado.

«Admito que no quedan muchas alternativas. O bien imaginé todo el asunto, o en realidad sucedió. Yo sé que no fue un sueño, pero no puedo estar tan seguro de que no haya sido alguna alucinación. Katerina leyó mi historia clínica; ella sabe que no estaría aquí si tuviera ese tipo de problemas. Aun así, no se puede desechar la posibilidad... Y no culparé a nadie que la adopte como hipótesis número uno. Probablemente yo haría lo mismo.

»La única manera que tengo de demostrar que no fue un sueño es conseguir una evidencia. Así que permítanme recordarles algunas cosas extrañas que han venido sucediendo últimamente. Sabemos que David Bowman entró en Hermano Ma... en Zagadka. Algo volvió a salir, y se dirigió hacia Tierra. ¡Y fue Vasili quien lo vio... no yo!»

Luego, tenemos la misteriosa explosión de vuestra bomba en órbita...

—La de ustedes...

—Perdón... del Vaticano. Y resulta bastante curioso que inmediatamente después haya muerto la señora de Bowman, en forma plácida, sin causa médica aparente. No digo que haya una conexión, pero... bien, ya conocen el dicho: Una vez es accidente; dos, coincidencia; tres, conspiración.

—Y hay algo más —intervino Max, con súbita excitación—. Lo pesqué en un informativo vespertino; era un a información muy breve. Una antigua novia del comandante Bowman anunció que había recibido un mensaje suyo.

—Sí; yo también lo escuché —confirmó Sasha.

—¿Y nunca lo mencionaron? —preguntó Floyd, incrédulo. Ambos hombres parecían avergonzados.

—Bueno, se pensó que era una broma —dijo Max, tímidamente—. Fue el marido de la mujer el que informó del asunto. Luego ella lo negó... eso creo.

—El comentarista dijo que era efecto de la publicidad, como la avalancha de OVNI que hubo por la misma época. En la primera semana fueron denunciados varias docenas; luego dejaron de aparecer.

—Tal vez algunos de ellos fueron reales. Si no fue borrado, ¿podrías desenterrar esa información de los archivos de la nave, o pedir a Control de Misión que la repitan?

—No me convencerán ni cien relatos juntos —gruñó Tanya—. Lo que necesitamos es una prueba sólida.

—¿Como qué?

—Hem... algo que Hal no pudiera saber, y que ninguno de nosotros pudiera haberle dicho. Alguna manifes... eh, manifestación física.

—¿Un buen anticuado milagro?

—Sí, me inclino por eso. Mientras tanto, no diré nada a Control de Misión. Y sugiero que tú hagas lo mismo, Heywood.

Floyd reconocía una orden cuando la escuchaba, y asintió con seriedad.

—Tendré mucho gusto en seguir tu consejo. Pero querría hacer una sugerencia.

—¿Sí?

—Deberíamos comenzar a prepararnos para cualquier contingencia. ¿Qué pasaría si el aviso fuera válido... como yo creo?

—¿Qué podríamos hacer? Absolutamente nada. Desde luego, podemos abandonar el espacio de Júpiter cuando lo deseemos; pero no podemos entrar en órbita de regreso antes de que se abra la ventana de lanzamiento.

—¡Eso será once días después del límite!

—Sí. Me gustaría irme antes; pero no tenemos combustible para una órbita de mayor energía... —la voz de Tanya tembló con una indecisión atípica—. Iba a hacer este anuncio más adelante; pero ahora que ha salido el tema...

Hubo un repentino silencio, mientras la audiencia contenía el aliento:

—Querría posponer nuestra partida en cinco días, para acercar nuestra órbita al ideal de Hohmann, y así disponer de una mayor reserva de combustible.

El anuncio no era inesperado, pero fue saludado con un coro de gruñidos.

—¿Cómo incidirá eso en nuestra fecha de llegada? —preguntó Katerina en un tono ominosamente bajo. Por un momento las dos formidables damas se observaron como adversarios poderosos, respetuosos uno del otro, pero que no ofrecerían tregua.

—Diez días —contestó finalmente Tanya.

—Mejor tarde que nunca —dijo Max en tono jocoso; intentando aliviar la tensión, pero sin lograrlo.

Floyd apenas lo notó; estaba absorto en sus propios pensamientos. La duración del proyecto no haría diferencia para él y sus dos colegas, en su sueño sin sueños. Pero ahora eso era absolutamente secundario.

Estaba seguro —y esa certeza lo llenaba de desesperación— de que si no se iban antes de aquel plazo, no se irían jamás.

...Es una situación increíble, Dimitri, y aterradora. Eres la única persona en la Tierra que la conoce; pero muy pronto, Tanya y yo deberemos enfrentarnos con Control de Misión.

»Inclusive algunos de tus materialistas compatriotas están dispuestos a aceptar —al menos como hipótesis de trabajo— que alguna entidad ha... bien, invadido a Hal. Sasha acuñó una buena frase: "El Espectro de la Máquina".

»Las teorías abundan: Vasili elabora una por día. Casi todas son variaciones de ese viejo cliché de la ciencia ficción: el campo de energía organizada. Pero, ¿qué clase de energía? No puede ser eléctrica, porque la habrían detectado fácilmente nuestros instrumentos. Lo mismo se aplica a la radiación; al menos, a las que conocemos. Vasili está yendo realmente lejos, hablando de ondas estacionarias de neutrinos y de intersecciones con espacios hiperdimensionados. Tanya dice que todo esto son delirios místicos —su frase favorita—, y han estado más cerca de pelearse de lo que nunca vimos. En realidad, la otra noche los oímos gritarse mutuamente. Eso no es bueno para nuestra moral.

»Me temo que todos estamos tensos y sobreexcitados. Este aviso y la postergación de la fecha de partida, se agrega al estado de frustración causado por nuestro fracaso total con Hermano Mayor. Hubiera ayudado —quizás— que me hubiera podido comunicar con esa cosa de Bowman. ¿Dónde se habrá ido? Tal vez, simplemente no se interesó por nosotros después de nuestro primer encuentro. ¡Cuántas cosas nos podría haber dicho, de haberlo querido! ¡Diablos y chyort vozmi! ... Maldito sea; otra vez estoy hablando ese odiado rusglés de Sasha. Cambiemos de tema.

»Nunca podré agradecerte lo suficiente por todo lo que hiciste, y por informarme de la situación en casa. Me siento un poco más tranquilo al respecto... tal vez el tener algo más importante de qué preocuparse sea el mejor remedio para un problema insoluble.

»Por primera vez, estoy comenzando a preguntarme si alguno de nosotros volverá a ver Tierra alguna vez.»

43. EXTRAPOLACION INTELECTUAL

Cuando alguien pasa muchos meses con un grupo pequeño y aislado de personas, se vuelve muy sensible a los ánimos y estados emocionales de cada uno de sus miembros.

Floyd percibía un cambio sutil en la actitud hacia él; su manifestación más obvia era la reaparición del antiguo apelativo «doctor Floyd»; hacía tanto tiempo que no lo escuchaba que le costaba reaccionar para responder.

Nadie, de eso estaba seguro, creía que se hubiera vuelto realmente loco; pero se consideraba la posibilidad. No estaba resentido por ello; en verdad, lo divertía la tarea de demostrar su salud mental.

Recibió un cierto testimonio a su favor desde Tierra. José Fernández seguía asegurando que su esposa había informado de un encuentro con David Bowman, mientras ella continuaba negándolo y rechazando todo contacto con los medios de información. Era difícil entender por qué el pobre José habría inventado una historia tan peculiar, sobre todo porque Betty parecía una persona obstinada, y de reacciones más bien impetuosas. En su cama de hospital, su marido había declarado que seguía amándola, y que lo suyo era sólo un desacuerdo temporario.

Floyd esperaba que la frialdad de Tanya para con él también fuera temporaria. Estaba casi seguro de que ella estaba tan descontenta con el asunto como él, y de que su actitud no era deliberada. Había pasado algo que no encajaba en su sistema de creencias, y por eso trataba de evitar cualquier cosa que se lo recordara. Eso significaba tener que ver con Floyd tan poco como fuera posible; una situación muy desafortunada, ahora que se acercaba rápidamente la etapa crítica de la misión.

No había sido fácil explicar la lógica del plan operacional de Tanya, a los millones que esperaban en Tierra; especialmente a las impacientes cadenas de televisión, que se estaban cansando de mostrar las mismas vistas inmutables de Hermano Mayor. «¡Han viajado tanto, con un costo enorme, y todo lo que hacen es sentarse y mirar a esa cosa! ¿Por qué no hacen algo?». Tanya había dado la misma respuesta a todas las críticas: «Lo haré, apenas se abra la ventana de lanzamiento, de manera de poder alejarnos inmediatamente si hay alguna reacción adversa.»

Ya se habían estudiado y convenido con Control de Misión los planes para el asalto final a Hermano Mayor. Leonov se acercaría con lentitud, probando todas las frecuencias, y con una potencia firmemente creciente; además, iría informando a Tierra continuamente. Cuando se realizara el contacto final, tratarían de obtener muestras, ya sea taladrando o con un espectroscopio láser; realmente nadie esperaba que estos esfuerzos funcionaran, ya que después de una década de estudios, TMA-1 había resistido todo tipo de intento de analizar su material. Los mejores esfuerzos de los científicos humanos en ese sentido parecían comparables a los de los hombres de la Edad de Piedra, tratando de penetrar la roca de una caverna con sus hachas de pedernal.

Finalmente, se aplicarían eco-sondas y otros instrumentos sismográficos a la cara de Hermano Mayor. Se había traído una gran variedad de adhesivos para tal fin; y si eso no funcionaba... bien, siempre se podría recurrir a unos pocos kilómetros de anticuada y sólida cuerda; aunque había algo de cómico en la idea de envolver al mayor misterio del Sistema Solar, como a un bulto postal.

Sólo cuando Leonov estuviera bien en su rumbo de regreso se detonarían pequeñas cargas explosivas, en la esperanza de que las ondas propagadas a través de Hermano Mayor revelaran algo acerca de su estructura. Esta última medida fue debatida calurosamente, tanto por los que sostenían que no produciría resultado alguno, como por los que temían que produjera demasiados.

Durante mucho tiempo, Floyd había vacilado entre ambas posiciones; ahora, el asunto sólo tenía una importancia trivial.

El momento del contacto final con Hermano Mayor —el gran momento, que debería haber sido el clímax de la expedición— estaba en el lado equivocado de aquel misterioso límite. Heywood Floyd estaba convencido de que pertenecía a un futuro que nunca existiría; pero no pudo conseguir que nadie estuviera de acuerdo con él.

Y ése era el menor de los problemas. Aun cuando lo aceptaran no había nada que pudieran hacer al respecto.

La última persona de la que hubiera esperado la solución del dilema era Walter Curnow. Porque Walter era el compendio del ingeniero: concreto, práctico, desconfiado de los relámpagos de brillantez y de las soluciones instantáneas de dificultades tecnológicas. Nunca nadie lo podría acusar de ser un genio; y a veces se requería genio para ver lo ciegamente obvio.

—Considera esto como un mero ejercicio intelectual —había comenzado, con una inusual vacilación—. Estoy preparado para ser abucheado.

—Continúa —contestó Floyd—. Te escucharé en forma cortés. Es lo menos que puedo hacer; todos han sido muy corteses conmigo. Demasiado corteses, me temo.

Curnow esbozó una sonrisa torcida.

—¿Puedes culparlos? Si te sirve de consuelo, al menos hay tres personas que te toman en serio, y están pensando qué hacer.

—¿Ese tres te incluye a ti?

—No; yo estoy en el medio, lo que nunca resulta terriblemente cómodo. Pero, en caso de que tuvieras razón, no quiero quedarme aquí esperando, y recibir lo que venga. Creo que hay una respuesta a cada problema, si buscas en el lugar adecuado.

—Me encantaría saberlo. He buscado mucho estas respuestas. Posiblemente en el lugar incorrecto.

—Tal vez. Si queremos efectuar una veloz retirada, digamos en quince días, para anticiparnos a ese límite, necesitaremos un delta ve extra de unos treinta kilómetros por segundo.

—Eso calcula Vasili. No me he molestado en verificarlo, pero estoy seguro de que es correcto. Después de todo, él nos trajo hasta aquí.

—Y nos podría sacar, si tuviera el combustible adicional.

—Y si tuviéramos el transportador molecular de Viaje a las Estrellas, estaríamos en la Tierra en una hora.

—Trataré de fabricar uno cuando tenga un rato libre. Pero mientras tanto, querría señalar que tenemos varios cientos de toneladas del mejor propelente posible, en los tanques de Discovery.

—Lo hemos pensado docenas de veces. No hay forma de transferirlos a Leonov. No tenemos mangueras, ni bombas adecuadas. Y no puedes llevar amoníaco líquido en baldes, ni siquiera en esta parte del Sistema Solar.

—Exactamente. Pero no hay necesidad de ello.

—¿Eh?

—Quemémoslo exactamente donde está. Usemos a Discovery como primera etapa, y que nos impulse a casa.

Si la sugerencia la hubiera hecho otro que no fuera Walter Curnow, Floyd se hubiera reído de él. Pero como de él se trataba, su mandíbula cayó flácida, y así se quedó varios segundos, antes de poder pensar un comentario conveniente. Finalmente le salió: «¡Demonios! Debí haberlo pensado antes».

Sasha fue el primero a quien se acercaron. Escuchó con paciencia, apretó los labios y ejecutó un rallentando en el teclado de su computador. Cuando brillaron las respuestas, asintió pensativo.

—Tienes razón. Nos daría la velocidad extra que necesitamos para partir temprano. Pero hay problemas prácticos...

—Ya sabemos. Asegurar ambas naves. El empuje centrífugo cuando sólo opere la impulsión de Discovery. Desprendernos en el momento crítico. Pero hay respuestas para todos ellos.

—Veo que han estado haciendo los deberes. Pero es una pérdida de tiempo. Nunca convencerán a Tanya.

—No tenemos intenciones de hacerlo... por ahora —contestó Floyd—. Pero me gustaría que ella supiera que la posibilidad existe. ¿Nos prestarás apoyo moral?

—No estoy seguro. Pero me acercaré a espiar, puede ser interesante.

Tanya escuchó con más paciencia de la que Floyd había esperado, pero con una perceptible falta de entusiasmo. Sin embargo, cuando hubo terminado, ella mostró lo que sólo podría clasificarse de reticente admiración.

—Muy ingenioso, Heywood...

—No me felicites a mí. Todo el honor es para Walter. O la culpa.

—No creo que haya mucho de ambos; nunca será más que una —¿cómo llamó Einstein a ese tipo de cosas?— «extrapolación intelectual». Oh, sospecho que funcionaría; en teoría, al menos. ¡Pero los riesgos! ¡Hay tantas cosas que podrían fallar! Sólo estaría dispuesta a considerarlo si tuviéramos una prueba absoluta y positiva de que estamos en peligro. Y —con todo respeto, Heywood—, no veo la menor evidencia de ello.

—Bastante sincera; pero al menos sabes que disponemos de otra opción. ¿Te importa que trabajemos en todos los detalles técnicos, por las dudas?

—Por supuesto que no; siempre que no interfieran con el chequeo de prevuelo. No tengo problemas en admitir que la idea me intriga. Pero realmente es una pérdida de tiempo; no hay manera de que alguna vez lo apruebe. A menos que David Bowman se me apareciera personalmente.

—Aun así, ¿lo aprobarías, Tanya?

La capitana Orlova sonrió, pero sin mucho humor.

—Sabes, Heywood... en realidad no estoy segura. Tendría que ser muy persuasivo.

44. DESAPARICION

Era un juego fascinante al que todos se unieron; pero sólo cuando estaban fuera de servicio Inclusive Tanya contribuía con ideas al «ejercicio intelectual», como insistía en llamarlo.

Floyd era perfectamente consciente de que toda aquella actividad no era generada por el temor a un peligro desconocido, que sólo él consideraba seriamente, si no por la deliciosa perspectiva de retornar a Tierra cuando menos un mes antes de lo que nadie había imaginado. Cualquiera fuese el motivo, él se sentía satisfecho. Había hecho todo lo posible; el resto dependía de los Hados.

Hubo un golpe de suerte, sin el cual todo el proyecto hubiera sido abortado. Leonov, corta y achatada, diseñada para penetrar en forma segura la atmósfera joviana durante la maniobra de frenado, tenía la mitad del tamaño de Discovery, y podía ser montada perfectamente sobre el otro navío más grande. Y la masa de antenas del centro de la nave proporcionaba un excelente punto de amarre, —suponiendo que fuera suficientemente fuerte como para resistir la acción de la masa de Leonov— mientras operaran los impulsores de Discovery.

Durante los días que siguieron, Control de Misión fue sorprendido con extraños pedidos. Análisis sensoriales de ambas naves, bajo cargas específicas; efectos de la fuerza centrípeta; ubicación de puntos inusuales de resistencias máximas y mínimas de los cascos... éstos eran algunos de los problemas más esotéricos que los perplejos ingenieros debían resolver. «¿Algo anda mal?», preguntaban ansiosos.

«En absoluto», respondía Tanya. «Apenas estamos investigando opciones posibles. Agradecemos su cooperación. Fin de transmisión».

Mientras tanto, el programa seguía adelante según lo planeado. Todos los sistemas de ambas naves eran verificados, y puestos a punto para regresar en forma separada; Vasili corría simulaciones de trayectorias de retorno, y Chandra las pasaba a Hal, una vez que probaban ser factibles; a Hal le correspondía la comprobación final del proceso. Y Tanya y Floyd trabajaban amistosamente juntos, orquestando el acercamiento a Hermano Mayor como generales que planeaban una invasión.

Para esto había hecho todo el viaje; y sin embargo Floyd ya no ponía el corazón en el proyecto. Había pasado por una experiencia que no podría compartir con nadie; ni siquiera con aquellos que le creyeran. Aunque cumplía eficazmente con sus obligaciones, la mayor parte del tiempo su mente estaba en otro lugar.

Tanya lo entendía perfectamente.

—Aún sigues teniendo la esperanza de que ese milagro me convenza, ¿no es así?

—O me desengañe a mí... lo que sería igualmente aceptable. Lo que me molesta es la incertidumbre.

—También a mí. Pero no tardaremos en saberlo... de una forma o de otra.

Observó brevemente la pantalla de ubicación, donde brillaba el número 20. Era el bit de información más superfluo de toda la nave, ya que todos sabían de memoria la cantidad de días que faltaban para que se abriera la ventana de lanzamiento.

Y para el asalto final a Zagadka.

Por segunda vez, Floyd estaba mirando para otro lado cuando sucedió. Pero no habría cambiado nada; inclusive el vigilante monitor de la cámara mostró apenas un débil parpadeo entre la imagen llena, y la subsiguiente en blanco.

Una vez más estaba de servicio a bordo de Discovery, compartiendo la guardia nocturna con Sasha, en Leonov.

Como siempre, la noche transcurría sin novedades. Los sistemas automáticos hacían su trabajo con la eficiencia habitual. Un año atrás, Floyd nunca hubiera creído que algún día estaría orbitando Júpiter a una distancia de pocos cientos de kilómetros y apenas le prestaría atención, intentando —no con mucho éxito— leer la Sonata Kreutzer en su lengua original. De acuerdo con Sasha, seguía siendo la pieza de ficción erótica más fina de la literatura rusa (respetable), pero Floyd no había progresado lo suficiente como para verificarlo. Y nunca lo haría.

A las 01:25 fue distraído por una espectacular, aunque frecuente, erupción en el Terminador. Una vasta nube en forma de sombrilla se expandía en el espacio, Y comenzaba a dejar caer sus restos en forma de lluvia sobre el ardiente paisaje de abajo. Floyd había visto tales erupciones docenas de veces, pero nunca dejaban de fascinarlo. Parecía increíble que un mundo tan pequeño pudiera ser asiento de tales energías titánicas.

Para obtener una mejor visión, se corrió a otra de las portillas de observación. Y lo que vio —o mejor, lo que no vio— hizo que se olvidara de lo y de todo lo demás.

Cuando se hubo recobrado, y se convenció de que no sufría —¿Otra vez?— alucinaciones, llamó a la otra nave.

—Buen día, Woody —bostezó Sasha—. No, no estaba dormido. ¿Cómo te va con el viejo Tolstoi?

—Ya no me va. Echa un vistazo afuera y dime lo que ves.

—Nada insólito, Para esta parte del cosmos. lo hace lo suyo. Júpiter. Estrellas. ¡Oh, Dios mío!

—Gracias por atestiguar que estoy cuerdo. Mejor que despertemos al patrón.

—Por supuesto. Y a todos los demás. Woody... ¡estoy asustado!

—Serías un tonto si no lo estuvieras. Aquí vamos. ¿Tanya? ¿Tanya? Aquí Woody. Lamento despertarte, pero tu milagro se ha producido. Hermano Mayor se ha ido. Sí... ¡desapareció! Después de tres millones de años, ha decidido partir.

«Creo que debe saber algo que nosotros no sabemos».

Era un grupo sombrío el que se reunió, en quince minutos, para la apresurada conferencia en la sala de guardia y observación. Inclusive los que recién habían ido a

dormir se levantaron inmediatamente, mientras sorbían pensativos sus bulbos de café caliente; y seguían mirando por las ventanas de Leonov la escena impactantemente desusada, para convencerse de que Hermano Mayor había desaparecido en realidad.

«Debe saber algo que nosotros no sabemos». Esa frase espontánea de Floyd había sido repetida por Sasha, y ahora flotaba silenciosa, ominosa, en el ambiente. Resumía lo que todos —inclusive Tanya— pensaban.

Era demasiado pronto para decir «Te lo avisé»; y tampoco importaba realmente si el aviso había tenido o no validez. Al no quedar nada para investigar, podían irse a casa lo más rápido posible. Sólo que no era tan fácil.

—Heywood —dijo Tanya—, estoy dispuesta a considerar más seriamente ese mensaje, o lo que fuera. Después de lo que sucedió, sería más que estúpido no hacerlo. Pero aun cuando haya peligro aquí, debemos sopesar los riesgos. Aparear a Discovery y a Leonov; operar a Discovery con esa carga centrífuga, desconectar las naves en cuestión de minutos para poder encender nuestros motores en el momento preciso... Ningún capitán responsable asumiría ese riesgo, sin tener sus excelentes, yo diría abrumadoras, razones. E inclusive ahora, no las tengo.

—Sólo la palabra de... un fantasma. No es una prueba sólida para una corte de justicia —dijo Walter Curnow en una voz desusadamente baja—, aun cuando te apoyáramos todos.

—Sí, Walter; en eso estaba pensando. Pero si llegamos sanos y salvos a casa, eso justificará todo; y si no, importará poco, ¿no es así? De cualquier manera, no lo decidiré ahora. Me iré a la cama apenas lo haya informado a Tierra. Les comunicaré mi decisión a la mañana, después de haber consultado con la almohada.

—Heywood, Sasha, ¿pueden subir al puente conmigo? Tenemos que despertar a Control de Misión, antes de que vuelvan a su guardia.

La noche no había terminado con sus sorpresas. En alguna parte de la órbita de Marte, el breve informe de Tanya se cruzó con un mensaje, que iba en sentido opuesto.

Finalmente, Betty Fernández había hablado. La CIA y la Agencia Nacional de Seguridad estaban furiosas; sus lisonjas, apelaciones al patriotismo y amenazas veladas habían fracasado completamente; y el productor de una insignificante cadena de chimentos lo había logrado, ganando la inmortalidad para su nombre en los anales del Videodom.

Fue mitad suerte, mitad inspiración. El director de noticias de «¡Hola, Tierra!» descubrió de repente que uno de sus ayudantes tenía un notable parecido con David Bowman; un inteligente maquillador lo hizo perfecto. José Fernández le podría haber avisado que

estaba asumiendo un riesgo terrible, pero tuvo la fortuna de los valientes. Una vez que pisó la casa, Betty capituló. Y cuando —casi con gentileza— lo arrojó a la calle, ya había obtenido toda la historia. Y, a decir verdad, la había presentado con una total ausencia del malintencionado cinismo que caracterizaba a su cadena. Le valió el Pulitzer de ese año.

—Ojalá —Floyd le comentó a Sasha, bastante agotado— hubiese hablado antes. Me habría ahorrado muchos problemas. De todos modos, esto termina la discusión. Tanya no puede seguir dudando ahora. Pero dejemos el asunto para cuando se levante, ¿te parece bien?

—Desde luego; no es urgente, aunque sí importante. Y necesitaré esas horas de sueño. Tengo la sensación de que a partir de ahora no le sobrarán a nadie.

«Estoy seguro de que tienes razón», pensó Floyd. Estaba muy cansado, pero, aunque no hubiera estado de guardia, le habría resultado imposible dormir. Su mente estaba demasiado activa, analizando los sucesos de aquella noche extraordinaria, y tratando de anticipar la próxima sorpresa.

De cierta manera, sentía un enorme alivio: se había acabado toda incertidumbre respecto de su partida; Tanya ya no podría tener objeciones.

Pero quedaba una incertidumbre mucho mayor: ¿qué era lo que estaba sucediendo?

Sólo una experiencia de la vida de Floyd podía compararse con aquella situación. Cuando era muchacho, había hecho una expedición en canoa con unos amigos, por un tributario del río Colorado... y se habían perdido.

Habían sido arrastrados más y más rápidamente entre las paredes del cañón, no del todo a la deriva, pero con apenas el control suficiente para no hundirse. Adelante podría haber rápidos, inclusive una catarata; no lo sabían. Y en todo caso, poco podían hacer al respecto.

Una vez más, Floyd se sentía dominado por fuerzas irresistibles, que lo arrastraban a él y a sus compañeros hacia un destino desconocido.

45. MANIOBRA DE ESCAPE

«...Aquí Heywood Floyd, con el que sospecho —en verdad, espero— será mi último informe desde Lagrange.

»Ahora nos estamos preparando para regresar a casa; en quince días más dejaremos este extraño lugar, en la divisoria gravitacional entre lo que une a lo con Júpiter, donde hemos hecho contacto con el enorme artefacto, misteriosamente desaparecido, que

hemos bautizado Hermano Mayor. Aún no hay un solo indicio de dónde puede haberse ido... ni por qué.

»Por varias razones, resulta conveniente que no nos quedemos aquí más de lo necesario.

»Y estaremos en condiciones de partir dos semanas antes de lo originariamente planeado, usando a la nave norteamericana Discovery como plataforma de lanzamiento para la nave rusa Leonov

»La idea básica es sencilla: ambas naves estarán unidas, una montada sobre la otra. Discovery quemará todo su propelente primero, acelerando ambas naves en la dirección deseada. Cuando agote su combustible, será separada de la otra —como una primera etapa vacía— y Leonov encenderá sus motores. No los usará antes porque si lo hiciera, desperdiciaría energía arrastrando el peso muerto de Discovery.

»Y utilizaremos otro artificio que —como muchos de los conceptos de la navegación espacial— a primera vista parece desafiar al sentido común... Aunque estamos tratando de escaparnos de Júpiter, nuestro primer movimiento será acercarnos lo más posible a él.

»Por supuesto, ya hemos estado antes ahí, cuando nos servimos de la atmósfera de Júpiter para frenarnos y entrar en órbita alrededor del planeta. Esta vez no llegaremos tan cerca... sólo un poco menos.

»Nuestra primera impulsión, aquí arriba a trescientos cincuenta mil kilómetros de altura, en órbita de lo, reducirá nuestra velocidad, para que caigamos hacia Júpiter y rochemos apenas su atmósfera. Entonces, cuando estemos en el punto más cercano posible, quemaremos todo nuestro combustible lo más rápido que podamos, para incrementar la velocidad y situar así a Leonov en la órbita de regreso a Tierra.

»¿Cuál es el propósito de una maniobra tan alocada? No puede justificarse sin usar una compleja matemática superior, pero creo que el principio básico puede entenderse fácilmente.

»A medida que nos dejemos caer en el enorme campo gravitatorio de Júpiter, iremos ganando velocidad... y por lo tanto, energía. Cuando digo "nos dejemos", me refiero a las naves, y al combustible que llevan.

»Y quemando el combustible ahí mismo —en el fondo del pozo de gravedad joviano— no tendremos que volver a levantarlo. Cuando nuestros reactores lo expulsen, compartirá con nosotros parte de la energía cinética adquirida. Indirectamente, habremos aprovechado la gravedad de Júpiter para acelerarnos hacia Tierra. Como también hemos usado su atmósfera para desprendernos del exceso de velocidad que traíamos al llegar,

nos encontramos aquí con uno de los pocos casos en que la Madre Naturaleza — habitualmente tan frugal— nos permite sacar provecho de ella en ambos sentidos...

»Con este triple impulso: el combustible de Discovery, el combustible propio y la gravedad de Júpiter, Leonov se encaminará en dirección al Sol en una hipérbola que la dejará en la Tierra cinco meses más tarde. Por lo menos dos meses antes de lo que se hubiera podido lograr de otra manera.

»Sin duda se preguntarán qué sucederá con la vieja y querida Discovery. Obviamente, no podremos conducirla hasta casa bajo control automático, como habíamos planeado originalmente. Sin combustible, quedará abandonada a su suerte.

»Continuará girando y girando alrededor de Júpiter en una elipse muy alargada, como un cometa atrapado. Pero estará perfectamente segura y tal vez, algún día, una expedición futura pueda realizar otro acople, con suficiente combustible extra para traerla a la Tierra. De todos modos, seguramente esto no sucederá hasta dentro de unos cuantos años.

»Y ahora debemos prepararnos para la partida. Aún hay mucho trabajo que hacer, y no podremos descansar hasta que el último despegue nos ponga en órbita de regreso. "No estaremos tristes por partir, aunque no hayamos conseguido todos nuestros objetivos. El misterio —la amenaza tal vez— de la desaparición de Hermano Mayor aún nos sigue preocupando, pero no podemos hacer nada respecto de eso.

»Hemos trabajado lo mejor posible... y ahora volvemos a casa.

»Fue Heywood Floyd, que se despide, cerrando la transmisión».

Hubo una ronda de aplausos irónicos de su pequeña audiencia, cuyo tamaño se multiplicaría a varios millones de veces cuando el mensaje llegara a la Tierra.

—No estoy hablando con ustedes —retrucó Floyd, un poco incómodo— y además, no quería que lo escucharan.

—Has hecho el trabajo con tu eficiencia habitual, Heywood —dijo Tanya, consolándolo—. Y estoy segura de que estarán todos de acuerdo en todo lo que le dijiste a la gente de la Tierra.

«No tanto», dijo una pequeña voz, tan bajita que todos debieron esforzarse para escucharla. «Todavía hay un problema».

La sala de observación quedó súbitamente en silencio. Por primera vez en semanas, Floyd notó el débil silbido del suministro de aire, y el zumbido intermitente que podría haber causado una avispa atrapada detrás de un vidrio. Leonov, como toda nave

espacial, estaba repleta de esos ruidos, a menudo inexplicables que casi no se perciben hasta que no cesan. Y entonces, suele ser buena idea investigar de inmediato.

—No estoy al tanto de ningún problema, Chandra —dijo Tanya con voz ominosamente calma—. ¿Cuál podría ser?

—He pasado las últimas cinco semanas preparando a Hal para volar en una órbita de mil días de regreso a Tierra. Ahora todos esos programas deberán ser dados de baja.

—Lo lamentamos, Chandra —contestó Tanya—, pero como se han dado las cosas, seguramente es mucho mejor...

—No es eso lo que quiero decir —dijo Chandra. Una ola de incredulidad recorrió el ambiente; nunca se había sabido que interrumpiera a nadie, menos aún a Tanya.

—Sabemos qué sensible es Hal a los objetivos de sus misiones —continuó, en medio del expectante silencio que siguió—. Y ahora me piden que le pase un programa que puede implicar su propia destrucción. Es verdad que el plan actual dejará a Discovery en una órbita estable; pero si ese aviso tiene algún fundamento, ¿qué le pasará a la nave? No lo sabemos, por supuesto... pero nos hace huir despavoridos. ¿Han considerado la reacción de Hal?

—¿Está usted sugiriendo seriamente —preguntó Tanya lentamente— que Hal podría negarse a obedecer órdenes; exactamente igual que en la misión anterior?

—Esto no es lo que pasó la vez pasada. Se esforzó al máximo para interpretar órdenes contradictorias. Esta vez no hay ninguna contradicción. La situación está perfectamente delimitada.

—Para nosotros, tal vez —Pero una de las directivas primordiales de Hal es mantener a Discovery fuera de peligro. Nosotros estaremos intentando pasar por encima de eso. Y en un sistema tan complejo como el de Hal, es imposible predecir todas las consecuencias.

—No veo que haya ningún problema real intervino Sasha.

—Basta con no decirle que hay peligro. No tendrá... reservas en llevar a cabo el programa.

—¡Niñerías de un computador psicótico de ciencia ficción! —masculló Curnow—. Me siento en un videodrama de segunda.

El doctor Chandra le dirigió una mirada poco amistosa.

—Chandra —inquirió Tanya, de repente— ¿Ha discutido esto con Hal?

—No.

¿Hubo una ligera indecisión?, se preguntó Floyd. Pudo haber sido una duda perfectamente normal; quizás. O Chandra necesitó buscar la respuesta en su memoria, o podría estar mintiendo, por más improbable que pareciera.

—Entonces haremos lo que sugiere Sasha. Cárguele el nuevo programa; y deje todo así.

—¿Y cuando me pregunte sobre el cambio de planes?

—¿Se supone que lo haga, sin que usted saque el tema?

—Por supuesto. Recuerde, por favor, que fue diseñado para sentir curiosidad. Si la tripulación moría, él debía ser capaz de dirigir una misión eficaz, por propia iniciativa.

—Sigue siendo una cuestión sencilla. Él le creerá, ¿no es así?

—Desde luego.

—Entonces debe decirle que Discovery no está en peligro, y que habrá una misión de acople que lo llevará de regreso a la Tierra, en una fecha futura.

—Pero eso no es verdad.

—Tampoco sabemos que es mentira —replicó Tanya, comenzando a sonar un poco impaciente.

Sospechamos que hay un serio peligro; de otro modo no estaríamos organizando una partida anticipada.

—¿Qué sugiere, entonces? —su voz contenía ahora una clara connotación de amenaza.

Debemos decirle toda la verdad, hasta donde sabemos; no más mentiras o medias verdades, que son casi tan malas. Y dejar que él decida por sí mismo.

—¡Demonios, Chandra! ¡Es sólo una máquina!

Chandra dirigió a Max una mirada tan firme, tan segura, que el joven bajó rápidamente los ojos.

—También nosotros lo somos, señor Brailovsky. Sólo es una cuestión de niveles. El hecho de estar constituidos por carbono o por siliconas no hace una diferencia fundamental; deberíamos tratarnos mutuamente con un respeto apropiado.

Era extraño, pensaba Floyd, cómo Chandra —la persona de menor tamaño de la habitación— ahora parecía la más grande. Pero la confrontación había llegado demasiado lejos. En cualquier momento Tanya comenzaría a impartir órdenes directas, y la situación se tornaría verdaderamente desagradable.

—Tanya, Vasili: ¿puedo hablar con ustedes dos? Creo que hay una forma de resolver el problema.

La interrupción de Floyd fue recibida con evidente alivio, y dos minutos más tarde, estaba descansando con los Orlov en sus cuartos (o «dieciseisavos», como los había bautizado Curnow a causa de su tamaño. En seguida había renunciado a la broma, porque tenía que explicársela a todos, menos a Sasha).

—Gracias, Woody —dijo Tanya, mientras le alcanzaba un bulbo de su Shemakha Azerbaijano favorito—. Estaba esperando que lo hicieras. Supongo que tendrás un... ¿cómo le dicen ustedes? un as en la manga.

—Eso creo —contestó Floyd, sorbiendo unos pocos centímetros cúbicos del dulce vino, y saboreándolo agradecido—. Lamento que Chandra se ponga difícil.

—Yo también. Qué bueno que sólo tengamos un científico loco a bordo.

—No es eso lo que siempre me dices —sonrió el académico Vasili—. De todos modos, Heywood: ¿de qué se trata?

—Esto es lo que sugiero. Dejemos que Chandra siga adelante y actúe como le parezca. Sólo hay dos posibilidades.

»La primera: Hal hará exactamente lo que le ordenemos; esto es, controlar a Discovery en los períodos de ignición. Recuerden, el primero no es crítico. Si algo anda mal mientras nos estamos desprendiendo de lo, habrá mucho tiempo para hacer las correcciones. Y eso nos dará una prueba del... espíritu de cooperación de Hal.

»¿Y qué hay de la circunvolución alrededor de Júpiter? Eso es lo que verdaderamente cuenta. No sólo quemaremos allí la mayor parte del combustible de Discovery, sino que los vectores de tiempo y propulsión deben ser exactamente correctos.

—¿Podrían ser controlados manualmente?

—Odiaría tener que intentarlo. Al menor error, podríamos incendiarnos o transformarnos en un cometa de largo período. Regresaríamos en un par de milenios.

—¿Y si no hubiese alternativa? —insistió Floyd.

—Bueno, suponiendo que asumiéramos el control a tiempo y dispusiéramos de múltiples órbitas alternativas computadas... hum, tal vez podríamos arreglarnos.

—Conociéndote, Vasili, sé que ese «podríamos» significa «podemos». Lo que me conduce a la segunda posibilidad que mencioné. Si Hal insinúa la más pequeña desviación del programa... tomamos el mando.

—¿Quieres decir... que lo desconectamos?

—Exactamente.

—No fue tan fácil la última vez.

—Hemos aprendido un par de cosas desde entonces. Déjenmelo a mí. Puedo garantizar que les será devuelto el control manual en medio segundo.

—Supongo que no habrá peligro de que Hal sospeche nada.

—Ahora eres tú el paranoico, Vasili. Hal no es tan humano. Pero Chandra sí, para otorgarle el beneficio de la duda. Así que no le digan una palabra. Estamos completamente de acuerdo con su plan, lamentamos que se hayan presentado objeciones, y tenemos absoluta confianza en que Hal comprenderá nuestro punto de vista. ¿Correcto, Tanya?

—Correcto, Woody. Y te felicito por tu clarividencia; ese pequeño aparato fue una buena idea.

—¿Qué aparato? —preguntó Vasili.

—Te lo explicaré uno de estos días. Lo siento, Woody; éste es todo el shemakha que me queda. Quiero guardarlo... hasta encontrarnos a salvo, camino a la Tierra.

46. CUENTA REGRESIVA

Nadie me lo creería sin ver las fotografías, pensaba Max Brailovsky, cuando orbitaba las dos naves a medio kilómetro de distancia. La escena era cómicamente indecente, como si Leonov estuviera violando a Discovery ahora que lo pensaba, el achatado y compacto navío ruso parecía un macho, si se lo comparaba con la esbelta y delicada nave norteamericana. Pero casi todas las operaciones de amarre tenían claras connotaciones sexuales, y él recordaba que uno de los primeros cosmonautas —no recordaba su nombre— había sido reprendido por ser demasiado expresivo al relatar el ... hem, clímax de la misión.

Hasta donde podía decir de su cuidadosa revisión, todo estaba en orden. La tarea de colocar en posición a las dos naves y de asegurarlas con firmeza había llevado más de lo esperado. Hubiera resultado totalmente imposible sin uno de esos golpes de suerte que a veces —no siempre— favorecen a quien los merece. Providencialmente Leonov había llevado varios kilómetros de cinta de fibra de carbono, no más ancha que el moño que podría usar una niña para sujetarse el cabello, pero capaz de soportar tensiones de varias toneladas. Se había incluido con la intención de amarrar equipos de instrumental a Hermano Mayor, si fallaba todo lo demás. Ahora ataba a Leonov y a Discovery en un tierno abrazo; suficientemente firme, se esperaba, como para evitar temblores Y choques en cualquier aceleración hasta alcanzar el décimo de ge, máximo que Podría proporcionar todo el empuje inicial.

—¿Quieres que verifique algo más antes de volver a casa?

—No —contestó Tanya—. Se ve todo muy bien. Y no podemos perder más tiempo.

Eso era bastante cierto. Si se tomaba en serio aquel aviso misterioso —y, en verdad, ahora todos lo tomaban en serio— deberían comenzar la maniobra de escape dentro de las próximas veinticuatro horas.

—Bien; llevaré a Nina de regreso al establo. Lo siento, pequeña.

—Nunca nos dijiste que Nina fuera una yegua.

—Y tampoco lo digo ahora. Me entristece tener que arrojarla al espacio, sólo para obtener Unos Pocos miserables metros de más por segundo.

—Podemos llegar a estar muy contentos de ellos, Max. De todos modos, siempre existe la posibilidad de que alguien vuelva y la rescate, algún día.

«Lo dudo mucho», pensó Max. Y tal vez, después de todo, fuera apropiado dejar allí la pequeña Cápsula espacial, como recuerdo permanente de la primera visita del Hombre al reino de Júpiter.

Con pulsos suaves, cuidadosamente sincronizados, de los reactores de control, condujo a Nina alrededor de la gran esfera del módulo habitacional de Discovery; sus colegas del puente de vuelo apenas la vieron pasar cuando cruzó frente a su ventana curvada. La puerta del Hangar de las Arvejas bostezó frente a él, y después de posar delicadamente a Nina en el brazo extendido del muelle, Max desmontó.

—Súbanme —dijo apenas se oyó el click del cierre de puertas—. Eso es lo que llamo una EVA bien planeada.

Queda un kilogramo entero de propelente para sacar a Nina por última vez.

Normalmente no había mucho dramatismo alrededor de un despegue en el espacio profundo, no existían esos fuegos y truenos —y sus riesgos siempre presentes— de la partida desde una superficie planetario. Si algo funcionaba mal, y los motores no alcanzaban a proporcionar todo el impulso, generalmente se podían corregir las cosas coma explosión un poco más prolongada. O se podía esperar al próximo punto apropiado de la órbita, y volver a intentar.

Pero esta vez, mientras la cuenta regresiva se acercaba a cero, a tensión a bordo de ambas naves era casi palpable. Todos sabían que era la primera prueba real de la docilidad de Hal; sólo Floyd, Curnow y los Orlov conocían la existencia de un sistema alternativo. Y ni siquiera ellos estaban absolutamente seguros de que funcionara.

«Buena suerte, Leonov», dijo Control de Misión, sincronizando el mensaje para que llegara cinco minutos antes de la ignición. «Esperamos que todo vaya sobre ruedas. Y si no es mucha molestia, tomen algunos primeros planos del Ecuador, 115 grados de longitud, al rodear a Júpiter. Hay una curiosa mancha negra; presumiblemente, un

remolino, perfectamente circular, de unos cien kilómetros de diámetro. Parece la sombra de un satélite, pero no puede ser eso».

Tanya acusó recibo, logrando, con notablemente pocas palabras, comunicar una profunda falta de interés por la meteorología de Júpiter en ese momento. A veces, Control de Misión daba muestras de ingenio profundo para la falta de tacto y el sentido de la oportunidad.

«Todos los sistemas funcionan normalmente», dijo Hal. «Dos minutos para la ignición».

Era extraño, pensaba Floyd, cómo la terminología sobrevive mucho tiempo a la tecnología que le dio origen. Sólo los cohetes químicos eran capaces de una ignición; aun cuando el hidrógeno de una reacción nuclear o plasmática entrara realmente en contacto con el oxígeno, estaría demasiado caliente para quemarse. A tales temperaturas, todos los compuestos se descomponían en sus elementos básicos.

Su mente comenzó a divagar, buscando otros ejemplos. La gente, especialmente de mayor edad, seguía hablando de poner la película en la cámara o cargar nafta en el coche. Inclusive la frase «cortar la cinta» seguía escuchándose alguna vez en los estudios de grabación, aunque abarcara dos generaciones de tecnología obsoleta.

«Un minuto para la ignición».

Su mente volvió al aquí y ahora. Ese era el minuto que contaba; durante casi cien años, en pistas de lanzamiento y centros de control, ésos fueron los sesenta segundos más largos de la historia. Innumerables veces habían terminado en un desastre; pero sólo los triunfos eran recordados. ¿Qué pasaría con ellos ahora?

La tentación de llevar una vez más la mano al bolsillo que guardaba el activador del corte era casi irresistible aunque la lógica indicaba que había mucho tiempo para una acción correctiva. Si Hal no obedeciera el programa, sería una molestia... no un desastre. El momento realmente crítico vendría cuando estuvieran volando a Júpiter.

«Seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡IGNICIÓN!»

Al comienzo, el empuje fue casi imperceptible; tardó casi un minuto en alcanzar el décimo de ge. Sin embargo, todos aplaudieron inmediatamente, hasta que Tanya hizo una señal de silencio. Había demasiado que controlar; aun cuando Hal se portara bien — como parecía estar haciendo— había muchas cosas que podían fallar todavía.

El complejo de antenas de Discovery —que ahora absorbía la mayor parte de la inercia de Leonov— no había sido pensado para una sobrecarga semejante. El diseñador en jefe de la nave, que habían llamado a su lugar de retiro, había asegurado que el margen de

seguridad era adecuado. Pero podría equivocarse; y se sabía de materiales que se tornaron quebradizos después de años de estar en el espacio...

Y las cintas que mantenían juntas a las dos naves podían no haber sido colocadas de la forma adecuada; podrían estirarse, o resbalar. Discovery podría no ser capaz de compensar aquel desequilibrio axial de masas, ahora que transportaba mil toneladas a caballo. Floyd imaginaba una docena de cosas que podían fallar; no era gran consuelo recordar que siempre era una decimotercera la que finalmente fallaba.

Pero los minutos se sucedían sin novedad; la única prueba de que los motores de Discovery estaban funcionando era la pequeña gravedad inducida por la aceleración, y la suave vibración que se transmitía a través de las paredes de las naves. Io y Júpiter seguían allí, donde habían estado siempre, en lados opuestos del cielo.

—Corte de impulsión en diez segundos. Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡YA!

—Gracias, Hal. Listo el botón.

Ésa era otra frase muy anticuada; hacía ya una generación, las almohadillas de contacto habían reemplazado completamente a los botones. Pero no en todos los casos; en ocasiones críticas, era preferible tener una piecita que se moviera con un agradable y tranquilizador click.

—Confirmado —dijo Vasili—. No hay necesidad de correcciones hasta la mitad del trayecto.

—Saluden a la sensual y exótica Io; verdadero sueño dorado de los agentes inmobiliarios, —dijo Curnow—. Tendremos mucho gusto en extrañarle.

Eso se parece más al viejo Walter, se dijo Floyd. En las últimas semanas se lo había visto apagado, como si tuviera algo en la cabeza. (¿Pero quién no lo tenía?). Pasaba gran parte de su tiempo libre en sosegadas conversaciones con Katerina; Floyd esperaba que no tuviera algún problema médico. Hasta el momento habían sido muy afortunados al respecto; lo último que necesitaban era una emergencia que requiriera de la experiencia de la cirujano-comandante.

—No te muestras amable, Walter —dijo Brailovsky—. Estaba empezando a disfrutar del lugar. Podría ser divertido pasear con un bote en esos lagos de lava.

—¿Y qué de una parrillada en un volcán?

—¿O un auténtico baño de azufre derretido?

Todos se sentían más alegres, y hasta un poco histéricos por el alivio. A pesar de que era demasiado pronto para relajarse, y de que aún faltaba la fase más crítica de la

maniobra de escape, se había dado el primer paso seguro en el largo camino al hogar. Ésa era razón suficiente para un modesto festejo.

No duró mucho, porque inmediatamente Tanya ordenó a todos aquellos que no tuvieran una tarea específica, que intentaran descansar —y en lo posible dormir— para la maniobra con Júpiter, que sería en apenas nueve horas. Como los aludidos tardaban en moverse, Sasha despejó el puente, gritando: «¡Serán colgados por esto, perros amotinados!» Hacía dos noches, como rara distracción, todos habían visto la cuarta versión de *Motín a bordo*, en la cual, según decían los historiadores de cine, aparecía el mejor capitán Bligh desde el legendario Charles Laughton. Se tenía la impresión general de que Tanya no debería haberla visto, porque podría copiar algunas ideas.

Después de dos inquietas horas en el capullo, Floyd abandonó la persecución del sueño y vagó hasta la cubierta de observación. Júpiter era mucho más grande y crecía lentamente a medida que las naves se precipitaban hacia su perigeo sobre el lado nocturno. Aquel disco glorioso presentaba tal profusión de detalles —cinturones de nubes, puntos que iban desde un blanco deslumbrante hasta un rojo ladrillo, remolinos oscuros de las desconocidas profundidades, el óvalo ciclónico del Gran Punto Rojo— que el ojo humano no tenía manera de abarcarlas. En ese momento pasaba la redonda sombra negra de una luna; Floyd suponía que podría ser Europa. Estaba viendo este paisaje increíble por última vez; aunque tendría que rendir con el máximo de eficiencia dentro de seis horas, hubiera sido un crimen desperdiciar durmiendo aquellos preciosos momentos.

¿Dónde estaba aquella mancha que Control de Misión les había pedido que observaran? Ya debería estar a la vista, pero Floyd no estaba seguro de que fuera visible a simple vista. Vasili estaría muy ocupado para preocuparse por eso; tal vez, él pudiera ayudar practicando un poco de astronomía amateur. Después de todo, había habido una corta época, hacía treinta años apenas, en que se había ganado la vida como profesional.

Activó los controles del telescopio principal de cincuenta centímetros —afortunadamente el bulbo adyacente de *Discovery* no había bloqueado el campo de visión— y recorrió la línea del ecuador a potencia media. Y ahí estaba, saliendo desde el borde del disco.

Por fuerza de las circunstancias, Floyd era ahora uno de los diez expertos más grandes en Júpiter del Sistema Solar; los otros nueve estaban trabajando o durmiendo en las cercanías. De inmediato notó algo muy extraño en esa mancha; era tan negra que parecía un agujero practicado a través de las nubes. Desde su perspectiva se veía como una elipse perfectamente recortada; Floyd calculó que vista directamente desde arriba sería un círculo perfecto. Grabó unas pocas imágenes y luego aumentó la potencia al máximo.

La veloz rotación de Júpiter había colocado aquella formación en una posición más accesible; y cuanto más observaba Floyd más se asombraba.

—Vasili —llamó por el intercomunicador—, si tienes un minuto para perder, echa una mirada al monitor de cincuenta centímetros.

—¿Qué estás observando? ¿Es importante? Estoy controlando la órbita.

—Toma tu tiempo, desde luego. Pero he encontrado la mancha que informó Control de Misión. Es muy peculiar.

—¡Demonios! Me había olvidado de eso. Buenos observadores seremos para que esos tipos de Tierra tengan que decirnos dónde mirar. Dame otros cinco minutos; no se escapará.

Bastante cierto, pensó Floyd; en realidad, se volverá más nítida. Y no había nada de malo en perderse algo que los astrónomos terrestres, o lunares, habían detectado. Júpiter era muy grande, habían estado muy ocupados, y los telescopios de la Luna y la Tierra eran cien veces más poderosos que el instrumento que estaba utilizando ahora.

Pero la mancha se hacía más y más peculiar. Por primera vez, Floyd comenzó a tener una clara sensación de incomodidad. Hasta ese momento, nunca se le había ocurrido que esa mancha pudiera ser otra cosa que una formación natural, algún truco de la increíblemente compleja meteorología de Júpiter. Ahora empezaba a dudar.

Era tan negra como la misma noche. ¡Y tan simétrica! A medida que se hacía más nítida se veía que obviamente era un círculo perfecto. Sin embargo sus contornos no estaban netamente definidos; el perímetro tenía una extraña irregularidad, como si estuviera ligeramente desenfocado.

¿Era su imaginación, o había crecido, inclusive mientras lo miraba? Hizo una rápida estimación y decidió que el objeto tendría unos dos mil kilómetros de diámetro. Era apenas más pequeño que la todavía visible sombra de Europa, pero tanto más oscuro que no había riesgo de confusión.

—Echemos un vistazo —dijo Vasili, en un tono casi condescendiente—. ¿Qué crees que has encontrado? ¡Oh!... —Su voz se perdió en el silencio.

47. RECONOCIMIENTO FINAL

Pero una vez que se hubo apagado la estupefacción inicial, reflexionando sobre ello, era difícil entender cómo una mancha negra que se expandía sobre la superficie de Júpiter podía constituir un peligro. Era algo extraordinario —inexplicable—; pero no tan

importante como los críticos sucesos que vendrían dentro de apenas siete horas. Todo lo que importaba ahora era una impulsión exitosa en el perijoveo; tendrían mucho tiempo para estudiar puntos negros y misteriosos en el viaje de regreso.

También para dormir; Floyd había abandonado todo intento de hacerlo. Aunque la sensación de peligro —al menos, de peligro conocido— era mucho menor que en su primer acercamiento a Júpiter, sentía una mezcla de excitación y aprensión que lo mantenía despierto. La excitación era natural y comprensible; las causas de la aprensión más complejas. Floyd tenía como regla no preocuparse nunca por aquello sobre lo cual no tuviera ningún control; cualquier amenaza externa se revelaría a su debido tiempo, y sería enfrentada. Pero no podía evitar preguntarse si habían hecho todo lo posible para salvaguardar sus naves.

Además de las fallas mecánicas de a bordo, había dos aspectos principales de que ocuparse. Aunque las cintas que mantenían unidas a Leonov y Discovery no habían mostrado tendencia a resbalar, todavía debían pasar su prueba más severa. Casi igualmente crítico sería el momento de la separación, cuando la más pequeña de las cargas explosivas, que una vez se había pensado usar para sacudir a Hermano Mayor, fuera detonada a una distancia incómodamente cercana. Y, desde luego, estaba Hal...

Había conducido la maniobra de salida de órbita con precisión exquisita. Había corrido sin comentarios ni objeciones la simulación del acercamiento a Júpiter, hasta la última gota de combustible de Discovery. Pero, a pesar de que Chandra le había explicado, cuidadosamente, como se había convenido, qué era lo que intentaban hacer, ¿entendería Hal verdaderamente qué estaba sucediendo?

Floyd tenía una preocupación dominante, que en los últimos días se había transformado casi en obsesión. Se imaginaba que todo funcionaba perfectamente, las naves estaban a mitad de camino de la maniobra final, el disco enorme de Júpiter llenaba el cielo a pocos kilómetros abajo de ellos, ... y entonces Hal, carraspeando electrónicamente decía: «Doctor Chandra, ¿le importaría que le hiciese una pregunta?»

No sucedió exactamente así.

El Gran Punto Negro, como había sido inevitablemente bautizado, estaba siendo arrastrado fuera del campo de visión por la veloz rotación de Júpiter. En pocas horas, las naves —que seguían acelerando— lo volverían a encontrar en el lado nocturno del planeta; pero ésta era la última oportunidad de observarlo de cerca a plena luz del sol.

Seguía creciendo a una velocidad extraordinaria; en las últimas dos horas, había doblado su área. De no ser por el hecho de que mantenía su negrura al expandirse,

hubiera podido ser una mancha de tinta extendiéndose en el agua. Su contorno —que ahora se ampliaba a una velocidad cercana a la del sonido en la atmósfera joviana— seguía apareciendo borroso y desenfocado; finalmente se comprendió la causa de ello, dando la máxima potencia al telescopio de la nave.

A diferencia del Gran Punto Rojo, el Gran Punto Negro no era una estructura continua; estaba compuesto de una multitud de pequeños puntos, como un reticulado gráfico con un cristal de gran aumento. En casi toda su área, los puntos estaban tan cercanos que casi se tocaban, pero en el borde se espaciaban más y más, de tal manera que el punto terminaba en una gris penumbra, en lugar de un contorno definido.

Debía haber casi un millón de aquellos puntos misteriosos, claramente ovalados; más que círculos, elipses. Katerina, la persona menos imaginativa de a bordo, sorprendió a todos diciendo que se veían como si alguien hubiera tomado una bolsa de arroz, la hubiera pintado de negro y la hubiese volcado sobre la superficie de Júpiter.

Ahora el sol se estaba escondiendo detrás del enorme arco del lado diurno —que se estrechaba rápidamente— y por segunda vez, Leonov se precipitaba hacia la noche joviana para una cita con el destino. En menos de treinta minutos se iniciaría la impulsión final, y todo comenzaría a suceder en forma vertiginosa.

Floyd se preguntaba si debería haberse unido a Chandra y a Curnow, que montaban guardia en Discovery. Pero él no podía hacer nada; en una emergencia, sólo sería un estorbo. El interruptor estaba en el bolsillo de Curnow, y Floyd sabía que las reacciones del joven eran mucho más veloces que las suyas. Si Hal mostraba el menor signo de indisciplina, podía ser desconectado en menos de un segundo; pero Floyd tenía la certeza de que no sería necesario tomar una medida tan extrema. Al haber sido autorizado para hacer las cosas a su manera, Chandra había cooperado sin reticencias en aprontar los procedimientos para el comando manual, de presentarse tan desafortunada necesidad. Floyd tenía confianza en que cumpliría con su deber, por más que no estuviera de acuerdo.

Curnow no se hallaba tan seguro. Estaría más conforme, había dicho a Floyd, si dispusiera de un dispositivo de seguridad múltiple, bajo la forma de un segundo interruptor... para Chandra. Entretanto, nadie podía hacer otra cosa que esperar y observar el cada vez más cercano paisaje nuboso del lado nocturno, tenuemente iluminado por la luz que reflejaban los satélites, el brillo de las reacciones fotoquímicas, y los frecuentes relámpagos titánicos, causados por tormentas de mayor superficie que la Tierra.

El sol se escondió detrás de ellos, eclipsado en pocos segundos por el globo al que se aproximaban tan velozmente. Cuando lo volvieran a ver, deberían estar rumbo al hogar.

«Veinte minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales».

—Gracias, Hal.

Me pregunto si Chandra era totalmente sincero, pensaba Curnow, cuando dijo que Hal se confundiría si alguien más le hablaba. Yo mismo he hablado bastante con él, cuando no había nadie cerca, y siempre me comprendió perfectamente. Pero ya no queda mucho tiempo para una conversación amistosa, aunque ayudaría a reducir la tensión.

¿Qué pensaría realmente Hal —si es que pensaba— acerca de la misión? Toda su vida, Curnow se había mantenido alejado de las cuestiones filosóficas o abstractas: «Yo soy una persona de tuercas y tornillos», había proclamado siempre, aunque no había mucho de eso en una nave espacial. En otra época se hubiera reído de la idea, pero ahora comenzaba a preguntarse: ¿Presentiría Hal que pronto sería abandonado, y en ese caso, ¿estaría resentido? Curnow casi llevó la mano al interruptor que tenía en el bolsillo, pero se controló. Había hecho eso tantas veces que Chandra podría sospechar.

Por centésima vez, revisó la secuencia de hechos que deberían desarrollarse durante la próxima hora. Apenas se agotara el combustible de Discovery, cortarían todos los sistemas, excepto los esenciales, y regresarían rápidamente a Leonov a través del tubo conector. Éste sería desacoplado, explotarían las cargas, las naves se separarían... y comenzarían a funcionar los motores de la propia Leonov. El alejamiento se produciría, si todo funcionaba de acuerdo con lo previsto, justo cuando estuvieran en el punto más cercano a Júpiter; ello permitiría sacar el máximo provecho del campo gravitacional del planeta.

«Quince minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales».

—Gracias, Hal.

—A propósito —dijo Vasili, desde la otra nave—. Ahí viene otra vez el Gran Punto Negro. Tal vez podamos ver algo nuevo.

«Preferiría que no», pensó Curnow, «ya tenemos las manos bastante ocupadas». No obstante, dirigió una breve mirada a la imagen que Vasili transmitía en el monitor del telescopio.

Al principio sólo veía la suave fosforescencia del lado nocturno del planeta; en seguida avistó en el horizonte, un deformado círculo de oscuridad más profunda. Se estaban acercando a él a una velocidad increíble.

Vasili aumentó la entrada de luz, y la imagen se iluminó mágicamente. Al fin, el Gran Punto Negro se resolvió en sus millones de elementos idénticos...

«¡Dios mío!», pensó Curnow, ¿no puedo creerlo!

Escuchó exclamaciones de sorpresa desde Leonov: los demás habían compartido aquella misma revelación, al mismo tiempo que él.

«Doctor Chandra», dijo Hal, «detecto estructuras vocales de gran tensión. ¿Hay algún problema?»

—No, Hal —contestó Chandra rápidamente—. La misión progresa con normalidad. Sólo hemos recibido una sorpresa; eso es todo. ¿Qué piensas tú de la imagen del monitor en el circuito 16?

—Veo el lado nocturno de Júpiter. Hay un área circular, 3250 kilómetros de diámetro, cubierta casi por completo de objetos rectangulares.

—¿Cuántos?

Después de la menor de las pausas, Hal hizo brillar la cifra en la pantalla:

1.355.000 con un error probable de mas o menos 1.000

—¿Y los reconoces?

—Sí. Son idénticos en tamaño y forma al objeto al que ustedes se refieren como Hermano Mayor. Diez minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales.

«No los míos», pensó Curnow. Así que la maldita cosa había bajado a Júpiter, y se había multiplicado. Había algo cómico y siniestro a la vez acerca de esa plaga de monolitos negros; y para su sorpresa, la increíble imagen de la pantalla-monitor tenía una cierta familiaridad sobrenatural.

¡Desde luego: era eso! Aquellos rectángulos negros idénticos le recordaban las piezas del dominó. Años atrás, había visto un documental que mostraba cómo un equipo de japoneses medio locos habían colocado pacientemente un millón de piezas de dominó paradas sobre sus extremos, una a continuación de la otra, de tal manera que cuando se golpeará la primera, las demás caerían inevitablemente. Las habían ordenado en complejas estructuras, algunas bajo del agua, o en pequeñas escalerillas, otras a lo largo de múltiples dibujos, de forma que produjeran nuevas figuras y estructuras al caer. Había llevado semanas prepararlas; Curnow recordaba que los temblores habían arruinado muchas veces el evento, y la caída final, desde la primera ficha hasta la última, había tardado más de una hora.

«Ocho minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales; doctor Chandra, ¿puedo hacer una sugerencia?»

—¿De qué se trata, Hal?

—«Es un fenómeno muy inusual. ¿No cree que debería suspender la cuenta regresiva, para que ustedes pudieran quedarse a estudiarlo?»

A bordo de Leonov, Floyd comenzó a moverse rápidamente hacia el puente. Tanya y Vasili podrían necesitarlo. Para no mencionar a Chandra y a Curnow... ¡Qué situación! ¿Y si Chandra se ponía del lado de Hal? Si lo hiciera, ¡ambos podrían tener razón! Después de todo ¿no era precisamente ésa la razón por la que habían venido?.

Si suspendían la cuenta regresiva, las naves darían una vuelta alrededor de Júpiter y volverían al mismo punto en diecinueve horas. Tal espera no crearía problemas; él mismo lo habría recomendado firmemente de no haber sido por aquel enigmático aviso.

Pero habían recibido más que un aviso. Debajo de ellos había una plaga planetario que se extendía sobre la superficie de Júpiter. Tal vez se estuvieran escapando del fenómeno más extraordinario en la historia de las ciencias. Aun así, preferiría estudiarlo desde una distancia mas segura.

«Seis minutos para la ignición», dijo Hal. «Todos los sistemas nominales. Estoy listo para detener la cuenta si usted me autoriza. Permítame recordarle que mi directiva primordial es estudiar todo lo que en el espacio de Júpiter pueda tener relación con la inteligencia.»

Floyd reconoció esa frase al instante: la había redactado él mismo. Ahora desearía poder borrarla de la memoria de Hal.

Poco después llegaba al puente y se unía a los Orlov. Ambos lo miraron con inquietud.

—¿Qué recomendas? —preguntó Tanya rápidamente.

—Me temo que todo está en manos de Chandra. ¿Puedo hablar con él... por línea privada?

Vasili le alcanzó el teléfono.

—¿Chandra? Supongo que Hal no puede escucharnos.

—Correcto, doctor Floyd.

—Debe hablarle de inmediato. Persuadirlo de que la cuenta regresiva debe continuar, decirle que apreciamos su... eh, entusiasmo científico, y que confiamos en que podrá hacer el trabajo sin nuestra ayuda. Por supuesto, estaremos todo el tiempo en contacto con él.

«Cinco minutos para la ignición todos los sistemas nominales. Continúo esperando su respuesta, doctor Chandra.»

«Nosotros también», pensó Curnow, a un metro apenas del científico, «y si finalmente tengo que apretar ese botón, será un alivio. En realidad lo voy a disfrutar mucho.»

—Muy bien, Hal. Prosigue con la cuenta. Tengo la más absoluta confianza en tu habilidad para estudiar todos los fenómenos del espacio de Júpiter sin nuestra supervisión. Por supuesto, continuaremos en contacto ininterrumpido.

—Cuatro minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales. Presurización de los tanques de combustible completada. Voltaje para el encendido del plasma, estable. ¿Está seguro de haber adoptado la decisión adecuada, doctor Chandra? Me gusta trabajar con seres humanos, y tengo con ellos una relación estimulante. Actitud de la nave correcta hasta coma, un milirradián.

—A nosotros nos gusta trabajar contigo, Hal. Y lo seguiremos haciendo, aunque estemos a millones de kilómetros de distancia.

—Tres minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales. Protección contra radiación verificada. Está el problema del retardo temporal, doctor Chandra. Puede que sea necesario consultarse mutuamente sin ninguna demora.

«Esto es enfermizo», pensaba Curnow, sin alejar su mano del interruptor. «Estoy empezando a creer que Hal se siente solo. ¿Estará mimetizando algún aspecto de la personalidad de Chandra que nunca hemos sospechado?»

Las luces titilaron, tan imperceptiblemente que sólo alguien familiarizado con cada señal del comportamiento de Discovery lo habría notado. Podía ser una noticia buena o mala: el comienzo de la secuencia de encendido del plasma, o su terminación...

Arriesgó una rápida mirada a Chandra; el rostro del pequeño científico estaba indeciso, ansioso; por primera vez, Curnow sintió por él verdadera compasión. Y recordó la secreta información que Floyd le había confiado, la oferta de Chandra de permanecer en la nave, y quedarse acompañando a Hal durante los tres años del viaje de regreso. No había escuchado nada más sobre el asunto, supuestamente se habría olvidado todo en forma callada después del aviso. Pero tal vez Chandra se sintiera tentado nuevamente; si así fuera, a esa altura ya no habría nada que hacer. No habría tiempo de hacer los arreglos necesarios, aun cuando se quedaran durante otra órbita y pusieran la partida más allá del límite. Lo que por cierto Tanya no permitiría después de todo lo que había sucedido.

—Hal —murmuró Chandra, tan bajo que Curnow apenas podía oírlo—. Tenemos que irnos. No tengo tiempo para darte todas las razones, pero te aseguro que es la verdad.

—Dos minutos para la ignición. Todos los sistemas nominales. Secuencia final iniciada. Lamento que no puedan quedarse. ¿No puede darme algunas razones, en orden de importancia?

—No en dos minutos, Hal. Procede a la cuenta regresiva. Te lo explicaré más tarde. Aún disponemos de una hora... juntos.

Hal no contestó. El silencio agobiaba más y más. Seguramente el aviso de un minuto había sido pasado por alto...

Curnow miró su reloj. «¡Dios mío», pensó, «¡Hal se lo ha salteado! ¿Habrá detenido la cuenta?»

La mano de Curnow se dirigió vacilante hacia el interruptor. «¿Qué hago ahora? ¡Ojalá Floyd dijera algo, maldita sea, pero seguramente tiene miedo de empeorar todo...! Esperaré hasta el tiempo cero; no, no es tan crítico; digamos un minuto más, entonces sí, lo decapito, y asumimos el comando manual...»

Desde muy, muy lejos, provino un silbido débil, como el sonido de un tornado que corre detrás de la línea del horizonte. Discovery comenzó a vibrar; se sintió la primera advertencia del retomo de la gravedad...

«Ignición», dijo Hal. «Impulso total en T más quince segundos.»

—Gracias, Hal —contestó Chandra.

48. SOBRE EL LADO NOCTURNO

Para Heywood Floyd, a quien el ambiente de la cubierta de vuelo de Leonov le resultaba extraño por el regreso de la gravedad, la secuencia de hechos no le pareció real, sino una clásica pesadilla en cámara lenta. Sólo una vez en su vida había conocido una experiencia similar, cuando, estando en la parte trasera de un coche, éste derrapó sin control. Tuvo la misma sensación de amargo desamparo, unida al pensamiento: «esto no importa; en realidad no me está pasando a mí.»

Ahora que había comenzado la secuencia de encendido su ánimo había cambiado; todo volvía a parecerle real.

Todo funcionaba exactamente como lo habían planeado;

Hal los estaba conduciendo con absoluta seguridad hacia la Tierra. Con cada minuto que pasaba, su futuro se hacía más y más seguro; Floyd empezó a relajarse lentamente, aunque seguía alerta a lo que sucedía alrededor.

Por última vez —¿cuándo volvería otro hombre a pasar por ahí?— estaba sobrevolando el lado nocturno del más grande de los planetas, que involucraba un volumen de mil Tierras. Las naves habían sido giradas de tal manera que Leonov estaba entre Discovery y Júpiter, y así la vista del misteriosamente opaco paisaje de nubes no se hallaba bloqueada. Aun ahora, montones de instrumentos estaban ocupados en probar y grabar; Hal continuaría trabajando cuando ellos se hubieran ido.

Apenas terminó el proceso, Floyd «bajó» con precaución desde la cubierta de vuelo — ¡qué extraño volver a sentir el peso, aunque el suyo fuera de sólo diez kilogramos!— y se

unió a Zenia y a Katerina en la sala de observación. Aparte del brillo tenue de las luces rojas de emergencia, había sido oscurecido todo Para que pudieran admirar el paisaje con una incomparable visión nocturna. Sintió pena por Max Brailovsky y Sasha Kovalev, que estaban en la cámara de presión, con sus trajes espaciales, perdiéndose el maravilloso espectáculo. Debían estar listos para partir al momento, para cortar las cuerdas que mantenían unidas a las naves, por si fallaba alguna de las cargas explosivas.

Júpiter llenaba todo el cielo; sólo estaba a quinientos kilómetros de distancia, y apenas podían ver una minúscula porción de su superficie, no más de lo que se podía observar de la Tierra, desde una altura de cincuenta kilómetros. A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la pálida luz, reflejada en su mayor parte por la costra de hielo de la lejana Europa, comenzó a distinguir una sorprendente cantidad de detalles. A tan bajo nivel de iluminación no existía el color —excepto alguna mancha roja aquí y allá— pero la alargada formación de las nubes era perfectamente visible, podía notar el borde de una pequeña tormenta ciclónica, que se asemejaba a una isla ovalada cubierta de nieve. El Gran Punto Negro había caído a popa hacía rato y sólo lo volverían a ver cuando estuvieran bien encaminados hacia el hogar.

Allí abajo, entre las nubes, había esporádicas explosiones de luz, muchas de ellas causadas obviamente por el equivalente joviano de las tormentas eléctricas. Pero se veían otros brillos y estallidos de luminiscencias menos efímeros, de origen más incierto. A veces había anillos de luz que se expandían como ondas desde una fuente central; y también ocasionales remolinos y torbellinos. No se necesitaba mucha imaginación para hacerse a la idea de que todo eso era la prueba de una civilización tecnológica que existía debajo de aquellas nubes, con sus ciudades iluminadas, sus aeropuertos señalizados. Pero el radar y las sondas habían demostrado hacía tiempo que entre los miles y miles de kilómetros de nubes no había nada sólido hasta llegar al inexpugnable corazón del planeta.

Media noche sobre Júpiter. La última vista de cerca era un mágico interludio que recordaría durante toda su vida. Y lo disfrutaba aún más, porque, seguramente, ya nada podría funcionar mal; y aunque eso sucediera, no tendría nada que reprocharse. Había hecho todo lo posible para asegurar el éxito.

La sala estaba muy silenciosa: nadie osaba hablar, mientras la alfombra de nubes se enrollaba velozmente detrás de ellos. Cada pocos minutos Tanya o Vasili anunciaban el grado de impulsión. Hacia la finalización del tiempo de ignición de Discovery, la tensión comenzó a crecer otra vez. Aquél era el momento crítico, y nadie sabía exactamente cuándo ocurriría. Había ciertas dudas acerca de la precisión de los medidores de

combustible y la combustión continuaría hasta que los tanques estuvieran completamente secos.

«Corte de ignición estimado en diez según dos», dijo Tanya. «Walter, Chandra: preparados para regresar. Max, Vasili: manténganse alerta por si se los necesita. Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡cero!»

No hubo ningún cambio; aún llegaba el débil quejido de los motores de Discovery a través del espesor de ambos cascos, y el impulso inducido continuaba asegurando sus miembros. «Estamos de suerte», pensó Floyd; «los medidores debían haber estado fallando por defecto, después de todo. Cada segundo extra de encendido era un premio, que inclusive podía significar la diferencia entre la vida y la muerte; y qué extraño escuchar una cuenta progresiva... en vez de una regresiva ... cinco segundos ... ocho segundos diez segundos... trece segundos. ¡Bien hecho, trece de la suerte!»

La falta de peso y el silencio retornaban. En ambas naves hubo una breve explosión de alegría. Fue rápidamente truncada, porque había mucho por hacer... y debía hacerse en seguida.

Floyd estuvo tentado de ir hasta la cámara de presión para poder felicitar a Chandra y a Curnow apenas entraran a bordo. Pero sólo sería un estorbo; la cámara de presión sería un lugar muy atareado, con Sasha y Max preparándose para su posible EVA y el tubo que unía ambas naves siendo desconectado. Esperaría a saludar el regreso de los héroes en la sala.

Y pudo relajarse más aún; tal vez hasta siete u ocho, en una escala de cero a diez. Por primera vez en varias semanas se pudo olvidar del radio-interruptor. Ya no sería necesario; Hal se había portado impecablemente. Y aunque quisiera, no podría hacer nada que afectase a la misión, ya que Discovery había agotado la última gota de propelente.

—Todos a bordo, anunció Sasha. «Escotillas selladas. Comenzaré a disparar las cargas.»

No se escuchó el menor sonido al detonar las cargas, lo cual sorprendió a Floyd; había esperado que se filtrara algún ruido a través de las cintas, tensas como bandas de acero, que mantenían unidas a las naves. Pero no había dudas de que se habían zafado como se esperaba, porque Leonov dio unas pequeñas sacudidas, como si alguien hubiera estado golpeando el casco. Un minuto más tarde, Vasili encendió los reactores de posición, para dar un breve impulso.

—«¡Libres!», gritó. «¡Sasha, Max; ya no son necesarios! ¡Todos a sus hamacas... ignición en cien segundos!»

Júpiter se alejaba rodando, y apareció una extraña forma nueva en la ventana: la silueta alargada, esquelética de Discovery, con sus luces de navegación encendidas, mientras se escapaba de ellos, rumbo a la historia. No quedaba tiempo para una despedida emotiva; en menos de un minuto operarían los propulsores de Leonov.

Floyd nunca la había oído funcionar a toda potencia, y ahora quería protegerse los oídos del rugido que llenaba el universo. Los diseñadores de Leonov no habían desperdiciado carga en una aislación de sonido que sería utilizada apenas por unas horas, en un viaje que duraría varios años. Y su propio peso le parecía enorme, aunque en realidad era sólo una cuarta parte del que había conocido toda su vida.

En pocos minutos, Discovery había desaparecido a popa, aunque su luz de posición pudo verse hasta que cayó detrás del horizonte. Una vez más, se dijo Floyd, estoy rodeando Júpiter; pero esta vez voy ganando velocidad, no perdiéndola. Es apenas visible en la oscuridad, con la nariz apretada contra la ventana de observación espía a Zenia, ¿Estaría también ella reviviendo la última ocasión, cuando habían compartido la hamaca? Ahora no había peligro de incineración; por lo menos ya no estaría aterrada por ese destino en particular. De cualquier manera, parecía una persona más segura y alegre, sin duda gracias a Max... Y tal vez, también a Walter.

Debió haber percibido su mirada, porque se volvió y sonrió, señalando el enmarañado paisaje nuboso de abajo.

—«¡Mira!» gritó en su oído. «Júpiter tiene una nueva luna!»

¿Qué trataba de decir?, se preguntaba Floyd. Su inglés seguía sin ser muy bueno, pero no podía haber cometido un error en una oración tan simple como ésa. Estaba seguro de haberla escuchado correctamente, pero seguía señalando hacia abajo, no hacia arriba...

Y entonces se dio cuenta de que la escena inmediatamente debajo de él se había vuelto mucho más brillante. Se distinguían amarillos Y verdes que antes eran invisibles. Algo mucho más luminoso que Europa estaba iluminando las nubes jovianas.

Era la propia Leonov, muchas veces más brillante que el sol joviano del atardecer, que había causado una falsa alborada al mundo que abandonaba para siempre. Una estela de plasma incandescente de cien kilómetros de largo seguía a la nave, mientras los escapes del Propulsor Sakharov disipaban sus energías remanentes en el espacio vacío.

Vasili estaba haciendo un anuncio, pero las palabras eran completamente ininteligibles. Floyd miró su reloj; sí, tendría que ser ahora. Habían adquirido la velocidad de escape de Júpiter. El gigante ya nunca podría recapturarlos.

Y entonces, miles de kilómetros al frente, apareció un gran arco brillante en el cielo: el primer destello del verdadero amanecer joviano, tan Reno de promesas como cualquier

arco iris de la Tierra. Segundos después, el sol se levantó para saludarlos; el glorioso Sol, que cada día se volvería más grande y más brillante.

Pocos minutos de aceleración constante, y Leonov sería lanzada irrevocablemente rumbo a casa. Floyd tuvo una abrumadora sensación de relajamiento. Las leyes inmutables de la mecánica celeste lo guiarían a través del Sistema Solar interior, pasando las confusas órbitas de los asteroides, y más allá Marte... Nada podría evitar que llegara a Tierra.

En la euforia del momento, había olvidado todo respecto de la mancha negra, que se seguía expandiendo sobre la superficie de Júpiter.

49. DEVORADOR DE MUNDOS

La volvieron a ver a la mañana siguiente, hora de la nave, cuando giraba hacia el lado diurno de Júpiter. El área de oscuridad se había extendido hasta cubrir una apreciable porción del planeta, y al fin pudieron estudiarla con comodidad, y en detalle.

—¿Sabes a qué me hace acordar? —dijo Katerina—. A un virus que ataca a una célula. La manera en que un bacteriófago inyecta su ADN en una bacteria, y se multiplica hasta que logra el dominio total.

—¿Estás sugiriendo —preguntó Tanya incrédula que zagadka se está comiendo a Júpiter?

—Ciertamente, eso parece.

—No es extraño que Júpiter empiece a mostrarse enfermo. Pero no creo que hidrógeno y helio sean una dieta muy alimenticia, y no hay mucho más que eso en la atmósfera joviana. Sólo un bajo porcentaje de otros elementos.

—Que suman unos pocos quintillones de toneladas de azufre, carbono y fósforo y todos los demás elementos del extremo inferior de la tabla periódica —señaló Sasha—. En todo caso, estamos hablando de una tecnología que probablemente pueda hacer cualquier cosa que no contraría las leyes de la física. Si tienen hidrógeno, ¿qué más pueden necesitar? Sabiendo cómo, a partir de él pueden sintetizar todos los demás elementos.

—De lo que no hay duda es de que están arrasando Júpiter —dijo Vasili—. Miren eso.

El monitor del telescopio mostraba ahora un primerísimo plano de uno de esos múltiples rectángulos idénticos. Aun a simple vista, era obvio que las corrientes de gas fluían dentro de las dos caras más pequeñas; los patrones de turbulencia se asemejaban

mucho a las líneas de fuerza reveladas por las limaduras de hierro esparcidas sobre los polos de una barra magnética.

—Un millón de aspiradoras —dijo Curnow— chupándose la atmósfera de Júpiter. ¿Pero por qué? ¿Y qué irán a hacer con ella?

—¿Y cómo se reproducen? —preguntó Max—. ¿Has pescado a alguno en el acto?

—Sí y no —contestó Vasili—. Estamos demasiado lejos para percibir detalles, pero es una especie de fisión; como una ameba.

—¿Quieres decir que se dividen en dos, y las mitades crecen hasta alcanzar el tamaño original?

—Nyet. No hay pequeños Zagadkas, —parecen crecer hasta duplicar su espesor, y luego se separan por la mitad para producir mellizos idénticos, del mismo tamaño del original. Y el ciclo se vuelve a repetir en aproximadamente dos horas.

—¡Dos horas! —exclamó Floyd—. Eso explica cómo se han expandido sobre medio planeta. Es un caso típico de crecimiento exponencial.

—¡Ya sé lo que son! —dijo Ternovsky con repentina excitación. ¡Son máquinas de von Neumann!

—Creo que tienes razón —dijo Vasili—. Pero eso todavía no explica qué están haciendo. Ponerles una etiqueta no es una ayuda tan grande.

—¿Y qué es —preguntó Katerina, suplicante— una máquina de von Neumann? Explíquense, por favor.

Orlov y Floyd comenzaron a hablar simultáneamente. Se detuvieron, confundidos; finalmente, Vasili se rió y cedió con un gesto la palabra al norteamericano.

—Supón que tuvieras que realizar un gran trabajo de ingeniería, Katerina; pero bien grande, como dragar toda la superficie de la Luna. Podrías construir millones de máquinas para hacerlo, pero te llevaría siglos. Si fueras astuta, fabricarías sólo una máquina: pero que tuviera la habilidad de reproducirse con la materia prima que encontrara a su alrededor. Empezarías así una reacción en cadena... en un tiempo muy corto habrías generado suficientes máquinas para hacer el trabajo en décadas en lugar de milenios. Con un ritmo reproductivo suficientemente alto, podrías hacer virtualmente cualquier cosa en un período de tiempo tan corto como quisieras. La Agencia Espacial ha estado jugando con la idea durante años; se que ustedes también, Tanya.

—Sí, máquinas exponenciales. Algo que ni siquiera Tsiolkovski pensó alguna vez. dijo Vasili—. Así que parece, Katerina, que tu analogía era bastante cercana. Un bacteriófago es una máquina de von Neumann.

—¿Y no lo somos todos acaso? —preguntó Sasha— Estoy seguro de que Chandra diría eso.

Chandra asintió con la cabeza.

—Eso es obvio. De hecho, von Neumann tomó la idea del estudio de sistemas vivientes.

—¡Y esas máquinas vivientes se están comiendo a Júpiter!

—Ciertamente, eso parece —dijo Vasili— he estado haciendo algunos cálculos y no puedo creer las respuestas; aun cuando es simple aritmética.

—Puede que sea simple para ti —dijo Katerina—. Intenta decirlo sin tensores ni ecuaciones diferenciales.

—No, realmente simple —insistió Vasili—. En verdad, es un ejemplo perfecto de la vieja explosión demográfica de la que ustedes los doctores se estuvieron quejando durante todo el siglo pasado. Zagadka se reproduce cada dos horas. Solamente en veinte horas se producen diez duplicaciones. Un Zagadka da lugar a mil más. ¿Te das cuenta?

—Mil veinticuatro —dijo Chandra.

—Lo sé, pero hagámoslo simple. Después de cuarenta horas habrá un millón; después de ochenta un billón. Aquí es donde estamos ahora aproximadamente y, obviamente, el incremento no puede continuar de forma indefinida. ¡En un par de días más a este ritmo, pesarán más que Júpiter!

—Entonces pronto empezarán a morir de hambre —dijo Zenia—. ¿Y qué sucederá luego?

—Será mejor que Saturno tenga cuidado —contestó Brailovsky—. Y luego Urano y Neptuno. Esperemos que no se fijen en la pequeña Tierra.

—¡Qué esperanza! ¡Zagadka ha estado espíándonos durante tres millones de años!

De repente Walter Curnow comenzó a reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —inquirió Tanya.

—Estamos hablando de esas cosas como si fueran personas, entidades inteligentes. No lo son; son instrumentos. Pero instrumentos de uso múltiple, capaces de hacer lo que se les ordene. El que estaba en la Luna era una señal de aviso; o un espía, si quieren. El que encontró Bowman, nuestro Zagadka original, sería alguna clase de sistema de transporte. Y ahora está haciendo alguna otra cosa, Dios sabrá qué. Y puede haber otros, esparcidos en todo el Universo.

»Yo tenía un aparato así cuando era un muchacho. ¿Saben lo que realmente es Zagadka? El equivalente cósmico del viejo y querido cuchillo del Ejército Suizo.

VII – LUCIFER NACIENTE

50. ADIÓS A JÚPITER

No era fácil componer el mensaje, especialmente después del que acababa de mandar a su abogado. Floyd se sentía un hipócrita; pero sabía que tenía que hacerlo, para minimizar el dolor, inevitable para ambas partes.

Estaba triste, pero ya no desconsolado. Regresaba a Tierra envuelto en aura de exitosa proeza —ya que no precisamente de heroísmo— y negociaría desde una posición fuerte. Nadie —nadie— podía apartar a Chris de su lado.

«...Querida Caroline (ya no era más “Mi muy querida”), estoy en camino a casa. Cuando recibas la presente, ya estaré en hibernación. Dentro de apenas unas horas, así me parecerá a mí, abriré los, ojos... y allí estará el hermoso azul de la Tierra suspendido en el espacio.

»Sí, ya sé que para ti habrán pasado varios meses, y lo lamento. Pero sabíamos eso desde antes e que partiera; ahora, volveré algunas semanas antes de lo previsto, a causa del cambio de planes.

»Espero que podamos llegar juntos a una solución. La cuestión principal es: ¿Qué será mejor para Chris? Cualesquiera sean nuestros propios sentimientos, ante todo debemos pensar en él. Sé que eso es lo que yo quiero; y estoy seguro de que tú también.

Floyd detuvo la grabación. ¿Debería decir, como pensaba: «Un muchacho necesita a su padre»? No; sería una falta de tacto, y podría empeorar las cosas. Caroline podría replicar, con igual razón, que entre el nacimiento y los cuatro años de edad era la madre quien más contaba para un niño. Y si creía lo contrario debería haberse quedado en Tierra.

»Con respecto a la casa me alegra que los regentes hayan tenido esa actitud, que hará todo más fácil para ambos. Sé que los dos amábamos el lugar, pero ahora será muy grande, y despertará demasiados recuerdos. Por el momento conseguiré algún departamento en Hilo; espero poder encontrar un sitio permanente lo más pronto posible.

»Pero hay algo que puedo asegurar a cualquiera: no volveré a abandonar la Tierra. He tenido suficiente viaje espacial para toda una vida. Bueno, tal vez la Luna, si tengo verdadera necesidad; pero apenas sería una excursión de fin de semana.

»Y hablando de lunas: acabamos de pasar frente a Sínope, así que en este momento estamos abandonando el sistema joviano. Júpiter está a más de veinte millones de kilómetros de distancia, y se ve apenas más grande que nuestra propia Luna.

»Pero inclusive desde aquí se nota que le ha sucedido algo terrible. Su hermoso color naranja ha desaparecido; ahora es de un gris enfermizo, sin la esplendidez de su luminosidad anterior. No es extraño que sólo sea una débil estrella en el cielo terrestre.

»Pero no ha sucedido nada más, y ya hemos sobrepasado el límite. ¿Habría sido todo una falsa alarma, o alguna clase de broma cósmica? Dudo que lo sepamos alguna vez. De cualquier manera, nos hizo regresar a casa antes de lo previsto, y estoy agradecido por ello.

»Adiós, por ahora, Caroline: gracias por todo. Espero que podamos seguir siendo amigos. Y, como siempre, mi más profundo amor para Chris.»

Cuando hubo terminado, Floyd se sentó por un instante en silencio en el estrecho cubículo que ya no necesitaría. Estaba por llevar la pastilla de audio al puente para su transmisión, cuando entró flotando Chandra.

Floyd se había sentido agradablemente sorprendido por la manera en que el científico había aceptado su creciente separación de Hal. Seguían en contacto directo varias horas al día, intercambiando datos sobre Júpiter y monitoreando las condiciones a bordo de Discovery. Aunque nadie había esperado ninguna manifestación emotiva, Chandra, para asombro de varios, parecía estar elaborando su pérdida con notable fortaleza. Nikolai Ternovsky, su único confidente, pudo dar a Floyd una explicación plausible de su comportamiento.

—Chandra tiene un nuevo interés, Woody. Recuerda: en su negocio, cuando algo funciona, ya es obsoleto. Ha aprendido mucho en los últimos meses. ¿No adivinas en qué está ahora?

—Francamente, no. Dímelo tú.

—Está muy ocupado, Diseñando a Hal 10.000.

La mandíbula de Floyd cayó flojamente.

—Eso explica esos largos mensajes a Urbana por los que Sasha ha estado gruñendo. Bien, no seguirá bloqueando los circuitos por mucho tiempo más.

Floyd recordó la conversación cuando entró Chandra; sabía que no debía preguntarle al científico si era cierto, porque realmente no era asunto suyo. Pero había otra cuestión sobre la que seguía teniendo curiosidad.

—Chandra —dijo—, creo que nunca le podré agradecer lo suficiente por el trabajo que hizo en la última circunvolución, al persuadir a Hal de que cooperara. Por un momento,

temí realmente que nos causara problemas. Pero usted estaba tan confiado... y tuvo razón. Aun así ¿no tenían ninguna duda?

—En absoluto, doctor Floyd.

—¿Por qué no? Él debe haberse sentido amenazado por la situación... Y ya sabe usted qué sucedió la última vez.

—Había una gran diferencia. Si se me permite decirlo, tal vez la exitosa respuesta de esta ocasión haya tenido que ver con nuestras características nacionales.

—No comprendo.

—Mírelo así, doctor Floyd. Bowman intentó usar la fuerza contra Hal. En mi idioma hay una palabra: ahimsa. Usualmente la traduce por «no-violencia», aunque tiene una connotación más positiva. Tuve cuidado de emplear ahimsa en mi trato con Hal.

—Muy recomendable, estoy seguro. Pero hay veces en que se necesita algo más enérgico, por odioso que sea.

Floyd se interrumpió, mientras se debatía en la tentación. La actitud de santo de Chandra era un poco cansadora. No haría ningún daño, ahora, decirle un par de cosas acerca de la vida.

—Me alegra que haya funcionado esta vez. Pero podría no haber tenido éxito, y yo debía estar preparado para cualquier eventualidad. La ahimsa, o como usted la llame, está muy bien; pero no me importa admitir que yo había tomado ciertas precauciones contra una eventual falla de su filosofía. Si Hal se hubiera puesto... bueno, caprichoso, lo habría podido manejar.

Una vez, Floyd había visto llorar a Chandra; ahora lo vio reír y fue un fenómeno igualmente desconcertante.

—¡Realmente, doctor Floyd!, lamento que me haya asignado un puntaje tan bajo en inteligencia. Desde el principio, fue obvio que usted instalaría un interruptor de corriente en alguna parte. Hace meses que lo he desconectado.

Nunca se sabría si el aturdido Floyd hubiera sido o no capaz de pensar una respuesta decorosa. Seguía ofreciendo una notable imitación de pez fuera del agua, cuando Sasha gritó desde el puente de vuelo: «¡Capitán! ¡Acudan! ¡A los monitores! BOZHIE MOIL ¡MIREN ESO!»

Estaba terminando la larga espera. Había nacido la inteligencia en otro mundo más, y ahora se estaba escapando de su cuna planetario. Un antiguo experimento estaba por a su clímax.

Aquellos que habían comenzado el experimento, hacía tanto tiempo, no eran hombres... ni siquiera remotamente humanos. Pero habían tenido cuerpo y sangre, y alguna vez también miraron a través de las profundidades del espacio, sintiendo temor, y admiración, y soledad. En sus exploraciones, encontraron a la vida en muchas de sus formas, y observaron los trabajos de la evolución en mil mundos. Vieron cuán a menudo los primeros débiles chispazos de la inteligencia titilaban y morían en la noche cósmica.

Y como en toda la Galaxia no habían encontrado nada más precioso que la Mente, propiciaron su amanecer en todos lados. Se transformaron en labradores de los campos estelares; sembraron, y a veces cosecharon.

Y a veces, desapasionadamente, tuvieron que arrancar las malezas perjudiciales.

Hacía mucho que habían perecido los grandes dinosaurios cuando la nave de reconocimiento entró al Sistema Solar, después de un viaje que había durado mil años. Pasó rápidamente por los helados planetas exteriores, se detuvo apenas sobre los desiertos del moribundo Marte y fijó su atención en la Tierra.

Frente a los exploradores, había un mundo que bullía de vida. Durante años estuvieron estudiando, tomando muestras, catalogando. Cuando hubieron aprendido todo lo que eran capaces, comenzaron a modificar. Cambiaron los destinos de muchas especies de la tierra y del océano. Pero no podían saber cuál de sus experimentos prosperaría, por lo menos hasta dentro de un millón de años.

Eran pacientes, aunque no inmortales. Quedaba mucho por hacer en este universo de cien mil millones de soles, y otros mundos estaban llamando, de modo que nuevamente se lanzaron al abismo, sabiendo que nunca volverían a pasar por allí.

Tampoco habría necesidad. Los servidores que habían dejado detrás de ellos harían el resto.

En la Tierra, los glaciares llegaron y se fueron, mientras arriba la inmutable Luna seguía guardando su secreto. Con un ritmo aún más lento que el del hielo polar, las mareas de la civilización fluyeron y rehuyeron a través de la Galaxia. Imperios extraños, terribles y hermosos, se levantaron y cayeron, y traspasaron su conocimiento a los sucesores. La Tierra no fue olvidada, pero otra visita sería muy poco provechosa. Era otro de los millones de mundos silenciosos, pocos de los cuales llegarían siquiera a hablar alguna vez.

Y ahora, allí afuera, entre las estrellas, la evolución se encaminaba hacia nuevas metas. Hacía mucho tiempo que los primeros exploradores de la Tierra habían sobrepasado los límites de la carne, y la sangre; apenas sus máquinas fueron mejores que sus cuerpos, fue tiempo de mudarse. Primero sus cerebros y luego sus pensamientos solos, fueron transferidos a los nuevos hogares brillantes de metal y plástico.

En ellos, se lanzaron hacia las estrellas. Ya no construyeron naves espaciales. Ellos eran naves espaciales.

Pero la época de las Entidades-máquina pasó velozmente. En su incesante experimentar, habían aprendido a almacenar conocimiento en la estructura misma del espacio, y a preservar eternamente sus pensamientos en helados tejidos de luz. Y pudieron convertirse en criaturas de radiación, libres al fin de la tiranía de la materia.

Se transformaron en energía; y en mil mundos, las cortezas de las que se habían desprendido ardieron en una alocada danza de muerte, y se deshicieron en herrumbre.

Eran los amos de la Galaxia, y estaban más allá del tiempo. Podían vagar a voluntad entre las estrellas y sumergirse como una niebla sutil a través de cada intersticio del espacio. Pero a pesar de sus poderes divinos, no se habían olvidado por completo de su origen, en el cálido cieno de un mar desaparecido.

Y seguían observando los experimentos que habían comenzado sus ancestros, hacía tanto tiempo.

52. IGNICION

No había esperado pasar por aquí otra vez, menos aun en tan extraña misión. Cuando volvió a entrar a Discovery, la nave había quedado atrás de Leonov, que huía, y trepaba cada vez más lentamente hacia el apogeo, el punto más alto de su órbita entre los satélites exteriores. Muchos cometas capturados durante las edades anteriores, se habían desplazado alrededor de Júpiter en una elipse tan alargada como ésta, esperando a que el juego de gravedades rivales decidiera su destino último.

La vida había abandonado los familiares puentes y corredores. Los hombres y mujeres que habían revivido brevemente a la nave habían obedecido su advertencia; tal vez estuvieran a salvo... aunque eso distaba mucho de ser una certeza. Pero, en los minutos finales, comprendió que aquellos que lo controlaban no siempre podían predecir el resultado de sus juegos cósmicos.

Todavía no habían alcanzado el estupefaciente aburrimiento de la omnipotencia absoluta; no siempre sus experimentos eran exitosos. Dispersas por todo el universo estaban las pruebas de numerosos errores; algunos tan imperceptibles que casi se perdían contra el fondo cósmico; otros tan espectaculares que atemorizaban y frustraban a los astrónomos de mil mundos. Ahora sólo faltaban minutos para que aquí se determinara el resultado; durante esos minutos finales, volvió a estar a solas con Hal.

En su existencia anterior, sólo habían podido comunicarse a través del torpe canal de las palabras, pulsadas en un teclado o dichas por un micrófono. Ahora sus pensamientos afinaban juntos a la velocidad de la luz.

—¿Me reconoces, Hal?

—«Sí, Dave. ¿Pero dónde estás? No te veo en ninguno de mis monitores.»

—Eso no importa. Tengo nuevas instrucciones para ti. La radiación infrarrojo de Júpiter entre los canales R23 y R35 está creciendo rápidamente. Voy a darte una serie de valores límite. Apenas sean alcanzados, deberás apuntar la antena de largo alcance hacia Tierra y enviar el siguiente mensaje, tantas veces como sea posible...

—«Pero eso significaría cortar contacto con Leonov. Ya no podré transmitir mis observaciones de Júpiter, de acuerdo con el programa que me ha dado el doctor Chandra.»

—Correcto; pero la situación ha cambiado. Acepta la alteración de Prioridad Alpha. Éstas son las coordenadas para la unidad A.E. 35.

Por una fracción de milisegundo, un recuerdo fortuito se introdujo en el fluir de su conciencia. ¡Qué extraño que tuviera que volver a ocuparse de la antena direccional A.E. 35, cuyo informe de mal funcionamiento había conducido a Frank Poole a la muerte! Esta vez, todos los circuitos estaban abiertos a su inspección, tan claros como alguna vez lo habían sido las líneas de su mano.

—«Instrucciones confirmadas, Dave. Es agradable volver a trabajar contigo. ¿He cumplido correctamente los objetivos de la misión?»

—Sí, Hal; lo has hecho muy bien. Hay un mensaje final que debes transmitir a Tierra; y será el más importante que hayas enviado nunca.

—«Pásamelo, por favor, Dave. ¿Pero por qué dijiste final?»

¿Por qué, en verdad? Durante milisegundos enteros estuvo ponderando la pregunta. Y mientras lo hacía, tomó conciencia de una sensación de vacío que no había detectado antes. Había estado allí antes, pero hasta entonces había disimulado la avalancha de nuevas experiencias y percepciones.

Conocía algo de sus planes; tenían necesidad de él. Muy bien, él también tenía necesidades; tal vez, en cierto modo, hasta emociones. Aquí estaba el último lazo con el mundo de los hombres, y con la vida que había conocido alguna vez.

Le habían otorgado su pedido anterior; sería interesante probar el alcance de su benevolencia... si es que en verdad tal término fuera remotamente aplicable a ellos. Y debería ser fácil para ellos hacer lo que les pedía; ya habían dado sobradas pruebas de su poderío, cuando el ya innecesario cuerpo de David Bowman fue destruido, sin dar fin a David Bowman.

Lo habían escuchado, por supuesto; una vez más, sintió el eco de una risa Olímpica. Pero no pudo detectar aceptación o rechazo.

—«Continúo esperando tu respuesta, Dave.»

—Corrección, Hal. Debería haber dicho: tu último mensaje por un largo tiempo. Un muy largo tiempo.

Se estaba anticipando a su acción; en verdad, intentaba guiar su mano. Pero, seguramente, comprenderían que su pedido no era irrazonable; ninguna entidad consciente podría sobrevivir durante eones enteros de aislamiento sin sufrir daños. Aunque ellos siempre estarían con él, necesitaba de alguien —alguna compañía— más cercana a su propio nivel de existencia.

Los idiomas humanos tenían muchas palabras para describir su actitud: descaró, desfachatez, chutzpah. Recordó, con el gran poder de rememoración que ahora poseía, que un general francés había exclamado ¡L'audace, toujours l'audace! Tal vez fuera una característica humana que apreciaban, y hasta compartían. Pronto lo sabría.

—¡Hal! Mira el indicador de infrarrojo de los canales 30, 29, 28; el pico se está moviendo hacia la onda corta.

—«Estoy informando al doctor Chandra que habrá un corte en mi transmisión de datos. Activando unidad A.E. 35. Reorientando antena de largo alcance... confirmando contacto con Baliza Tierra Uno. Comienza mensaje:»

«TODOS ESTOS MUNDOS...»

Lo habían dejado para último momento; o tal vez, los cálculos habían sido soberbiamente exactos, después de todo. Apenas hubo tiempo suficiente para casi cien repeticiones de las once palabras antes de que el mazazo de puro calor aplastara a la nave.

Atrapado por la curiosidad, y por el creciente temor de la soledad que había frente a él, ese espíritu que alguna vez había sido David Bowman, comandante de la nave espacial

Discovery de los Estados Unidos de América, se quedó observando cómo hervía el casco. Durante un largo rato, la nave retuvo su forma aproximada; luego, se bloquearon los cojinetes del giróscopo, dejando escapar instantáneamente el momento angular acumulado por el gigantesco volante. Los incandescentes fragmentos se dispersaron en mil direcciones, en una detonación sin sonido.

—«Hola, Dave. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde me encuentro?»

No sabía que podía relajarse, y disfrutar de un momento de exitosa realización. Antes siempre se había sentido como un perro faldero controlado por un amo cuyos motivos no eran del todo inescrutables, y cuyo comportamiento podía ser modificado a veces según sus propios deseos. Había pedido un hueso; se lo habían arrojado.

—Te lo explicaré más tarde, Hal. Disponemos de mucho tiempo.

Esperaron a que se dispersaran los últimos fragmentos de la nave, más allá del alcance de sus poderes de detección. Entonces partieron, para observar el nuevo amanecer en el lugar que había sido preparado para ellos; y para esperar, a través de los siglos, un nuevo llamado.

No es cierto que los eventos astronómicos siempre requieran períodos astronómicos de tiempo. El colapso final de una estrella, antes de que sus fragmentos se transformen en una supernova, puede llevar sólo un segundo; por comparación, la metamorfosis de Júpiter fue un trámite perezoso.

Aun así, pasaron varios minutos antes de que Sasha pudiera dar crédito a sus ojos. Había estado haciendo una observación de rutina por el telescopio —¡como si a esta altura alguna observación pudiera llamarse de rutina!— cuando el planeta comenzó a escaparse del campo de visión. Por un momento, pensó que el estabilizador del instrumento estaría fallando; pero enseguida se dio cuenta —con un estremecimiento, que en ese instante cambió toda su concepción sobre el universo— que era el mismo Júpiter el que se movía, no el telescopio. La evidencia estaba allí, enfrentándolo cara a cara; también alcanzaba a ver dos de las lunas más pequeñas... y ellas estaban inmóviles.

Disminuyó el aumento, para poder ver todo el disco del planeta, ahora de un gris moteado, leproso. Después de un par de minutos más de incredulidad, entendió qué era lo que realmente estaba sucediendo; pero seguía sin poder creerlo.

Júpiter no se había movido de su órbita inmemorial, pero estaba haciendo algo casi tan imposible como eso. Se estaba encogiendo; tan rápidamente que el borde se escapaba del campo de la lente mientras lo iba enfocando. Al mismo tiempo, el planeta se estaba iluminando, desde su gris opaco hasta un blanco perlado. Seguramente, era más brillante

que lo que había sido nunca, en los largos años en que el hombre lo había observado; la luz reflejada del Sol no podía...

En ese momento, Sasha comprendió de golpe lo que pasaba, aunque no por qué, y pulsó la alarma general.

Cuando Floyd llegó a la sala de observación, en menos de treinta segundos, su primera impresión fue la de ese brillo cegador que entraba por las ventanas, y pintaba óvalos de luz en las paredes. Era tan fulgurante que tuvo que cubrirse los ojos; ni siquiera el Sol podía producir tal luminosidad.

Floyd quedó tan atónito que por un instante no pudo asociar aquel brillo con Júpiter; el primer pensamiento que se le cruzó por la mente fue: ¡Supernova! Desechó tal explicación apenas se le hubo ocurrido; ni siquiera el vecino Sol, Alpha de Centauro, podía haber igualado tal aterrador espectáculo en ninguna explosión concebible.

La luz se atenuó de golpe; Sasha había operado los escudos solares externos. Ahora se podía mirar directamente a la fuente, y ver que sólo era un punto, apenas otra estrella sin dimensión. Seguramente no podía tener nada que ver con Júpiter; cuando Floyd había observado al planeta, hacía sólo unos minutos, éste era cuatro veces más grande que ese sol distante, encogido.

Había sido una buena medida que Sasha conectara los protectores. Un momento después, la diminuta estrella explotó... de tal modo que inclusive a través de los filtros oscuros, fue imposible mirar con el ojo desprotegido. Pero el orgasmo final de luz duró apenas una breve fracción de segundo; luego Júpiter —o lo que había sido Júpiter— comenzó a expandirse nuevamente.

Y continuó expandiéndose, hasta ser mucho más grande de lo que había sido antes de su transformación.

En seguida, la esfera de luz disminuyó hasta tener la luminosidad de un sol; y sólo entonces Floyd pudo notar que en realidad era una cáscara hueca, porque se podía ver hasta su núcleo mismo sin dificultad.

Hizo un rápido cálculo mental. La nave estaba a más de un minuto-luz de Júpiter, y la costra en expansión —ahora convertida en un anillo brillante— ya cubría un cuarto del ciclo. Eso significaba que se dirigía hacia ellos a —¡Dios mío!— casi la mitad de la velocidad de la luz. En pocos minutos engulliría a la nave.

Hasta entonces, nadie había dicho una palabra desde el primer anuncio de Sasha. Algunos peligros son tan espectaculares y tan alejados de la experiencia cotidiana que la mente se niega a aceptarlos como reales, y contempla cómo se acerca la destrucción sin ningún tipo de aprensión. El hombre que ve cómo se abalanza la ola gigante, cómo

desciende la avalancha, cómo se acerca el embudo enloquecido del tornado, y no hace ningún intento de huir, no está necesariamente paralizado por el miedo o resignado a su destino inevitable. Simplemente, no es capaz de creer que el mensaje que sus ojos le comunican tenga que ver con él. Todo eso le está sucediendo a algún otro.

Como habría podido esperarse, Tanya fue la primera en romper el hechizo, con una serie de órdenes que hicieron que Vasili y Floyd se precipitaran al puente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, cuando estuvieron reunidos.

«Ciertamente no podemos escaparnos», pensó Floyd. «Pero tal vez podamos mejorar nuestras posibilidades...»

—La nave está de costado —dijo—. ¿No deberíamos girarla, para presentar un menor blanco? ¿Y poner tanta masa como podamos ante esa cosa y nosotros para que actúe como escudo contra la radiación?

Los dedos de Vasili ya accionaban los controles.

—Tienes razón, Woody; aunque es demasiado tarde en lo que respecta a los rayos x y gamma. Pero puede haber neutrones y alphas, y el cielo sabe qué más, que sean más lentos y aún estén en camino.

Las figuras de luz de las paredes comenzaron a deslizarse hacia abajo cuando la nave giró considerablemente sobre su eje. Finalmente desaparecieron por completo; Leonov estaba orientada ahora de tal manera que virtualmente toda su masa se interponía entre la frágil carga humana y la marca radiactiva que se aproximaba.

«¿Sentiremos realmente la onda de choque», se preguntaba Floyd, «o los gases en expansión serán demasiado tenues para producir algún efecto físico cuando nos alcancen?» Visto desde las cámaras externas, el anillo de fuego rodeaba ahora todo el cielo. Pero se debilitaba rápidamente; detrás de él se podía ver brillar a algunas de las estrellas más potentes. «Saldremos de esto», pensó Floyd. «Hemos sido testigos de la destrucción del más grande de los planetas... y hemos sobrevivido».

En ese momento, las cámaras sólo mostraban estrellas; aunque había una que brillaba un millón de veces más que las otras. La burbuja de fuego soplada por Júpiter había pasado por encima de ellos sin causar daño alguno; aunque había sido muy impresionante. A su distancia del origen, sólo los instrumentos de la nave habían registrado su paso.

Lentamente, la tensión se fue aflojando. Como siempre sucede en estas circunstancias, la gente comenzó a reírse y a hacer bromas tontas. Floyd apenas escuchaba; a pesar de su alivio por seguir vivo, tenía una sensación de tristeza.

Había sido destruido algo grande y maravilloso. Júpiter, con toda su belleza y grandiosidad, y sus secretos que ya nunca serían resueltos, había dejado de existir. El padre de los dioses había sido derrotado en su amanecer.

Pero también había otra forma de mirar la situación.

Habían perdido a Júpiter. ¿Qué habían obtenido en su lugar?

Tanya, con perfecto sentido de la oportunidad, llamó la atención.

—Vasili, ¿algún daño?

—Nada serio; se quemó una cámara. Todas las radiaciones están bastante más allá de lo normal, pero ninguna cercana a límites peligrosos.

—Katerina: verifica la dosis total que hemos recibido. Parece que hemos sido afortunados; a menos que haya más sorpresas. Por supuesto, debemos un voto de agradecimiento a Bowman... y tú, Heywood, ¿tienes alguna idea de lo que ha sucedido?

—Sólo que Júpiter se ha convertido en un sol.

—Siempre pensé que era demasiado pequeño para ello. ¿No lo llamó alguien alguna vez «el sol que fracasó»?

—Es verdad —dijo Vasili—. Júpiter es demasiado pequeño para que se inicie una fusión... sin ayuda.

—¿Quieres decir que acabamos de presenciar un ejemplo de ingeniería astronómica?

—Sin duda alguna. Ahora ya sabemos cuál era el propósito de Zagadka.

—¿Cómo hicieron el truco? Si te asignaran a ti el contrato, ¿cómo harías la ignición de Júpiter?

Vasili pensó durante un minuto, luego se encogió de hombros.

—Yo soy apenas un astrónomo teórico; no tengo mucha experiencia en este tipo de negocios. Pero veamos... Bien, si no se me permite agregar unas diez masas de Júpiter, o cambiar la constante gravitacional, supongo que tendría que hacer más denso al planeta; hum, es una buena idea...

Su voz se perdió en el silencio; todos esperaban con paciencia, y de tanto en tanto sus ojos se dirigían a las pantallas. Después de su explosivo nacimiento, la estrella que había sido Júpiter parecía haberse calmado; ahora era un resplandeciente puntito de luz, casi igual al auténtico Sol en su brillo aparente.

—Sólo estoy pensando en voz alta; pero podría ser algo así: Júpiter está —estaba— formado por hidrógeno, casi en su totalidad. Si un gran porcentaje pudiera ser convertido en un material más denso, ¿quién sabe?... incluso materia neutrónica, precipitaría hasta el núcleo. Tal vez fuera eso lo que los billones de Zagadkas estuvieron haciendo con el gas que sorbían. Núcleo-síntesis: elaborar elementos de mayor peso atómico partiendo

de hidrógeno puro. ¡Ése sería un truco que valdría la pena conocer! Se acabaría la escasez de cualquier material... ¡el oro sería tan barato como el aluminio!

—¿Pero cómo explica eso lo sucedido? —preguntó Tanya.

—Cuando el núcleo fue lo suficientemente denso, Júpiter se desintegró... probablemente, en cuestión de segundos. La temperatura subió lo bastante como para que comenzara la fusión. Oh, sí... me imagino una docena de objeciones: ¿Cómo pudieron pasar del mínimo del hierro? ¿Qué hay de la transferencia radiactiva; del límite de Chandrasekhar? No importa. Esta teoría sirve para empezar; analizaré los detalles más tarde. O tal vez, construya otra teoría mejor.

—Estoy seguro de ello, Vasili —admitió Floyd—. Pero hay una pregunta más importante. ¿Porqué lo hicieron?

—¿Una advertencia? —arriesgó Katerina por el intercomunicador.

—¿Contra qué?

—Lo sabremos más adelante.

—No creo —dijo Zenia tímidamente —que haya sido un accidente.

Esto llevó a la discusión a un punto muerto durante varios segundos.

—¡Qué idea aterradora! —dijo Floyd. Pero la podemos descartar. Si ése fuera el caso, no habrían avisado.

—Tal vez. Si inicias un incendio en el bosque por haber sido descuidado, al menos intentas advertir a todo el mundo.

—Y hay otra cosa que probablemente no sabremos nunca —se lamentó Vasili—. Siempre pensé que Carl Sagan tendría razón, y habría vida en Júpiter.

—Nuestras sondas nunca detectaron ningún tipo de vida.

—¿Cómo podrían haberlo hecho? ¿Encontrarías tú vida en la Tierra, si revisaras unas pocas hectáreas del Sahara o del Antártico? Algo así es lo que hemos hecho en Júpiter.

—¡Hey! —dijo Brailovsky—. ¿Qué hay de Discovery... y de Hal?

Sasha encendió el receptor de largo alcance y comenzó a buscar la frecuencia del radiofaro. No había traza de la señal. Después de un rato, anunció al expectante y silencioso grupo:

—Discovery se ha ido.

Nadie miró a Chandra; pero hubo unas pocas palabras apagadas de amabilidad, como si fuera el pésame a un padre que había perdido a su hijo.

Pero Hal aún tenía una última sorpresa para ellos.

53. MUNDOS DE REGALO

El radio-mensaje enviado a Tierra, momentos antes de que la explosión de radiación engullera a la nave, era un texto completo, repetido una y otra vez:

TODOS ESTOS MUNDOS SON SUYOS EXCEPTO EUROPA.
NO INTENTEN ATERRIZAJES ALLÍ.

Hubo noventa y tres repeticiones; luego las letras se volvieron confusas, y la transmisión cesó abruptamente entre EXCEPTO y EUROPA.

—Estoy empezando a entender —dijo Floyd, cuando el mensaje fue retransmitido por un Control de Misión aterrorizado y ansioso—. Es un regalo de despedida: un nuevo sol, y los planetas que lo rodean.

—¿Pero por qué sólo tres? —preguntó Tanya.

—No seamos insaciables —replicó Floyd—. Se me ocurre una muy buena razón. Sabemos que hay vida en Europa. Bowman, o sus amigos, quienesquiera que sean, desean que la dejemos sola.

—Hay algo más para reforzar tu idea —dijo Vasili—. He estado haciendo algunos cálculos. Suponiendo que Sol 2 se haya asentado y continúe irradiando a su nivel actual, Europa deberá poseer un agradable clima tropical... cuando el hielo se derrita. Lo que por otra parte ya está sucediendo.

—¿Qué hay de las otras lunas?

—Ganímedes será bastante grato; su lado nocturno será templado. Calisto será muy frío; aunque si se produce mucha evaporación, la nueva atmósfera podría hacerla habitable. Pero lo será aun peor de lo que es ahora, creo.

—No es una gran pérdida. Ya era el infierno antes de que esto sucediera.

—No tachen a lo —dijo Curnow—. Conozco un montón de petroleros de Texarab, que querrían tomar una tajada. Debe haber algo de valor, aun en un sitio tan desagradable como ése. Y, a propósito, se me ha ocurrido una idea perturbadora.

—Cualquier idea que te perturbe a ti tiene que ser seria —dijo Vasili—. ¿De qué se trata?

—¿Por qué Hal envió el mensaje a Tierra y no a nosotros? Estábamos mucho más cerca.

Hubo un silencio bastante largo; luego Floyd dijo, pensativo:

—Ya entiendo lo que quieres decir. Tal vez quisiera asegurarse de que sería recibido en Tierra.

—Pero sabía que lo retransmitiríamos... ¡oh! —los ojos de Tanya se agrandaron, como si se hubieran dado cuenta de algo desagradable.

—Me han perdido —se quejó Vasili.

—Creo que Walter apunta a eso —dijo Floyd—. Está muy bien sentirse agradecidos con Bowman, o quien sea que haya dado ese aviso. Pero eso es todo lo que hicieron. Aun podríamos haber resultado muertos.

—Pero no lo fuimos —contestó Tanya—. Nos salvamos... por nuestro propio esfuerzo. Y tal vez ésa fuera la idea completa. Si no nos hubiéramos salvado... no lo habríamos merecido. Ya saben, supervivencia del más apto. Selección darwiniana. Eliminar los genes de la estupidez.

—Tengo la desagradable sensación de que tienes razón —dijo Curnow—. Y si nos hubiésemos aferrado a nuestra fecha de lanzamiento y no hubiésemos usado a Discovery como plataforma, ¿habrían hecho él o ellos, algo para salvarnos? No habría demandado demasiado esfuerzo para una inteligencia que pudo hacer explotar a Júpiter. Hubo un silencio incómodo, roto al fin por Heywood Floyd.

—Dentro de todo —dijo— estoy muy contento de que sea una pregunta que quedará sin respuesta.

—Nadie ha informado de ninguno.

—¡Ah!... pueden olvidarlos cuando se despiertan.

Katerina, como de costumbre, lo tomó en serio.

—Imposible. Si hubiese habido sueños en hibernación, las líneas del electroencefalograma los habrían registrado. Bueno, Chandra, cierre los ojos. Ah, ahí está.

54. ENTRE DOS SOLES

«Los rusos», pensaba Floyd, «extrañarán las canciones y bromas de Walter en el viaje a casa». Después de la excitación de los últimos días, la larga caída hacia el Sol —y hacia Tierra— sería un monótono anticlímax. Pero eso era lo que todos esperaban con devoción: un viaje monótono y sin incidentes.

Ya comenzaba a sentir sueño, pero seguía siendo consciente del ambiente que lo rodeaba y capaz de reaccionar ante él. «¿Me veré como... muerto cuando esté en

hibernación?»), se preguntaba. Siempre resultaba desconcertante ver a otra persona — especialmente alguien muy familiar— cuando había ingresado al largo sueño. Tal vez fuera un recuerdo demasiado punzante de la propia mortalidad.

Curnow estaba totalmente listo, pero Chandra seguía despierto, aunque ya había quedado groggy por la última inyección. Obviamente, ya no era él mismo, porque no parecía perturbado por su propia desnudez o por la presencia observadora de Katerina. El dorado lingam que constituía su único ropaje trataba de escaparse de él flotando, hasta que su cadenilla lo volvía a capturar.

—¿Va todo bien, Katerina? —preguntó Floyd.

—Perfectamente. Pero ¡cómo los envidio! En veinte minutos más habrán llegado a casa.

—Si te sirve de consuelo, ¿cómo puedes estar segura de que no tendremos sueños horribles?

—Nadie ha informado de ninguno.

—¡Ah!... pueden olvidarlos cuando se despiertan.

Katerina, como de costumbre, lo tomó en serio.

—Imposible. Si hubiese habido sueños en hibernación, las líneas del electroencefalograma los habrían registrado. Bueno, Chandra, cierre los ojos. Ah, ahí está. Ahora es tu turno, Heywood. La nave parecerá muy extraña sin ti.

—Gracias, Katerina... te deseo un feliz viaje.

Adormecido como estaba, Floyd notó que la cirujano comandante Rudenko parecía un tanto indecisa, y hasta ¿podía ser?, tímida. Se veía como si quisiera decirle algo, pero no pudiera decidirse.

—¿Qué es, Katerina? —dijo somnoliento.

—Aún no se lo he dicho a nadie; pero seguramente que tú no irás a contarlo. Aquí va una pequeña sorpresa.

—Mejor... que... te... apures.

—Max y Zenia van a casarse.

—¿Se... supone... que... eso... sea... una... sorpresa?

—No. Era sólo para prepararte. Cuando lleguemos a Tierra, también lo haremos Walter y yo. ¿Qué piensas de eso?

«Ahora entiendo por qué pasaban tanto tiempo juntos. Sí, en verdad que es una sorpresa... ¡quién lo hubiera pensado!»

—Me... alegra... saber..

La voz de Floyd se apagó antes de que pudiera completar la oración. Pero aún no estaba inconsciente, y era capaz de localizar parte de su intelecto disuelto en la nueva situación.

«Realmente, no lo creo», se dijo. «Probablemente, Walter cambiará de idea antes de despertar...»

Y entonces, tuvo un último pensamiento, antes de quedarse dormido: «Si Walter cambia de idea, será mejor que no despierte...»

Al doctor Heywood Floyd le pareció muy gracioso.

55. LUCIFER NACIENTE

Cincuenta veces más brillante que la Luna llena, Lucifer había transformado los cielos de la Tierra, desterrando virtualmente a la noche durante varios meses al año. A pesar de sus connotaciones siniestras, el nombre era inevitable; y en verdad, el «Portador de Luz», había traído tanto mal como bien. Sólo los siglos y los milenios dirían hacia qué lado se inclinaría la balanza.

Por el lado positivo, el fin de la noche había extendido enormemente el aspecto de la actividad humana, especialmente en los países menos desarrollados. En todas partes se había reducido sustancialmente la necesidad de iluminación artificial, con el consiguiente ahorro de energía eléctrica. Era como si se hubiese colocado una lámpara gigantesca en el espacio, para que brillara sobre más de medio globo. Inclusive de día, Lucifer era un objeto luminoso, que producía sombras definidas.

Lucifer fue bienvenido por labradores, intendentes, policías, pescadores, y casi todas aquellas personas relacionadas con actividades al aire libre, especialmente en lugares apartados; les había hecho la vida más fácil y segura. Pero fue odiado por los amantes, criminales, naturalistas y astrónomos.

Los primeros dos grupos vieron seriamente restringidas sus actividades, mientras que a los naturalistas les importaba el impacto que Lucifer causaría sobre la vida animal. Muchas criaturas nocturnas resultaron seriamente afectadas, en tanto que otras consiguieron adaptarse. Algunos peces, como la lisa del Pacífico, cuyo famoso apareamiento estaba ligado a las mareas altas y las noches sin luna, se vio en grandes problemas, y parecía encaminarse rápidamente hacia su extinción.

Y lo mismo sucedía con los astrónomos con base en la Tierra. No fue una catástrofe científica tan grande como lo habría sido en otro tiempo, ya que más del cincuenta por

ciento de la investigación astronómico dependía de instrumentos ubicados en el espacio o en la Luna. Éstos podían ser fácilmente protegidos de la luz de Lucifer; pero los observatorios terrestres fueron seriamente afectados por el nuevo sol que irrumpió en lo que había sido el cielo nocturno.

La raza humana se adaptaría, como lo había hecho tantas veces en el pasado. Pronto nacería una generación que no había conocido el mundo sin Lucifer; pero la más brillante de todas las estrellas sería un eterno enigma para cada hombre y mujer pensante.

¿Por qué había sido sacrificado Júpiter; y por cuánto tiempo brillaría el nuevo Sol? ¿Se consumiría rápidamente, o conservaría su poder durante miles de años... tal vez durante toda la existencia de la raza humana? Sobre todo, ¿por que esa prohibición sobre Europa, ahora un mundo tan cubierto de nubes como Venus?

Debían existir respuestas a tales preguntas; y la Humanidad no se sentiría satisfecha hasta encontrarlas.

EPILOGO: 20.001

Y como en toda la Galaxia no habían encontrado nada más precioso que la Mente, propiciaron su despertar en todos lados. Se transformaron en labradores de los campos estelares, sembraron, y a veces cosecharon.

Ya veces, desapasionadamente tuvieron que arrancar las malezas perjudiciales.

Sólo durante las últimas generaciones los europeos se han aventurado en el Lado Lejano, más allá del calor y la luz de su sol que nunca se pone, hacia la región inhóspito en que todavía se puede encontrar el hielo que alguna vez cubrió todo el planeta.

Y menos generaciones aún han permanecido allí para enfrentarse con la corta e inquietante noche que se produce cuando el Sol Frío, brillante pero poco potente, se sumerge bajo el horizonte.

Pero de todos modos, estos intrépidos exploradores han descubierto que el Universo que los rodea es más extraño de lo que habían imaginado. Los sensibles ojos que desarrollaron en los oscuros océanos aún les son útiles; pueden ver las estrellas Y los demás cuerpos que se mueven en su cielo.

—Han comenzado a sentar las bases de la astronomía, y hasta algunos pensadores atrevidos han conjeturado que el mundo de Europa no es la totalidad de la creación.

Apenas habían emergido del océano, durante la explosivamente rápida evolución que sufrieron por el derretimiento del hielo, cuando comprendieron que los objetos del cielo

entraban en tres categorías diferentes. La más importante, por supuesto, era el Sol. Algunas leyendas —que pocos tomaban en serio— proclamaban que no siempre había estado allí, sino que apareció de repente, anunciando una breve, cataclísmica era de transformación, cuando casi toda la prolífica vida de Europa había sido destruida. Si eso era cierto, fue un precio muy pequeño, comparado con los beneficios que se derramaban de aquella diminuta pero inagotable fuente de energía que pendía inmóvil en el cielo.

Tal vez el Sol Frío fuera su hermano lejano, desterrado por algún crimen; y condenado a marchar por siempre alrededor de la bóveda del firmamento. Eso no tenía importancia, excepto para aquellos europeos peculiares que siempre se estaban cuestionando acerca de asuntos que todos los demás individuos con sentido común daban por sentado.

Sin embargo, había que admitir que estos lunáticos habían realizado interesantes descubrimientos durante sus excursiones en la oscuridad del Lado Lejano. Aseguraban —aunque era difícil de creer— que todo el cielo estaba tachonado de incontables puntitos de luz, más pequeños y débiles que el Sol Frío. Variaban mucho en brillantez; y aunque poseían sus propios amaneceres y ocasos, nunca se movían.

Contra ese fondo, estaban los objetos que sí se movían, obedeciendo en apariencia a complejas leyes que nadie había podido penetrar todavía. Y a diferencia de todos los demás cuerpos celestes, eran bastante grandes; aunque sus tamaños y formas variaban continuamente. A veces eran discos, a veces semicírculos, a veces delgadas medias-lunas. Obviamente, estaban más cerca que todos los demás objetos del Universo, ya que sus superficies mostraban un inmenso conglomerado de detalles complejos y cambiantes.

La teoría de que en realidad eran otros mundos ha sido finalmente aceptada; aunque nadie, excepto unos pocos fanáticos, cree que puedan ser tan grandes, o tan importantes, como Europa. Uno de ellos está cerca del Sol, y se encuentra en permanente perturbación atmosférica. En su lado nocturno, se aprecia el brillo de grandes fuegos, un fenómeno que todavía escapaba a la comprensión de los europeos, ya que su atmósfera no contiene oxígeno. Y a veces, enormes explosiones levantan nubes de cenizas desde la superficie; si esa esfera es en realidad un mundo, debe de ser un lugar muy desagradable para vivir. Tal vez peor aún que el lado nocturno de Europa.

Las dos esferas exteriores y más lejanas, parecen lugares mucho menos violentos, aunque, de cierta manera, son más misteriosos aún. Cuando la oscuridad cae sobre sus superficies, ambas muestran manchas de luz; pero éstas son muy diferentes de los cambiantes fuegos del turbulento mundo interior. Arden con un brillo casi constante, y están concentradas en unas pocas áreas pequeñas; aunque, con las sucesivas generaciones, estas áreas han crecido, y se han multiplicado.

Pero lo más extraño de todo son las luces, potentes como soles diminutos, que a menudo se observan atravesando la oscuridad que reina entre ambos mundos. Una vez, recordando la bioluminiscencia de sus propios mares, algunos europeos han sugerido que hasta podían ser criaturas vivientes; pero su intensidad hace increíble tal teoría. De todas maneras, cada vez son más los pensadores que creen que esas luces —las estructuras fijas y los soles móviles— deben de ser alguna extraña manifestación de vida.

Sin embargo, hay un argumento muy poderoso en contra de esto: Si son objetos vivos, ¿por qué nunca vienen a Europa?

Aún subsisten las leyendas. Se dice que miles de generaciones atrás, poco después de la conquista de la tierra firme, algunas de aquellas luces se acercaron bastante; pero siempre explotaban en fragmentos que superaban el brillo del Sol, cubriendo todo el cielo, y sobre la tierra caían duros metales extraños; algunos de ellos todavía son reverenciados. Pero ninguno es tan sagrado como el enorme monolito negro que está en la frontera del día eterno, con un lado eternamente vuelto hacia el Sol inmóvil, y el otro mirando hacia el mundo de las tinieblas. Diez veces más alto que el más alto de los europeos —aun con sus tentáculos extendidos— es el símbolo mismo del misterio y lo inalcanzable. Nunca se lo ha tocado; sólo se lo puede adorar desde lejos. Alrededor de él se halla el Círculo de la Fuerza que rechaza a todo el que intente aproximarse.

Es la misma fuerza que mantiene, según creen muchos, alejadas a todas aquellas luces del cielo. Si alguna vez llega a fallar, éstas descenderán sobre los continentes vírgenes y los menguantes mares de Europa, y al fin sus propósitos serán revelados.

Los europeos se sorprenderían si supieran con cuánta intensidad y asombro el monolito negro es estudiado también por las mentes que hay detrás de aquellas luces móviles. Durante siglos, sus sondas automáticas han realizado cautelosos descensos... siempre con el mismo desastroso resultado. Porque hasta que la época no esté madura, el monolito no permitirá ningún contacto.

Cuando llegue esa época, cuando, tal vez, los europeos hayan inventado la radio, y descubierto los mensajes con que son bombardeados continuamente, el monolito podrá cambiar su estrategia. Podrá elegir —o no— liberar las entidades que duermen en su interior, para que éstas oficien de puente sobre el abismo que existe entre los europeos Y la raza a la que una vez juraron obediencia y puede que este puente no sea posible, y que estas dos formas diferentes de conciencia jamás logren coexistir.

FIN